This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

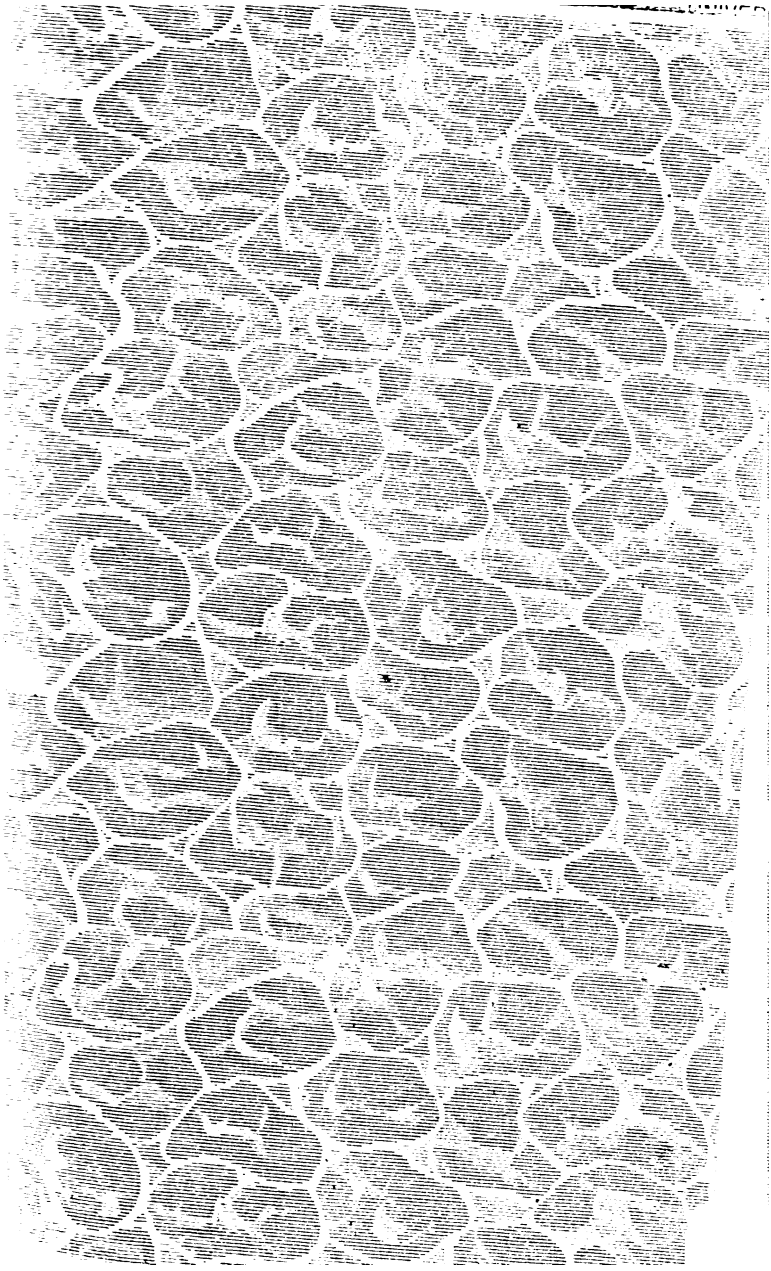
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 465096

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817

THE CELLAR BOOK SHOP
18090 WYOMING
DETROIT, MICH. 48221
U.S.A.



SILUETAS FILIPINAS

SILUETAS

FILIPINAS

POR

XIMENO XIMÉNEZ

EX-PERIODISTA DE FILIPINAS

Cuarta edición.

MADRID

LIBRERÍA DE ROBLES Y COMPAÑÍA

Calle de la Magdalena, núm. 13.

1887

868
D538si
1887

ES PROPIEDAD

Todos los ejemplares van contraseñados por el autor.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, núm. 7 duplicado.

SERVICIO TELEFÓNICO NÚM. 486

830767-234

Á QUIEN LEYERE

Porque es costumbre en todo libro exponer las razones de su llegada al mundo literario, y porque, además, quiero saludar al benévolo lector, van estas primeras páginas á modo de preámbulo, exordio ó como llamársele quiera.

Siluetas Filipinas viene á ser una colección de impresiones sentidas por mí en Manila, donde he trabajado literariamente unos años, ya como redactor de los diarios el *Diario de Manila* y *El Comercio*, (cuyos nombres no debo pronunciar sin acordarme de sus directores, mis buenos amigos Baltasar Giraudier y Francisco Díaz Puertas), ya como redactor copropietario del semanario cómico *Manila Alegre* (y vaya aquí otra cariñosísima memoria para su director, mi amigo muy querido Pedro Groizard), ya como director

propietario de *El Temblor*, periódico satírico ilustrado que me trae á las mientes montones de *evaporados* pesos fuertes y de no flojos disgustos...

La idea de que pronto se inaugurará una Exposición filipina, y mi firme convencimiento de que, *con tan plausible* motivo, resulta oportuno todo cuanto se refiera al archipiélago, me han animado á reunir en un tomito algo de lo mucho que allí he publicado, dejando para más adelante—si el éxito de este mi primer esfuerzo me ayuda—la publicación de todo lo demás, seguro de que, con ello, no he de perder otra cosa que tiempo y dinero, según es usanza entre los que escribimos en la riquísima y sabrosa lengua de Cervantes, en vez de hacerlo en la *diptongueada* de los Zolas, Montepines y demás.

Y esto escrito, huyendo de honduras peligrosas—en que indudablemente caería si diese rienda suelta á los pensamientos que me ocurren, comparando una edición sexagésima de una novela francesa con otra cuarta de un gran libro español que casualmente tengo sobre mi mesa;—y esto escrito, decía, yo te saludo, lector amado, y espero incluyas desde ahora en el número de tus amigos más afectísimos á tu servidor que te besa la mano,

Ximeno Ximenez

En Madrid, á 15 de Mayo de 1887.

VAPOR CORREO ESPAÑOL

En cuanto llega nos lo dice: ¡pom!... esto es: ahí va eso; ¡aguanten ustedes; salud, señores!..

Es el correo con su panza llena de encargos más ó ménos agradables; su toldilla preñada de mugre; su cámara tan retebonita como en día de arribo, y su correspondiente *servicius admirabilis* (*) ó *admirabilis servicius*, pues estas frases resultan *parejas* patas arriba que patas, etc.

—¡Cuando oigo el cañonazo del correo, se me saltan las lágrimas—exclamaba uno—y se me sal-

(*) Expresión usual en Filipinas para indicar igualdad en las cosas.

tan, porque me acuerdo de los 33 días con 45 céntimos que me llevó en su barriga un «Isla» naufragándome hacia éstas!...

Á lo que respondió otro:—Pues yo no tenía inconveniente en abonarme á estos viajes...

—No diga usted eso, caballero: yo vine rabiando... embarqué en Barcelona con una muela corrompida y llegué corrupto de casa y boca...

Hay quien así que suena el cañonazo toma sitio en los remolques y hace al vapor una visita de inspección espontánea, con consecuencias gástricas, es decir, con almuerzo, comida ó lo que caiga.

—Tengo esta costumbre—decía un visitante devorando una fuente de caldo gallego:—me entusiasma comer de gorra cosas de la patria; he aprendido que en días de fondeo se admiten pasajeros indeterminados por una sola vez, y me indetermino respectivamente.

No escasean polizontes rurales gratuitos ó sin sueldo conocido, que al primer síntoma de alumbramiento corréico, se van hasta el coloso en banca (*) inclusive, y comienzan á dirigirle preguntas y respuestas á lo Fleury.

—¿Quién viene? ¿Ha sido bueno el viaje? ¿Hay cesantías? ¿Es verdad que *se nos* ha muerto Fu-

(*) Especie de esquife.

lano? ¿Traen ustedes patente limpia? ¿Puede uno arrimarse? Aquí hay novedades serias... D. Zutano ha hecho esto; D. Mengano lo otro; á D. Perengano le ha salido una placita... Andamos detrás de un teatro... Ya hay locomotivas minúsculas. ¿Tiene usted fonda? ¡Quiére usted que le lleve? ¡Se vende una pareja de caballos diestros al tiro! Vaya usted á mi república (*).

Á lo que unos y otros responden dando voces para que no se extravíen sus palabras:

—Vienen tres personajes y trescientos cuarenta y nueve eminencias con algunos rorros vívidos y trece próximos al ancladero... El viaje pésimo... *Esto* siempre trae cesantías, porque conduce empleados... ¿Conque *se os* ha muerto ése? No hemos tocado en punto infestado... hay patente limpia, aparte de las tres mujeres preñadas... Vengan esas noticias... ¿Conque D. Zutano ha hecho *eso?* ¡Cuánto me alegro que á D. Perengano le haya salido *aquello!*... ¿Y quiénes son esos señores?... ¿Conque andan aquí los teatros?... Hombre, si yo tuviera fonda, sería fondista y no vendría á estas tierras... ¿Dónde quiere usted llevarme?... la empresa tiene

(*) Así se llama en Filipinas á la unión de dos ó más personas que, *á escote*, ponen casa, sostienen los gastos que produce, y la administran turnando.

obligación de hacerlo... Si quiere usted cargar con mis bultos... Si yo pudiera comprar caballos, no le estuviera hablando á usted... ni á nadie... En el vapor vienen algunos, pero son siniestros y consecutivos á Port-Said... ¿Qué es eso de que vaya *á su* república? ¿Ha cambiado el Gobierno... ó esto ha pasado á otras manos?... ¡Eh!... Señorito, apártese usted, que mi suegra va á dar la última vuelta á los *menús* inabordables!...

El barco da una pitada; los remolcadores gritan apiñándose como bando de chiquillos tras un dulce; las «bancas» se despeluznan huyendo de porrazos y embestidas que las dividen; la gente salta de vaporcillo á vaporcete, como si fueran propios monos; hay quien trepa, quien asalta al gigante dándole tres pataditas y echando un *¡¡¡ole por mi tierra!!!* que retumba en mi alma, la suya y la de *todos*, más que el cañonazo saludatorio; los pasajeros se conmueven; las pasajeras se adornan, pensando en el efecto que habrán de producir sus faldamentas *nouveauté*, sus cucuruchos superiores de verdadero *saveur* extranjero, sus caritas de allá con los colores nacionales, sangre de toro y amarillo bilis, asomando placenteros por el cutis aireado marítimamente y ahumado *maquinariamente;* los niños lloran, las madres sacuden cada azote que canta el credo—¡mala parte para cantos mís-

ticos!—los pollos dan su adiós á las pollas, citándose *para en Manila;* los hombres graves tosen, escupen y estiran los puños de la camisa; los camareros sirven á escape, por *mor* de que aquello se escapa; hay quien busca su peluquín ó peluca, caso de calvicie extensa é involuntaria; ¡alma mía!... ¡vida de mi vida!... ¡padre!... ¡esposa!... ¡ay!... ¡oh!... ¡amigo mío!... *¡mardita* sea tu estampa!... y otras exclamaciones de cómica en papeles de vieja ó característica, se confunden, revuelven y dan de hocicos, produciendo una algazara extraña que seduce y fatiga, que desgañita y ensordece, que puede condensarse en esta expresión de alambique: *¡la mar en calzoncillos!...*

—¡Sosténgame usted, caballero—decía uno á otro que parecía serlo.—¡Cójame usted en sus brazos que voy á desmayarme!... No se enfurezca usted ¡estoy en plena cabeza!... nada se me ha subido, al contrario, se me ha bajado el alma á los piés... ¡¡¡ahí viene!!! pésqueme usted, señor mío, aunque sea por mal sitio: ¡que me caigo!... ¡que soy hombre al agua!...

El desdichado acababa de descubrir entre las pasajeras, la vera efigie de su mamá política, que impolíticamente y acompañando á la hija de sus entrañas, se zampaba en Manila para disfrutarse en progresión ascendente, los mil quinientos pesos

de sueldo anual con sus retenciones *respectivas* y reglamentarias mensuales.

Muchos seres que *son* sin saberlo á conciencia, esperan en el correo como en la lotería, y cuando más seguros están *de la cosa*, les sueltan un oficio con gotas amargas, ó con la amarguísima clasificación que no les corresponde, para que, sin necesidad de gramática, aprendan á frasear con toda propiedad las interjecciones en *re* y demás tonos pentagrámicos.

—¡Ay!...—refunfuñaba un agraciado—¡ay!... me quejo porque estoy sin vacuna... Pues qué, si lo hubiera previsto, ¿me pillara este Miura, sin triple vacunación previa de billetes del Banco y á la inglesa ó con profundidad artístico-taurómaca?

—*Míe osté*—ladraba un cesante de la clase de camareros de *allí;*—cuando *er* mío *guerba* á ser *poér*, le he de *incliná y jastá arrojá*, *pa* que se *guerba* á venir por el cabo *é Fornos* con el *aquél* de que no *haiga* más que una *ispidición* diurna por trimestres *anales*, ó de tres en tres años, y entonces, me vengo de *cuarquier* cosa lustrosa pa que *naide* me *jeche* como el actual *menisterio*...

—¡Vaya usted con Dios... *arma é cántaro!*

COSAS DE FILIPINAS

En ningún país como en Filipinas abundan los seres de inferior escala, inseparables compañeros del hombre. Además de aquéllos comunes en otras regiones, encuentra otros á los que cuesta trabajo acostumbrarse, si bien llega el caso de serle indiferentes, así que pasa tiempo.

La *cuca*, ese *ensanche* de la *corredera* peninsular, pulula en todas partes con descaro y cinismo insoportables, ya arrastrándose lenta, ya discurriendo rápida por las *empetroladas* tablas, ya volando ciega, dándose coscorrones y haciendo volatines á guisa de volante paleteado sin tregua.

Cuando más descuidados nos considera, ella sale de un solo impulso, asomando las narices—que se diría—y, sin duda tomando apuntes del terreno,

quédase quieta, recogida, entregada á sus pensamientos, hasta que al fin, como si, hecha firme intención de tal ó cual cosa á practicarla se encaminara, parte ligera, parándose y volviendo á correr hasta perderse de vista por las rendijas de una puerta económica de bajos, ó bajo un mueble en cuyas oscuridades se ocultan los encantadores nidos de sus *complicados* amores.

Aquella es la señal: una tras otra, varias juntas persiguiéndose como si jugaran al *¡que te cojo!* asoman por todos lados, produciendo en sus carreras belicoso ruido, como el de espuelas y sables que por el suelo se arrastran, si bien débil, tan débil, que cien de ellas no llegarían, ni con mucho, al de unas vaqueras de las menos sonantes.

Porque va á llover, porque hay luz, por lo que sea, levantan el vuelo y, contra el enlonado quízame, la repintarrajeada tabla, el tulipán en que se aglomeran los rayos de luz, el cristal del mueble, los papeles, y hasta la propia fisonomía del observador que, pañuelo en mano, espera convulso el instante del ataque, dan como pelotillas, sonando á cabeza de goma aireada ó con aire interior, á calabaza verde, á cajón vacío, cuando se le golpea.

Agarrada fuertemente al techo y paredes, contempla tan descomunal batalla la pacífica lagartija, que á intervalos suelta alegres y burlonas carca-

jadas para probar con razón mayor la pacientísima resignación de quien aguanta tales *sucesos*, no faltando alguna imprudente que, nerviosa de su risa, cae al suelo, ó sobre el héroe de tal escena, para escaparse vertiginosa y, ya á salvo, tornar á sus risas desesperantes.

Por entonces, el mosquito silba y chupa intermitente, levantando montañas de fuego que abrasan; la rubia hormiga muerde sin compasión, excitando cuando no, los nervios, ya de por sí inquietos; la mosca zumba pesada y terca; la polilla vuela amenazadora del uno al otro lado; el ratón toma mediciones desesperantes; la rata grita llamando sus escuadrones que minan el suelo, perforan las paredes y trepanan los techos á fuerza de paciencia; el grillo canta atontando los oídos, desvaneciendo la cabeza y haciendo rechinar los dientes ante la impotencia contra minisculez tan cargante; riñen los gatos ó corean sus amores con insistencia digna del romanticismo más exagerado; ladran los perros ó se quejan como si en todas las muelas les trabajara la carie más rápida y dolorosa, y, en fin, tras todo esto, como complemento, cual *finale fortissimo* bravío, valiente, siempre en *crescendo*, se oye un penetrante ¡qui... quiri... quí! al que siguen otros y otros irresistibles...

*
* *

Con tales *compañeros*, el hombre que esperó ansioso la callada noche para ensimismarse en sus tareas, se ve tan contrariado y maltrecho, que, por grande voluntad y terca constancia con que cuente, no tarda en abandonar sus propósitos, dejándolos para el nuevo día, más que resignado, convencido de lo inútil de sus esfuerzos.

Llega el día y, con él, abrasadora temperatura sostenida por las jaulas de madera y hierro en que se condensa, dentro de las que vive el hombre por uno de esos milagros inexplicables; los coches que se arrastran produciendo pasmosa algarabía de muelles que saltan, ruedas que agitan sus rayos inseguros, metales que chocan como cascabeles de *pierrottes;* los carretones dando tumbos y trepidando calmosos; gentes que á gritos pregonan viandas, golosinas (?) y otros *artículos;* el lechón, *babui* ó como llamársele quiera, que gruñe desesperadamente, conducido en *masas* esclavo é impotente de otra acción que la del pulmón cuya potencia acredita; el gallo que canta como en la noche; el chino que se mete en casa, ó desde la calle ofrece insistente sus mercancías; el amigo que *se convida;* la *babae* que persigue, el cobrador, el pobre, la población entera, en fin, que se le entra directa ó indirectamente para imposilibitar todo trabajo.

Por eso, como bien dijo un conocido mío, Fi-

lipinas es país de muchas excepciones, pero de una principal, constante, reconocida: el trabajo.

El material, fatiga, anonada, haciéndose imposible.

El intelectual, desgasta la naturaleza de tal modo, que la más privilegiada cae al poco.

Es que aquí el esfuerzo tiene que ser duplo para que resulte.

Y en un país de tantos gastos y de tan pocos ingresos, la bancarrota llega irremediablemente.

Es una verdad.

CONTRASTES

CAE la tarde, y Manila se inunda de carruajes, acusando plétora de comodidad y desahogo.

Desde el acaudalado propietario, al modesto empleado de 800 pesos con sus descuentos correspondientes, el vecindario todo de la perla oriental acude al paseo rebosando indolente importancia; no parece sino que Manila es aquella Jauja soñada que, en aleluyas, vimos de niños, tierra de promisión donde nada falta que pueda halagar.

La impresión que motiva, ciertamente no escasea del ridículo en los primeros momentos; la talla de los caballos, el *chic* de los trenes que arrastran, lo abigarrado y especial de las libreas que los aurigas lucen, los deliciosos grupos ó *so-*

los, orígenes de boato tanto, todo ocasiona un asombro extraño, peculiar, *sui géneris*, que oscila entre sonrisa de compasión é imperceptible gesto de indiferencia; ese mover de hombros que acaba en los labios con un *¡pchs!* característico.

Mas transcurren unos meses, menos lugar quizá, y, la vista primero, el alma después, es hacen *á eso* que tan rara impresión causó en los primeros días; como trémula se agita la cabeza más firme al borde del abismo, y en él cae atraída por irresistible fuerza, así nos dejamos arrastrar por esa corriente de fatuidad que nos arrolla, y henos aquí vigorizando lo que considerábamos ridículo y pobre, dando calor, vida, alientos al desastroso incendio que nos consume entre nerviosas carcajadas de fingidos placeres, precursoras de tantas y tantas lágrimas, allá cuando, todo consumido, deje por único resultado incandescente montón de cenizas que el aire revuelva y levante esparciéndolas, porque ni siquiera el recuerdo quede de locuras tantas...

*
* *

«¡Esposo amado—le escribía—ten compasión de nosotros!... Cuando la desdicha nos separó porque el hambre comenzaba en nuestro nido de amores,

eras bueno, me querías, adorabas á tu hijo y llorabas de pena hablándome balbuciente de una credencial que nos salvara. No he olvidado aquella noche en que volviste á casa cuando ya mi cabeza, rendida de esperar, caía contra el pecho aún húmedo por mis lágrimas de horas antes; me diste un beso largo, tembloroso, lleno de amor y tristeza; te ví pálido, desencajado, al par que en tus ojos brillaba un no sé qué de alegría y gozo; me enseñaste un papel, y, abrazados, leímos tu nombramiento para Filipinas... ¡Cuánto lloramos, y sin embargo, cuántas gracias dimos á Dios por aquel martirio!... Nuestros recursos no permitían viaje tan costoso; no queríamos separarnos, mas era imposible conseguirlo; yo misma hice tu modesto equipaje: ¿has olvidado nuestros sufrimientos, la desesperación con que nos dimos el último abrazo, tus lamentos al besar por vez postrera al hijo de mis entrañas, que, ¡papá!... papá mío!... gritaba lacrimoso cual si temiese no volverte á ver más...? ¡Qué incertidumbres tan dolorosas hasta saber de ti!... ¡Cuánto tiempo sin llegar tu primera carta!... La Santísima Virgen, á quien tantos votos hice, me escuchó amparándote de peligros, permitiéndote llegar sano y salvo á Manila. Me decías tus impresiones, me hablabas de un modesto bienestar que habías conseguido uniéndote á otros

compañeros de viaje, para formar una familia en que sólo se conversaba de los seres queridos que ansiosos os esperan!... Pasaron meses; todo iba bien; no llegaba correo sin traer recuerdo tuyo, cartas cariñosas, y en ellas la vida, el alimento para tu hijo y su madre tu esposa idolatrada, que decías. Luego... tus cartas fueron menos frecuentes; mas tarde... la pensión faltaba, mandando á cambio disculpas que creí: después... esposo de mi vida, ¿acaso nos has olvidado?...»

. . . . . .

*
* *

Allá, en nuestra amada Península, ¡cuántas madres viven perdiendo la luz de sus ojos, no reposando en trabajar, pegadas á la costura, húmeda de continuo y doloroso llanto!...

A ese tiempo, ¡cuántos en lejanas tierras se revuelven entre lujo y vanidades, que quizá ni sus pensamientos se atrevieron antes á soñar!...

¡Pobres!

ANUNCIOS FILIPINOS

HAY anuncios verdaderamente conmovedores, como los hay alegres igual que unas castañuelas.

Conocí un sujeto matrimoniado, esto es, sujeto en toda la extensión de la palabra, que se divertía en coleccionar anuncios raros, y no pueden ustedes figurarse el número que llegó á reunir, sin otro gasto, por su parte, que unas tijeras de su rostro mitad y las cuartas planas de los periódicos.

En aquella colección leí anuncios como este:

¡Ojo!

Don Pánfilo Rufilancón extrae muelas y pone toda clase de piezas. También trafica en embutidos y vende lanas. Plazoleta de los Menestriles,

mano indicativa. No equivocarse con otra mano que tiene un farol correspondiente al Municipio por donde deben subir los carruajes. Se dan lecciones de esgrima para duelos á muerte. Hay Minerva que hace tarjetas al minuto y esquelas morturias al cuarto de hora. Se venden zapatillas de orillo y enjundia de gallina. Requesón en la puerta. Cosmorama en el quinto piso. Bazar naciente.

S. S. S.

PÁNFILO RUFILANCÓN,
comisionista.

En cuestión de anuncios se ha prosperado tanto, que ya nadie se sorprende, por extravagantes que aquéllos sean.

—¿Quiere usted anunciarme? preguntaba una saladísima mujer á un vejete administrador interino de un periódico incipiente.

—¿Para qué?

—Para que sepa todo el mundo que estoy dispuesta á todo.

—¿Á todo?

Y salió un anuncio redactado en los siguientes principios y términos:

«Joven guapa, dispuesta á todo. Hay quien le

abone. Este anuncio se pone por una sola vez; aquí informarán:» tres pesetas.

Hubo tumultos.

*
* *

Aunque en Manila el anuncio va ganando terreno, todavía no ha llegado al perfeccionamiento actual ó de presente.

Á lo sumo, sale por ahí una señora alquilando los bajos á varios caballeros formales, ó un caballero con influencia personal, solicitando una doncella para su servicio interior doméstico.

Los anuncios expresivos, ó con expresión á la vista de los lectores, avanzan considerablemente, gracias al lápiz de intencionados dibujantes y al favor del público pagano.

—¿Qué quieren decir esos monigotes? interrogaba una.

—Que han llegado las verdaderas piedras de amolar navajas y otros utensilios expuestos, la respondieron.

La ilustración representaba á una madre de familia remachando su nombre de tal á fuerza de arrojar piedras y navajas de las que hacen la barba solas.

No hace muchos días leí en un periódico serio:

Ganga.

«Se vende un Quiles (*) de bastante andar, enganchado de una persona que reserva su nombre á un caballo en buen estado de uso con sus correspondientes guarniciones de Europa, en la calle de las Necesidades, letra Z, darán razón.»

Hyfgrllmx 12+bejkño.

Una viuda acomodada vendía la otra noche una tartanita de las que están de moda.

Fué á verla un joven reciente, ó que desembarcó hace poco, y... no tomó la tartana, pero se quedó con la viuda en clase de pupilo garantizado ó con óliza de seguros.

Otra viuda tambien anunció una araña (**) vieja á precio módico, pagadero á plazos. ¡Fué buena suerte! Un *matandá* (***) cargó con las dos viejas, y las disfruta á plazos largos, que fueron los convenidos después de varios dimes y diretes pacíficos.

—*¡Se admiten estudiantes!* exclama en letras de

(*) Carruaje parecido á una de tartana.
(**) Especie de calesa.
(***) Hombre antiguo en el país.

molde una industrial, y en menos que canta un gallo se hace maestra de niños con bigotes y demás.

—¡He recibido la cerveza marca Redoblante! grita un industrial con seudónimo conocido; y el redoble redobla en los estómagos aficionados á este género de golpes de cuero, antes de que salga á la vergüenza pública el tercer anuncio, que se cambia por el siguiente:

—¡Ya se han acabado los redobles!... ¡Se esperan más, y avisaré á domicilio!...

El quinium Labarraque se amalgama con los corsés de Princesa, éstos con la peptona Defresne, ella y aquéllos con la Velutine, y el cuarto que se alquila, la calesa que se vende, los quesos que se acaban de recibir, la almoneda, el espectáculo, las notas aclaratorias, los honorarios facultativos, los carros mortuorios, etc., etc., resultando un conjunto interesante, sostén seguro é ilimitado de las publicaciones periodísticas.

Pero para anuncio, el que tiene en proyecto un industrial muy dado á originalidades.

—Mire usted, me decía, voy á soltar unos cuantos *taos* (*) con una máquina de imprimir en la mano; voy á colocarles en las esquinas, y ¡paf! á todo el

(*) Hombres.

que pase le largan una bofetada de cuello vuelto con la mano donde irá la máquina. ¿Comprende usted? les dejarán el anuncio impreso en la cara para *in æternum*.

Este eclipsará á los newyorquinos y dará una clientela asombrosa á los dentistas.

Y no faltará quien se dé la *¡hupa!* á sí mismo, por evitar manos extrañas.

Tan novísimo género de anuncios tiene ya su nombre.

«Anuncios imprevistos con estampilla sentimental.»

¡Digo si producirán sentimiento!

EL VALE (*)

No, no son excusas; creedme, está en mis deseos pagar á usted, mas no puedo... tengo multitud de créditos por cobrar... de un momento á otro espero realizarlos... ¡por compasión, no me desampare usted... no precipite mi ruina... puedo, aún puedo salvarme!...

Y en lo tembloroso de su voz, la angustia que el rostro acusa, el ansia infinita que en el mirar despide, brilla la verdadera pena, la inmensa amargura que tortura su alma, donde ruge toda una tempestad de lágrimas y sollozos, de maldiciones y desesperación...

(*) En Filipinas es cosa corriente hacer los pedidos por *vales*, que luego se pagan á fin de mes (ó no se pagan nunca).

—Una semana más; he aquí todo el plazo que puedo concederle.

Así le dice; salúdale después con una inclinación de cabeza, y marcha, dejando á un hombre honrado la concesión de llamarse así siete días más...

—

El plazo es breve, exageradamente corto, tratándose, como se trata, del honor de un hombre.

Mas no por ser breve, deja de ser razonable; es el cuarto; le han precedido otros tres más largos y los ofrecimientos del apremiado no se han cumplido, á pesar de su voluntad en satisfacer cuanto debe.

No tiene esperanzas de salvar; sus lamentos y súplicas de piedad obedecieron esta vez más al instinto que á la razón; conoce perfectamente que no pagará; siete días son muy poco tiempo para conseguir una fortuna, y una fortuna es lo que se le reclama.

—¡Ah, el negocio!...—murmura—así no es posible más que la bancarrota, la ruina!... ¡Necio de mí!... ¿y he confiado en resultados irrealizables?... ¡claro!... mi caballerosidad creyó en la de todos; á nadie negué mi protección, con ninguno me excu-

sé del favor que pedían, y poco á poco he ido gastando rentas y capital, sin conocer que admitiendo el crédito de los demás tiraba el mío por los suelos para que luego ellos mismos lo pisoteen y escarnezcan!... ¡Esto es horrible, infinitamente horrible... no he conocido dolores más inmensos!... No me asusta la miseria; la deshonra es lo que me espanta; ¿yo... yo... deshonrado? ¿mi apellido corriendo de boca en boca... maltratado... perdido para el mundo de los buenos... incluído entre los del criminal?... ¡Dios mío, Dios mío, fuerzas; dadme fuerzas... que me vuelvo loco!!!

—

Vacilando á cada paso como quien camina ebrio, se dirige á la caja, examina sus libros, cuenta su numerario, buscando en aquel montón de papeles la tabla salvadora donde sostener su honor próximo ya á fenecer víctima del naufragio. Mas su activo es insignificante al lado de la deuda, no halla elementos para defenderse, está perdido.

Una llamarada de cólera se escapa por sus ojos; desesperado revuelve la nieve de su cabeza que á impulsos de la ira se enreda en las convulsas manos, y en la boca asoma sanguinolenta espuma que enrojece sus labios, antes lívidos y secos.

—Agotaré los recursos; este es el último; no hay tiempo que perder; vamos.

Poco después entra en una casa de la calle de... donde habita una conocidísima persona.

.....

—Estoy arruinado—le dice;—con lo que usted me debe y otros parroquianos más, puedo salvarme; es preciso que ustedes me paguen, sí, que me paguen para que yo pueda pagar; es mi honra la que va en ello, mi honra; perdiéndola perderé la vida, mas ¡ay de quien me la arrebata!...

Se establece un diálogo de excusas, de súplicas, de inculpaciones; síguele otro de amenazas, insultos é improperios; las lenguas se mueven nerviosamente lanzando rápidos, terribles remolinos de frases malsonantes; la razón se esconde avergonzada, el corazón se subleva mandando fuego abrasador que enrojece la vista y aviva los odios; una mano más nerviosa que las otras choca, llena de vigor, contra una mejilla; despues... una pistola que el demonio colocó exprofeso; la venganza que grita, la mano que dispara, un hombre que cae, y otro que, dando carcajadas de loco, huye despavorido...

—

Coméntase al siguiente día tan triste suceso; todos se lamentan horrorizados y compadecidos.

En tanto, allá de un puerto no lejano (*) llegan hombres y más hombres, hacinados los unos sobre los otros como asqueroso montón de basura, mientras otros tornan llenos de dinero, estableciendo la espantosa crisis comercial, motivo de inminente desastre.

Y el *vale*, ese asqueroso papel inventado por la miseria, circula de mano en mano, lleno de protestas, de falsedades, de indescriptibles acotaciones, mientras el vecino inmigrante guarda cuarto sobre cuarto el potente tesoro puesto á la circulación pública como medio de segura existencia.

¡Oh! Abierta la vena, por mucha sangre que el corazón produzca, acaba por no moverse, aniquilado y frío.

Y el sér muere tras angustiosa agonía, sin poder siquiera articular una frase de despedida; ¡atroz anemia que todo lo ahoga!...

(*) Hong-Kong (China).

EL MOSQUITO

VUELA rápido, describiendo curvas prodigiosas; va, viene, escapa, torna, agita sus alillas que vibran soltando agudísimos cantos.

Su pequeñez le protege, su viveza le defiende; astuto, sagaz, logra sus propósitos á fuerza de terquedad y constancia desesperante.

Quien, asegura lleva en su trompa gérmenes enconosos; quien, venenos activísimos; quien, sed infinita, inconmensurable.

El diminuto nemócero, agitándose en el aire, con el cuerpo rígido, las antenas enhiestas, los palpos recogidos, la trompa abandonada, busca, lleno de avidez, donde apagar la sed que continuamente le acosa; divisa el manantial deseado, y dando gritos de regocijo, cae, se apoya tranquilo

sobre sus seis patas, fija su trompa, la hace penetrar lentamente y... chupa que es un gusto, mientras, levantando las dos últimas extremidades, juega con ellas como los chiquillos cuando restregan los puños diciendo: «¡rabia!» y que pica que rabia...

*
* *

—A la verdad, no he visto insecto más fastidioso y abundante, me decía D. Primitivo dándose de bofetadas como si su propia fisonomía le hubiera ofendido: ¡esto me desespera, me contraría de modo horrible! No puedo hacer nada de provecho; llevo una hora ¡mucho más! escribiendo esta carta á la familia, y los pícaros mosquitos no me dejan pasar de los primeros renglones: ¡qué atrocidad!

El buen señor saca un pañuelo, le agita rabiosamente, y exclama elevando el diapasón:—¡Fuera... fuera canallería!... gentecilla insufrible... chupadores insaciables... ¡á comer donde se reparta bazofia gratis!...

—Mire usted, continúa, enjugando el sudor que corre por su frente; esto es una fatiga irresistible; desde que llegué parece que todos los mosquitos de Manila se han metido en mi casa; y soy tan desgraciado, que aún no he tenido el placer de reventar á uno... ¡Oiga! ¿Pues no se me ha posado

uno en la mismísima punta de la nariz? ¿Le ve usted? ¿Y qué hago, Dios mío? Quisiera despampanarle, despachurrarle, destriparle... ¡Juy! ¡Cómo pica! ¡Nada! Me muevo, y como si tal cosa; sigue impertérrito... Le daría un puñetazo de buena gana, pero me reventaría las narices... ¡Por vida de...! ¡Bah!... Ya se ha marchado, dejándome una roncha... Hombre, ¿ha visto usted qué desgracia?...

Con furia, después, se rasca la punta de su aditamento nasal, haciendo grotescas contorsiones, estirando y encogiendo el rostro como si fuera de cautchuc ó de goma.

Y continúa:—¡Es que no tengo momento de descanso!... ¡El tunante me persigue en todas partes: mientras como, en tanto que paseo ó trabajo, hasta en la cama hallo unos cuantos que no me dejan dormir en toda la noche!.,. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Creerá usted que se debe á falta de precauciones? Pues, no señor; yo, yo mismo pongo el mosquitero... le coloco con un cuidado... verá usted: primero lo sacudo; después le corro poquito á poquito; luego le recojo con la sábana; me desnudo, levanto lo preciso para que éntre la cabeza, y cuando aún no ha entrado toda, lo primero que siento es un i... i... i... i ¡maldito...! ¡se me pone en medio de la calva!... Esto sucede todas las noches... ¡Ciaro! yo no sé qué hacerme, porque si meto las manos con

ímpetu, me expongo á que éntre toda una legión de esos animalillos; ¿sabe usted lo que hago? pues me cuelo poquito á poco, cuidando de que el mosquito no se marche; me siento en la cama y ¡zás! en vez de santiguarme como tengo por costumbre, me doy la palmada más fuerte y sonora que puede darse un hombre cuando tiene alguna gran idea; ¿qué? ¿Usted se figura que reviento al mosquito? Pues, no señor, no le reviento; sale con su i... i... i.., i.., i... tan frescote el sin vergüenza!...

D. Primitivo aprieta los puños y los deja caer violentamente sobre la mesa.

—Para que comprenda usted hasta dónde llega mi desgracia, le diré que se me entran por las narices, haciéndome cosquillas insoportables; pues bien: alegrándome en medio de todo, porque pienso han de morir en ellas, voy á sonarme con estrépito, y, ¡asómbrese usted, amigo mío!... el otro día entró uno, y cuando llevaba mi pañuelo á las narices, escapaba el indino con su eterno i... i... i... i... ¡como si se mofara de mi impotencia!...

***

D. Primitivo se puso á terminar la comenzada carta, mientras yo, encendiendo un cigarro, hojeaba un álbum de preciosas fotografías, editado por Block, copias de cuadros de Massou, Lubin, Des-

portes, Bertrand, Weber, Boutet del Monvel, Vimont, Georges Hébert, Liphart, Szindler, Maillart, Delance, Blanchou y otros.

Cuando volví á mirar á D. Primitivo, no pude menos de soltar una estrepitosa carcajada.

No se le veía el rostro.

Le tenía lleno de mosquitos.

UNA ESPAÑOLA ABANDONADA

Ni una lágrima, ni un sollozo, ni el más leve suspiro.

Y sin embargo, el rostro, la misma actitud de aquella mujer, acusa inmenso sufrimiento.

Está sentada junto á una cuna, sobre uno de cuyos costados descansa la cabeza; de ella sale revuelta trama de cabellos tan rubios como los ensortijados del niño que al lado duerme sonriendo á veces; quizá sueña con las caricias de su madre...

La mujer, guarda de aquel niño, tiene los ojos cerrados, las manos cruzadas, la boca entreabierta, el cuerpo indolentemente abandonado, los pies juntos y sobrepuestos.

Exagerada palidez tiñe su rostro; precipitado respirar conmueve su seno.

Al pronto se la creyera dormida, mas no, no duerme; una vez se ha estremecido rápidamente; ha cerrado la boca, han asomado unos dientes blanquísimos, diminutos, que, oprimiendo tercos al labio inferior, le han martirizado hasta sangrarle; las manos se han enlazado con más fuerza; el pecho ha dejado de moverse, si bien, al poco, todo ha vuelto á representar tranquilidad é indiferencia.

Una hora; otra; sabe Dios cuántas han pasado sin modificarse en nada el grupo.

El niño durmiendo.

La mujer velándole inmóvil, como inanimada estatua...

***

Si pudiéramos penetrar en su cerebro, le veríamos repasando un libro que no tiene una sola página triste.

El día que al salir de las Calatravas le vió fijarse en ella con insistencia tal, que le hizo bajar la vista al suelo.

Los que siguieron, llenos de sentimientos nuevos para ella; gozo y pena; deseos de llorar y afanes de dichas sin cuento...

Otro en el cual leyó ruborosa su primera carta.

Otros más lejanos, testigos de sus primeros juramentos de amor.

Aquellos en que su Luis—ya así le nombraba—fué admitido por la familia como esposo futuro.

Los felicísimos ocupados en preparar la unión tan deseada.

La mañana en que se tomaron los dichos.

El día de la boda.

Su encantadora jira de novios por Andalucía.

La noche jubilosa en que nació aquel niño, que tan reposado ahora duerme en la cuna.

Su viaje á Filipinas, donde soñaron tantas esperanzas de economías y bienestar.

Páginas alegres, orladas todas de rosas y siemprevivas...

*
* *

La mujer se ha incorporado rápidamente.

Abiertos sus ojos, acusan el espanto, la desesperación, el delirio.

Tiemblan sus labios; las manos, que mantiene cruzadas, se retuercen, haciendo crujir sus huesos...

El seno se dilata; la faz aumenta en lividez; intermitentes contracciones la alteran, y un hondo sollozo se deja oir...

—¡Luis... Luis mío...! dice balbuciente; ¿pero es verdad?... ¿no estás aquí, á mi lado?... ¿y vivo aún? ¡ay!... ¡parece imposible...!

Y se retuerce desesperada, llevando las manos á su cabeza, cual si la sintiera despedazarse del infinito dolor que siente...

—¡Muerto...! ¡muerto mi Luis...! yo aquí... sola... abandonada... ¡léjos de todo consuelo!...

Al fin, el Dios de los buenos que por ella vela, manda á los ojos un raudal de lágrimas, haciéndolas ir amorosas al niño que á la impresión de aquéllas, despierta gritando con medroso acento:—¡mamá... mamá... papá mío...!

Luego calla, devolviendo con sus manitas de ángel las caricias de su madre, que le besa con pasión, mientras llora desconsolada...

*
* *

Un transeunte que por allí pasa, se ha detenido, llamando su atención el brusco abrirse de las conchas (*).

Alza su vista, y se estremece viendo á la mujer y el niño, que asoman.

Ella mira al cielo, cual si rezara; lleva en brazos al niño que le abraza con fuerza y grita: ¡papá!... ¡papá!...

Ambos suben cada vez más.

(*) Así se nombran en Filipinas las piezas de madera y concha, destinadas para cerrar el balconaje.

—¡Alma de mi alma!.... le dice ella, besándole con ansia infinita: ¡con papá; sí; con él, con él vamos!...

La domina el vértigo y caen á la calle, donde se desploman.

Un hilo de sangre aparece en la frente de la mujer, que en instantes tiñe el suelo de rojo.

Abre los brazos, y el niño rueda al suelo.

Está muerto.

Muerto como ella.

Muertos los dos, como Luis, el esposo, el padre...

***

¡Ah! ¡Qué horribles, qué atroces pensamientos deben pasar por la cabeza de las mujeres que aquí quedan desamparadas, solas...!

A LA EXPOSICIÓN DE FILIPINAS

La próxima Exposición Filipina está dando lugar á preparativos extra é intrafamiliares.

Aparte de las cosas sérias ó de carácter general con fisonomía del país, se preparan instalaciones de *motu proprio*, ó por los propios habitantes, que han de conmover y hasta hacer lagrimear á los respetables miembros del Jurado.

Conozco un indígena femenino que es una rareza de colorido en los productos naturales, y á quien su *castila* (*) y señor, piensa mandar con viento fresco, ó para cuando refresque el tiempo, muy seguro de traerse una medalla de oro con su diploma correspondiente.

—¡Figúrese usted—exclamaba el otro día—si

(*) Así llaman los indígenas á los españoles.

me llevaré premio, cuando la vean del color natural índico y con cinco propios hijos rubios, lo mismo que si ella fuera *inglaterresa* de nacimiento!

Otro respetable señor, que no ha logrado aún dos horas de tranquilidad doméstica por *mor* de una mamá política con azogue en los vasos linfáticos, está lleno de júbilo desde que le han dicho que van á admitirse bustos con opción á premio.

—¡Me salvé!—asegura dando brincos;—¡hijos de mi alma!... vosotros seréis célebres; ¡el busto propio de vuestra abuela, figurará en la Exposición y pasará á la historia como una notabilidad contemporánea!... por supuesto, añade, que irá *el propio* busto; ella, que habla tanto, llamará la atención... pienso ponerla este letrero:

CABEZA PARLANTE
FILIPINA
Ó
CABEZA DE MUJER
CON HIJOS CASADOS
Á LA COLA
—
NO ARRIMARSE
QUE MUERDE.

Conozco una señora en estado de merecer, ó que se merece cualquier cosa, *la cual* está escri-

biendo una curiosísima memoria, que piensa mandar á la Exposición, probando que, habiendo alquilado la casa núm. 12 de la calle del *Mefitismo*, y viviendo en ella hace tres años, todavía no sabe dónde está el verdadero núm. 12 de la susodicha calle, sucediéndole con frecuencia introducirse arriesgadamente en casas vecinas con vecinos más ó ménos peligrosos.

Según observaciones de la indicada *memorialista*, ello depende de que ya tienen cuatro casas de la repetida calle el mismísimo núm. 12, dándose el raro caso en cuestión de casas, de haber otras muchas innumeradas.

Lo que me decía ayer un presentado casualmente:

—En la calle de tal, frente á la casa cuál, que está al lado de las accesorias tales, de «silla,» (*) tomando luego de «mano» (**) y buscando la esquina de la calle cuál, junto á las cocheras que lindan por el Este con la *pansitería* (***) *del primor*, verá usted una casa con fachada de color de ceniza; pues bien, diecinueve casas más allá, tomando de mano, tiene usted su choza.

Hay desgraciados que necesitan poner en el

(*) Quiere decir *izquierda*.
(**) Quiere decir *derecha*.
(***) Establecimiento chino.

presupuesto de gastos reservados un par de *cajeles* (*) cotidianos para saliva usufructuada en ofrecimientos verbales de vivienda.

D. Homobono Tintilla, padre de otros cinco padres, ó con cinco hijos casados con fruto, también ha determinado hacer su viajecito á la capital de la Metrópoli, en espera de una pensión vitalicia, como premio á su constancia.

Vino por el Cabo; quedó cesante antes de llegar, y sin ayuda de *naide*, ha sabido hacerse una fortunita con cinco hijos de una sola madre.

Regularmente se colocará el siguiente letrero como en la espalda:

Quince años de trabajos forzosos,
sin abonos.
Tiene personas que le abonen.
Comió seis años morisqueta (**)
pura.
Y otros cinco impura ó con
pescadillo.
Tiene cinco hijos.
Y 200.000 pesos.

Algunas madres de familia con estómagos privilegiados, se ocupan en *apañarlos* para hacer sus instalaciones.

(*) Limones.
(**) Arroz cocido y seco.

He visto algunos ejemplares curiosos, entre los que se ha de llevar un accésit por lo ménos, el de un oficial de la clase de los quintos que ha resistido las cocinas de veintinueve repúblicas rojas, ó de á diez pesos personales con doce abonados, treinta *menús* distintos de tartera á domicilio y algunos cubiertos de 0'75 con sinapismos ó uso á la fuerza de pimienta, mostaza, salsa inglesa y otros rubefacientes extranjeros.

—Desde que estoy en Filipinas he engordado tres cuerpos—decía una jamona con polisón equivocado ó delantero;—y usted ya ve que estoy engordando el cuarto.

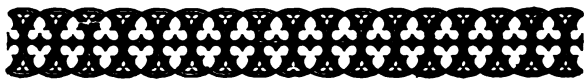
Á esta madre de nuevo cuño, ó que no servía para ello allá en su tierra, le aconsejan varios facultativos se presente en la Exposición para estudio científico en cuestiones ortopédicas.

—Pues yo—murmuraba una señorita con tomate en ambas mejillas,—no solamente he echado aquí cuerpo, sino hasta vehículo.

Por supuesto que en esto hay exageración.

La pobrecita sólo disfruta de una tartana viuda, ó á quien se le ha muerto el caballo.

Y, por temor á que se me enfaden, no entro en interioridades con respecto á otras instalaciones que se preparan.



LA ANEMIA

Si va contento?

Contentísimo.

Por su gusto, nunca con mayor placer hubiera preparado su viaje; la exagerada postración que le domina ha impedido lo haga; pero todas cuantas disposiciones se tomaron, fueron hijas de su atención; él redactó la instancia en solicitud de licencia por enfermo, y aunque haciendo esfuerzos grandes, pues la mano temblaba y la cabeza se desvanecía, firmó, exclamando al terminar: «¡Bendito sea Dios, cuánto trabajo me ha costado escribir lo que antes hubiera escrito durmiendo!»

Probando grande energía, hizo ante los médicos encargados de reconocerle, la historia de su padecimiento, les rogó admitieran sus honorarios,

que ellos se negaron á recoger, y con lágrimas de gratitud les tendió su descarnada mano, diciendo frases de cariño y patriotismo, pidiendo fervoroso á la Santísima Virgen no permitiera nunca que otro español llegara á verse en el tristísimo estado y situación en que él se encontraba.

Quiso despedirse de todos sus amigos; así lo manifestó repetidas veces; deseo imposible; bastante peligrosa era su traslación hasta el barco, que esperaba allá en mitad de la bahía...

Llegó la noche.

El enfermo estaba animado; soñaba con las pátrias tierras donde, impacientes, llenas de zozobras y lágrimas, le esperaban su amantísima y ya decrépita madre, una hermana que dicen da envidia al mismo sol por su hermosura, y un pequeñín, Luisito, á quien sólo conoce por fotografías, y que hace ya tiempo le dedica unos rengloncillos gruesos, torcidos, con frases de amor entrañable en cada una de las cartas que le escriben...

* * *

Aquella noche se manifiesta un notable alivio en el enfermo.

Habla con varios amigos que le han querido ver antes de partir, que le prometen acompañarle al

barco, cuando, al despedirse, le dejan para que descanse hasta la madrugada.

Dos compañeros de oficina quedan para cuidarle.

El médico da sus instrucciones, despidiéndose hasta la siguiente mañana.

—Continuando así, dice, está salvado; esa tranquilidad es de buen agüero, pero es preciso se sostenga...

* * *

Serían las dos de la mañana, cuando el enfermo empezó á revolverse en el lecho.

Su inquietud fué aumentando.

Los compañeros que le cuidaban habían sucumbido al cansancio, y dormían profundamente.

* * *

Por la imaginación del enfermo cruzan pensamientos que, si bien son consuelo grande para su espíritu, martirizan horriblemente la materia, cuya excitación aumenta cada vez más.

La fiebre le hace soñar, y, delirando, se cree ya en el vapor, libre de todo mal, repuesto, fuerte, lleno de vida.

Le parece perder de vista las costas filipinas, y

¡adiós! decirlas con entusiasmo; nunca te olvidaré, tierra generosa donde pasé tantos años trabajando por aquellos á quienes voy á ver; á ti debemos cuanto somos; tú me diste pan, pan sobrado para ellos y para mí... ¡ah! volveré, yo volveré, y en tanto, tuyas serán mis frases de gratitud...

Y supone llevar el pañuelo á sus ojos... hasta siente rodar por las mejillas lágrimas de ternura inmensa...

Luego, días hermosos... horas terribles de borrascas... horizontes bellísimos... el viento haciendo crujir los palos del barco... la mar serena como lago infinito... agua que á torrentes manda el cielo... noches de luna... olas que se encrespan hasta inundar la toldilla... miedos, ánimos, recogimiento, algazara, tristezas, espontáneos placeres, en fin, esa mezcla de *todo* que representa la vida en el mar, y aún más en largas y penosas travesías...

Después, Barcelona; su indescriptible movimiento mercantil, templos hermosos, elegantes edificios, flores, joyas, mujeres encantadoras, teatros, hoteles, cafés, paseos, tranvías... el tren que avisa, que después serpentea sobre la férrea vía como veloz y gigántea culebra.... Zaragoza... Madrid... y en el andén la anciana madre, que viéndole asomar en la ventanilla del vagón, grita:—¡hijo mío!... ¡hijo de mi alma!...—la hermana corriendo junto al coche

por no perderle, mientras la madre sigue exclamando:—¡hijo!... ¡hijo mío!...—acelerando el paso, ya corto y vacilante... Luisito, que saluda con su carita de ángel, risueño como unas pascuas... el abrazo primero... los fortísimos y prolongados besos que le siguen... muchas, muchas felicidades á un tiempo...

*
* *

El despertar es atroz.

Se ve en Manila: ¡solo fué un sueño!...

Todo le parece más triste; tiembla pensando en su estado, y febril, ansioso, quiere acortar el tiempo, pues parece que la vida se escapa, y desea vivir para gozar cuanto ha soñado.

Amanece.

El médico ha tenido larga conferencia con otros compañeros.

Todos opinan lo mismo.

Aquel hombre se muere.

Dan las seis.

A las siete el enfermo pronuncia palabras incoherentes, delira, se agita...

Más tarde, su faz se desencaja; abre los ojos con espanto, quiere hablar, y las frases mueren en su garganta, ya seca...

Hace infinito esfuerzo, á favor del que casi se incorpora...

Después, cae sin vida, á tiempo que en la ciudad se escucha un cañonazo.

Es el vapor correo que se despide de Manila.

*
* *

¡Madre, pobre madre que le esperas; llora desconsolada, y, si puedes, sueña como él con aquel infinito abrazo, con aquellos amorosos besos que le preparas...!

EL PANGUINGUE (*)

LA baraja es una invención del demonio; esto no hay que dudarlo.

Tiene en sí la universalidad y síntomas característicos nacionales; es decir, que, siendo ella una sola, ofrece rostros diferentes según se maneje en las distintas potencias no Eu y sí Europeas.

Con los cuarenta y ocho naipes se juega uno desde la modesta y fuchinada copa de lo tinto con bautismos reservados por el propio cosechero, hasta la fortuna de un Salamanca.

No hay libro más popular y que antes se aprendan los mamíferos con pronunciación y uso de entendimiento inclusive.

(*) Juego filipino de naipes.

—Á los tres años sabía jugar á la brisca, y le gané á mi prima todos los perros chicos que pudiera *sustraer* á su madre en los primeros ocho años de su juventud,—decía un acérrimo partidario del monte cerrado ó con puertas.

Es que hay quien aprende el *busilis* de los naipes en el mismo claustro materno, y sale al mundo copando timbas, como alguacilillo de tirolés con sorpresa, ó de los que sueltan su bastón cuando cualquiera se figura que va á soltar un duro *ú* más.

Yo no soy fuerte en estos *estudios*, pero los conozco de vista, y, en honor de la verdad, puedo asegurar que cuando estaba echando la segunda dentición y me andaba cerca de los colmillos, jugaba envidiablemente, según decían, á la *mona* y al *burro*, de cuyas combinaciones afortunadamente no me acuerdo.

—El *tute* es juego de cartas tomar y de tomar armas en bastantes ocasiones—refunfuñaba un aficionado;—pero yo no puedo dominarme, y me los doy á turno doble diario; desde que tuteo á mi suegra y juego el *arrastrao*, le doy á mi mujer cada tute de tutes, que la reviento.

Este *cabayero* es el mismo que me hizo un actor cómico con alguna insistencia en un teatro de la corte.

Recuerdo que le contaba al público:

«Nací (nadie lo discute)
en una noche de Enero,
en que al calor del brasero,
jugaba mi madre al tute.»

Y más adelante:

«Sin duda con la emoción
de tener juego seguro...
¡Vamos!... salió del apuro.
Dijo: «¡Las cuarenta!» y... ¡pón!»

Con efecto, hay quien nace acusando á su madre las del palo, y hasta veinte en otro para remache.

—Entre los juegos de cartas, el tresillo es elegante y en *la*, ó de alto tono—sostiene un amigo mío con su correspondiente esposa humana y siete infanticidios matrimoniales (ó niños muertos por abuso del corsé *Venus*), á quienes también sostiene con el sudor de su frente.

Y sin embargo, al desgraciado, que lleva estadística *tresillal*, le han dado 12.352 codillos, ha puesto 14.808 puestas, le han cobrado 7.609 bolas y le han arrastrado el basto más de 500 veces.

—Nada me importa,—suele decir con indiferencia;—ya sé que *me la ponen* con cinco bazas segu-

ras; esto no me quita la ilusión; el tresillo es muy difícil.

Y sigue jugando.

Una de las distracciones más peligrosas en cuestión de naipes fué siempre para magras con costilla, ó señores con señora á la espalda, el jugar á los cuernos. Pues bien, hay hombre con hembra adquirida legalmente, que se daría de bofetadas con el primer quídam que se atreviera á hacerle la contra en esta cuestión tan distraída y demás.

—¡Yo juego á lo que me da la gana!—rebuznaba uno;—cada cual tiene sus aficiones; yo estoy aficionado y *asta* acostumbrado á semejantes cosas...

Lo malo es que hay muchos jugadores ignorantes, no porque no conozcan la distracción, sino porque la juegan sin saberlo.

—¡Soy rey!—voceaba uno.

—¡Yo también!—respondía otro.

Jugaban al monte la respetable cantidad de una peseta con marco dorado—ó de las que no pasan, y dejaron con la boca abierta á un paleto de la clase inferior inmediata, que se *divertía* dejándose levantar cadáveres procedentes de una testamentaría con diferencias á su favor.

Aunque mal, cualquiera llega á comprender todas esas combinaciones de brisca, tute, tresillo, ecarté, *bisbís* y compañeros mártires.

Pero lo grandioso, lo inconmensurable, lo raro é interesante hasta ciertos puntos de ambos sexos, es el *panguingue*.

Algunas veces he visto jugarle, y me he quedado sin un acento, sin una comilla, sin el más leve rasgo de esa multitud de cartas que, abarquilladas, como si fueran á poner en ellas ungüento amarillo, van de mano en mano, saltando cual gatos negros en noche de picos pardos y de luna creciente, llena ó menguante, pues para que los gatos salten, da lo mismo; y digo de luna, porque sin ella sería muy difícil ver los gatos negros.

Lo que he observado con dolor es la abundancia del sexo bello del propio país, la atrocidad de tabaco en tacos que se consume, y la infinidad de madres con críos que *panguinguean* toda la calderilla practicable con lacre de luto natural por el uso.

—¡Abá! (*)—rumiaba una vieja de la clase póstuma paterna, ó con cara de su padre ya difunto.—¿Dónde va aquel mis cualtas?

A la buena *señora* se le había adherido un *tao* (**) encargado de llevar las ganancias al Banco

(*) Exclamación tagala.

(**) *Tao* expresa maliciosaménte cualquier sujeto; viene á significar lo que en castellano dice «¡vaya un tío!»

de las economías con falsete ó gallera, y cada media hora la limpiaba el organismo de todo metal á la vista y alcance inmediato.

Pero el tao la consolaba, atragantándola con buyo, y diciéndola: *¡tumalon!* que, traducido directamente al castellano, quiere decir... sabe Dios lo que querrá decir.

En este juego de ingenio, aparecen casas fuertes con garantía ilimitada como las máquinas SINGER, y sus representantes (los de aquéllas), cuando se les acaba *la barrilla* (calderilla en lenguaje natural), exclaman con aplomo por su propia cuenta y riesgo:

—*¡Isa mo rini!* ó *debo yo contigo*, que es igual.

Y se abren cuentas corrientes en la imaginación, pues no conocen la partida doble, y les estorba lo negro.

Para un aficionado á posturas académicas, el *panguingue* es un tesoro.

Hay *may asaua* con *pasusuhin* doble, ó *babaeng* casada y con dos chicos de los que no se comen (*); vocativos de *mamay*, (**)ó que carecen de ella, que semeja una alegoría con movimientos naturales

(*) También se llaman *chicos* en Filipinas á unos frutos parecidos al níspero.

(**) Nodriza.

del ídem contínuo; sentada en un banco sin interés, pero que se pega; con el *baro* (*) á medio estómago, las mangas del mismo recogidas en vueltas de artístico gusto; chorreando tinta; devorando buyo, tabaco y naipes; rascándose las bases sustentativas y substanciosas; escupiendo bermellón de China; recogiéndose, estirándose, doblándose y no parando en moverse, hace y deshace montones de barrilla, gesticulando, voceando, riendo, casi llorando en ocasiones tristes. Guárdala las espaldas el *tao* marital, que recoge los chicos, los duerme, y la jugadora dice:

—*Cunin mo ñga itong anac mo, que está haciendo perjuicio conmigo.*

Es que los chicos la azaran, ó dan mala sombra en el juego.

Suele suceder que el *tao* matrimonial no quiere coger los *rorros*, porque *fiensa* (**) ir á la gallera y teme la mala sombra de los inocentes, que unas chiquillas al fin recogen y pasean, dándoles grandes saltos para su solaz y entretenimiento.

(*) Especie de chambra.

(**) Los indígenas, cuando hablan en castellano, convierten frecuentemente la letra *f* en *p* y ésta en aquélla. Así, dicen *Pilifinas* por Filipinas, *peliz* por feliz, etc.

—Creame usted,—insistía un desocupado, que ya me lo ha dicho la mar de veces;—yo voy todos los días á ver *panguingues* con un solo objeto: ver jugando á un inglés.

¡Tendría gracia!

UN ESPAÑOL QUE SE MUERE

DE HAMBRE, Y OTRO QUE SE RÍE

La habitación es reducida, triste, lóbrega. Difícilmente pueden hallarse muebles más pobres que el catre, mesa, armario y par de sillas que convierten en vivienda aquel húmedo y espantoso entresuelo (*), donde parece imposible habite ser humano.

Hay sobre la mesa tintero, papeles y cartas en desorden, un reloj de tictac rápido y seco, algunos libros, y una lámpara que á media luz ilumina, con lo descrito, los chillones colores de un cromo clavado en la pared, representando al Crucificado.

(*) En Filipinas llaman entresuelos á los cuartos bajos.

Sobre la cama, de espaldas á la luz, parece dormir un hombre.

El entresuelo corresponde á una casa en cuyos altos vive un *matandá* con su consorte, hermosísima mestiza de negros y grandes ojos...

—

Arriba todo es fiesta.

El feliz *matandá* celebra con bullicioso banquete el aniversario de su boda; Ninay, la bella mestiza, festeja á los convidados, prodigándoles sonrisas de júbilo, miradas de gratitud, palabras de contento y gozo; semeja juguetona mariposilla libando de flor en flor las mieles de su dicha...

Reina franca alegría; saboréanse con descarada fruición suculentos manjares, que de continuo sirve innumerable cohorte de criados; vacíanse botellas, que alegres se destapan, prometiendo enredados hilos de carcajadas sonoras como el vibrar del oro, unísonas como chasquido de besos que se cambian dos bocas; en aquella atmósfera todo es felicidad, encantos, luces, cristales, flores, aromas... Luego los brindis; el *Champagne*, que los canta sentido y vivaracho, soltando arpegios de placer por cada burbuja de su hirviente espuma; después, el humo del tabaco, los excitantes vapores del café, el suave caer del licor pegándose á las

copas, coloreándolas de finísimas tintas, revolviéndose en ellas como llamaradas de fuego...

El *matandá*, Ninay, sus convidados, ríen, cantan, gritan; del piano que hay allá en la sala, brotan alegres compases, que llaman incitando; crúzanse miradas de amor, los cuerpos se acercan, las cinturas se dejan abrazar, algunas cabezas se apoyan voluptuosas en hombros que se estremecen á tan grato contacto; queman los alientos, los nervios desfallecen de impresión, callan las lenguas, dejando toda su verbosidad á los ojos, que hablan rápidos, vehementes, apasionados, desprendiendo haces de luz que ciegan como rayos que escapan de oscuras é impenetrables nubes; tormenta de verano, sin ruido alguno; calma, sosiego aparente, batalla infinita en lo insondable; la alta y silenciosa montaña llena de fresco verdor, con su cráter abierto y mudo, mas en cuyo corazón se retuercen furiosascorrientes, pugnando por escapar entre espantosos desaforados gritos...

Y comienza el baile.

.....

—

—¡Socorro! ha exclamado con débil voz el hombre que parecía dormir en el entresuelo.

—¡Soco...rro! ha repetido imperceptiblemente.

Se retuerce á titánico esfuerzo; se incorpora, vacila y cae, dando el rostro á la luz que medrosa le ilumina.

No es posible expresar mayor angustia; faz desencajada, cadavérica; frente sudosa, arrugada, medio oculta por espesos y descompuestos rizos; el mirar clavado en la altura; dos lágrimas que lentas asoman en los ojos... se ensanchan... llegan suaves á los salientes pómulos, que de ellos caen rápidas, como si fueran de plomo y la gravedad las arrastrara en un precipicio...

Extraño y poderoso brillo surge después de las pupilas; la lividez cambia en subido color de fuego; la nariz se dilata, los labios se mueven, las manos se crispan, el cuerpo se levanta, y del pecho escapa una carcajada sonora, estridente, que repercute como cercano trueno; el hombre queda después sentado al borde del catre, mirando siniestro la soledad que le rodea, asustado del terrible grito que acaba de dar su alma.

—¡Ja... ja... ja... ja!... repite en su delirio; ¡malditos los que me dijeron tendría un seguro porvenir en estas tierras!... ¡fuera, terribles fantasmas, dejadme agonizar tranquilo!... ¿dónde estáis, compatriotas generosos, que tendéis vuestros brazos á quien llega deseoso de trabajar? ¿dónde? En unos meses de mayor miseria que la que aquí me trajo,

sólo he conocido el desamparo, el desprecio... Gasté mi última moneda sin ganar una sola... perdí la salud, único tesoro que poseía, y muero arrinconado, solo, lleno de horrible desesperacion... ¡compatriotas!... ¡socorro... socorro!

Volvió á palidecer, como si aquel esfuerzo le hubiera aniquilado, y despues de luchar por sostenerse, cayó de bruces contra el suelo...

—

Amanecía, y terminaba la fiesta del feliz *matandá*, que, rendido, se tiró en el lecho, donde pronto dormía profundamente.

Estaba en lo mejor del sueño, cuando fué despertado, anunciándole que la justicia estaba en la casa y pedía hablarle.

—¿Pues qué sucede? preguntó asustado.

—Nada, señor, contestó un criado, que esta noche se ha muerto el del entresuelo...

—¡Ya podía haber elegido otra ocasión... con el sueño que tengo... no vuelvo á alquilar ese cuarto!...

Abrió la boca descomunalmente, extendió los brazos, pasó luego sus manos por los ojos, y vestido á la ligera llegó al entresuelo exclamando:

—¡Bah! Se habrá muerto de alguna borrachera; la cosa me cuesta quince pesos; hace tres meses que no me paga...

LA LUZ EN FILIPINAS

La cuestión del alumbrado público sin picatostes, ó desprovista de todo lo que huela á aceite,

es cuestión que con razón
puede llamarse tan principal
como llena de intención;
¡es una cosa fenomenal!

cantaba con música conocida un aficionado al arte de Terpsícore espontáneo, ó, mejor dicho, al estudio del baile de San Vito con gaita gallega.

—Yo no entiendo de eso, añadía; pero por lo mismo, rebuzno sobre la cosa sin exposición personal y porque me da la gana.

Positivamente (y si no, valga la muestra) Manila

se preocupa actualmente de la cuestión luz gratuita extradomiciliaria ó fuera de los domicilios paternos, maternos y hasta filiales independientes.

—Créame usted, caballero, discurría una dama torácica por partida doble, ó natural de Toro y aficionada al toreo (espectáculo nacional, que diría un *amateur*): el día que nos alumbren electricísticamente, las mujeres perderemos la mitad de nuestro peso en quilates, dicho sea en lenguaje de joyería.

—Y la noche que nos pongan el gas, respondió otra señora con añadido, ó señora de fulano, me voy de Manila por temor á una explosión imprevista, con narración Peris Mencheta consiguiente.

Todas las cosas tienen su pro y su contra respectivo, y por ende, los proyectos todos, sus ventajas é inconvenientes.

Sin embargo (ó con él, pues esto no es cuenta mía), cuando se trata de asunto tan luminoso ó que ha de dar tanta luz como el de alumbrar á Manila, los periodistas tenemos (¿eh?) la obligación de opinar por derecho propio, siquiera porque no se diga; y si he de ser franco, esto me pone en un vendómiso de los más robustotes.

Vox populi..., dijo el latino; y yo, que ante todo soy amigo de las fuentes públicas, esto es, de beber agua Carriedo, estoy hace tiempo ocupado en recoger datos que, sin ser joloanos ni cottabateños,

digan algo de valor para la cuestión hoy sobre la mesa del Corregimiento Excelentísimo de esta muy ilustre y leal ciudad de Manila y arrabales. Y á la verdad, las opiniones están muy divididas; seguro estoy de que, determínese lo que se determine, siempre habrá descontentos.

—Que me pongan la *eletricidá* en la *caye*, *ná ma* importa, dice uno, con tal que no *mi* cueste un cuarto.

—Pues á mí sí me importa, dice otro, porque la tal se reunirá con la cual, lo cualo que formará la cuala, y nos temblaremos todos los días consecutivos.

Con semejantes razonamientos, muchos partidarios del sistema eléctrico se pasaron al gasista, si bien con la salvedad de contadores honoríficos ó de los que no cuentan, y si acaso cuentan, lo hacen mal.

—El gas es al fin gas, y como gas, da una luz *más mejor* que el *pitróleo*, explicaba una; pero el gas se le fuga á *cualisquiera*, ¡y ya usted ve!

—Para eso están las precauciones, objetó un prudente.

—Y los tapones de corcho, afirmó un fuguista experimentado.

Estas opiniones y *hechos concretos*, cambiaron de ideas á varios entusiastas por el gas, que á la

carrera se pasaron al sistema polar *sí* y *no* con iluminación cadavérica.

—Las cosas grandes deben tomarse con calma, aconseja un señor experimentado; y por lo tanto, venga el gas antes que la electricidad, porque tengo observado que, si cuando bajo ó subo una escalera me como algun escalón, ruedo los restantes de coronilla, con detrimento de mi personalidad respetable por más de un concepto (mejorando lo presente y ausente).

—Pues yo, replica un iluminado con privilegio exclusivo, ó que ve luces cuando está oscuro, merced á dosis refractas de anís del mico propio, estoy por lo último, esto es, por las mejoras presentes y ausentes, aunque para sistema de alumbrado accesible no conozco nada como el *caramanchel* sin rabos de pasa y rocíos poéticos ó escobillones anfibios empelusados.

Nuevas razones que hacen oscilar la cabeza más firme en ideas lumínicas.

De todo ello resulta que me estoy revolviendo el cerebro sin consecuencias que me puedan convenir.

Resultado que no es de extrañar en este país de nubes imaginarias en la imaginación, ó en la que los pensamientos se duermen por indolencia singular característica.

Porque, como dice D. Bruto—un señor que lo es—desde que estoy en Filipinas, he perdido el pienso humano, cosa que me desespera, pues yo siempre fuí *pilosopo*.

LA LENGUA

Eran sus ojos un cielo oscuro, misterioso, insondable, lleno de luces vivas y abrasadoras; la fijeza de sus miradas daba miedo y atraía como terco imán; ver aquellos ojos y quedar en éxtasis arrobador, era cuestión de momento.

Milagros tenía conciencia de su poder y jugaba con los amantes como el viento con las flores; á capricho les acariciaba y sonría, como les hacía caer entre gemidos de muerte.

Soñaban muchos con aquella frente ancha, nacarada y coqueta, sobre la que caían juguetones negros y sedosos rizos, dándola sombra; se estremecían de placer pensando en aquella cara, llena de encantos, blanca como límpia nieve, fresca cual rocío bienhechor, suave lo mismo que finísimo ter-

ciopelo; gozaban infinito suponiendo sentir de cerca el perfumado aliento que asomaba tranquilo en aquellos labios rojos como amapolas, siempre sonrientes y placenteros; los había más resueltos que adivinaban las esculturales formas de la niña, su pecho de virgen, su brazo tornátil, sus contornos irreprochables, tentaciones de voluptuosidad y encanto.

Milagros lo entendía todo. Sus quince años precoces le advertían las dulzuras que en sí representaban, y alegre como pajarillo en libertad, piaba en todas partes, luciendo sus gracias con descuido, con intención, con arte, pues tenía escuela para mostrarse al mundo.

Era huérfana; vivía sola; trabajaba: hé aquí cuanto de ella se sabía.

La lengua, esa maldita enemiga del mundo honrado, nunca se atrevió á pronunciar siquiera el nombre de aquella niña interesante; la perseguía encarnizada, mas sin resultado.

—«Milagros es buena de milagro,» decían todos, y se afanaban por conseguir tan especial como incitante conquista.

—

Una noche, cuando las gentes recogidas en sus casas dejaban los misterios de la oscuridad esperando tranquilas nuevo dia, Milagros escuchó gol-

pear suave contra las ventanas de su lindo entresuelo. Acababa de acostarse, y lo desusado de semejante acontecimiento dióla curiosidad al par que enojo; en su corazón repercutían los golpes dados en la ventana, como repercute el trueno allá en el infinito de los espacios. Escuchó su nombre, juramentos de amor, frases de pasión que sonaban con gozo en sus oídos, súplicas, ruegos, protestas de cariño tan dulces, tan respetuosas y elocuentes, que despertaron su espíritu aletargado. Por su imaginación pasaron como sombras porción de siluetas para ella llenas de simpatía: un apuesto militar, su vecino, con el cabello rubio y ensortijado, su andar marcial y severo, su mirar dulce y amoroso, su eterna sonrisa de esperanzas, mostrando aquellos dientes iguales, limpios, pequeños, entre el temblor voluptuoso de unos labios finos y encarnados... Luego, un jóven moreno, alto, varonil; creyó ver sus ojos negros que le miraban despidiendo chispas de luz; le vió sonreir malicioso y hasta le pareció pronunciaba su nombre entre suspiros... Aquel pollo elegante que en su calesa pasaba todos los días... Aquel otro de quien ponderaban las riquezas... Ese cuyo nombre ignoraba y que sus amigas le aseguraban estaba por ella loco... Tantos, en fin, que incorporóse en el lecho asustada, cual si al lado los tuviera.

Las quejas seguían; los golpecitos continuaban, y Milagros, despierta del todo, batallaba consigo misma, ganosa de conocer la causa de sus pensamientos, temerosa de animarle. Estos dos sentimientos se encontraban y reñían, sin vencer ninguno por grande que la lucha era. Surgió un recurso para dar victoria á entrambos: soplar la luz del globillo que iluminaba tenue la habitación; avanzar de puntillas; levantar cuidadosamente una tablilla de la persiana; ver sin ser vista.

Milagros salió cautelosa de entre los pliegues del mosquitero, y quedó sentada en el borde del lecho, conteniendo la respiración al par que silenciosamente arreglaba sus cabellos caídos entonces sobre los hombros, como cascada de brillantes azabaches. ¡Qué hermosa!... Parecía el fresco capullo que se abre al despuntar del día, con sus colores vivos, su perfume embriagador, su cautela en asomar cual si temiera la luz ó ante ella cegase lleno de asombro.

Sus diminutos piés tocaron el suelo, del que escapó débil chirrido, grito de placer sin duda al sentir la impresión de aquellos tan lindos como breves. Con marcado sobresalto avanzó al globillo, cuya luz opaca la iluminó de lleno. Viósela sonreir con la sed del triunfo, y tras unos instantes en los que hizo llegar á la altura de su boca el pequeño

vaso donde lucía la lamparilla, sopló con rapidez y todo fueron tinieblas.

Segundos después, Milagros levantaba poco á poco una tablilla de las persianas, acercó á ella su rostro y quedó así unos minutos conteniendo el respirar, apretando el seno palpitante, llena de ansias, de temores.

Acabaron los golpecitos; se escuchó un hondo y prolongado suspiro; luego, unos pasos vacilantes, inseguros, que momentos después se perdieron recatados, tristes.

Milagros abrió la persiana lentamente, respiró con fruición el aire fresco de la noche, y quedó pensativa.

A ese tiempo, en la casa contigua surgió una sombra.

Cuando la pobre niña tornó al lecho, la lengua, esa maldita enemiga del mundo honrado, había compuesto esta frase horrible y calumniosa:

¡Cuando yo decía que era un milagro!...

—

Hoy, sus ojos han perdido luces y encantos. Ya no hay rizos sedosos y juguetones, frente nacarada, aliento perfumado, rojos labios ni esculturales formas.

Y—¡Virgen del Cármen, madre mía! exclama la desdichada niña, llorando angustiosa: llévame, llévame á tu lado, ó prueba mi pureza inmaculada.

Mas todas las noches surge de la casa vecina la sombra que, entre sarcásticas carcajadas, continúa diciendo:

—¡Cuando yo decía que era un milagro!...

—

Sin duda, compadecido de tanto sufrir, escuchó el cielo los ruegos de la niña.

Ayer la enterraron.

Pero la frase, causa de su muerte, sigue viviendo y vivirá eterna.

—

¡Ah, canalla...!

ENDEMIAS MANILEÑAS

UNA de las cuestiones que más llaman la atención de los facultativos de punta en varios puntos del archipiélago, es el sistema enfermizo por rachas que se viene observando actualmente con y sin resultados más ó menos pecuniarios.

Y es que la naturaleza humana tiene misterios indigeribles, ó de los que se ponen de pie en el cerebro de la gente pensadora y cobradora.

Eso de que al vecino de la espalda le salga un grano en semejante parte, y, por simpatía, empiecen á salir granos á todo el vecindario, es una cosa que pone los pelos de punta.

—Me horripilo —exclamaba una señora con otra ó que vive en compañía de otra—ante la idea de

que me salga un grano como el de mi amiga y compañera!...

No habían pasado dos días, y la susodicha se andaba en un pie por causa de una excrecencia verde ó sin madurar.

Y no eran transcurridos tres días más, con sus noches correspondientes, cuando todo el barrio había modificado los movimientos de traslación á beneficio de bultos pepiniformes, meloniformes y cupuliformes inclusive.

—Esto conmueve y conduele—decía un caballero con fuegos artificiales reventados y en vísperas de reventar,—mi cabeza es un granero de los más repletos...

A lo que contestaba un facultativo de sol, ó de á 0,50 *la subida:*

—Eso es muy saludable; ahí donde usted lo ve, esos granos le libran de una enfermedad importante.

—Pues qué, ¿*esto* no es importante? replicó el *granizado*; entonces deje usted de hacerme visitas, que van ya treinta, lo cual *importa* indudablemente.

El Galeno se explicó en junta familiar doméstica, resultando tener la intención (y costumbre tratándose de granos) de hacer una visita por bulto, con objeto de estudiar el carácter de cada

cual, contando con el también carácter manso del cliente.

En cuanto asoma las narices una epidemia conocida, de calenturas, por ejemplo, todo se vuelven prescripciones espontáneas de las que se agradecen por no tener honorarios.

—Para eso no hay nada como el caldo de rabo de gata negra mezclado con un poco de miel de *ovejas*, aconsejaba una señora con principios y postres médicos.

—Yo me *quito* los cólicos con agua de *leches*, aseguraba otra.

—Y yo los granos con navaja inglesa garantizada, refería un caballero por afinidad con la palabra, ó casi caballería.

Puede asegurarse que en Manila tenemos constantemente una enfermedad por abono á turno continuo.

—¿Qué se da hoy? preguntaba un médico *tourista*, ó con licencia para asuntos propios.

—*Pues*, contestaba un colega en activo servicio, perniciosas con *tampipi*, ó de las de ¡apaga y vámonos!

Pasan las perniciosas, y aparecen las calenturas *diegocorriente*, como las llama un natural muy natural; acaban éstas y vienen las paperas; terminan esos abultamientos orgullosos y comienzan los gra-

nos, diviesos y compañía al exterior; luego los catarros, después las fugas inferiores, y entre bultos, dolores, estornudos, tos, calofríos, sudores, síncopes y demás, se pasan los meses que es un gusto... para los encargados del suministro de purgas, ungüentos, cataplasmas, pociones, pastillas y confituras correspondientes.

—¡Este es el país de los médicos, hombre! aseguraba un vago (*) de verdad, ó con veinte años de permanencia vaga en las islas.

—Sí, señor, le respondió uno; de los médicos con parentela ilimitada ó *primos* de *tuti enfermi.*

Es que, aquí, lo último que se paga, cuando se paga, es el renglón *médico*, por aquello de que pasa su cuenta cuando maldita la falta que hacen ya sus servicios.

—Créame usted, exclamaba un Galeno inglés general, ó á quien le debían honorarios la generalidad de sus clientes; si me llaman no me pagan, y si me pagan me pegan (*moralmente* se entiende), resultando que me llamen ó no me llamen, me paguen ó me peguen, vivo de milagro.

—Y dígame usted, preguntaba un enfermo á su doctor: ¿cuánto va á costarme la curación de mi pata?

(*) Recién llegado al país.

—Muy poca cosa, con tal que se abone usted á La Cría Caballar (*).

—No está mal pensado; pero en cuanto me vean, no me admiten...

—Está usted en un error; en cuanto le vean le inscriben; personas como usted no dan lugar á dudas.

A lo *peor* hay cada constipado que revienta.

Conozco una dama negra de las que no se soplan, que parece el fuelle de una fragua.

—Yo *tueso*, dice, saltándosele los ojos, pero no *arranco*, lo cual es mi desgracia, pues se me va á salir el *estuérgamo* por la boca.

Como ésta hay bastantes; con el *estuérgamo* que se sale y que *tuesen* mucho.

La profilaxis (¿he dicho algo?) catarréica, resulta muy adelantada en este país de los fenómenos mollísticos ó de imaginación.

—Si quiere usted no constiparse, póngase usted franela en todo su *endividuo*, aconseja un *matandá* á medio construir ó con buenos cimientos y regular boloide superior (tapadera animal).

—Para quitarse el catarro, nada tan bueno como la quinina, perora un aficionado al sistema *impromptu* ó de arranque intuitivo.

(*) Así se titula un establecimiento veterinario de Manila.

—Lo mejor es un calcetín al cuello, dice uno.

—Lo seguro es el collar de perra usado, con estambres verdes, aconseja otro.

—Lo cierto *sacar sudor*.

—¡Baños de *tabo!*...

—Friegas de Florida...

—Sinapismos de *mostaza de Europa*...

—Aceite de hipocondrio de carabao...

—Medio real de aceite de chistera ó castora.

—Llamar al médico...

—No llamarle...

—Polvo de tabaco con *matalauva*...

En fin, la mar de remedios, que si van ustedes á hacerles caso, en vez de aliviarse, revientan seguramente.

Como decía D. Tadeo:

—¡At... chis!... Yo me curo los constipados ¡at... chis! á fuerza de ¡at... chis!... y créame usted ¡at... chis!... cuento los ¡at... chis!... que suelto y at... chis!... todavía no he podido ¡at... chis!... llegar al número mil... ¡at... chis! del cuatrocientos veintinueve ¡at... chis!... al quinientos cuatro ¡at... chis! me veo curado ¡at... chis! sin otro remedio que la aritmética ¡at... chis! sin decimales.

Me gustó el sistema.

Por lo menos se distrae uno.

Y se instruye en materia de contabilidad.

Con la ventaja de que, si la cosa apura y no hay otro recurso que llamar al médico, se le puede dar un precioso dato para que se haga cargo de la enfermedad.

Por más que no hace mucho *presencié* el siguiente diálogo:

—¡Doctor, esto es horrible!... ¡Yo estoy muy mala!... ¡No puedo más!... ¡He arrojado cuanto he comido!... ¡Llevo tres horas estornudando y tosiendo atrozmente!...

—Entonces ya sé lo que usted tiene...

—¿El qué?...

—Una indigestión.

UN CONFLICTO

La situación es horrible.

Después de ocho años en el país, cuando tiene formada una familia, y resignado, casi contento, decide morir en él, olvidado completamente del suelo en que nació, una mujer animosa se pone ante sus ojos, irritada, clamando justicia, venganza...

A la mujer acompaña un niño, hermoso como el sol, bello como las flores, lindo y encantador como el despuntar del día, á cuya presencia, cual bandada de temerosos pajarillos, huyen asustados otros tres de grandes y negros ojos, mientras allá en la cuna grita desesperado otro, pidiendo el pecho de la madre.

El hombre calla, mira á todos lados, enjaulada

fiera buscando salida; la mujer, sin abandonar al niño que lleva de la mano, avanza lentamente, luchando entre el dolor y la alegría, entre las risas y el llanto; el pequeño observa medroso; el que está en la cuna acrecienta sus gritos cada vez más agudos y penetrantes...

El silencio es desgarrador; todos callan esperando una palabra, sólo una palabra que arranque del pensamiento un turbión de furias, entonces retorciéndose, ahogándose, luchando por no salir...

Pero el hombre sigue mudo, inundado de horrible palidez, bajos los ojos, blancos los labios, tembloroso el cuerpo, rígidos los brazos, sudosa la frente, á la que se adhieren desordenados mechones de canoso pelo, formando repugnante conjunto.

La mujer expresa angustia inmensa; también tiembla, también siente correr por su rostro el frío sudor de la muerte; mas su mirada va al hombre en quien causa tal impresión, interroga terca, espantada; son dos ojos que á pequeño esfuerzo escaparían de las órbitas; tal se abren los párpados, con tal energía entre ellos asoman...

El niño retrocede.

El que se revuelve en la cuna grita cada vez más desesperado.

Cuando un ser va á morir, cuando agoniza y todo alrededor calla por escuchar, bien sea una sola

silaba, adiós para el mundo, no hay angustia tan intensa, tan desgarradora, como el callar de aquel hombre, el no decir de la mujer, formando un cuadro lúgubre, tétrico, espantoso aún más que cementerio de cuyos nichos y fosas asomaran desnudos esqueletos rodeando mudos al atrevido visitante, acorralándole y danzando alrededor como impalpable cohorte de fantasmas...

—

—¡Juanito!... Calla, vida mia, que ahora va tu madre.... dice una voz de mujer desde fuera.

Es la chispa que todo lo conmueve, el oculto resorte que cambia las actitudes moviendo rápidamente las figuras...

La mujer, sacudiendo su cabeza como león herido, revuelve la melena á rabioso impulso, corre hacia la cuna á tiempo que el hombre, horrorizado, se coloca ante ella.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... solloza el niño, que la mujer abaudona un momento, y á cuyo vestido se agarra el inocente llamándola.

Juntos los cuerpos, establecida la lucha, sin oirse una sola exclamación que no sea el gritar de los dos pequeños, hombre y mujer ruedan al poco fatigados; sus respiraciones se confunden, rechinan las dentaduras cuando no hacen presa, crujen los hue-

sos que oprimen con férreas tenazas, agudos silbidos, rabiosos estertores escapan de sus pechos llenos de coraje, y secos, airados, vigorosos, se escuchan uno tras otro terribles golpes que semejan continuos y vibrantes latigazos; después, con la espuma en las bocas, la mirada en el vacío, las contracciones más terribles en los rostros, abren los dos sus brazos, quedando quietos como inanimados gladiadores...

—

Al otro día, una misma fosa se abre para aquellos dos infelices; y cuando en el cementerio la tierra caía pesada sobre las dos cajas, en aquella casa, teatro de la escena, una mujer, madre de cuatro hijos, abrazaba llorando á otro más, y le decía:

—¡Yo, yo seré tu madre!...

Pero el desgraciado gritaba lacrimoso:

—No, no, tú no eres mi mamá; mamá está fuera, buscando á papá...

—Sí, buscando á tu papá; yo te cuidaré hasta que le encuentre...

EL TRABAJO EN FILIPINAS

VAYA con las inocentes imaginaciones que dan aquí calor á pensamientos de importancia indiscutible!

¡Me apena considerarles trabajando constantes y tercos, cual si esperasen frutos grandes, revolviéndose contra obstáculos, luchando con inconvenientes, batiéndose de continuo, empleando exagerado vigor, haciendo esfuerzos de titán en la esperanza de realizar ideales imposibles, al decir de las gentes que les contemplan!...

Este país, rico de por sí en todo; este suelo esforzado en fertilizar, dispuesto por sus condiciones especiales á ser de los primeros para la producción, semeja en ocasiones el *summum* de la indolencia, el *non plus* del abandono; parece que se

fatiga, y á los comienzos de todo trabajo cae rendido cual desconfiado de sus propias fuerzas.

Estudiando con detenimiento, deja absorto al curioso observador que, tras infinito interés en conocerle por lograr guiarle en caminos de frondosidad y alegría, le ve debilitar sus pasos cuando más rápido caminaba, no tardando en contemplarle adormecido, inerme, como muerto.

Y es que, desgraciadamente, Manila es como niña antojadiza, voluble y coqueta, sin otras impresiones que las del momento, sin más deseos que los nacidos al calor de un capricho; decidla que goce material, y os escuchará animada: contadla cuentos, mentiras, devaneos extraños, y su atención será toda vuestra; conversad ligeros, jugando frases, haciendo giros huecos y sin sentido, pero no cometáis la tontería de hablarla en serio, porque os volverá la espalda despreciativamente; joven, rica y bella, ve horizontes color de rosa por todos lados, y su propia ligereza no le permite observar que, entre aquel bello matiz que le sonríe, se esconden furiosas tempestades, acalladas, dormidas, silenciosas, pero que amenazan de continuo...

*
* *

Escuché no hace mucho una conversación sostenida entre dos hombres que merecen mi respeto, pues trabajan sin descanso y sin fruto, que es lo más meritorio.

Decía el uno:

—Creo tan capital, tan imprescindible proseguir mi tarea, que ni me asustan contratiempos, ni me arredran inconvenientes. Estos esfuerzos continuos, este mi afán persistente, acabará por fructificar, es indudable. Tengo observada en todas las manifestaciones del trabajo, una lucha horrorosa, que acaba con los ánimos más esforzados; al comenzar mis labores, ya pensé en los martirios que me imponía; protestas, risas, consejos, reprimendas amistosas, críticas, celos, compasivas exclamaciones, *rum rum* eterno, lógico, para todo lo que se empeña en seguir corrientes opuestas á las señaladas por la costumbre; el hierro no se forja sin los silbidos de las llamas, sin el poderoso golpear de los martillos; es una consecuencia de todo trabajo la algazara que asusta, que amedrenta; el secreto está en cerrar los ojos para esos terribles cuadros en que todo se presenta contra el afán perseguido; si el hierro, puesto ya al rojo, se abandona, si el infatigable y pesado martillo no le acomete con furia, palidece poco á poco el color á que debe su condición para dominarle, y

una vez frío, todo acaba, no hay poder humano que le maneje.

Y el hombre sonreía con la inocencia de un niño; y el trabajador parecía hallar encanto en las tristezas que acababa de contar, sin que su frente marcase una arruga de desaliento, sin que sus pupilas dejasen escapar una sola chispa de encono, sin que su mano, llevada por entonces sobre el pecho como señal de hablar verdad, marcase el más insignificante movimiento de desesperación ó impaciencia...

—Yo también, decía su interlocutor, yo también tengo fe en ese trabajo; mas, quizá débil, pobre en fuerzas, siento apagarse en mí ese noble calor que antes me animaba; los latidos de mi corazón son más tranquilos, mis ojos ven con indiferencia el sudor que brota de mi frente al menor trabajo, todo me contraría, todo me entristece, todo me desalienta... y es que mi lucha ha sido más larga: ella acabó ya con el resto de energía que conservé. ¡No puedo más!...

Y como si aquella confesión le apretara el cuello, como si aquella frase le llevara el alma, como si la corteza de la expresión se agitase desesperadamente en el cerebro del hombre, cerráronse sus ojos, comprimiéronse sus labios, y á tiempo que convulsivamente apretó los puños, rodaron dos

gruesas lágrimas por sus mejillas pálidas y hundidas, yéndose á esconder entre las canas vecinas que aflojaron sus retorcidos mechoncillos...

*
* *

Nadie niega que Manila trabaja este año mucho más que el que pasó; en su seno se agitan proyectos de gran importancia; teatros, círculos, asociaciones, libros, periódicos (*), todo lo han deseado en un momento, como si fuera posible realizar como concebir.

Una mayoría de *espectadores*, personas hechas al orden, regimentadas sistemáticamente, y que *ni hacen ni deshacen* cuando se trata de innovaciones, contempla la evolución con más curiosidad que indiferencia, pensando quizá en cambiar sus

(*) En el año á que me refiero se han fundado en Manila cuatro periódicos: *Medicina y Farmacia*, del Dr. Díaz de la Quintana; *Manila Alegre*, de Pedro Groizard; *La Regeneración*, diario católico atribuído á una corpopación religiosa; *El Temblor*, de Ximeno Ximénez, y más tarde, *La Opinión*, diario político cuyo *padre* no conozco.

También el Dr. Díaz de la Quintana fundó un *Círculo científico literario y artístico*, que acabó por consunción, y los señores Parrado, Espina y otros militares caracterizados, un *Círculo militar* que aún existe.

programas cotidianos y añejos, por los modernos, si toman carta de naturaleza. Este elemento no trabaja porque no puede, pero ayuda á sostener el fruto del trabajo; es indudable.

El elemento joven sale al campo animoso, acepta el progreso, los adelantos, todo lo que sea *ir más allá*, pues en la frase va precisamente la razón de su existencia. Él establece los principios, alienta los pensamientos, agita las ideas, y solo, *exclusivamente solo* las realiza; entonces aquellos *espectadores* que con la sonrisa agradable de la misericordia contemplan tantos trabajos, moviendo á cada instante la cabeza en señal de duda y compasión, cambian su actitud indiferente, tienden sus brazos á lo realizado y le dan segura vida, protegiéndolos, y aún más, haciéndolos suyos.

De ahí que todo en un principio ofrezca luchas grandes; de ahí que sea precisa constancia á toda prueba para lograr un adelanto: ¡hay que dar las cosas hechas!...

*
* *

Así, al menos, me explico la pasiva resistencia que en Manila se opone á todo adelanto, el empeño en llevar al concurso de los primeros trabajos personas respetables agobiadas de labores, más deseosas de descansar que de la actividad que se les

exige; este egoísta modo de ser del elemento joven, sin obligaciones, sin fatalismos ni obstáculos á la vista, motiva la consunción de muchos proyectos que ellos solos lograrían realizar, muy seguros del amparo inmediato, una vez tomada forma. De lo contrario, la sociedad se convertiría en un caos, en un juguete eterno de cuatro soñadores; la dificultad, pues, no está en proyectar, está en realizar, y para ello, nadie como quien no considera contrariedades los desengaños, ni ve en cada proyecto un coloso invencible absorbiendo fuerzas, actividad, vida de quien le acomete animoso...

Del viejo, el consejo; del joven, la actividad y la insistencia.

Si el elemento joven no se une, si no forma una masa compacta, caminando al mismo fin, animado de idénticos propósitos, Manila seguirá siendo la niña antojadiza, voluble y coqueta que antes decía.

¿Queréis ateneos, teatros, centros artísticos, libros, periódicos, progreso, en fin? Trabajad los jóvenes para conseguir tan meritorios como laudables ideales, pero nada esperéis en un principio de la llamada *gente de peso;* los profesores no hacen las escuelas, los doctores no fundan las universidades; al contrario, las universidades, las escuelas se hacen para los doctores y profesores, lo mismo

que las cajas de caudales se construyen para la moneda.

¿Tiene ya Manila *moneda* científica, literaria, artística, suficiente para pensar en conservarla y hacerla aumentar? Construid la caja y ofrecérsela, pero no penséis nunca en que ella la construya.

Así como el dinero se hizo redondo para que rodara, así cuanto de valor hay en la esfera del trabajo, corre aislado, independiente, sin obedecer á llamamientos que ninguna ventaja le ofrecen; hay, pues, que atraerlos con súplicas, y una vez unidos, decirles:

—Queremos saber, aprender, fomentar.

A esa petición, ningún hombre vuelve la espalda; al contrario, tiende sus manos y... enseña.

ELENA

No, no quiero morir aquí! exclamaba angustiado, y acerbas lágrimas saltaban de sus despavoridos ojos.

—¡Morir!... ¿Quién piensa en morir? le contestaban.

Entonces parecía calmarse. Entornaba los párpados, cruzaba las manos fervoroso, y sus labios balbuceaban estas frases que parecían un solo gemido:

—¡Por Dios, Virgen Santísima, por Dios, salvadme!...

La fiebre aumentaba; el respirar se hacía fatigoso; la muerte venía con creciente poder.

El pobre enfermo temblaba asustado, y jadeante repetía:

—¡No, no quiero morir aquí!... ¡Por Dios, Virgen Santísima, por Dios, salvadme!

—

Amigos de corazón le cuidaban solícitos, mas todo en vano: el enfermo moría por instantes.

Próximo ya el sol á esconderse en el horizonte, tuvo el enfermo un momento de lucidez en el que, con desesperado acento, se lamentó de su fatal desdicha.

—¡Elena!... ¡mi Elena!... murmuró quejumbroso; y tras pequeña pausa llamó á los que le cuidaban manifestándoles deseos de escribir.

Le presentaron papel y pluma, pero la mano se negaba á tal tarea; gruesas gotas de sudor corrían por el cadavérico rostro del agonizante, y terco temblor agitaba aquel cuerpo, luchando aún con la muerte que arreciaba en él certeros y continuados golpes.

—Dictaré, dijo desfallecido; luégo, con frases entrecortadas, se expresó de este modo:

—«Elena de mi alma, mi bien, mi encanto: voy á morir... la muerte lejos de ti, me asusta... Nunca pude imaginar situación tan horrible... ¡Ay, nuestros sueños de felicidad!... En estos desesperados instantes mi conciencia grita desaforada... ¡Martirio atroz que acrecienta mi angustioso agonizar!... Sí,

esposa de mi alma: la ambición me trajo á estas tierras, y en ellas quedo... ¡cruel é impensado castigo!... muero porque no estás á mi lado... ¡oh!... si estuvieras... tus caricias me salvarían... sí, sólo verte me diera vida...»

—Valor, querido amigo, interrumpe el que escribe; si logras ánimos, si resistes poco más, tus deseos se verán colmados; Elena, tu querida esposa...

—¿Qué?... Dime pronto... pronto...

—No tardará en estar á tu lado; ¿para qué ocultarte ya esta grata nueva? Cuando el mes pasado, al caer enfermo con tal violencia, te vimos en peligro inminente de morir, pusimos un telegrama á tus hermanos dando la triste noticia. Al día siguiente, una favorable crisis te salvó, aunque, según el médico, tendrías una larga y penosa convalecencia. Así lo hicimos saber á tu familia, y aquí tienes la contestación que recibimos (y le mostraba un papel).

«Salgo primer vapor.—*Elena*:»—leyó el enfermo.

—¿Y ese vapor? preguntó ansioso, incorporándose.

—Está anunciado; llegará de un momento á otro.

Y como si la impresión recibida hubiera sido

superior á las fuerzas del enfermo, cayó inerte sobre el lecho, á tiempo que acercaba á sus labios el telegrama nuncio de tanta dicha...

—

El vapor avanza.

En la toldilla, una mujer devora con sus ojos las cercanas costas.

Algunas veces cruza las manos, cae de rodillas, y mirando al cielo llora y reza con fervor.

Se acerca la noche.

Una voz grita imperativa:

—¡Fondo!

Suena un cañonazo.

Después el barco queda balanceándose sobre las aguas.

—

—¡Doña Elena!... ¡Doña Elena!

—¡Yo soy!... ¡Yo soy!... ¡Aquí!... ¡Aquí!

—¡Os espera!... ¡Aún vive!

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Corramos! ¡Corramos!

—

Media hora después, Elena cae en brazos del moribundo, cuyo rostro llena de lágrimas.

Aquél la mira con ansia infinita, y luégo, quedo, tan quedo que apenas se le oye, dice:

—¡E... le... na!...

Es su último suspiro.

—

Á ese tiempo el luto de la noche envuelve de oscuridad la habitación.

No parece sino que la misma naturaleza manda penosa y triste mortaja, cubriendo al cadáver con su negro manto, sudario del día, salpicado de rutilantes estrellas allá en la altura, lleno de medrosos y gigánteos fantasmas aquí en lo profundo.

. . . . . .

UN CATAPUSÁN (*) QUE ESTREMECE

En una casita de los arrabales vive D. Roque, empleado antiguo y de pequeña categoría, hombre de buenas costumbres, segun dicen, sordo y feo, muy feo, pero simpático al extremo de tener muchos amigos.

La casa parece una hospedería: ayer comió y durmió en ella D. Fulano; llegaba de provincias; conociendo á D. Roque, estaba de más el hotel de Europa, la fonda de Oriente, todos los hoteles y fondas habidos y por haber; D. Roque se hubiera enfadado; un par de días no valen la pena de buscar cuarto donde hospedarse.

Hoy llegó D. Zutano: está cesante; ni un vellon;

(*) Festín.

no tiene que comer; los amigos son para las ocasiones y aquella ocasión es de oro para acudir al amigo D. Roque, que le acepta con los brazos abiertos.

Mañana es Menganito quien necesita la casa de D. Roque durante las horas de oficina; tiene necesidad de estar solo y no conoce otro medio para conseguirlo; D. Roque le otorga la soledad apetecida, si bien no muy convencido de ella; ordena á sus criados, dos viejos indígenas, paso franco á Menganito y, ya se sabe, mañana almorzará D. Roque en *El Suizo;* su joven amigo despedirá á las *batas* (*) les dirá no vuelvan hasta la tarde, cerrará la puerta, y aunque el mismo D. Roque se, desgañite llamando, no se abrirá aquélla hasta oscurecer: soledad absoluta con su misterio natural é insondable.

¿Creerán que D. Roque se enoja? Nada de eso; le alegra servir á los amigos, y todo lo aguanta resignado.

«Hoy por ti, mañana por mí,» exclamaba filosóficamente, y ni se cuida en averiguar qué tiene Menganito para querer estar tan solo...

—

El 13 de Mayo es San Pedro Regalado, confesor, y Santa Gliceria, mártir.

(*) Muchachos.

Nadie sabe por qué este día es *grande* para don Roque; le celebra con pompa inmensa: convida á los amigos; á los ya convidados les vuelve á convidar, y acuden personas influyentes en Manila: un oficial segundo con ribetes de Intendente; un alférez con pujos de Gobernador civil; un estudiante de leyes con pretensiones de catedrático en la Real y Pontificia Universidad de Manila; el propietario de la casa ($ 25 de renta mensual); el amanuense de D. Roque; éstos, á su vez, invitan á otros de su amistad ó conocimiento; en Manila faltan distracciones y resulta que corre la voz de aquella algazara, acuden muchos curiosos despreocupados ó aburridos; el anfitrión presenta las espaldas, abre las mangas y entra el que quiere; su placer es *llenarse de gente*—que dice—cumplimentarla, obsequiarla, hacerla pasar una agradable noche entre bullicio, risotadas, jaleo...

Doña Facunda, la mujer ante Dios y los hombres del alférez antes citado, hace los honores de la casa; porque ol vidé decir van á la de D. Roque algunas señoras: la del oficial segundo (una rubilla anémica, de pecho abultado y sospechoso); las hermanas del estudiante (dos lindas mestizas de grandes ojos); la casera (jamona impertinente que á todo pone *peros*) y algunas otras que, poco antes de comenzar la comida, aparecen, como en las co-

medias de magia, á tiempo y sin saber de dónde.

Entonces, el júbilo del héroe es inmenso; ríe, llora, abraza, salta, se encoge, suspira, cae rendido, vuelve á levantarse, canta, declama, improvisa, se enternece, corre, se tira de los pelos, se desmaya y no se muere porque no huyan sus convidados. De lo contrario, se moría... de gusto.

—

Estamos á 13 de Mayo; si no ¿á qué venían los anteriores detalles?

Don Roque ha pasado el día en preparativos para la fiesta.

Esta vez van más personas conocidas que en anteriores años; un matrimonio recien llegado de la Península, los esposos Fané, muy recomendados á D. Roque por su sobrino el alcalde de Ciempozuelos, donde dichos señores tienen una posesión subarrendada por dos años, justamente los mismos que piensan pasar en Manila.

Porque al Sr. Fané le han nombrado oficial tercero de Administración civil, días antes de aprobarse la nueva ley de empleados; ha estado tres meses en expectación de embarque, otros tres en prórroga de aquél, y tras de pensarlo otros dos meses más, dijo: ¡á Filpinas! como quien dice ¡á Pintol por cuyo pueblo pasó tantas veces antes de

llegar á Valdemoro cuando iba de Madrid á Ciempozuelos...

También asiste D. Homobono, licenciado en Medicina y Cirugía, especial para las enfermedades de la imaginación, de la tráquea y de los esfínteres, una gran cosa; le han ofrecido una cátedra, dos colegios, la vacuna, una titular, la casa de locos, el hospicio, la inclusa, la bahía, el puerto y hasta una especial que habrá de crearse si no vacan pronto las otras.

Concurre asimismo otro médico; el *médico de la casa*, porque D. Roque le tiene *propio*, para él solito, con gran contentamiento de ambos y con el sueldo anual de cien pesos, á pagar en mensualidades vencidas y á razón de ocho, dejando los picos para Nochebuena, á guisa de aguinaldo...

Conque, con tanta gente, si tendrá D. Roque algazara, bullicio, divertimiento!...

—

Los esposos Fané han llegado primero, antes que doña Facunda, la encargada de los honores de la casa.

—¡Ay, zeñó míol...—la señora de Fané cecea—zi uzté zupiera lo trabajillo que he pazao pa poerme veztí, me tendría láztima!... Ezta Manila ez mu caluroza; lo corcé eztorban; lo cintajo la ejan

á una cin zentío y lo botito aprietan que ez un guzto! Jezú, y qué calor tan zuperabundante... Conque, vamoz á vé, ¿cómo eztá uzté,ceñó D. Roque?...

Después de la señora, el señor de Fané ha saludado al héroe de la fiesta.

—Siertamente, ha dicho, esto no es como nos contaron; *¡tomat ab salsa!* Ni Manila es bona, ni la bolsa sona, como desían en Barselona. Ya en Madrit estaba destrozatdo; en Siemposuelos no quiero desir á vosté, pero como en Manila... *¡tomat ab salsa!* Estoy hasta la coronilla... Pero no le he saludado, ¿cómo se porta vosté?...

D. Roque se deshace en cumplimientos, cuando llega doña Facunda hecha un brazo de mar. Su marido vendrá más tarde; le han llamado para recibir órdenes, pero no es cosa de cuidado; cuestión de cuartel; quedará libre al poco.

Después, llega el oficial segundo con su señora; es muy expresiva; tiene gran sociedad, *sociabilité*, como ella dice, y habla el francés *dans la perfection.*

Entran el estudiante y sus hermanas; D. Roque les saluda y marcha á leer unas cartas que acaba de recibir.

Cesárea y Maximina—así se nombran las hermanas del estudiante, saludan á doña Facunda, á la mujer del oficial segundo, á éste, á D. Homobono

el especialista en tráqueas y á su colega el de la casa.

Luego se sientan: Cesárea, junto al especialista, Máxima al lado del otro Galeno; ambos las contemplan extasiados; ellas les dejan mirar acusando simpatías.

El estudiante ofrece un cigarro al oficial segundo; la mujer de éste mira á las niñas y se muerde los labios; doña Facunda no quita ojo al médico de la casa, y éste sigue mirando á Máxima, que le parece una perniciosa de los más temibles, tal siente en su alma el calor de aquellos ojazos lánguidos y picarescos.

D. Homobono habla con Cesárea, que tiene el genio abierto y ríe á cada instante.

Entra el alférez, guapo chico, corriente y campechano; llegan los caseros, obeso matrimonio, D. Pánfilo y doña Bárbara (les cuadran los nombres); falta el amanuense de D. Roque, pero ello es *peccata minuta.*

—¿Estamos todos?—pregunta D. Roque, que entra frotándose las manos:—requetebién, continúa; ofrece su brazo á doña Facunda, y rompe la marcha.

Les siguen Máxima y Homobono, también del brazo; detrás va la del oficial segundo, dulcemente reclinada sobre el Sr. Fané, que la mira y piensa en su apellido; la señora de éste va con el alférez;

luego Cesárea y el médico de casa, doña Bárbara y el estudiante; el casero y el oficial segundo cierran aquella procesión sin decir palabra...

—

Ha sido la cena.

Si D. Roque no fuera sordo, lo sería entonces; tal es el griterío; todos brindan entusiastas, deseándole salud y ascensos.

—Gracias, gracias, exclama conmovido, y he de leer á ustedes una felicitación que he recibido por el correo... la tengo aquí en el bolsillo...

Presenta varios papeles, que mueve torpe. ¡Ay! exclama; que la lea el abogado... mi lengua no se halla á propósito... el pícaro vinillo...

—¡Que la lea!... ¡Que la lea!... dicen todos.

El estudiante coge el papel que D. Roque le presenta y lee:

—

«Hermano mío: recibirás esta, y será grande tu dolor al saber nuestra común desgracia.»

Todos han callado; el estudiante mira á don Roque, que riendo dice: Siga, siga usted, que es muy bueno...

«Madre ha muerto; no debe sorprenderte; su

avanzada edad anunciaba de día en día este desenlace...»

El lector titubea en continuar, pero D. Roque nada oye, y vuelve á exclamar contrariado:—Adelante, hombre, ¿por qué te paras?

«Sus últimas palabras fueron para ti: Roque de mi vida, dijo llorando, aunque tan lejos, no te olvidé nunca; ¡ingrato! me dejaste por buscar lo desconocido huyendo del modesto hogar donde naciste; Dios no ha querido vuelva á darte un solo beso de aquellos tan hermosos para una madre; yo te perdono, yo rezaré por ti!...»

Asómbrase D. Roque del efecto que parece causar la felicitación; mira á todos lados buscando la incógnita, repara en el papel que tiene en sus manos el estudiante y, rojo de emoción, lo arrebata diciendo: No, no, por Dios, basta, basta, me he equivocado... no es ése. . . . . .

. . . . . .

—

—¡Pero, Sr. D. Roque!... ¿Es posible que habiendo recibido tan triste nueva, se haya usted molestado en obsequiarnos?... le grita doña Facunda.

—¡Qué quiere usted! Hecho el gasto... sin tiem-

po para decir á ustedes interrumpía el banquete por ese motivo... y luego... como lo que dice esta carta pasó hace dos meses... me resigné á no decirlo hasta mañana... día más, día menos. . . . . .

. . . . , ...

PARA UNA NOVELA DE ZOLA

(ASUNTO FILIPINO)

PARALELA á la de San Fernando hay una calle en San Nicolás, que pudiera conocerse por la de *las fraguas*, tal abundan esos talleres donde el industrioso hierro se forja y domina entre sierpes de fuego y el duro golpear de los martillos.

Quien allá al anochecer pasa ante ellos, no puede menos de fijarse en el extraño conjunto que presentan aquellas casas, de las cuales brotan rojizas llamaradas iluminando poderosas y siniestras los reducidos y penosos talleres del fuego, donde se agitan porción de trabajadores como las abejas en su colmena.

No se entiende haya naturaleza humana capaz

de resistir las elevadas temperaturas de aquellos rudos y pobres templos del trabajo, y el transeunte se admira, se extraña, viendo los hombres que, desnudos, sintiendo escapar por todos los poros del cuerpo la savia de la vida, corren, golpean, saltan, acuden al hornillo, sin darse momento de reposo.

En uno de esos talleres, el más reducido, pueden contarse las personas que contiene.

Tres desgraciados chinos, uno que con la siniestra mano apoya sobre el yunque unas tenazas gigantes, haciendo presa en un gran cilindro de hierro al rojo, mientras, con un martillo en la otra, le golpea acompasado; otros dos descargando martillazos sobre el mismo cilindro sin coincidir los golpes del uno con los del otro, *¡tan! ¡tan! ¡tan!*... á la misma distancia, al mismo intervalo: no parece sino que un metrónomo les marca el instante...

Más allá, un chicuelo, haciendo esfuerzos inauditos, tira de una correa que, así rápida, mueve inconmensurable fuelle, avivando el flamear de la lumbre en el horno donde otro robusto joven introduce el hierro, dejándole allí hasta verle confundirse con el mismo elemento que le domina, retorciéndose alrededor como ejército de infernales furias.

Á la puerta, una mujer joven da el pecho á un

niño desnudo enteramente, mientras fija distraída sus ojos, que son hermosos, en las personas que pasan por la calle.

Algunas veces vuelve su cabeza hacia la fragua, y dirigiéndose imperativa al chicuelo encargado de dar movimiento al fuelle, le grita en tagalo:

—¡Arrea, perezoso, revienta ahí, trabaja por tu padre!...

El chico escucha indiferente, siguiendo su penoso trabajo; los tres chinos continúan sacando hierros del horno y golpeándoles luego sobre el yunque; los resplandores crecen intensos, la luz roja se aviva, el trabajo corre por allí lleno de vigor, pero con la rabia, con la ira del que obedece esclavo...

—

Dos horas han pasado.

—¡Muchacho!... dice siempre en tagalo uno de los que trabajan en el yunque: que se apaga el horno; sopla...

Al oirlo, la mujer que está á la puerta va al chicuelo, sujétale por un brazo y le sacude nerviosamente, diciendo: ¡sopla, sopla, canalla!...

El chico, sacando un resto de fuerza, agarra la correa con las dos manos, y vuelve á tirar sin pronunciar una sola frase:

—Si vuelves á parar, prosigue la mujer, te meto la cabeza en el horno.

Después, vuelve á la puerta, mientras el chicuelo la mira con ojos de rencor hórrible y con el brazo más próximo seca en sus ojos unas lágrimas gruesas, brillantes, pesadas como las primeras gotas de una tormenta...

—

Á la media hora el fuelle no sopla.

¡Pobre niño!... rendido, acaba de caer sin conocimiento.

La mujer deja al pequeñín sobre el suelo; corre al muchacho, le levanta y llena de vigor increíble, le da en el rostro un tremendo latigazo con la mano, dejando en él las marcas de los dedos, por las que pronto empieza á salir sangre.

El niño, al dolor, vuelve en sí, mira á la mujer con ira poderosa, y golpeándose en el pecho gime á grandes gritos...

—¡Trabaja, trabaja por tu padre... maldito, sí, el que te hizo que te mantenga, bribón... me ha dejado... por otra... yo te diré lo que es una mujer despreciada!...—Y le sacudé cada vez más, como si de este modo satisficiera un deseo vivo de infinito rencor, de repugnante venganza...

En los ojos del chicuelo asoma un rayo de fue-

go aún más vivo que las llamas del horno; se recoge como tigrecillo preparado á saltar, y arrojándose ágil, cae sobre su madre mordiéndola en la cara.

Aquella da un grito rabioso, agudo, penetrante; coge al niño por el cuello y le aparta, tirándole lejos de sí.

—¡Mala madre...!—dice el niño, yendo á caer en el horno, donde comienza á retorcerse dando horribles ayes.

Entonces, como si saliera de lo profundo, llega un hombre que recoge al niño á quien los tres chinos del yunque acaban de sacar del horno; le besa; va á la mujer; ésta huye despavorida; el pequeñín, que ha quedado sobre el suelo, llora; el hombre sonríe terrible, coge al inocente, mira á la puerta airado, distingue á la mujer que desde la calle grita, y, levantando á aquél en el aire, le echa en el horno...

El chicuelo del fuelle dice entonces con voz ininteligible:

—¡Sa... la... mat... pó!... (*)

Y al mismo tiempo, aquellos dos inocentes mueren, víctimas del vicio, del crimen de sus padres...

Los dos, poco después, atados codo con codo,

(*) Frase tagala que significa: *Muchas gracias, señor.*

mordiéndose, golpeándose con más furia que los martillos á las rojas barras de hierro en la fragua, son llevados á la cárcel, donde se apartan jurándose odio en el infierno mismo, en que, después de la justicia de los hombres, les espera la del Dios de las alturas.

—

Y al poco, en la fragua, volvió á oirse el *¡tan tan, tan!* de los martillos, como si nada hubiera pasado...

ADIOS A MANILA

QUIENES muellemente reclinados en los carruajes, ven pasar al lado la infinidad de gentes que no disfrutan de tan grata comodidad, desconocen los sufrimientos del peatón condenado á resistir calamidades y peligros infinitos.

Hay días y horas de éstos en que no se concibe haya quien ande por esas calles de Manila, y no obstante, el número de peatones suma una cifra mucho mayor de cuanto puede suponerse; lo que prueba bien á las claras hay mucha miseria, existen muchos desgraciados en este país de ilusiones y falsedades, dadas las promesas que nos grita allá en las costas de nuestra Península, su madre, su norte, su amparo y sostén.

El indio, naturaleza con privilegio exclusivo

para soportar la cruel fiereza del astro sol, discurre bañándose en él, casi contento, deja que le acaricie lleno de confianza y desafía sus rigores entre burlon y despreciativo; mas el inmigrante, el que con el color nacarado, el cabello sedoso, la piel fina, transparentando azuladas venas, se atreve osado á sentir el contacto de aquél en este país donde más esplendoroso y potente, se presenta, sufre de modo horrible, como si le abrasara el alma.

Con solo este hecho, se entiende lo dispendioso de la vida en este suelo palpitante de calor y convulsiones, tierra fangosa donde los pies se pegan, el movimiento se esclaviza y el trabajo cae sobre los hombres, pesando como masa inmensa, gigántea, que les comprime y ahoga...

Y sin embargo, grita, y grita rabiosamente, pidiendo hombres, solicitando actividades, protestando amparo y protección; gritos que la madre escucha estremecida de dolor, y á los que contesta diligente con barcos tras barcos, preñados de españoles llenos de vida, de sangre, de esperanzas y ánimos...

—

No he podido olvidar la primera impresión del arribo á Manila, y aún rueda por el cerebro, retor-

ciéndose angustiosa como ser que pugna por escapar de estrecha y tenebrosa cárcel.

El malecón que, observado á bordo, semejaba diminuta perspectiva, una de esas vistas cuyo tamaño crece en la reducida cámara que abultan dos lentes para solaz y entretenimiento del desocupado; el raquítico y extraño desembarcadero; la fatigosa presencia de los cargadores disputando para sus brazos el modesto equipaje de quien llega; la especial construcción de los carruajes, mal pintados, torcidos, montón de astillas chillonas y enmohecidas, arrastradas por minúsculas como huesudas parejas de innobles brutos; el torbellino de chinos disputando, corriendo, mostrando sus cuerpos medio desnudos, entre harapos colgando, cual amontonadas y asquerosas piltrafas; la calle de San Fernando, que se atraviesa asombrado de las distintas construcciones que la forman, sus «porches» llenos de mercachifles chínicos... y luego, el puente de trabajosa subida y rápida bajada, como cerro colocado en medio de una populosa vía; la calle del Rosario, tambien acusadora de una inmigración vecina y potente; la Escolta, donde el ánimo empieza á esparcirse contemplando casas de compatriotas que parecen dar la bienvenida asomando á las puertas de los establecimientos llenos de telas, alfombras, joyas... sus muestras, contrastando con

los signos del chino vistos en las otras calles sobre tablas pintadas de rojo y negro, señal de vergüenza y luto... Los simpáticos caracteres españoles *Los Catalanes, La Puerta del Sol, Las Novedades* y tantos otros que saludan cariñosos, llenando el alma de recuerdos... ¡Ah!... ¡Qué impresión tan angustiosa!... Qué mezcla tan abigarrada, qué afán de exclamar emocionado, medroso, impaciente: ¿España?... ¿Estoy en España?.....

.....

Luego la costumbre lo hace todo; y el que llegó ansioso de trabajo y rebosando esperanzas, deja de preguntarse dónde está, según lo va sabiendo, hasta que, al partir, exclama llorando como un niño:

—Adiós, tierra española que creí floreciente y rica... Adiós, compatriotas que no podéis realizar vuestros ensueños, mientras el extraño os arrebata cuanto os pertenece, adiós; sacudid vuestra cabeza, donde se agita torbellino de dudas y temores... volved en vosotros, y cogiendo la bandera que luchó en cien combates coronándose de gloria, gritad «¡viva España!» arrojándoos con denuedo y valentía al trabajo, fuente de todo bien, manantial de toda felicidad; no permitáis que otro haga lo que vosotros podéis hacer y, cuando vengan hermanos de allá, cuando el correo ponga entre vosotros más

españoles que á trabajar lleguen, abridles vuestros brazos, animadles, enseñadles á luchar, que, unidos, lograréis para Filipinas todo el progreso, toda la preponderancia, todo el bienestar que, entusiasta como buen español, la deseo.

2 Octubre 86.

DOMINGO DE RAMOS

I

IBA tan alegre, que llamaba la atención de los transeuntes, á quienes nerviosamente empujaba por escapar de ellos.

Quería verse solo para leer una y cien veces más aquella carta que tan feliz le hacía, y que leyó en la escalera jubiloso.

Lucía, su hermoso sueño de todas las noches, aquel ángel por quien sin calma suspiraba, aquella ideal rubia, motivo de sus ansias, le había al fin escrito.

Era tan feliz, tan dichoso...

Ya no andaba, corría á favor de la cuesta la calle de Meisic abajo, sin cuidarse de sus ropas

en desorden, dejándolas á merced del viento que las revolvía.

Había recogido dos veces el sombrero del suelo, y á punto estaba de caer por vez tercera, todo lleno de lodo...

La carta, aquella carta merecía tan sólo su atención toda; la llevaba sujeta con ambas manos, temeroso de que el viento la arrancara entre sus arremolinados torbellinos...

Así llego á la calle de Cabildo; internóse en una de aquellas casas, subió de cuatro en cuatro los eslones, y, veloz como había llegado, desapareció entre exclamaciones de asombro de la anciana que, toda asustada, había acudido al brusco llegar del joven, pues no más de veinticinco años tendría nuestro personaje.

II

—¡Madre mia!—le decía saltando el gozo en sus ojos:—aquí tenéis, madre mía, la causa de mi locura; aquí tenéis el motivo de mi placer; y llorando de dicha, le mostraba la carta.

—¡Hijo de mi alma!—contestaba la madre llena de espanto.

—Sí, madre; ella, el ángel purísimo de mis amo-

res, me ha escrito tras de tanto esperar. ¡Ah, madre mía! Si pudierais comprender mi felicidad, no me mirárais con espantados ojos cual me miráis; leed, leed, madre, conmigo, y me daréis razón para este desasosiego que os asusta...

«Buen amigo—me escribe—agradezco vuestro interés por saber de mí; no me escondo como suponéis, estoy enferma, y eso es todo; quisiera escribirle algo más, pero no puedo; os doy las gracias por el obsequio, que acepto, entendiendo la pureza de vuestras intenciones.»

—Y mirad, mirad, madre: *Lucía*, firma *Lucía;* ¡Oh, qué dicha tan inmensa! Y el joven, exaltado, besó la carta lleno de pasión...

III

Dos días después celebraba la iglesia la entrada de Jesús en Jerusalén.

Manila se inundaba de palmas benditas, que iban atando en sus balcones las lindas manileñas.

IV

En una modesta casa de la calle de... sólo en un balcón falta el histórico adorno. A aquél se dirigen las miradas del joven que dos días antes corriera

desalentado llamando la atención de cuantos al paso le hallaban.

Pasa una hora, y otra.

Nada: el balcón de Lucía está huérfano de la bendita palma.

V

Aquel balcón se corre lentamente, á tiempo que la puerta de la casa se entorna, como si ambos fueran movidos al mismo impulso.

El joven ve entrar un grupo que le estremece.

Cuatro hombres conduciendo una caja de muerto.

Es una caja blanca, galoneada con cintas azules.

Tras la caja ve llegar un estandarte.

Luego unos blandones... una camilla.

Atraído por fuerza irresistible penetra en la casa.

Duda: quiere subir, y se detiene; quiere marchar, y no puede dar un paso.

Los hombres han salido.

Se oyen gritos de dolor, exclamaciones de angustia, quejidos amarguísimos.

Al fin, como ébrio, sube.

Sin conciencia de lo que hace, penetra en el cuarto.

Recorre un estrecho pasillo.

Llega á una habitación en la que se escucha

comprimidos sollozos entre el chisporroteo de unos fúnebres blandones que dan luz á un cadáver.

Á él dirige sus ojos.

Y al contemplarle, da un grito y cae al suelo sin sentido.

VI

—¡Madre, madre mía! ¿Sabéis qué se ha hecho de aquella palma que regalé á Lucía? ¡Ha servido para adornar su mortaja de soltera!...

VII

El joven, aún desconsolado, llora cuando recuerda la triste historia de sus primeros amores.

Y el Domingo de Ramos huye de los templos, no osando mirar á los balcones, temeroso de encontrar las palmas benditas con que en ese día se adornan.

Él las llama—y bien dice—*¡las palmas del martirio!*

LIBREAS FILIPINAS

CONOZCO una señora, marca gato, que se le van los ojos detrás de unos cordones estilo Luis XV; y una señorita sentimental que lo daría todo por llevar un cochero con sombrero de copa galoneado y ribeteado aunque fuera con lata.

Hay caballeros solos y señores para todo, que primero dejan de comer que sin librea al cochero; también hay damas características con lacayito, y *damichelas* para casa de los padres con *batas* más ó ménos ilustrados en el arte de los pescantes.

El *non plus* de los cocheros lleva levita oscura, botones dorados y botas de montar; el *plus*, á palo seco, camisita por fuera, capacete y pantalón (alguna vez sandalias, gracias á una disposición gubernativa).

Si tropiezan ustedes con un cochecillo galonea-

do oro propio, en el cual va un caballero desconocido, no se asusten ustedes; es un oficial de la clase de los quintos que, en uso de su derecho, se ha echado librea para darse bombo; tampoco se admiren por muchos cordones que vean; fuera de las autoridades, los demás pertenecen al *vanitas* del Sabio.

El que llega á Manila, y por vez primera va á Sampaloc ó al paseo de Alfonso XII, se queda admirado ante tantos ministros como mantiene el presupuesto filipino; entre doscientos carruajes, hay ciento cincuenta que inspiran respeto, los restantes son carromatas y alquilones; por supuesto que, á los ocho días, cae en la cuenta y pone su correspondiente *vale* á Roensch por copa y galón de los que más relucen.

Hay *calesas* incobrables, con chaquetilla ceñida y gorra plata, que da gusto el verlas.

Y *perezosas* con pareja verde y grana, cordones azules con toques veterana, que hacen bailar de gusto, y *tres-cientos* más ó menos baules, que son el encanto de quien los contempla.

Nada digo de los *quiles*, porque pertenecen á la categoría de hijos de familia, y por lo tanto son irresponsables.

Ni de los *vis-á-vis*, porque son matrimoniales con dote.

Ni de las tartanas con teja, porque me inspiran respeto.

Hay cochero de luto con señora amarillo y verde; y los hay blancos y colóres con familia de negro.

—¡Qué elegante va Zutano!—me decía una señorita con principio—cuando el aludido estrenó la flamante librea que ya ustedes habrán visto.

—¡Muy elegante!—interrumpió un caballero para dos, que hacía la visita;—pero todo *vale*.

—¡Ya lo creo que vale!...

En cuestión de libreas, hay gustos que al hombre menos poético le dan un disgusto.

—¿Cómo va usted á poner los cocheros?—preguntaba un señor de una pieza á una señorita actual.

—De colorado, con chupa, calzón y zapato bajo; hay que distinguirse. ¿Y usted?

—¿Yo?... de verde zacate, para que los caballos no le pierdan de vista.

—Pues yo, señores—dijo un caballero con vacuna—he adoptado una librea más llamativa, sobre todo, para las señoras y señoritas pasivas ó jubiladas.

—¿Cuál?

—Llevo mi cochero en pelota.

LOS PIES

Un pie chiquito me encanta hasta el vírgula de no poder tranquilizarme en dos ó más horas después de haberle visto.

Cuando una señora sin picardías, aunque tenga hijos y los críe, me enseña su pie así como al descuido, y resulta del examen sobresaliente en diminutivo general, me dan sudores fríos y otra porción de síntomas peligrosos, como palpitaciones y bizqueras espontáneas é intermitentes.

Hay pies que meten miedo por las consecuencias que supone su contacto: el pie alemán, inglés y gallego, son famosos por sus alcances; en Inglaterra, sobre todo, no hacen falta rodillos de vapor; los habitantes apisonan perfectísimamente el terreno sin necesidad de otros gastos que unas medias suelas y tacones por individuo, cada quince días.

Digo esto, porque tengo callos, y cuando estuve en Londres—yo he estado en Londres—me los deshacían á diario gratis *et furore*, con inhumación también gratuita.

Recuerdo una tarde en la que un milord, que debía pesar más que un oso blanco, me sepultó el pie izquierdo hasta el tobillo.

Gracias á que estoy inscrito en *La Equitativa*, de New-York, y pasaba por allí un agente; de lo contrario, el milord me entierra vivo.

No faltan damas superfinas con extremidades inferiores superabundantes.

Y señoritas Bargosi, con cada *champignon* en los dedos de los pies, que parecen *bistekes* Mirabeaux descalzos ó sin tostada.

—¡Como vuelva usted á decirme que le dé el *sí*, le arrimo á usted una patada en la boca del estómago, que le dejo sin respiración! exclamaba indignada una joven cimentada á todo riesgo.

Esto prueba que en el sexo débil hay arietes naturales, capaces de dar un disgusto traumático á cualquier novio impresionable.

Por infinidad de consideraciones que no son del caso, cuando saludo á las señoras, prodigo poco la frase: «á los pies de usted,» tan usualmente española.

Y es que, en una ocasión, por poco nos pegamos

de linternazos un marido y este servidor de ustedes.

Me puse á los pies de la señora, y produje un cataclismo «de primera con todos.» (*)

Porque la dama en cuestión era coja de medio muslo abajo.

Verdad que, lo que yo decía:—no deben ustedes ofenderse, pues al fin, si la señora no tiene más que un pie, ese pie vale por cuatro, y si me echo en él, quepo de cuerpo entero.

Tuve que poner pies en polvorosa para evitar un diluvio de patadas.

Y otro de palos.

Porque la dama manejaba el aditamento ortopédico inferior, con la misma habilidad que si fuera el palo de una escoba...

No deja de ocurrírseme preguntar á muchos cómo están de los pies, así que me aseguran estar buenos de salud.

Es que recuerdo al cocinero que, después de regañarle sus amos por lo exageradamente sucias que llevaba las manos, contestaba:

—¿Sucias? ¡Pues si me vieran ustedes los pies!....

(*) Frase usual en Filipinas para expresar algo excepcional, grande.

LAS APRETURAS

DOÑA Pepay bufa contra el municipio desde que se rompió un pie dentro de una cuneta en la vía pública.

Sin embargo, la entusiasman las diversiones populares y, á riesgo de romperse el pie sano, se echa á la calle en cuanto sabe que hay procesión ó espectáculo «de gratis,» en el que todo es entrada general.

Porque—según ella—en esas ocasiones tiene un éxito fabuloso.

Su maridito (q. s. g. h.) tragó el anzuelo en la procesión del *Corpus*, y, desde entonces, mejor dicho, desde que se le acabó el consorte, tiene la evidencia de hallar el sucesor en la calle.

—En las procesiones—exclama—la gente se

apiña, y con un poco de inteligencia, malo ha de ser no poderse procurar un buen mozo para punto de apoyo.

Como doña Pepay, andan sueltas muchas meritorias sin sueldo, capaces de conseguir su credencial á poco que hagan.

Conozco un pollo, acabadito de desencascararse, que primero pierde la comida que una procesión; tiene una hermanita del género zancuda, y encargo expreso de la mamá para dejarla apretar por cualquier ciudadano de buen ver, aunque mire torcido.

Los dos van á todas las apreturas que salen, con el objeto de ver si sale algun señorito capaz de ponerles casa.

Hay prójimo que tiene abono á las apreturas, como pudiera tenerlo á platea en Tondo ó el Filipino; con la única diferencia de que el abono es mucho más barato.

Si por casualidad pierden ustedes el reloj ú otra cosa, al presenciar un desfile, salir de un teatro ó ver pasar una procesión; echen ustedes la culpa al dicho abonado.

Mientras están ustedes admirando los trajes de baño de los artilleros ó buscan ustedes su carruaje ó rezan un Ave María, rodilla en tierra, un abonado consecuente les aligera; con lo cual, después

de todo, consiguen ustedes la comodidad de llevar menos peso.

—¡Caballero, caballero!... decía una señora en meses mayores:—¡que aún me faltan dos lunas!...

Un abonado quería servirla de comadrona, tomando por faltriquera un bulto de doscientos diez días.

Conocí una Rosita, [illegible] dorosa con novio opuesto, esto es, á disgusto de los padres, que en unas apreturas consiguió permiso para sostener relaciones.

El atrevido conquistador de la niña, sustrajo una liga de la mamá, equivocándose de bajos, y, está claro, la mamá, por no armar un cisco, consintió en lo que, por la traza, parecía cosa resuelta.

Una de las cosas que más asustan á los señoritos antiguos ó sin sexo conocido, son las apreturas.

Porque—como se lamentaba un César con flequillo á lo Capoul—me toman por otra.

Por lo demás, sólo concibo una clase de apreturas.

Las indispensables para reventar un grano.

Que no sea cereal.

Ni en mi persona.

Porque me gusta más... que se revienten solos.

LOS DEUDORES

SON... los que tienen «ingleses» más ó menos pesados.

Hay deudores de todos géneros, clases y condiciones.

Hay quien debe los alimentos, y aun los instrumentos alimentativos y alimentadores.

—La cuenta.

—¿*Cuála* cuenta?

—La del almacén; dice que ya debe usted tres meses, y que si no paga, le suspende la ración.

—Está bien: ¡qué insolencia!... que se vaya á los demonios... ¡Como no cobre otra que la mía, ya puede almacenarlas todas!...

—¿Qué digo?

—Que he determinado surtirme de otra parte.

Y el deudor pasa un par de años surtiéndose de distintos almacenes, hasta que los recorre todos; entonces cambia de población, volviendo á la misma faena.

Estos deudores acaban por morirse de hambre.

—¿Qué es eso?

—La cuenta del dentista.

—¡Qué barbaridad!... Cincuenta pesos por una dentadura incompleta!... Cuatro dientes, tres colmillos y ocho muelas... Dile que no estoy en casa.

—El cobrador ha visto entrar á la señora.

—¿Sí? Pues dile que no le pago... porque me está mal y no me sirve. Y que no se la puedo devolver, porque... porque me la he tragado la otra noche. ¡Ah! Y que, por supuesto, si la «echo,» se la mandaré inmediatamente.

Cuando un deudor dice que no paga, no se molesten ustedes, porque no se hallará medio de cobrarle.

Lo que decía un caballero, prestamista sin retención á empleados y militares:

—O pagan ó no pagan desde luego; si pagan... bien; si no pagan... mal; conténtese usted con este comentario, y cobre al que paga lo que no cobra al que no paga, porque el que más y el que menos tiene la casa á nombre de otro, y no tiene usted modo de echarse encima.

—¡Vaya!—contestó un usurero característico, ó de los más caracterizados:—me echo encima con un magnífico «roten» que conservo para estos casos.

—Señorito—decía una doncella á un doncello convaleciente:—ahí está un hombre que trae este papel... me parece que es la cuenta del médico.

—¡Veintidós pesos por veintidós visitas!... ¡Qué modo de robarle á uno! Di... que he determinado cambiar de médico, y que, como tengo que pagar al que hoy me visita, no le puedo pagar á él.

(Avisaré á otro; es difícil que sepa que no pago; los médicos son enemigos unos de otros y no se hablan; le diré que él es muy bueno y que el anterior era muy malo; con esto estoy seguro de tener médico... hasta la primera cuenta; entonces volveré á cambiar; en la variedad está el gusto.)

Son muchos los recursos puestos en juego por los «ingleses» para cobrar á los deudores. Todos inútiles.

Un establecimiento puso en toda la prensa, avisos, diciendo que al que no pagara en el término de diez días, le expondría á la vergüenza pública, dando su nombre á los periódicos.

Al día siguiente recibió el industrial una porción de cartas.

En las unas, le suplicaban, en las otras, le amenazaban, y en las más le llenaban de insultos.

Llegó el día fatal; publicó los nombres, y cayó sobre la tienda una nube de padrinos con sables, pistolas y trabucos.

Resultado: que perdió una pierna en duelo á pistola; que no cobró sus cuentas, y que se vió en la necesidad de cerrar su establecimiento.

Se quedó sin gente.

Y le decía uno de sus más constantes deudores:

—¡Pchs!... Que usted me pusiera, que no me pusiera, poco importaba... ¡Ya sabe todo el mundo que yo no tengo vergüenza!...

LOS SALUDOS

SIEMPRE que tropiezo con D. Lucas, un hombrecillo con techo de nipa, ó peluquín, me dice muy afectuoso: ¡Adiós, amigo!...

Como D. Lucas, hay otra porción de ciudadanos errantes que me saludan del mismo modo.

Y lo gracioso es que ni siquiera les conozco por la gracia (pongo por caso que tengan alguna).

En fin, como dice el refrán que hacen falta amigos hasta en el infierno, no deja de alegrarme el saludo, y contesto con un: ¡Que usted lo pase bien, amigo!, como si lo fuera en efecto.

Después de todo, las salutaciones habladas son inofensivas.

Puede admitirse hasta el ¡hola! el ¿cómo vamos, chico? y otro sin fin de tonterías por el estilo.

Con lo que no transijo es con los saludos obrados y que actúan sobre uno con mayor ó menor fuerza im ó expulsiva.

Conozco un caballero, fenómeno desde el claustro maternal, que saluda á trompazo limpio, como si uno fuera de piedra.

En cuanto le veo, echo á correr y no paro en media hora.

Ese hombre es una plaga, y algunas veces pienso si estará subvencionado por algún médico especialista en fracturas.

Juan, un amigo íntimo del mismo, nunca sale de casa sin su botiquín repleto de vendas, árnica y otros útiles.

Y cuando le encuentra:

—¡Eh!!!—dice á diez metros de distancia:—no me saludes, que aún tengo señales del anterior!...

Juan está predestinado á morir hecho una tortilla.

Hay gentes que saludan á los amigos abrazándolos, como si esto fuera cosa bien vista.

Cuando me pesca uno, le abrazo más fuerte, y hasta suelo echarle la zancadilla para escarmiento.

Darse la mano es lo único soportable, cuando se da á la ligera.

Porque hay señores cariñosos que no sueltan á tres tirones, sosteniendo una conversación sin sol-

tar la mano, salvo el caso de sudores fríos ó callosidades puntiagudas.

Lo que decía un pobre hombre, rico por su casa, á quien le había cogido por la mano un esgrimista notable:

—No puedo darle los doce pesos que me pide, hasta que me deje usted meter la mano en mi bolsillo...

Hay señoritas bien educadas que saludan con la cabeza, á compás ó paso de polka.

Y jóvenes untuosos que se quitan el sombrero en siete capítulos, con su prólogo y epílogo correspondientes.

También los hay de ambos sexos que, al darse la mano, parece que llaman á la puerta de su casa.

Suponiendo viven en tercero con entresuelo.

Tres y repique.

No falta quien, para saludar, se limita á una reverencia.

Este saludo es el más soportable; pero predispone á muchas enfermedades del espinazo.

He visto á un D. Jerónimo saludar al ministro de un ramo, y se reverenció de tal modo, que, dando una voltereta, puso á aquél los pies en las manos, en lugar de una carta de recomendación que le llevaba.

Para saludar hay frases hechas, de bastante efecto.

Á los pies de usted.

Beso á usted la mano.

Y en todos los sermones: «las palabras del ángel: yo te saludo.»

Recuerdo á un concejal de Torrejón de Ardoz que al presentarse en Madrid á la familia del diputado por aquel distrito y oir á la señora decirle: «beso á usted la mano,» exclamó lleno de pena:

—¡Concho!... ¡Ma tomao por el padre cura!...

Pero, de todos los saludos, ninguno es tan original como el de las naciones entre sí.

Á cañonazos.

¡Zambomba!

CALABAZAS

Si quisiera referir á ustedes las que conozco de la clase tan popular, descrita en tomo ilustrado por el celebérrimo Granés, no acabaría nunca; calabaza es sinónimo de cabeza—que decía un académico fresco ó reciente—y no hay hombre sin calabaza, pepino ó melón por remate.

Tampoco quiero decirles nada de esas frutas en estado de merecer; las mujeres bonitas tienen fama de darlas con frecuencia y muchísimo gusto: recuerdo unas que me dió Ildefonsa Ciengranos, porque hice unos versos á la luna, y su padre (el de Ildefonsa) se dió por aludido; desde aquellas (mi bautismo cucurbitáceo), me han dado tantas, que he perdido la cuenta.

Se trata de calabazas caniculares, ó estudiantiles.

En Madrid y provincias cercanas comienzan á crecer en Navidades, van tomando desarrollo en Carnaval y adquieren gran volumen á primeros de Junio, siendo gigantescas en Septiembre.

En Filipinas están ya sazonadas á la fecha del cierre—que dicen las hojas militares—de este articulillo.

Por lo general, son injusticias; por lo brigadier, son atrocidades de los catedráticos.

—¿Qué nota te han dado en física? preguntaba un pupilo á un estudiante acomodado.

—Suspenso: ¿y á ti?

—Suspendido.

—Estamos iguales...

—No lo creas: á ti te han dejado con la boca abierta, y á mí me han cerrado la boca; tú eres la imagen del asombro, yo la del ahorcado; me han cortado la carrera y la manutención; mi padre dice: se acabaron las matrículas.

El pobrecito padre llevaba abonadas ocho matrículas para que, el hijo de las entrañas de su madre, se metiera el Ganot en la cabeza; pero no había de qué.

—¿Qué le han preguntado á usted? le decía un estudiante de Medicina á otro de Leyes,

—Las Siete Partidas.

—¿Y qué?

—Que me han partido. Y usted, ¿qué tal?

—Aún no sé decirle; acabo de examinarme; supongo una buena nota; figúrese usted que me han preguntado por el omoplato, cuando soy de primer año.

—¿Y qué ha dicho usted?

—Que era un fenómeno; he disertado sobre los antojos del embarazo, y he discurrido sobre los inconvenientes de enseñar platos á las preñadas.

—No sabía yo...

—Pues con poco latín... homo... hombre; plato, como suena, hombre-plato; está bien claro.

Hay estudiante con luces naturales, que no da pie con bola, y examinandos que son un modelo de calígrafos: llevan la asignatura escrita en los puños de la camisa.

Y estudiantes, flojos de muelles, que se examinan en un dos por tres.

—Vamos á ver, ¿cuál es el mejor tratamiento del estreñimiento? preguntaban á uno.

—Examinarse.

Con efecto, el pobrecillo llevaba una cataplasma inferior cuando le dijeron: puede usted retirarse.

Esta frase hizo exclamar á un alumno de cuarenta años, acabado de examinar para Notario:

—Ya lo hice con los dos tercios cuando era subteniente de la Guardia civil.

MANOS

HAY manos de carnero magníficas para diferentes platos de cocina; con estas manos pudieran confundirse otras de personas más ó menos rurales que están pidiendo á gritos un puchero.

He conocido una doña Hermenegilda, tres veces casada, es decir, dos veces viuda con marido actual, aficionadísima á dejarse pasar la mano; según ella, las manos son más elocuentes que la palabra misma.

Dió el *sí* con la mano á su primer marido, y enviudó del mismo á fuerza de arañarle.

Usó de idénticos procedimientos con el consorte número dos, y si vive el tres es porque, según confesión propia, se plantó de manos, lo cual para

la ex-viuda supone haberle salido por marido un San Benito de Palermo recalcitrante.

Cuando cualquier amigo ó compañero dé á ustedes la mano, reparen si la da con «amore» ó con «furore.» En ambos casos echen ustedes á correr, porque peligran.

Las manos «amorosas» exigen el uso de prendas con faldones que lleguen á los tobillos; las «furiosas» abonos Arévalo * á terceras denticiones con garantía ilimitada.

Una mano blanca, fina, con uñas sonrosadas, está pidiendo un novio de los tristes; igualmente que una mano alfombrada ó peluda pide un azadón ó cosa por el estilo.

Traté con intimidad y sin consecuencias á una señorita arqueada, ó con joroba, que tenía una mano lindísima, y he visto otra joven, guapa como pocas, que se gasta unas manos como dos botas de lo tinto.

Eso probará á ustedes, que no es verdad aquello de que por el hilo se saca el ovillo; y si es cierto, hay hilos de oro en carretes de estraza, y versa vice.

Por ahí anda una señora Feliciana, con barómetros espontáneos y de los más sensibles en diestra

(*) Afamado dentista filipino.

y siniestra, incapaz de abusar de sus manoplas demoledoras; y en cambio, su hija, una pollita encuadernada á la holandesa, á pesar de sus manitas de alabastro, le suelta una bofetada al primer pollo con gotas ó atrevido que se le presenta.

Por supuesto, ello no es inconveniente para que la niña encuentre su media naranja.

Lo que decía un abofeteado fresco, ó de hace pocos días:

—No me ha dolido; al contrario, me ha dado gran gusto; claro, manos blancas no ofenden...

Pero á cualquiera persona decente ó in, le dejan turulato y sin muelas.

Por mí, tiemblo cuando repaso las siguientes líneas escritas por una ex-novia á quien dejé á la luna de Valdemoro:

—«Peal»: si se escribieran las «gofetás» como se escriben las letras, leerías ésta en los malditos mofletes de tu rostro de la cara...»

Y la epístola tiene siete carillas.

¡Qué manos!...

PRETENDIENTES

SON una plaga.

—¿Y usted qué hace?

—Pretendiendo.

Ahí tienen ustedes un diálogo breve, pero que se repite un millón de veces cada día.

Los más vulgares pretenden un destinillo en cualquiera oficina; los menos listos cosas imposibles, como que se acabe el arreglo del puente de Ayala ó que se haga un teatro; los más tontos que les caiga un premio de la lotería, y así, por el estilo, todos pretenden algo.

Sostengo correspondencia tirada (y tan tirada) con un D. Dimas, el cual pretende que le conteste á su primera carta. Invariablemente, todas las semanas (casi siempre el martes, día aciago), recibo

una, recordatoria de otra y otra, hasta yo no sé cuántas. D. Dimas pretende nada menos que le pague 25 duros con varios céntimos prestados por él á un pobre amigo mío, ya difunto, y del que fuí fiador. Pronto hará cuatro años que D. Dimas me escribe sus cartas; apenas si las leo, pues siempre dicen lo mismo; me hago cuenta que estoy suscrito á un semanario dirigido por el tal D. Dimas; y tengo la evidencia de que el dicho prestamista de mi difunto amigo es un pretendiente de los más tercos; pretende que pague y, ya que no á él, me hará pagar los 25 duros y céntimos al cartero.

Hay muchos pretendientes de esa clase. Conocí un Paco, joven de diecinueve hierbas, goma puro, en relaciones honestísimas con una O de las más finas y cargantes, que contra viento y suegra se empeñó en casarse con O. Pues bien: como Paco proponía y los papás de O disponían, O se casó con un brigadier emparedado, es decir, con muchas cruces en el pecho y llave á la espalda; y Paco, por salirse con la suya... dejó de tener relaciones honestísimas con O, entablándolas con la mujer del brigadier emparedado.

—¿Y usted qué pretende?—preguntaban á uno.

—Una cartera...

—¿De Ministro?...

—No, señor, de conductor de correos de Cara-

banchel de Arriba á Carabanchel de Abajo y vice-versa.

Aquella misma pregunta hizo el conde de los Líos á Gonzalo Picardías.

—¿Y usted que pretende?

—Casarme con su hija.

—Pero si es fea, defectuosa, idiota casi...

—Por eso mismo. Mis pretensiones son dos; casarme (una); que se muera para que yo herede lo suyo (otra), sin contar con la tercera pretensión.

—¿Y es?...

—Que se muera usted de tantos disgustos, para constituirme en heredero universal.

Excuso decir á usted que Gonzalito salió por un balcón.

¿Y los que pretenden arreglar la sociedad dándola cuatro puntaditas como si fuera una camisa con flequillos?

—¡Moralidad, mucha moralidad!...—exclama de continuo el señor H., cuando puede pasar por el desmoralizador más grande (cerca de tres metros cincuenta) de todos los séres in-morales.

Bien decía aquella Transfiguración, una señorita casadera pensionada:

—No hablarme de moral; llevo tres años viviendo moralmente, y estoy de moral hasta la punta de los pelos.

Vivía con Arturito del Moral, y una renta de 5 vellones diarios que le pasaba aquél.

Son atroces estas moralidades. Y más atroces las pretensiones de muchas.

Las hay pretendiendo un cura para vivir en compañía!... que es cuanto puede pretenderse!..

NOVIAS

A cualquiera le gusta tener novia.

Hay quien se tira de los dedos por conocer cuántas tiene, y, resultando cinco en cada mano, no tiene ninguna.

Y quien se tira de los pelos por haber conseguido la primera.

Nada tan cargante como una novia con papá y mamá de la categoría veterana ó que vigilan.

Las novias sueltas ó huérfanas al cuidado de una tía, son peligrosísimas.

Una novia sentimental es un tabardillo, sobre todo si llega á cónyuge; entonces son seguros en el esposo desvanecimientos de cabeza y demás cueciones del cuero cabelludo, suponiendo haya cueros desvanecidos.

Hay novias con música, irresistibles ó que no se pueden resistir; en diciendo que se ponen al piano ¡para qué quiere usted más día de fiesta!

No faltan de manubrio, ó novias organillos; éstas son más aceptables; mientras con la una mano dan vueltas á la caja instrumental, dejan la otra al novio, que furtivamente suele darla algun tímido beso cuando no tiene que hacer en los registros.

Una novia que canta es desesperante, sobre todo si la da por trozos desconocidos de óperas conocidas.

Las que cantan por la flamenco predisponen á serios conflictos.

Recuerdo á un Arturo (en relaciones amorosas con una Manuela), á quien, el entonces futuro suegro, le dió una paliza, porque soltó un *¡barbi!* despues de una copla.

Gracias á las explicaciones consecutivas; se supone todo fué porque la mamá teníá el mal gusto de usar pelos en la cara, y cuando Arturo dijo *barbi*, miró á la señora maquinalmente.

Las novias primerizas secan las fauces al desdichado que las enamora; no se les ocurre nada.

En cambio, las hay maestras en el orden superior é inferior, que á cualquiera le dejan seco y pegado á la pared con sus ocurrencias.

Las novias de iglesia, ó que dan citas en los tem-

plos, son muy malas, hay que huir de ellas como del enemigo; comienzan por donde deben acabar.

Las que están por la noche al pie de una reja, son terribles; el novio más robusto se queda hecho un hilo en pocos días; y duerme de pie, lo que es signo de muerte próxima.

Escámense ustedes de las novias que den el *sí* á las primeras de cambio.

Y anden ustedes con mucho ojo con las novias que hacen versos.

Porque el día menos pensado les asesinan con una poesía libre, de metro corto.

Ó les toman la medida, lo cual es alarmante, midiendo, como suelen medir, con los codos.

Es decir, que dan *codillo*.

Por lo demás, si tropiezan ustedes con una novia dotada, ó con dote, no desperdicien la ocasión.

Sobre todo, si el dote no baja de 20.000 pesos.

Y no hay que esperar que los padres se mueran.

Porque si hay que esperar... ¡ya pueden ustedes ponerse en remojo!

Esta clase de papás es inmortal.

DEBILIDADES

TODO el mundo las tiene.

Hay personas débiles de estómago, como las hay débiles de espíritu.

La debilidad de estómago es insoportable; conduce á la bizquera, defecto que, si bien tiene alguna gracia, es de muy mal ver.

La debilidad de espíritu es tan inofensiva, como la fortaleza de ídem malsana; predispone á flojedades de piernas, precursoras de chichones más ó menos abultados.

Hay señoritas solas, tan débiles, que se caen sobre el primer caballero con base que se les presenta.

En cambio, hay señoras con leche, capaces de

criar á un regimiento de artillería (ametralladoras inclusive), y váyase lo uno por lo otro.

Conocí un hijo de familia de cuarenta años, que aún no ha llegado á padre, el cual, para curarse los callos y ojos de gallo, se cortaba los dedos; era muy débil de entendimiento, pero en cambio muy fuerte para las sangrías, aun las desatadas ó sueltas.

Verdad que hay debilidades fortalecientes: yo me vuelvo un Cid con una chica de cerveza débil, aunque sea de la cruz blanca.

El cangüelo es una debilidad frecuentísima, sobre todo en novios con mamá suegra á la concha; sin embargo, llega el día de la boda y se casan; esto constituye una de las debilidades más espantosas.

Rosita—una joven con medias suelas y tacones, esto es, con dos hermanitas y sus correspondientes papás—anda á pesca de un señor de poco peso, que ejercite algún cargo público: tiene esa debilidad, quiere ser mujer pública.

Cuando algún conocido pida á ustedes dinero en calidad de préstamo, averigüen, antes de complacerle, si es hombre de algunas debilidades; para ello no hay más que tomarle el pulso; el pulso fuerte, indica debilidad en los pagos; el pulso flojo, lo mismo; esta debilidad es de las más extensas ó extendidas.

Traté á una señora á la papillote ó con papalina, ama de gobierno, tan débil de los ojos, que se le iban las lágrimas á cualquier cosa; un día estuvo llorando cuatro horas porque le habían regalado un par de medias y no le llegaban á media pierna.

Por supuesto que para debilidades, ahí tienen ustedes á doña Sinforosa: se almuerza un buey á la parrilla, y al cuarto de hora dice que está débil; tendrá la solitaria.

Donde más se ceba la debilidad es en la memoria; pregunten á D. Tadeo, hoy jefe de Administración, dónde prestaba sus servicios el año de 71; no se acuerda.

Tambien á D. Zenón, ese acaudalado banquero, le flaquea la memoria desde que dejó de prestar al 75 por 100 mensual.

La de Garbanzo ha olvidado la fecha de su nacimiento; por eso está plantada en los treinta hace lo menos veinticinco años.

Hay quien se olvida del francés, inglés y otros idiomas, sin haberlos aprendido.

Y quien se empeña en que su madre fué título ó propietaria decente cuando le dió á luz en una portería.

—Mire usted (decía una dama de noche á un caballero retenido ó con retenciones): yo nací en un palacio.

Y tenía razon: su padre era fajinante con casa, en el palacio de justicia.

—¿Por qué le han dado á usted esa gran cruz? (preguntaban á uno).

—Por 12.536 reales y 12 céntimos.

A éste sí que no le flaqueaba la memoria.

SEUDÓNIMOS

A cualquier padre de familia, más ó menos positivo ó directo, le gusta mostrar sus hijos como cosa propia.

Pero padres hay, ó hay padres, tan particulares, que cuando ven al chiquitín de las entrañas de la madre del mismo, se quedan tan frescos y niegan la procedencia con un desinterés digno de una estatua pedestre ó montada, segun los sexos.

La gente se empeña—es un decir—en que el chiquitín se parece á don Fulano.

Y don Fulano, aunque no tenga ángel ya, ni angelitos por supuesto, resulta papá inconsciente de varias criaturitas. Verdad que por ahí andan consortes *in mentis* que, sin llegar á serlo, resultan padres Dios sabe cómo.

Y lo que pasa á lo femenino, bien puede sucederle á lo masculino, con los *distingos* correspondientes, aunque no sean académicos.

Como decía un caballero recién hecho, ó que estrenaba castora:

—¿Si seré autoridad sin saberlo?

Y es que los veteranos le saludaban con tal consideración, que al señor del estreno se le saltaban las lágrimas de gusto.

Literariamente, hay porción de papás que empollan por costumbre, y cuando los engendros pían, se los enjaretan al primer transeunte pacifico ó no que les sale al paso.

Hay otros más consecuentes que, transformándose en padres curas, les bautizan y amparan desde lejos, inscribiéndoles en compañías de seguros contra críticos á fuerza de saben los periódicos cuantos trabajos.

Y, en fin, otros hay que además se hacen cargo de ellos cuando resultan acreditados ó con crédito en plaza.

Todo eso implica un *via crucis* para el papá literario, que mueve á compasión.

—¿Sabe usted quién es Fulano? suelen preguntarle.

Y si el hombre es bajo de genio, le da una congestión ó un derrame sergato, que se lo lleva el pi

mer Galeno babor, ó con luz encarnada á la puerta *, que acude.

Otras veces se da en decir que con el seudónimo tal ó cual, se oculta el nombre de una persona muy conocida.

Y con el tiempo, viene á resultar que la persona es un pobre hombre á quien nadie hacía caso con su gracia de pila.

En otras ocasiones sucede lo contrario: una persona conocidísima engendra un seudónimo agua de socorro, que muere al nacer ó nace ahogado, lo cual es más frecuente.

Por lo demás, hay rostros que admiten seudónimos, como los hay incapaces de producirlos.

—¿Á que no sabe usted quién se firma *Bruto* en *La Revista de los Impedimentos*? preguntaban á uno.

—Usted, respondió inmediatamente.

—¿Y en qué me lo ha conocido?

—En que lleva usted el seudónimo en la cara.

Con efecto; en esto sucede lo que á D. Emeterio con mucha frecuencia; le dicen:

(*) En Manila hay varios médicos, que encienden la puerta de su casa un farol de cristales rojos sobre que, en caracteres blancos, se lee la palabra *médico*, precedida del nombre y apellido del anunciante.

—Usted bebe demasiado.

—¿Por qué dice usted eso? replica.

—Porque lleva usted un depósito de vino en la punta de la nariz, y se le sale á usted por los ojos.

PRENGLONES CORTOS

Monólogo cocheril.—Trance.—Á M...—¡Dios la bendiga! — ¡Cómo cambean los tiempos!—Liga.—Tiene, pero no hay.—Salida.—¡Por Dios, hombre!... Cantares.—¡Por favor!—Seña.—No sea usté pesado.—Por eso.—Eso es.—De largo.—¡Regidores!—Humareda.—Fin.

MONOLOGO COCHERIL

Ven acá, *moro* indino!
¡maldita sea tu estampa, gandulote!
Me costará el destino
ese trote ladino
que me gastas... ¡por vida de tu trote!...
El señorito dice eres bonito,
que engordas poco, y que trabajas mucho
¡Ah, caballo maldito!...
Si me da un arrechucho
le dejo sin caballo al señorito.

—

Oye tú, Sinforoso,
saca una lata de agua de la fuente...
¡No seas perezoso,
tráela pronto y evítame un repente!...
(¡Vaya un chico flamenco!
¡no he tenido un *lacayo* más decente!)

¡Caramba con el penco!
si me descuido un poco, de un bocado
me lleva las narices...

—

Sinforoso, ¿qué dices?...
¿Que no encuentras la lata?
¿Apuestas á que ayer se la ha llevado
esa maldita chata
para hacer morisqueta?...
¡*Seguro*, está buscando esa coqueta
que la rompa una pata!
Búscala en la cocina
que allí estará de fijo...
(La chata es una pécora, la indina...
el *suya* cocinero me lo dijo.)

—

Lo que es por ocho pesos
que me dan, bien trabajo:
ya me duelen los huesos
y tengo ya quebrada la cintura
de tanto ir para arriba y para abajo.
Sinforoso, recoge esa basura,
y échale á las gallinas
aquel *palay* sobrante...
(Lo que es el ser cochero, en Filipinas
es oficio cargante.)

—

Y la chata no es fea.
Anoche, entre dos luces, de repente,
la pegué un buen abrazo.
Dice Juan que es su novia, y francamente,
como con Juan la vea,
le rompo el espinazo.
Oye tú, Sinforoso,
pasa un poco la almohaza al *Caprichoso*
y amarra en el pesebre esa aleluya.

—

Moro indino, te sales con la tuya;
pero yo te aseguro
que si por no engordar pierdo el destino,
cuando menos lo pienses, te asesino.
¡Por estas... te lo juro!

TRANCE

Qué encanto! ¡qué dulzura
así que ya rendido
tras seguida y penosa caminata
llegó hasta mí el sonido
de aquella carromata
tan gallarda en figura!...
  Con el ansia en el pecho,
que saltar parecía
en pedazos deshecho,
—¡Pára... pára... eres mía!...—
dije llegando al lado;
luego entréme derecho
(quiero decir que entré precipitado)
y sentéme tranquilo, satisfecho.
  ¡Me río de placeres!...
¡nunca placer más grande he conocido!
¡Bah! De gusto te mueres,

lector, si alguna vez te ves rendido
y como yo.... te adhieres
al tosco asiento en que me vi adherido.
—¡Pica, carromatero!
(exclamo tras un poco
en el que, precavido, me coloco,
bien metido, el sombrero);
y abriendo entrambos brazos
más que seguro con los fuertes lazos
que tal me sujetaban,
transportado me vi en veloz carrera;
¡mis ojos se admiraban
viendo á la carromata tan ligera!...
De pronto pára el penco; con ahinco
brinca una vez, y dos, y tres, y cinco,
y á cada brinco que soltaba el penco,
yo, lector, me quedaba tan... ¡flamenco
como si el penco aquel no diera un brinco.
Al ver que se paraba en su carrera,
el auriga enojado
dejó la delantera,
llegóse al animal, cogió el bocado
y tiró de la fiera
como quien tira de un cañón rayado.
Empezó á recular, yo me asustaba
desde la grata altura;
el auriga tiraba,
y el penco se obstinaba
en desandar lo andado: ¡qué locura!...

Aquí de mis razones:
—Pero hombre, no seas bestia—(le decía)
qué pesado te pones;
no recules *¡melones!*...
y en nuestro hidalgo proceder confía;
te daremos zacate
y palay, cuanto quieras;
no seas botarate,
mira que me exasperas...—
. . . . . .
. . . . . .
El recular del penco, intolerable,
insufrible se hacía;
reculaba obcecado, imperturbable,
irritado, incansable,
empeñado en que no, que no seguía.
. . . . . .
—¿Qué hacer?—(me preguntaba)
—¡recula y más recula!... ¡buena es esa!...—
el trance me apuraba
mas lo vencí... tomando una calesa
que por allí pasaba.

A M.....

¿Usté el sueño me quita...
sus calenturas
me están matando...
¡No sabe, señorita,
las amarguras
que estoy pasando!

—

¡Malditos los *bacilos*,
los aguaceros,
los vegetales,
los calorazos y los
rios, esteros
y zacatales!

—

Que no se cure, niña,
me desconsuela
tanto, que ¿estamos?
á poner como un guiña—
po voy al que la
visita, ¡vamos!

—

Sí, señor, ya lo creo;
¡hombre!... ¡pues no fal—
taba otra cosa!...
donde encuentre á ese feo
le doy una pal—
iza horrorosa.

—

Pues qué, ¿no se merece
usté un poquito
de más cuidado?...
Mire usté: me parece
que ese maldito
le ha abandonado.

—

¿Le ha dado la quinina?
no sea intonsa,
tómela... ande...
su doctor desatina
y es su responsa—
bilidad grande...

—

Pensándolo me irrito,
me duele el vientre,
me pongo malo...
¡Jesús!... me tiene frito;
donde le encuentre
le pego un palo.

—

Hace sesenta días
que no la veo
que no la admiro...
esta tarde á los mias—
mas del paseo
les pego un tiro.

. . . . . .

Perdón si es que se irrita
por las locuras
que estoy contando...
cúrese, señorita,
¡sus calenturas
me están matando!...

¡DIOS LA BENDIGA!

El Jueves Santo
¡jueves bendito!—
toda la tarde
la he perseguido.
¡Jesús, qué hermosa!...
¡qué pie tan lindo!...
¡qué ojos tan grandes!...
¡qué andar tan rico!...
¡Mujer más bella
no he conocido!

—

Desde Sampaloc
fuí sin sentirlo,
hasta Manila
pián pianito,
siempre pendiente

de sus hechizos,
de su hermosura,
de su atractivo...
¡Ah! Usted no sabe
lo agradecido
que estoy al Jueves
Santo bendito!

—

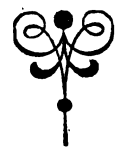
Sus trenzas rubias...
sus labios finos...
su cuello esbelto...
sus dientecitos...
sus lindas manos...
su pequeñito
talle... sus ojos...
todo lo he visto
cerca, tan cerca,
que hasta he sentido
jugar su aliento
con... con el mío.
¿Por qué, señora,
no he de decirlo,
si en las iglesias
juntos, juntitos
hemos estado?...
¿qué? ¿no me ha visto?
Yo fuí, señora,
quien, al descuido,

puse las manos
en cierto sitio;
quien á seguida
—¡perdón!—le dijo—
me han empujado...—
Yo, quien solícito,
entre las gentes
le abrí camino;
yo, quien en brazos
llevé aquel niño
á que besara
los pies del Cristo;
yo el que, en la calle
Real, su abanico
cogió del suelo...
yo, el que, amantísimo,
—¡Dios la bendiga,
preciosa!—dijo;
yo se lo dije,
sí, yo, yo mismo.
—¡Que la bendiga
Dios!—lo repito.
Que la bendiga
como maldigo
una y dos veces
y tres y cinco
y mil, el quiles,
fiero vehículo
que en otros días

cuando la sigo
como un relámpago...
pasar la miro.

—

¡Si usté supiera
lo agradecido
que estoy al Jueves
Santo bendito!...



¡CÓMO CAMBEAN LOS TIEMPOS!

—¿Dónde vas tan aprisa,
querido amigo Pepe?
¿te espera alguna dama
mujer de algun vejete,
ó á pasar vas la tarde
entre gallos y entreses?
¡Ah, deliciosos tiempos
(permite los recuerde)
los que en Madrid pasamos
juveniles y alegres
entre azarosos juegos,
entre hermosas mujeres
desde el cincuenta y cinco
hasta el cincuenta y siete!
y luego los de Burgos
y después los de Elche,
y el año ochenta y cuatro

en Sevilla ¡qué gente
aquella tan graciosa!...
¡qué rumbas!... ¡qué julepes!
¿te acuerdas? ¡Pobre Emilia;
te creyó la inocente
y hoy llora su pecado!...
la ví al venir... merece
la chica aún los piropos
de cualquiera... mas tiene
la chiquilla en los brazos
y nadie se le atreve...
Por cierto que la niña
mucho te se parece...
¿No la escribes? ¿Y Rosa,
aquella del teniente,
á quien una estocada
le diste? Lance fué ese
que te dió mucho nombre
entre hombres y mujeres...
¿No has vuelto á ver á Paco?
pues ayer vino á verme;
está desconocido,
viejo, enfermizo, enclenque,
pero tan calavera
como lo ha sido siempre...
¡Hombre! y ahora recuerdo,
me dijo que le debes
diez y nueve mil reales
que te ganó en *Oriente*

ántes de que embarcaras,
y que, si á mano viene,
le sacaran de apuros;
dáselos si los tienes...
¿Y tu mujer? ¿no hicísteis
aún las paces?... ¿Y Nieves,
tu niña?... ¿devolviste
aquel dinero célebre
que tomaste á Don Zoilo
sobre la finca de Elche
que le dejó á tu hija
su abuela? ¿Y los pendientes
de tu madre, *salieron*?
¡Qué brillantes!... no debes
de tal joya, por mucho
que pases, deshacerte.
¿Qué fué de tu querida
la flamenca?.....
..... ¿qué tienes
que hacer, que tan aprisa
te vas, amigo Pepe?
—Voy á las conferencias
de San Vicente.

LIGA

Señores: es preciso,
y aún más, urgente,
que hagamos una liga
fuerte, muy fuerte
contra el casero,
la ruina de Manila,
¡pues ya lo creo!

—

Por cualquiera vivienda
pide un sentido,
lo cual es un abuso
superlativo,
que no conviene
de ninguna manera,
no, francamente.

—

Una casa de nipa
renta diez pesos;
una casa de tabla
treinta lo menos,
y una de teja...
ni pregunten ustedes
¡la mar que renta!

—

Las de cinc, no digamos,
da miedo oirlo;
hace falta la liga
pronto, es preciso;
yo á ustedes ruego
griten conmigo á voces:
¡guerra al casero!...

—

No le paguen un cuarto,
que rabie y pene,
cuando pase su cuenta
díganle siempre:
—Ya, ya veremos...—
(mas, por Dios, que no vea
nada; ni un céntimo.)

—

Si todos de esta suerte
nos comportamos,

después de poco tiempo
ricos estamos;
¡guerra al casero!...
es el modo seguro
de hacer dinero.

TIENE, PERO NO HAY

Estoy, señores,
que en mí no quepo,
porque mi sastre
(que es un portento
para hacer ropas
de poco precio)
me hizo un gran traje
de cuadros negros
que me ha cambiado
figura y genio:
(yo, que era alegre,
yo, que era feo,
soy ahora guapo,
profundo y serio.)

Me da esta ropa
tal tono al cuerpo,
que si me pongo
ante un espejo,
vamos, que dudo
si yo me veo,
ó á algún amigo
mío contemplo
de los que tienen
mucho dinero
para vestirse
como yo quiero.

—

Mi *chaquet* tiene
muy alto el cuello;
quince botones
de pasta, negros;
tiene ribetes,
y, por lo menos,
según calculo,
cincuenta metros
de una trencilla
de real y medio;
tiene un bolsillo
(para el pañuelo)
con su cartera;
otros dos dentro
y otro muy cuco,

lindo y pequeño
para los fósforos...
Es el chaleco
alto de cierre,
me sienta *¡al pelo!*
Los pantalones
son muy estrechos,
sin una arruga,
sin un defecto,
y allá en un sitio
que por respeto
callo, mi sastre
su firma ha puesto.

—

Estoy, señores,
muy satisfecho
con este traje,
de tanto efecto.
Nada me falta
pues también tengo
dos calcetines
color de fuego
y unos zapatos
bajos, muy buenos...
y un bastoncito...
y un gran sombrero...

—

Mas ¡ay, señores!...
lo que no tengo
es... ¡ni siquiera
cincuenta céntimos
para la cuenta
de todo eso!...

SALIDA

—¡Ay, Dolores de mi vida!...
¡ay, Lolita de mi alma!...
¿no comprendes mis suspiros?...
¿no entiendes en mis palabras
la pasión que me devora,
el deseo que me mata,
el afán que me consume,
el fuego atroz que me abrasa?
¡Ay, Dolores!... Más dolores
por ti sufro, que la Santa
Virgen y Madre de Dios,
cuyo hermoso nombre gastas,
sufrió al mirar en la cruz
al hijo de sus entrañas.

—

Me escuchas indiferente...
me oyes sin decir palabra...
sin inclinar la cabeza...
sin evitar mis miradas...
¡sin hacer siquiera un gesto
esa tu divina cara!...
¡De tal modo me cautivas,
que hasta tu desdén me encanta!...
Yo te adoro, sí, te adoro,
pero con toda mi alma;
sin ti, vivir no es posible,
sin ti, no es posible nada.
¡Tú eres para mí la sangre
que mi corazon ensancha;
la que mis fuerzas sostiene,
la que mis venas dilata,
la que se asoma en mi rostro
quemante como ígnea lava,
porque mi pasion es fuego
que de mi pecho se escapa,
y el pecho volcán hirviente
que en lumbre continua estalla!...

—

¿Nada dices?... ¡No me escuchas!...
¡Triste de mí; yo que ansiaba
este dichoso momento,
hermosa Lolita, para
contar mi sueño de anoche!...

¡Aún su recuerdo me embarga!...
¡Soñé... que estaba contigo!...
—Pues yo soñé anoche...
—¡Habla!...
¿qué soñabas, vida mía,
vamos á ver, qué soñabas?...
¡Oh Dios mío!... ¡qué ventura!...
—Que le rompía á usté el alma.

¡POR DIOS, HOMBRE!...

Usté no sabe
lo que lo siento;
usté no entiende
lo que padezco;
lo remuchísi—
mo que me altero
cuando le miro,
cuando le veo
dándose tono...
Yo no comprendo
cómo las gentes
toman en serio
sus necedades;
¡qué majadero!
¡Si usté no ha sido
nada!... Si en tiempos
era usté un pobre

busca dineros
sin otra cosa
que mucho viento!...
Si usté ni un año
¿qué un año? menos,
ni un mes... ¡ni un día!
perdió usté el sueño
por el estudio...
si entre jaleos
rumbas y fiestas,
divertimientos,
novias, conquistas,
tertulias, juego,
y otros perjudi—
ciales excesos
en los Madriles
pasaba el tiempo...
Si según cuentan
sus compañeros
de correrías,
usté no ha hecho
nunca otra cosa
que «hacer que hacemos.»

—

¡Jesús, qué tonto!
¡Jesús, qué necio!

—

Cuando en calesa
va usté al paseo
con el lacayo
—bastón enhiesto
botas campana,
galón condeso—
usté nos hace
siempre un efecto
desastrosísimo,
pues comprendemos
lo injustamente
que usté, tan hueco
se nos presenta
con todo eso...
Si usté no sabe
llevar jamelgos,
tener lacayos
ni mucho menós...

—

Hombre, *per Baco!*
sea usté modesto,
deje esos lujos,
que está muy feo
y está usté dando
muy mal ejemplo...

CANTARES

Cuando yo me muera
no os vistáis de luto;
al contrario, ¡vestíos de blanco
porque ya no sufro!

—

Me dices que no te casas
porque no tienes dinero:
¡maldito el dinero sea
que hace falta para eso!

—

Porque no pago, ¡no entierran
al hijo de mis entrañas!
¡Ay, madre de las Angustias,
al pobre no le dan nada!...

—

No llames al médico;
llama, madre, al vecino
de los ojos negros.

—

¡Dices que me case!...
¿Y cómo se casa
la que tiene en el cuerpo de un muerto
metida su alma?

—

Voy al cementerio
á buscar un rincón donde encuentre
descanso y sosiego!

—

Por allí viene, madre;
ya estoy perdida...
¡ay, madre, no me ha visto!...
cuánta desdicha!...

—

Ponedme en las manos
su retrato, y decidla que he muerto
la Virgen mirando.

—

Que se muera tu marido,
y en seguidita que muera
me voy á casar contigo.

—

¡Me deja por otra...
porque dice que pobres con pobres
hacen malas bodas!

—

Le quiero, porque la cara
tiene que tuvo mi niño:
¡Triste consuelo de madre
que se le mueren los hijos!

—

Se murió mi madre!...
al morir me decía llorando:
¿y quién va á cuidarte?...

—

Te quise, me despreciaste;
otros muchos te quisieron,
y hoy que muerta estás, ¡tan sólo
voy yo á verte al cementerio!

—

Madre, que nadie mi cara
mire cuando yo me muera:
¡tan sólo las dos sabremos
que me muero de vergüenza!

—

Cantando, unas veces lloro,
y otras me río cantando:

¡de lágrimas y de risas
sin duda se hacen los cantos!

—

Si es que ves mi cara alegre,
no hagas caso de mi cara:
¡de compasión llorarías
si pudieras ver mi alma!

¡POR FAVOR!

Por Dios señora
de mis pecados!...
la de los moños,
la de los lazos,
la de los pulsos,
la de los trapos,
la de cuarenta
y el pico... (largo,
más de dos meses
y tres, y cuatro,
y cinco, y doce,
dos y tres años...)
Usté es muy vieja
¿por qué negarlo?
si lo sabemos...
si en ello estamos...
¿por qué, señora,

tapujos tantos?
¿por qué esos moños,
por qué esos lazos,
por qué esas flores
y esos cintajos?...

—

Cuando en Chiarini
la saludamos,
usted nos hizo
visajes tantos,
que, con franqueza,
nos asustamos;
mas nos dijeron
que eran halagos...
que era costumbre
de usté... ¡Canario!

—

Yo, que aún no tengo
los veinticuatro,
yo, que soy fino,
yo, que soy guapo,
(y usté perdone
si es que me alabo),
¡ni en las muchachas
comprendo tanto!...

—

Bueno que pongan
los ojos bajos
cuando insistentes
las contemplamos;
bueno que luego
nos miren rápidos
y en las mejillas
muy colorados
los ruborcillos
salgan jugando;
bueno que rompan
entre las manos
los abanicos;
bien que en los labios
surjan temblores...
todo está claro...
mas que nos miren
con el descaro
que usted nos mira...:
señora, vamos,
eso es muy feo,
muy chabacano,
de muy mal gusto,
malo, muy malo.

—

Por Dios, señora,
pues la apreciamos
se lo decimos,

háganos caso.
Deje los moños,
deje los lazos,
deje esos guiños
y esos escándalos,
y si en el alma
que hay en su armario
aún tiene fuegos,
cómprese un frasco
de esos *González*
ó dos ó cuatro,
y cuando salga
échese un trago.
Con poca cosa
sale del paso,
y al par nos libra
de un espectáculo
que ¡francamente!
nos pone malos.

SEÑA

Estoy enamorado
de una manera
fenomenal,
señora, me he quedado
como la cera,
¡muy mal, muy mal!

—

Los médicos consultan
viendo que pierdo
más cada vez,
y sin cesar me auscultan
del lado izquierdo...
¡qué pesadez!

—

Me dan el bromhidrato
de la quinina

en inyección;
y en gránulos, citrato
de cafeína,
no sé si con

—

estricnina, jalapa
ó lo que sea,
que no lo sé,
y me han puesto una chapa,
metalotea—
terapiqué.

—

Usté tiene la culpa;
quedéme lelo
cuando la vi
y me ablandó la pulpa
del cerebelo...
¡triste de mí!

—

He sabido, señora,
que su marido
tiempo ha murió,
y que no tiene ahora
ningun partido
mejor que yo.

—

Usted es muy bonita
é interesante,
sublime, á fe;
si un hombre necesita,
aquí anhelante
me tiene usté.

—

La adoro con locura;
usted es toda
mi gran pasión,
señora, usted me cura,
¿no le acomoda
mi curación?

—

La pagaré con besos
muchos, y abrazos,
y... ¡ya verá!
fuertes, muy fuertes, de esos
picaronazos
de *calidá*.

—

Cuando vuelva usté á Tondo
por Dios, señora,
míreme usté;

yo estaré allí en el fondo:
hora tras hora
la miraré.

—

Daré un gran estornudo;
si usté á seguido
catorce da,
con otro la saludo,
y habré entendido
que me amará.

NO SEA USTÉ PESADO

Escuche usté, caballero:
es usted un majadero,
sí, señor;
no prosiga usté obstinado
en decirme apasionado
tanto amor.

—

Yo ya estoy comprometida,
pero por toda mi vida
con Pascual,
que de mí está muy contento;
es un chico muy atento,
muy formal.

—

Déjeme usted de escribir,
y váyase á divertir
con cualquiera;
no se haga usted irrisible
sabiendo es un imposible
que le quiera.

—

Y baste ya con lo dicho
para matar el capricho
que un éden
dice usté le representa;
adios; quedo suya atenta:

«LUZ.» (*)

(*) ¡Muy bien!

POR ESO

Doctor, ¡qué horrible picor!
¡qué interminable sufrir!
¡qué insoportable calor!...
me estoy muriendo, doctor,
¡haga el favor de venir!...»—

—

Así la hermosa Lucía
á un doctor el otro día
una tarjeta enviaba;
pero el doctor que sabía
lo que á la hermosa pasaba,

—

contestó:—«Mañana iré;
imposible es vaya ahora,
aunque quisiera, porque
estoy con otra señora
que está lo mismo que usté.»—

ESO ES

Es usté, francamente,
muy inocente
pobre Asunción...
¿Usté se cree bonita?
¿Si? ¡Pobrecita!
¡Qué presunción!..

—

Porque cuantos la miran
dicen la admiran,
usté se cree
un modelo de encantos...,
¡Va á llevar tantos
chascos usté!...

—

Antes era modesta,
y, como es ésta

gran condición
para hacerse querida,
bien recibida
fué usté, Asunción.

—

Mas hoy es otra cosa...
tan orgullosa
se ha vuelto, que
está usté inaguantable
é insoportable...
¡Lo que oye usté!

—

Eso dice la gente,
literalmente
cual lo escribí:
«Que está usté inaguantable
é insoportable...»
eso es; así.

—

Preciso es se persuada
no tiene nada
de algún valer;
y si no, detallemos,
analicemos,
vamos á ver:

—

Dinero... (es lo primero),
lo que es dinero
ya su papá
dijo á cierto amigote:
—Ni tiene dote
ni le tendrá.

—

Belleza... quien la vea
no dirá:—Es fea—
¡claro que no!
Dirá... lo que decía
Juan:—Medianía;
ni fá, ni fó.

—

. . . . . .
No sigo... francamente,
porque doliente
la miro ya,
y temores abrigo
de que si sigo
se enfermará.

—

Consérvese usté buena;
y... enhorabuena
si encuentra quien
la tome por esposa
cuando usté, ansiosa
lo pida.—Amén.

latio Paula no Lui ere bem
Porque seu marido

DE LARGO

Está usté moní—
sima, muy mona,
con su elegante
traje de cola;
qué bien la sienta
¡recoquetona!
¡Y cuántas almas
están ya locas
por los pedazos
de su personal
Dios la bendiga:
¡jacarandosa!
¡sal de la tierra!
¡cacho de gloria!

—

Vestir de largo
no es cualquier cosa,

aunque al principio
se tome á broma.
Cuando el vestido
tapa las botas,
cuando los breves
piés ya no asoman,
la mujer cambia
de ser y forma,
y hay quien se ríe,
como hay quien llora,
cuando á una niña
visten de cola...
¡Ay! Es que aquellas
tranquilas horas
que entre muñecos
pasaban solas
tan divertidas
y tan hermosas...
ya jamás vuelven,
¡jamás ya tornan!...
Esto á las niñas
las alboroza;
pero sus madres
sienten congojas,
tristezas grandes,
penas tan hondas,
que, sin poderlo
remediar, ¡lloran!

—

No se entristezca,
niña preciosa;
Dios la bendiga
¡cacho de gloria!
y... lo repito
una vez y otra:
está usté moní—
sima, muy mona,
con su elegante
traje de cola...

¡REGIDORES!

Cuando voy por la calle,
ya á pie, ya en coche,
echo cada minuto
cien maldiciones,
porque tropiezo
en los altos y bajos
que tiene el suelo.

—

Mis pies son una lástima,
y eso que gasto
cada mes, por lo menos,
en los zapatos
una docena
de *mabutis* tacones
y medias suelas.

—

Pero á los que tenemos
más de diez callos,
no nos valen las suelas
de los zapatos,
ni los tacones:
¡demasiado lo saben
los regidores!

—

Por compasión les pido
tengan más celo,
que compongan las calles
y los paseos...
¡es un escándalo
el dinero que se me
marcha en zapatos!

—

Y si acaso mis súplicas
se desatienden,
daré una serenata
llena de trepes,
diciendo á voces:
—¡Cuidado que son malos
los regidores!

HUMAREDAS (*)

Cuando los niños nacen,
¡pobrecitos! no saben lo que se hacen;
¡pues qué, si lo supieran,
nacerían, naciesen ó nacieran?

—

¡Porque de amores peno,
mi amigo Paco
me da azotinas!...
Mañana me enveneno
con un tabaco
de la nunca bien ponderada Compañía general de
[tabacos de Filipinas.

—

(*) Ó humoradas... ó resquicios...
ó mejor, sí, señores, desperdicios.

La niña es la mujer á quien ser damos,
y la mujer la niña que tenemos,
para dar tantos niños como damos,
¿no es eso?... ¿estemos?
(¿puse estemos?... no) ¿estamos?

—

—Algún día, á pesar de tu influencia
te dejarán cesante;
que en destinos (lo dice la experiencia)
el que ocupa vacante, hará vacante—
(murmuraba Cascante
saliendo por las puertas de la Audiencia).

—

Si piensas en pedir, no pidas poco
pues nada te han de dar: ¿qué te repucha?
el que pide es un loco,
¡un pobre loco que ni Dios le escucha!

—

¡Petra... cierra la puerta del pasillo
porque viene un tufillo!...

—

Me quité ayer las botas y ¡oh tristeza!...
¡estaban rotas las malditas botas!...
¿no sabe usté lo que hice al verlas rotas?
pues... las puse una pieza.

FIN

En el lecho del dolor
yace un anciano señor,
cansado ya de apurar
las pócimas que el doctor
le receta sin cesar.

Dice el doctor que va bien,
mas el enfermo se sien—
te malo, pero muy malo;
ayer ha tomado calo—
melanos; hoy toma sen.

Prepáranle una inyección,
que dice el sabio Galeno
ha de ser su salvación,
pues tiene en ella gran con-
fianza, le pone bueno.

Páginas.

Para una novela de Zola (asunto filipino)... 121
Adiós á Manila..... 127
Domingo de Ramos..... 133
Libreas filipinas..... 139
Los pies..... 143
Las apreturas..... 147
Los deudores..... 151
Los saludos..... 155
Calabazas..... 159
Manos..... 163
Pretendientes..... 167
Novias..... 171
Debilidades..... 175
Seudónimos..... 179

RENGLONES CORTOS

Monólogo cocheril..... 185
Trance..... 189
Á M..... 193
¡Dios la bendiga!..... 197
¡Cómo cambean los tiempos!..... 201
Liga..... 205
Tiene, pero no hay..... 209
Salida..... 213
¡Por Dios, hombre!..... 217
Cantares..... 221
¡Por favor!..... 225
Seña..... 229
No sea usté pesado..... 233
Por eso..... 235
Eso es..... 237
De largo..... 241
¡Regidores!..... 245
Humaredas..... 247
Fin..... 249

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA DE ROBLES Y COMPAÑÍA

Magdalena, 13, Madrid.

	Pesetas.
A. BOURGEOIS.—Manual de higiene y de educación de la primera infancia.....	3
A. CADIER.—Manual de Laringología y Laringoscopia.....	5
BERNHEIM.—La sugestión y sus aplicaciones terapéuticas.....	7
BINZ.—Resumen de materia médica y de y de terapéutica (tercera edición).	3
BRINON.—Estudio sobre la anestesia quirúrgica.....	1,50
COMENGE (D. Luis).—Carta geográfica.—*Historia de la Medicina española*.....	7
——— Curiosidades médicas.....	4
——— Los médicos de antaño.....	1,50
——— Los médicos de hogaño *(en prensa)*	
CORTEZO.—Estudio sobre el cólera morbo-asiático.....	1
CHARCOT.—Lecciones clínicas sobre las enfermedades de los viejos y las enfermedades crónicas.....	4
FILLEAU y PETIT.—Tratamiento de la tisis pulmonar.....	1
FOL.—Los microbios. Edición de lujo...	1
Id. económica.	0,50
G. SOMMA DE NÁPOLES.—Algunas consideraciones prácticas sobre la vacunación.....	1

	Pesetas.
GASTALDO.—El cólerá morbo asiático. Un folleto en 4.º.....	1,50
GONZÁLEZ ALVAREZ.—Estudio sobre el crup y angina diftérica y su tratamiento racional, 1883.....	1
——— Estudio sobre los flujos de los oídos en los niños y su gravedad, 1884.....	1
——— El desagüe quirúrgico capilar por por las crines, M. Roe, y breve exposición de la cura de Lister. Ambas monografías en un volumen.	2
HAYEM.—Tratamiento del cólera-morbo.	0,50
KŒBERLE.—Enfermedades de los ovarios. Un tomo en 4.º, de 153 páginas. Madrid, 1887.	3
LEVEN.—Tratado de las enfermedades del estómago.....	5
LEYDEN.—Tratado clínico de las enfermedades de la médula espinal..	18 y 20
MARÍN PERÚJO.—Higiene rural.....	6
MESA.—Prontuario del médico de partido.....	6
MORENO DE LA TEJERA.—Campaña sanitaria.....	2
NÉLATON.—Elementos de Patología quirúrgica.....	65
RINDFLEISCH.—Elementos de Patología.....	5
SIMÓN.—Los sucedáneos en terapéutica.	1
VEGA y REY.—Pobreza y mendicidad (segunda edición).....	2
——— El médico y la sociedad (segunda edicion).....	1

Para provincias aumenta una peseta por tomo para gastos de franqueo.—A los señores libreros se les harán los descuentos de costumbre.

EPISODIOS

DE LA

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

POR

V. MORENO DE LA TEJERA

TOMOS PUBLICADOS

I. **La sangre de un héroe** (22 de Junio de 1866).
II. **Los mártires del presidio.**
III. **El juramento de muerte.**

EN PRENSA

IV. **La mina de fuego.**
V. **El llanto de sangre.**

Precio de cada tomo, con una preciosa cubierta alegórica en cromo, una peseta en toda España.

Suscriciones á la serie, pago adelantado, 3,75 pesetas.

Notable publicación.

OBRAS COMPLETAS

DE

VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

D. JACINTO LABAILA

Edición buena y económica, expléndidamente ilustrada con magníficos cromo-litografías.

Publícase por cuadernos de 32 páginas en folio, en buen papel y esmerada impresión. Van publicados 60 cuadernos, al precio de 0,50 pesetas cada uno.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Sres. Robles y Compañía, Magdalena, número 13, librería.

Valencia.—En casa de su editor, Sres. Terraza Ailena y Compañía.

LA MENTIRA DE PIETRO

Antonio Fossati

LA MENTIRA DE PIETRO

MADRID
Casa Editorial Miguel Albero
Avenida Reina Victoria, 8
1928

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Copyright by M. Albero 1928.

Imp. de Miguel Albero.—Avenida Reina Victoria, 8.—MADRID

I

Aquella clara noche de fines de Mayo, Lina y Pietro, que avanzaban muy despacio por el camino que va en línea recta de Castello a la estación ferroviaria del mismo punto, se detuvieron junto al muro del huerto del señor Carlotti para decirse adiós.

El tiempo era fresco; pero, a pesar de ello, la campiña toda, desde el riente valle donde aquel año los viñedos se habían cubierto de tempranas hojas, a la ribera del Po, donde los cerezos y los castaños entrelazaban amorosamente sus ramas, exhalaba perfumes sensuales de noche de estío.

Lina y Pietro permanecieron un instante silenciosos junto a aquel muro contra el cual se recortaban sus sombras de caprichosa forma, con una inmovilidad de figuras de piedra.

Hacía cerca de un año que se amaban. Pietro había conocido a Lina una tarde calurosa y dorada de la última vendimia. El era de Mezzanino, una población próxima a Castello, y su amo, el señor Livio, le había enviado a este último pueblo en busca de ocho sacos de trigo que necesitaba en su molino. Cumplida la comisión, Pietro regresaba a Mezzanino llevando sobre su carro los ocho sacos, cuando el destino, repentinamente, lo puso frente a Lina.

La joven, sofocada por el calor de la tarde, se había sentado al borde del camino, a la som-

bra de un arbolillo polvoriento, y tenía a su lado una cesta de gran tamaño repleta de dorados racimos de moscatel, cuyos granos reventaban de maduros.

Pietro se puso a mirarla mientras se acercaba a ella guiando su carro tirado por *Muslón*, el viejo mulo del molino. Y mientras la miraba, el muchacho se sentía invadido por una turbación extraña. Le parecía sencillamente deliciosa aquella criatura pequeña y regordeta, de cabellos blondos, ojos azules como el cielo lombardo y de mejillas rojas como dos medias manzanas del valle del Po. Al llegar a su lado, Pietro detuvo a *Muslón*, y, dominando su timidez campesina, le preguntó:

—¿Adónde se dirige usted con esa cesta de uvas?

—A Mezzanino.

—¡Toma!... No llegará usted allí en toda la noche.

Ella se echó a reír enseñando sus dientes, de una blancura de nieve.

—¿Por qué lo dice?

—El camino es muy largo, la cesta demasiado pesada y usted tan... pequeñita...

Lina se levantó, exclamando con vivacidad:

—Soy más fuerte de lo que usted se cree. ¡Si no fuera por este calor!

—Deje la cesta—dijo Pietro, viendo que la joven se disponía a levantarla—. Yo me encargaré de ella hasta Mezzanino.

—¡Ah! ¿Va usted allí?

—Soy de ese pueblo.

Ella le miró de pies a cabeza con gran curiosidad.

—Es raro—dijo—. He estado en Mezzanino durante las últimas fiestas y no recuerdo haberle

visto a usted en ninguna parte. Conozco a muchos mozos de allí.

Bajo la atenta mirada de Lina, Pietro sintió que la sangre le subía a las mejillas. Era un robusto mocetón de veinticuatro años, de pelo rubio y ojos de un azul más claro que los de Lina. Parecía un niño grande, sin ninguna clase de malicia. Simple y bueno, como todos los campesinos lombardos, no conocía aún el amor, y aquella era la primera vez que se turbaba en presencia de una mujer.

Con suma facilidad levantó la cesta y la colocó dentro del carro. Después dió un golpecito a *Muslón* en el lomo con la vara que llevaba en la mano, y la bestia se puso a tirar del vehículo. Los jóvenes echaron a andar detrás charlando animadamente.

—No se extrañe usted de no haberme visto en las fiestas. No me gusta divertirme bailando, y como sé que las muchachas se burlan siempre de los mozos torpes, tengo buen cuidado de no mezclarme con la gente joven. Además, en el molino del señor Livio siempre hay algo que hacer, y mientras todos se divierten, yo aprovecho y trabajo. La vida es dura. No tengo amigos en Mezzanino ni en ninguna parte.

Lina se impresionó oyendo estas palabras saturadas de ingenuidad y de amargura. Le apenaba a la joven que aquel muchacho tan grande y tan simpático no se divirtiese como lo hacían todos los de su edad y que pensase que la vida era dura. Sobre este último punto tenía razón, ¿qué duda cabía? Pero era menester no reparar en ello. Los hombres debían seguir el ejemplo de los pájaros, que, al ser reducidos a la esclavitud, siguen cantando como cuando eran libres.

Pero Lina no se atrevió a hablarle en estos

términos, y, por de pronto, se contentó con preguntarle si en el pueblo tenía familia o parientes. Pietro dijo que no, y le refirió su breve historia.

Su padre había muerto un mes antes de que él viese la luz, víctima de una enfermedad contraída en los arrozales de la ribera del Po. Era el primer hijo, y gracias a Dios nació sano y robusto y se crió por aquellos campos sin recordar de qué manera. Cuando él tenía unos seis años, su madre entró a servir en el molino del señor Livio; dos años después, una fría mañana de Diciembre, encontraron a la pobre mujer muerta en la cocina. cerca de la lumbre, en la que se disponía a cocer la *polenta*. El señor Livio, que alardeaba de hombre de buen corazón, comprendiendo que el huérfano podìa prestarle ya algún servicio, lo tomó a su cuidado. Su protección era algo dura. El niño trabajaba como un negro de la mañana a la noche, y no recibía otra retribución que la mísera pitanza. No obstante, le parecía al muchacho que el señor Livio hacía por él más de lo que debía, y le estaba agradecido.

A los veinte años le hicieron soldado y permaneció en filas hasta cumplir los veintitrés. El mismo día que le licenciaron, sin emoción alguna, Pietro cambió su uniforme militar por su pantalón de pana y su blusa de molinero, y se sometió humildemente a las órdenes del señor Livio, quien, a pesar de estar aguardándole con enorme ansiedad, puso cara de disgusto al verle y le acogió muy friamente.

Esto le pareció al mozo la cosa más natural del mundo. Los amos debían tener razones muy poderosas para mostrarse hoscos con sus servidores en todo momento. El mundo estaba hecho

así: unos mandan y otros obedecen. Y Pietro se sometía de muy buen grado a aquel estado de cosas incontrovertible.

El señor Livio, desde que saliera de las filas, le pagaba una lira diaria y le mantenía. Pietro tenía bastante con aquella lira diaria, que no sabía en qué gastarla. Dentro de algunos años, cuando tuviera suficientes ahorros, si encontraba una mujer buena, "a su medida", se casaría con ella, y en paz.

—Todo me parece bien, pero lo que no le apruebo es que no se divierta usted. No hay razón para estar triste teniendo veinticuatro años.

Pietro se emocionó ante el interés que por él demostraba aquella mujercita graciosa y regordeta, que caminaba a su lado, detrás del carro cargado con los ocho sacos de trigo y la cesta de uvas, cuyos granos maduros reventaban al sol.

—Soy así—murmuró—. Además, para divertirse es preciso tener amigos, y yo carezco de ellos.

—¡Oh! Nada más sencillo que hacerse de amigos cuando se es joven—dijo la muchacha—. Si usted no se atreve a buscarlos, yo me encargaré de ello, ¿quiere? El domingo por la mañana venga a Castello. Le presentaré a mi familia. Todos mis hermanos son ya unos mozos hechos y derechos como usted, y estoy segura que le serán simpáticos. Bailaremos todo el día. No importa que usted no sepa; yo le enseñaré... ¿Vendrá usted?

Pietro sonrió agradecido.

—Es usted muy buena.

Lina se ruborizó y empezó a hablar de su familia. Le parecía muy extraño que Pietro no la conociera. Sus padres no eran aún muy viejos y trabajaban en las faenas del campo a la par

de sus hijos. La casa donde vivían y el huerto, de unas mil quinientas varas cuadradas, que se extendía detrás de la misma, eran de su propiedad. Tenían también algunos animales, que fué nombrando al joven; pero como la familia er numerosa, no había ni qué pensar en vivir con el producto de aquel pedazo de tierra, y llegado el tiempo de la siembra, de la recolección o de la vendimia, ella y sus hermanos se contrataban, como lo habían hecho aquel año. Entre todos ganaban lo suficiente para ir viviendo, y como había salud y los muchachos se criaban sin vicios, sobraban motivos para estar contentos.

—Aún no me ha dicho para quién es esta cesta de uvas.

—Para el señor alcalde—contestó Lina—. Se la envía mi amo, el señor Lorenzo.

Al obscurecer llegaron a Mezzanino. Pietro detuvo el carro delante de la puerta del caserón del alcalde y depositó la cesta en el umbral. La joven hizo entrega de ella a una criada, y al disponerse a volver a Castello, a toda prisa, vió que Pietro estaba todavía allí, mirándola tímidamente.

—¿Qué hace usted que no sigue su camino?

—Siento dejarla volver sola a Castello. Tendrá usted miedo...

Lina se echó a reír.

—¿Miedo yo? ¡Qué tonto es usted! Estaría bueno que a los diez y ocho años tuviese una miedo. Adiós, buen mozo. Hasta el domingo.

—Hasta el domingo — repitió Pietro tristemente.

Ella se alejaba casi corriendo, pero a los pocos pasos volvió la cabeza.

—¿Me promete usted ir, formalmente?

—Sí, sí; iré—aseguró Pietro.

Y su voz temblaba.

Esa noche soñó con ella. Cuando abandonó su camastro con el primer canto de los gallos para ponerse al trabajo, dióse cuenta que tenía fiebre. Por la tarde preguntó al señor Livio si era preciso ir a Castello por más sacos de trigo, y al recibir una respuesta negativa, probó la más grande amargura de su existencia.

La mañana del domingo, al salir de la misa, vestido con su ropa nueva y palpitándole el corazón de ansiedad, tomó el camino de Castello. Encontró a Lina en la plaza de la población, entre un grupo de muchachas y de mozos. Ella, apenas le vió, abandonó a todos para salir a su encuentro.

—Es usted un joven que sabe cumplir con su palabra—le dijo con una alegre sonrisa y en aquel tono protector que tanto agradaba a Pietro—. Venga; le presentaré a todas mis amistades.

Fué aquél un momento muy amargo para el tímido mozo. Las amigas de Lina estuvieron examinándole largo rato con el rabillo del ojo y riéndose de su turbación. Pietro permanecía impasible ante ellas, en una actitud ridícula .Miró a Lina como pidiéndole protección, y la vió seria, enfadada con aquellos diablillos de sus amigas. Esto le conmovió todavía más que la insistencia que ella había puesto el día que se conocieron en que fuera a Castello el próximo domingo. Sintiéndose protegido por aquella mujercita tan linda, el mozo se encontraba con ánimos de resistir estoicamente todas las burlas de que pudiese ser objeto.

Sin embargo, al salir de Castello aquella noche, Pietro no llevaba en su corazón ningún resentimiento contra la alegre juventud campesina

del lugar. La vida ya no le parecía tan dura. Sus ojos se habían encontrado varias veces con los ojos de Lina. Los dos se habían turbado al mirarse, y en medio de su turbación se habían sonreído... ¡Oh, aquella sonrisa de la boquita roja de Lina! Para Pietro ya no habría tristezas evocando aquella sonrisa en la que veía resumidas todas las gracias del universo.

. . . . . .

Se amaron los jóvenes campesinos. Era el suyo un amor tan hondo, tan verdadero, que sus labios no encontraron nunca las palabras exactas para expresarlo. Sólo los ojos se atrevían a salvar su apocamiento de gente rústica para descubrirles con su lenguaje mudo la pasión conmovedora que rebasaba de sus almas. Fueron novios sin decírselo. La vez que Pietro, con voz estrangulada, se atrevió a preguntar a Lina si le quería, ella respondió, mirando al suelo, temblando toda:

—¿No lo sabes, acaso?

Giovanni Ferri, el padre de Lina, dió su consentimiento para la boda sin muchos rodeos. Le gustaba Pietro. Era un mozo fuerte, capaz de aplastar la cabeza de un buey de un solo puñetazo, y seguramente haría feliz a su hija. Marcelina, la madre, fué de la misma opinión que su marido. Con hombres así debían casarse las muchachas. Y la buena mujer se extasiaba mirando los recios bíceps de Pietro, sus manazas enormes y su mofletudo rostro de niño grande, lleno de sana ingenuidad.

Después de la recolección del arroz, Lina empezó a preparar su ajuar. Era en Noviembre, y la campiña se extendía triste y amarillenta bajo el cielo gris, anunciador de próximas nevadas.

Pietro iba a Castello los jueves y los domingos y encontraba siempre a su novia cosiendo cerca de la lumbre, con un entusiasmo y una celeridad que le conmovían. La boda había quedado fijada para el año próximo, después de la vendimia. Por lo tanto, había tiempo para todo; pero Lina quería tener listas sus cosas lo antes posible. Era precavida en extremo, como todas las lombardas.

Hasta entonces, Pietro nada había dicho de sus proyectos al señor Livio, no obstante haber prometido formalmente a Giovanni Ferri pedir al molinero que le aumentase la paga con objeto de poder atender, en el futuro, a las necesidades del hogar que se disponía a formar. Siempre que regresaba a Mezzanino de ver a su novia, el mozo se hacía el ánimo de hablar de aquel asunto con su amo tan pronto entrase en la casa; pero al encontrarse ante aquel hombrecillo magro y bilioso, que siempre estaba refunfuñando y maldiciendo el día que había nacido, mientras tiraba furiosamente de las puntas de sus mostachos blancos, perdía el valor y dejaba la cosa para otra ocasión en que tuviese la fortuna de sorprender al señor Livio en uno de sus raros momentos de buen humor.

Pero ocurrió que el molinero se enteró de todo antes que llegara para Pietro la ocasión de decírselo, un día que fué a Castello por un negocio de granos. El hombrecillo se quedó haciendo cruces. ¿Pietro con novia en Castello?... ¿Pietro dispuesto a casarse?... ¡Grandísimo holgazán!... Ahora se explicaba él todos aquellos viajes del mozo a Castello. Tiró rabiosamente de su blanco mostacho y se fué volando a Mezzanino.

Encontró a Pietro en el molino, envasando harina. Sin decirle una palabra, el señor Li-

vio lo cogió por una oreja y se lo llevó a la cocina. Pietro le miraba con la boca abierta, sin poder comprender a qué obedecía la extraña actitud de su amo.

Una vez en la cocina, donde ardía un buen fuego de leña y de cuyo techo colgaban, como signo de abundancia, una media docena de soberbios jamones y gran número de chorizos y salchichones revestidos de una capa de grasa de cerdo, el señor Livio soltó al mozo, que se llevó las manos a su dolorida oreja, y cuadrándose ante él y levantándose sobre la punta de sus pies para poder mirarle mejor, le preguntó en un tono glacial, misterioso:

—¿Quieres decirme qué líos son esos que tienes por Castello?

Pietro se puso pálido; después enrojeció. Acababa de comprender el motivo del disgusto de su amo, y armándose de valor, pronunció:

—¿Se refiere usted a mi novia, señor Livio?

El molinero dió un bufido, apretó los puños, y sus ojillos verdes relampaguearon.

—¡Sí, a ella y a ti!—rugió—. ¡Ah, redomado pillastre!... ¿Te parece que yo merezco ser tratado como lo has hecho? ¿Es que yo no valgo nada, no significo nada, no tengo que ver en absoluto con tu persona?... ¡Habla!

—¡Oh, señor Livio! ¿Qué cosas se ha metido usted en la cabeza? Usted es mi amo, y como a tal siempre le he respetado y he trabajado como un burro en su casa...

—¿Un amo, dices? ¿Nada más que un amo, eh?... ¿Y son estas las cosas que te enseñan en casa de tu novia? Ya no sabes respetar a tus mayores y a los que te han hecho bien. ¿Un amo yo, que te he recogido cuando eras un niño y no servías para maldita la cosa? ¿Un amo yo, que te

he criado con mi pan, que te he hecho limpiar la mugre, que te he dado un oficio y he procurado convertirte en un hombre de provecho? ¿Es ese el pago que recibo después de todos mis sacrificios?... ¡Un amo!

Pietro estaba desconcertado. No comprendía nada en absoluto de lo que el señor Livio quería dar a entender en medio de su cólera, y acabó por balbucear:

—Pero, ¿hay algo de malo en que yo tenga novia como todos los mozos de mi edad?

El molinero levantó los puños hasta la altura del rostro del mozo.

—¡Pero vas a casarte, animal!—masculló—. ¡Vas a casarte y a mí no me has dicho una palabra!... Me has considerado como a un perro, cuando debías haberme mirado como a un padre. ¿Comprendes ahora?

A Pietro se le cayó el alma a los pies. Emocionado, respondió que él siempre le había tenido por tal; que, en efecto, reconocía que todo se lo debía a él, a su buen corazón, y que si nada le había dicho todavía de su proyectada boda con Lina, no era en manera alguna porque dejase de considerarle parte interesada en el asunto, sino, sencillamente, porque no se había atrevido hasta entonces a franquearse con él.

El señor Livio escuchó refunfuñando estas explicaciones, y dijo:

—Después de todo, me tiene sin cuidado que la familia de tu prometida piense mal de mí... ¿Y para cuándo es la boda, pedazo de holgazán?

—No tenemos prisa, señor Livio. Dejaremos pasar la próxima vendimia.

El molinero se apartó del lado del mozo y dió una vuelta por la cocina, tironeándose el bigo-

te mientras parecía reflexionar con las cejas fruncidas.

De pronto, deteniéndose ante Pietro, dijo:

—Has tenido más suerte de la que mereces. Tu novia es una chica que vale lo que pesa, y su familia, una familia honrada a carta cabal. Pero, ¿puede saberse con qué medios cuentas para casarte con esa muchacha?

—Con unos ahorrillos que no pasan de trescientas liras y con mi paga, señor Livio—respondió el mozo, todo confuso.

—¡Ah, desgraciado! Se conoce que no ves más allá de tus narices y no sabes lo que cuesta llevar una casa adelante.

—Lina trabajará a la par mía, señor Livio.

—Calla, gandul. ¿Has contado conmigo para algo?

—Confieso que sí, que esperaba...—comenzó a balbucear el mozo.

Mas el molinero le interrumpió con un ademán enérgico:

—¡Basta!... Has hecho mal en pensar en mí... No debería darte un céntimo; no lo mereces...

Pietro inclinó la cabeza y exhaló un entrecortado suspiro. Le dolía horriblemente aquella injusticia de que le hacía víctima el señor Livio. Era verdad que le había protegido y hecho un hombre, mas él había sabido agradecérselo trabajando como un burro en su molino desde que cantaban los gallos hasta muy entrada la noche. Amargado por estos pensamientos salió de la cocina y volvió al molino a terminar su tarea. Y mientras esto hacía, Pietro lloró de rabia y pensó en cambiar de amo. Pero llegó el domingo, y cuando, sin el entusiasmo de otras veces, el mozo se disponía a marchar a Castello, el señor Livio le llamó a la cocina, don-

de se estaba calentando los pies cerca de la lumbre, y echando mano al bolsillo, entregó al mozo un billete de diez liras.

—Para que puedas obsequiar a tu novia—le dijo.

Pietro quedó deslumbrado. Pasado el primer momento de emoción y de sorpresa, cuando iba a dar las gracias, el señor Livio agregó:

—Vete y diviértete. Desde este mes ganarás cien liras, y cuando te cases, ya veremos...

Se fué Pietro colmando de bendiciones a su amo. Aquella mañana de invierno el camino de Castello, endurecido por la escarcha, le pareció más corto que nunca.

Y a partir de aquel momento, todo había marchado a pedir de boca para los enamorados jóvenes. Pietro seguía yendo a Castello todos los jueves y todos los domingos. Sus amores con Lina transcurrían en medio de una dulce placidez. Y los novios esperaban con ansiedad la llegada de la estación de las flores para ver cubrirse de hojas los viñedos escalonados en las faldas de las cercanas colinas, en los que la aparición de los dorados racimos marcaría el principio de su luna de miel.

. . . . . .

Por aquellos días, la situación de Italia comenzaba a inquietar a los buenos campesinos lombardos. Todos sabían que desde hacía cerca de un año Europa estaba desangrándose, empeñada en una guerra espantosa, cuya finalidad no les alcanzaba. De tarde en tarde, en las hosterías, aquellas buenas gentes comentaban a su manera los más salientes acontecimientos internacionales y las razones que tenía la patria para querer intervenir en la gigantesca contien-

da. Sabían que en todas las grandes poblaciones de la Península se habían formado dos bandos: *beligerantes* y *no beligerantes*. En el Parlamento, en los centros de reunión, en la prensa y en la plaza pública, esos bandos defendían con verdadera fiebre las razones en que apoyaban su actitud. Pero de esa profunda conmoción nacional, a las apacibles campiñas lombardas llegaban muy apagados ecos que sólo se ocupaban de recoger e intensificar, en la medida de sus fuerzas, las personas principales de cada pueblo o villorrio, tales como el maestro de escuela, el médico, el cura, el secretario del Ayuntamiento, el recaudador de contribuciones y el barbero. De las charlas y discusiones de estos señores, los campesinos sacaban en consecuencia que media Italia quería ir a la guerra y que la otra media se oponía a ello, y ante las razones que aducían los unos y los otros, ellos se encogían de hombros y manifestaban:

—Si estamos muy tranquilos en nuestra casa, ¿qué necesidad tenemos de sacrificar nuestra tranquilidad? ¿Nos darán a nosotros esas tierras *irredentas* que se quieren conquistar? Si no ha de ser así, cuidemos lo nuestro y dejemos que nuestros vecinos se entiendan como puedan.

Lina y Pietro vivían al margen de aquellas preocupaciones, que tan inquietas traían a las gentes principales de la comarca. Para ellos, el mundo se reducía a amarse, a sonreirse y a esperar la próxima vendimia, después de la cual entrarían en la iglesia de Castello, y arrodillados ante el altar mayor, bajo la mirada cariñosa de la Virgen María, el señor cura les leería la Epístola y les impartiría la bendición.

La mañana del 8 de Mayo de aquel año, Pietro concibió la primera inquietud acerca de las ca-

ras ilusiones que esperaba ver realizadas en un porvenir muy próximo.

Estando preparando el grano para la molienda, mientras el señor Livio remachaba un remiendo de la correa de transmisión, entró en la aceña Félix Zamboni, el viejo soldado garibaldino, sobreviviente de los Mil de Marsala, una verdadera reliquia nacional, de la que podía enorgullecerse Mezzanino. Tenía ochenta y seis años, y se conservaba muy vigoroso, hasta el punto que se burlaba de los jóvenes de veinte. Bebía por seis, mascaba tabaco, y cuando el alcohol se le subía a la cabeza, solía provocar reyertas y desafiar a los pacíficos labradores. Estos le dejaban solo con su cólera, y entonces Zamboni, rabioso de no encontrar quien le llevase la contraria, se iba a su casa y aporreaba de lo lindo a su hija Enriqueta, una pobre mujer de cincuenta y tres años, que se mataba trabajando para que su heroico padre se bebiese en la hostería sus míseras ganancias.

—Buenos días, muchachos. ¿Qué diablos hacéis aquí, metidos como las ratas, en vez de ir a pedir vuestro fusil y partir para la frontera? ¿Es que no sabéis que a los austriacos les ha llegado la hora?

El señor Livio y Pietro se volvieron y distinguieron a Zamboni vestido con su remendada camiseta roja de garibaldino y luciendo sobre el pecho una docena, lo menos, de medallas de plata y cobre.

—¿Qué habla usted de guerra?—replicó el molinero interrumpiendo su tarea y acercándose al veterano—. ¿Es que el Gobierno ha acabado ya por perder la cabeza?

El viejo se indignó.

—¿Qué palabras son esas, mal patriota? ¿Eres

un italiano, o eres una gallina?... La guerra es cosa resuelta. Esta mañana, *Il Corriere* trae la noticia de haber sido denunciado el Tratado de la Triple Alianza, y por lo tanto, Italia recobra su libertad de acción. Sólo falta que el Rey eche una firma, y nuestras bravos soldados se lanzarán a la frontera para ajustar las cuentas a esos bárbaros de austriacos.

También Pietro había interrumpido su tarea y escuchaba las palabras del viejo garibaldino con la boca abierta. Este siguió, fijándose en el joven:

—Muchacho: dentro de breves días estarás en el Carso. Procura portarte como un héroe. Quisiera que me regalaras el gorro del primer enemigo que ensartes con tu bayoneta.

Cuando Zamboni se marchó, Pietro, que no había vuelto a reanudar su trabajo, preguntó al señor Livio:

—¿Cree usted que será verdad eso de la guerra?

—Desgraciadamente, parece que sí—refunfuñó el molinero encogiéndose de hombros.

Pietro sintió que toda la sangre se le agolpaba en el corazón.

—¿Y tendré que partir, señor Livio?

—No te quedará otro remedio.

—Es cosa triste esto de la guerra, ¿no le parece a usted?

—Paciencia—murmuró el molinero volviendo a encogerse de hombros, y como si hablara consigo mismo en vez de contestar a Pietro.

A partir de aquel día, los acontecimientos se precipitaron. En Mezzanino, en Castello, en Verretto y en todas las poblaciones de los alrededores sólo se vivía esperando el momento de la declaración de guerra. Ahora que ésta parecía

cosa inevitable, los campesinos se inclinaban a aceptarla con más entusiasmo. Una fiebre belicosa parecía haberse adueñado de todos los espíritus, hasta de los más opuestos a la exaltación y a la violencia. Zamboni triunfaba en todas partes. Era aplaudido en las calles polvorientas de Mezzanino, y los jóvenes se disputaban el honor de estrechar sus manos amarillentas y arrugadas. Cuando entraba en las hosterías, repletas de futuros soldados, se le ofrecían docenas de copas de vino. Y el viejo, en medio de aquella apoteosis, refería, exagerándolos, los heroicos episodios en que había tomado parte a las órdenes de Garibaldi, y era escuchado en medio de un silencio religioso, aun por los mismos que siempre se habían burlado de él teniéndole por un redomado pillo. Los labradores ya no se acordaban de que tenían tierras que reclamaban sus constantes cuidados, y se pasaban el día dando vueltas por la población en espera de noticias. Las mujeres, teniendo ya por segura la partida de todos los hombres jóvenes, lloraban noche y día, mientras cosían las ropas que creían podían hacerles falta cuando les tocase partir. El cura y el maestro de escuela, que nunca se habían mirado con buenos ojos, se habían unido ahora para pronunciar desde una tribuna improvisada en la desnuda plaza de Mezzanino, patrióticas arengas que hacían vibrar de emoción a los oyentes. ¡Todo por la patria! ¡Todo por las tierras *irredentas!* Eran los gritos que se oían resonar por todas partes, en las grandes ciudades, en el fondo de las más escondidas y olvidadas aldeas. Pietro acabó por dejarse arrastrar por aquella ola de locura general. La mañana del último domingo que fué a ver a Lina, encontró a toda

la población de Castello apretujándose en la plaza, delante de unas banderas. El diputado del distrito, vestido de negro y luciendo en la solapa un lazo con los colores nacionales, hablaba desde lo alto de una mesa manchada de vino y de grasa, traída de la próxima hostería. El joven molinero se detuvo a escuchar el discurso de aquel personaje, que era un canto a las futuras glorias de Italia. El silencio en la plaza era absoluto. Nadie se atrevía a respirar. Y las palabras del patriota resonaban proféticas sobre aquel enjambre de rudas cabezas apiñadas en torno suyo, inmóviles por la admiración. Pero cuando el diputado logró el máximo efecto sobre su auditorio, fué al evocar el cuadro patético de Trento y Trieste, las tierras *irredentas*, desde las cuales miles y miles de hermanos que gemían bajo el yugo de una monarquía despótica, sometidos a toda clase de vejámenes, clamaban, desafiando la horca, que la invicta Italia fuese a libertarlos. Desoír los clamores de aquellos mártires era, en concepto del orador, un hecho tan bajo, tan criminal, semejante al de una madre desnaturalizada que, viendo a sus hijos encerrados en una casa envuelta en llamas, les volviese la espalda, abandonándolos tranquilamente a su desgarradora suerte. Y al oir esto, los campesinos apretaban los puños y sus mujeres lloraban, como si estuvieran viendo a aquella madre desnaturalizada que el personaje ponía por ejemplo, en el momento de abandonar a sus hijos en el interior de la casa presa de las llamas. Y todos, incluso Pietro, no menos emocionado que sus paisanos, quedaron convencidos de la necesidad de la guerra. Y al alejarse de allí, el mozo miró sus gruesas manazas, recordó que era fuerte y vigoroso como un buey,

y se dijo que él bien podía sacar de en medio a una media docena de aquellos austriacos bárbaros que torturaban a sus hermanos de allende los Alpes.

Encontró a su novia un poco triste. Vicente, el menor de sus hermanos, un mozalbete de diez y seis años, preguntó a su futuro cuñado si estaba dispuesto a partir, ya que la declaración de guerra era cosa de momentos. Pietro respondió que sí, de lo cual pareció alegrarse Vicente, y viendo que Lina bajaba la cabeza, le dijo:

—No seas tonta. Yo te aseguro que no le sucederá nada. Por mi parte, sólo pido que se me deje partir a la frontera con él y con mis hermanos. En quince días liquidaremos nuestras cuentas con el enemigo, y a casa.

Su madre le hizo callar. El alma se le partía a la pobre mujer de pensar que todos sus hijos la abandonarían para ir al encuentro de la muerte. Y se escondía en los rincones para llorar y para pedir a Dios que se los devolviese sanos y salvos.

Y el momento esperado con ansiedad por unos y temido por otros, llegó pocos días después. La guerra quedó declarada. Al saberse la noticia, todas las campanas de los pueblecillos del valle fueron echadas a vuelo. Fué un instante de emoción indescriptible. Las mujeres lloraban en silencio estrechando a sus hijos pequeños contra el pecho; los hombres jóvenes vitoreaban a la patria y al rey, y aquellos que tenían numerosos hijos miraban a éstos con aire preocupado y sentían que las lágrimas se les venían a los ojos. El cura de Mezzanino, que había olvidado un tanto a Dios por la patria, estuvo elocuente en la arenga que pronunció ante los fieles. Había llegado el momento en que todos los hombre-

sin distinción de clases sociales ni de creencias, debían unirse fraternalmente para coadyuvar a la victoria. Todas las voluntades del pueblo debían fundirse en una sola voluntad. Y para dar el ejemplo, el buen cura abrazó al maestro. Zamboni, que estaba presente, se echó en los brazos del elocuente sacerdote, desde los cuales pasó a los del emocionado maestro. El alcalde, para no ser menos, también se apretó con Zamboni, con el cura, con el maestro, con el recaudador de contribuciones y con el secretario del Ayuntamiento. Después, aquellos señores se mezclaron con los campesinos, cambiando con ellos apretones de manos y dando golpecitos en el hombro a los jóvenes. Otro tanto ocurría en Castello, donde la mujer del alcalde, una señora neurasténica, que todo lo veía con desprecio a través de los cristales del impertinente que siempre llevaba colgado del cuello por una cinta negra, tuvo el rasgo democrático de convocar en su casa a todas las mujeres del pueblo, a las cuales propuso constituir una junta encargada de agasajar a los soldados que debían partir para la frontera. Las buenas campesinas, emocionadas por la conducta de la egregia compañera del señor alcalde, accedieron a todo sin entender a punto fijo cuál era la intención de la dama. Y salieron de allí convencidas de que el mundo había dado una gran vuelta, sacando las cosas de quicio y haciendo a los señores buenos como nunca.

Pietro entraba en el grupo de los siete u ocho jóvenes de Mezzanino que debían movilizarse inmediatamente y partir a incorporarse a sus respectivos regimientos.

Tan pronto tuvo en el bolsillo la orden de incorporación a filas, se dispuso a despedirse

del señor Livio para marchar a Castello a hacer lo mismo con su novia. El molinero echó llave al molino y le acompañó hasta la salida del pueblo. Allí se detuvieron. Pietro sentía que un nudo le apretaba la garganta impidiéndole hablar, y bajando la cabeza, tendió la mano a su amo.

—Adiós — murmuró el señor Livio, bajando también la cabeza para esconder la emoción que debía reflejarse en su lívido semblante—. Adiós, y ánimo, muchacho... A ver cómo te portas.

—Haré todo lo que pueda — balbuceó Pietro con voz estrangulada—. Hasta la vuelta, pues.

Y se alejó. No podía contener las ganas de llorar, y a los pocos pasos prorrumpió en sollozos. En aquel momento se sintió estrechar por detrás por unos brazos fuertes y secos como cuerdas de cáñamo. Volvióse, y recibió en el rostro dos besos sonoros. Era el señor Livio. El dolor se había impuesto a su temperamento hosco, y corriendo detrás de Pietro, que temía no volver a ver, se había colgado a sus espaldas y le besaba llorando como un niño.

—¡Mi amo!

—Calla, calla, truhán. Es preciso que sepas todo lo que te quiere este viejo, todo lo que sufre viéndote partir. Sé prudente, Pietro. Nada de locuras. Aquí dejas a un padre... ¡Ah, bandido! ¿Quién iba a decirme que llegaría a llorar por ti?

. . . . . .

Pietro encontró a Lina y a su madre solas en la casa. Los dos hijos mayores habían partido por la mañana temprano en dirección a Milán, y el padre y Vicente quisieron acompañarles hasta Pavía. Las pobres mujeres estaban deshechas en lágrimas.

Al ver a su novio, Lina enjugó rápidamente sus ojos y le dirigió una sonrisa triste. Pietro sonrió también. La solemnidad del momento le cohibía.

Reprimiendo su llanto, la madre de Lina le preguntó:

—Y tú, Pietro, ¿cuándo partes?

—Esta noche, señora Marcelina—contestó el mozo—. Salgo para Pavía en el tren de las diez y cuarenta y cinco.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó la anciana.

Y volvió a prorrumpir en desesperado llanto.

Los jóvenes volvieron a mirarse vivamente emocionados. No sabían qué decirse. Las lágrimas pugnaban por asomar a los ojos azules de Lina. Estaba muy pálida y apretaba los labios para contener los sollozos. Era la hora del crepúsculo, y las sombras iban invadiendo la cocina, cuya ancha puerta se abría sobre el huerto reverdecido por la primavera. La lumbre estaba apagada, y en la penumbra brillaban intensamente los ojos del gato de la casa, tendido a los pies de la señora Marcelina, cuyas amargas quejas se extinguían ahora poco a poco en el silencio melancólico que todo lo envolvía.

Llegada la hora de partir, Lina quiso acompañar a su novio hasta el camino que conducía a la estación ferroviaria, y junto al muro del señor Carlotti, el vecino más rico de Castello, los dos jóvenes se detuvieron para decirse adiós.

Allí se quedaron mirándose, sin atreverse a hablar.

De pronto vió Pietro que Lina se llevaba a los ojos una punta de su delantal bordado. Lloraba. Había llegado el momento de desprenderse de su timidez campesina para consolar a aquella pobre muchacha que tanto le quería. Esto

pensó el mozo, y conmovido como nunca se había sentido en su vida, atinó a decirle:

—Ten valor... ¿Es que te imaginas que no he de volver? Pronto hemos de vernos otra vez; puedes creerme, Lina.

Al escuchar estas palabras brotadas del fondo del alma sencilla de Pietro, el llanto de la joven se convirtió en tempestad de ahogados sollozos.

—Que así sea, Pietro. Bien sabe Dios que no deseo otra cosa y a El se lo pediré todos los días. Doquiera te encuentres, piensa en mí, no me olvides un solo momento... Si no hicieras lo que te pido, me moriría.

—Te escribiré siempre que pueda, y tan pronto se haga la paz y me licencien, correré a Castello y no saldré de esta población hasta no ser tu marido. ¿Quieres, Lina? Te amo más de lo que puedes figurarte.

—¡Oh, Pietro!

La joven seguía llorando, y el mozo la estrechó entre sus brazos. Era la primera vez que se permitía hacer esto, y Lina no opuso resistencia; recibió sus besos impasible, como una muerta. Después, apretando su carita contra el pecho del joven, procuró contener los sollozos que le subían del corazón.

—Calla, Lina calla. Ten un poco de valor. Resignémonos. Ya ves que no soy yo el único que parte...

—No puedo resignarme. No digo que con el tiempo no me acostumbre un poco a estar sin ti, pero ahora no puedo... La partida de mis hermanos no me hizo padecer tanto... ¡Eres tan bueno!

En aquel instante se estremecieron al oir el silbido del tren que acababa de entrar en la es-

tación de Castello, después de atravesar con un ruido sordo, centelleante todo él como una cinta de fuego, el valle silencioso. Y quitándose bruscamente de los brazos de su novio y dejando de llorar, Lina exclamó:

—¡Vete!

La luz de la luna la bañaba toda, y el joven molinero vió brillar en sus redondas mejillas la humedad del llanto.

—Mi valiente Lina—murmuró Pietro—. ¿Me prometes no volver a llorar?

Ella se ahogaba, y sólo pudo repetir:

—Vete...

—¡Adiós!—exclamó Pietro estrechándole las manos, que ella le abandonaba—. ¡Adiós, Lina!

—¡Adiós!

Pero él no se fué, y con acento sollozante:

—¿Me querrás siempre?—inquirió—. Di, ¿me querrás siempre?

—¡Siempre, siempre!

Pietro se arrancó de su lado.

—Adiós, adiós...

—Hasta la vuelta, Pietro.

El mozo corría ahora por el camino polvoriento, bordeado de trecho en trecho por escuetos arbolillos. Al trasponer la encrucijada, las luces de la estación ferroviaria aparecieron de pronto ante su vista. El humo negro de la locomotora se elevaba como una nube de tormenta en el espacio inundado de plateada luz. Y Pietro, temiendo que el tren echase a andar de un momento a otro, apresuró aún más el paso. Como buen lombardo, no hubiera podido resignarse a llegar tarde.

II

LLORAS?

Lina suspendió su tarea, y sólo confusamente pudo distinguir a su madre, que entraba en la cocina, invadida por la penumbra crepuscular de aquel lluvioso día de Diciembre.

—No—mintió.

Pero esto no convenció a la anciana, que se acercó a su hija, y mirándola casi de hito en hito, dijo con voz que era un lamento:

—¿Qué otro remedio nos queda, pobres de nosotras, más que llorar a nuestros muertos? Las mujeres no servimos para otra cosa. ¡Ah, mi Girolamo! ¡Ah, mi Giuseppe!

Lina se estremeció.

—¡Hermanos míos!—exclamó, apretándose el pecho con ambas manos.

La madre se irguió trágicamente en medio de la cocina sin lumbre, que seguía invadiendo la penumbra crepuscular de aquel lluvioso día de Diciembre. La noche parecía formarse en torno a sus amplias vestiduras negras, y cuando extendió el brazo, largo y seco, como para subrayar las palabras que iban a salir de sus labios, Lina sintió que el corazón se le encogía de miedo, como si estuviese en presencia de un espectro amenazador.

—¡No volverán los que han partido! La muerte se los tragará a todos, Lina... No esperes a

Pietro, hija de mi alma... Pietro irá a reunirse con tus hermanos, y pronto, muy pronto, tal vez mañana, Vicente le seguirá...

—¡Calla, madre, calla!—sollozó Lina horrorizada, acercándose a la anciana—. Todos no pueden morir... ¿Qué sería de nosotras si no conservásemos siquiera una esperanza?

—¿Una esperanza?—inquirió la señora Marcelina con una ironía trágica—. ¿Es que todavía esperas tú ver a Pietro?

Sus ojos brillaban en las sombras de la cocina con esa luminosidad fosfórica de la mirada de los locos. Diríase que la anciana iba a prorrumpir en una carcajada escalofriante, digno remate del tono con que había pronunciado las últimas palabras; pero Lina, dolorida, sollozante, la estrechó con desesperación entre sus brazos, y entonces la patética exaltación de la madre transformóse en copioso llanto.

—¡Girolamo y Giuseppe, prendas de mi alma! ¡Girolamo y Giuseppe, tesoros de vuestra madre, que tanto os ha amado y tanto ha sufrido por vosotros! ¿Qué mano habrá cerrado vuestros ojos? ¿Quién os habrá recogido para daros cristiana sepultura? Señor: mira por ellos, y no me arrebates al que me queda.

La lluvia, que había cesado hacía un rato, volvió a repiquetear en los cristales y la cocina quedó definitivamente sumida en la obscuridad nocturna, sin que madre e hija pareciesen darse cuenta de ello.

Buen rato continuó aún la primera lamentándose amargamente de la pérdida de sus dos hijos soldados, muertos el mismo día en el valle de Cadore. Dos meses habían pasado desde que se tuvo noticia de la tragedia, y la madre seguía

llorándolos como el primer día y consumiéndose de pena.

La calamidad de la guerra se ensañaba con aquel hogar. Muertos Girolamo y Giuseppe, los dos hijos mayores, "aquellos dos buenos mozos que vendían salud", como decían en Castello, Vicente, el menor, el jovenzuelo que con tanto entusiasmo había acogido la declaración de guerra, fué llamado bajo banderas y enviado a un campo de instrucción, donde debían enseñarle el arte de matar a sus semejantes. El muchacho partió con mucho ánimo; le enorgullecía pensar que la patria se había acordado de él, y al abrazar a su padre le aseguró que no volvería a Castello sin haber antes vengado a sus hermanos.

Giovanni Ferri vió partir con el ceño fruncido a su hijo menor. La patria ya no tenía nada que pedirle. Girolamo y Giuseppe habían caído combatiendo heroicamente en las profundidades del Cadore. El alcalde en persona se había encargado de ir a comunicar al desdichado padre la tremenda noticia. Según el boletín que dicha autoridad había recibido del Estado Mayor, la muerte de los hermanos Girolamo y Giuseppe Ferri no podía haber sido más gloriosa: "Italia estaría siempre agradecida al sacrificio de aquellos dos bravos hijos de Castello." Pero lo que menos importaba al padre era el agradecimiento de Italia, que el alcalde del lugar se empeñaba en poner de manifiesto.

—¡Oh fatalidad!—pudo tan sólo exclamar Giovanni Ferri.

Y levantó los puños por encima de su cabeza, como si tuviera el propósito de golpear a alguien; mas instantáneamente le faltaron las fuer-

zas, sintió que las piernas se le doblaban, y retrocediendo unos pasos, se desplomó sobre una silla, intensamente pálido, pulverizada su voluntad, rotos sus nervios bajo aquel golpe espantoso, y permaneció largo rato inmóvil, respirando con dificultad y mirando inconscientemente a cuantos le rodeaban.

Sus ojos no vertieron ni una sola lágrima; pero ¿hay algo más terrible que un dolor sin llanto? Lo que sufrió aquel padre en aquellos momentos sólo hubiera podido comprenderlo otro padre que amase a sus hijos tanto como Giovanni Ferri amaba a aquellos dos robustos mocetones, carne de su carne y sangre de su sangre, que habían sido los compañeros de la mitad de su existencia y la esperanza risueña de su vejez.

—¡Lástima de muchachos! — gruñía cuando alguien le hablaba de Girolamo y Giuseppe en tono de consuelo.

Y erguía la cabeza mirando sombríamente en torno suyo, como si reclamase algo.

En el fondo, comprendía Giovanni que la patria había contraído con él una deuda muy seria. Su obscuro entendimiento solía hacerle discurrir de este modo: "He prestado mis dos hijos a la patria, y la patria los ha perdido. La patria no podrá devolverme a Girolamo ni a Giuseppe, que es lo que yo quisiera; pero la deuda está en pie, y de un modo u otro, habrá que saldarla."

El día en que la patria, en vez de hablarle de aquella "deuda", le reclamó el último hijo que le quedaba, Ferri sintió que sus entrañas se sublevaban de indignación. Era demasiado. ¿No había ya entregado al monstruo insaciable demasiada carne de su familia? ¿Querían acabar también con Vicente? ¿Desde cuándo los padres ya no eran dueños de sus hijos? La injus-

ticia era palmaria para el pobre campesino, pero también era palmaria la obligación en que estaba de someterse a ella. Esto ocurría a mediados de Noviembre. Por de pronto, Vicente, como no tenía aún la edad reglamentaria para recibir el baustimo de fuego, sería instruído en el manejo de las armas y empleado en servicios auxiliares; pero Ferri presentía que aquella guerra había de prolongarse aún mucho tiempo para desdicha suya y de su seres queridos, y llegaría el día en que su hijo estuviese en edad de marchar al combate. El *monstruo* se lo tragaría, como se había tragado antes a sus dos hermanos.

¡Cuánta tristeza, cuánta desolación en aquel hogar campesino que meses antes rebosaba de la sana alegría que proporcionan el trabajo y la salud!

Continuamente sorprendía Giovanni Ferri a su mujer y a Lina llorando en los rincones de la casa, unas veces en silencio, otras dirigiendo al cielo desesperadas súplicas. Y el buen hombre, cuyo dolor no era de esos que podían desahogarse en llanto, les volvía la espalda y se alejaba murmurando sombríamente:

—El mundo no es justo. ¿Qué necesidad teníamos nosotros de padecer lo que padecemos?

Y aquella familia no era ciertamente la única de Castello enlutada por la guerra. El señor Caracciolo, el alcalde, había llamado ya a la puerta de numerosos hogares, llevando en la mano el boletín fatal. La primera autoridad había asumido resignadamente, como quien cumple un deber ineludible, la piadosa misión de participar a las familias de los combatientes la muerte de éstos. Y se presentaba en las casas con grave continente, vestido de negro, con los zapatos de charol brillantes como un espejo y la gruesa ca-

dena de oro adornando la prominencia de su abdomen. Unas veces le acompañaba Aldo Tonelli, el secretario del Ayuntamiento, otras el cura, y si el muerto era persona de buena familia, no faltaba el señor Carlotti, vestido también de negro y luciendo en su rollizo dedo meñique una sortija con un brillante del tamaño de un grano de maíz.

La presencia de aquellos personajes en las callejas desiguales y polvorientas de Castello provocaba un estremecimiento de horror en cuantos los veían. Los viejos campesinos o los mozalbetes que aún no tenían la edad de ser llamados a filas, los contemplaban con inquietud, y no faltaban chiquillos que echaran a andar tras ellos para saber a qué puerta llamaba el señor alcalde y asistir a la escena desgarradora que después tendría lugar. Las pobres mujeres, por su parte, sobre todo aquellas que eran madres de soldados, temblaban de pies a cabeza y se persignaban pidiendo al Señor que las librase de aquella lúgubre visita. Si alguna persona importante, como el notario, el médico, el maestro o uno de los tres labradores ricos del lugar, se tropezaban en aquellas circunstancias con el señor Caracciolo, no dejaban de preguntarle después de los saludos:

—¿A quién le ha tocado esta vez "la negra"?

—A Fulano—respondía el alcalde gravemente.

Y seguía su camino sin dar mayores explicaciones. Inmediatamente, el que había osado interrogar a la primera autoridad de Castello se veía rodeado por gentes del pueblo, niños, ancianos y mujeres, que ya habían respirado tranquilas después de haber visto pasar de largo al señor Caracciolo por delante de sus puertas e indagaban todos, llenos de ansiedad:

—¿Quién es? ¿Quién es el pobrecillo?

El interpelado repetía la respuesta del señor alcalde:

—Fulano.

Un murmullo lastimero se elevaba de aquel corro de gentes rústicas, al que se mezclaba siempre el cacareo de las gallinas, que tenían mucho que hacer en las calles del pueblo, o el rebuzno de algún borrico, indiferente por completo a las trágicas consecuencias de la guerra, y la noticia se extendía por la localidad con una rapidez extraordinaria, llegando muchas veces a casa de los afectados por ella antes que el señor Caracciolo y su comitiva.

Pero lo que a ningún hogar de Castello le había tocado hasta entonces era perder a dos de sus miembros en un mismo día y en un mismo combate.

Y por esto Giovanni Ferri estaba en el derecho de creerse más perjudicado que nadie por la tremenda calamidad de la guerra.

Los setecientos habitantes de la localidad conocían muy bien al viejo y honrado labrador. Como siempre había vivido de la manera que Dios manda, no tenía ni un solo enemigo, lo que hizo que al saberse la desgracia que le enlutaba todos se creyesen en el deber de prodigarle consuelo. Y Giovanni, dos meses después de haber recibido aquel golpe espantoso que aún le tenía anonadado, recordaba confusamente cómo la población entera había desfilado por su modesta morada. Las mujeres rodeaban a Marcelina y a su hija, procurando reanimarlas con palabras llenas de tierna conmiseración, y los hombres, casi todos viejos como él, estrechaban conmovidos sus manos callosas, y le decían:

—Hay que tener valor, Giovanni. A todos nos

tocará pasar por un trance igual tarde o temprano. Las cosas han sido dispuestas así...

Había momentos en que Ferri parecía sobreponerse a su dolor. Enderezándose, miraba con tranquilidad a los que le rodeaban, y hasta llegaba a incomodarse por el llanto persistente de su mujer y de Lina.

—¡Basta de lloros!—profería—. ¿Os imagináis que vais a resucitarlos con todas vuestras lágrimas?

—¡Girolamo y Giuseppe, prendas de mi alma! —exclamaba con acento entrecortado la infeliz madre.

¡Girolamo y Giuseppe!

Los nombres de sus hijos, que parecían surgir de las desgarradas entrañas maternas, acababan inmediatamente con la afectada serenidad de Giovanni Ferri.

El corazón se le retorcía dentro del pecho, aflojábansele las piernas, perdía la cabeza y se dejaba caer en una silla exhalando una especie de sofocado lamento, mientras que de un modo vago oía elevarse en su conciencia una voz de llanto, que repetía las palabras de Marcelina: "¡Girolamo y Giuseppe, prendas de mi alma!"

Y automáticamente evocaba a los dos robustos mocetones, trabajadores y buenos a carta cabal. Giovanni, que tan orgulloso estaba de ellos, creía verlos aquel domingo de Pascua, cuando le acompañaron a Pavía vestidos con sus trajes nuevos. Girolamo, el mayor, era rubio y tenía los ojos azules como su hermana. Giuseppe, un poco más bajo de estatura, tenía la piel morena como un napolitano. Había heredado todas las cualidades físicas del padre de Marcelina, el abuelo Bruno. Y él, Giovanni, iba orgulloso entre

aquellos dos jóvenes bien vestidos, que eran la mejor obra de su vida, y sobre los cuales caían ansiosas las miradas de todas las muchachas que encontraban en el camino. Girolamo, tímido como todo buen lombardo, bajaba sus ojos llenos de inocencia y de placidez; pero Giuseppe sostenía sin turbarse las ardientes miradas de las mozas, y cuando creía que su padre no podía verle, les hacía un guiño lleno de picardía...

¡Pobre Girolamo! ¡Pobre Giuseppe! Ni el uno volvería ya a turbarse como un niño grande ante las muchachas, ni el otro volvería ya a sonreirles. La dulce placidez de la mirada de Girolamo se había apagado para siempre, y la muerte se había llevado la picardía de los ojos obscuros de Giuseppe. La metralla había despedazado bárbaramente aquellas carnes jóvenes; la sangre de aquellos cuerpos robustos había corrido a chorros, enrojeciendo las piedras de las montañas alpinas. "¡Hijos míos, prendas de mi alma, como dice vuestra madre, ya no os veré más, nunca más!"

—Pero, ¿qué hacéis ahí llorando como dos bobas? ¡Ea! Encended la lámpara y haced lumbre... ¿Es que no os llega a los huesos el frío que hace? ¡Tiempo de perros! Está nevando.

Era Giovanni Ferri que acababa de entrar en la cocina, sorprendiendo a su mujer y a su hija estrechamente abrazadas y deshechas en copioso llanto.

Silenciosamente se separaron Lina y su madre. Después de enjugarse los ojos con el borde de su delantal, esta última frotó una cerilla para encender la lámpara, y la joven se dispuso a preparar leña para la lumbre.

Entretanto, Giovanni se despojó del viejo ga-

bán que traía puesto, en cuyos hombros había dejado la nieve unas manchitas blancas semejantes a salpicaduras de cal, y después de golpear el suelo con sus pies, calzados con recias botas, acercóse a Lina, que sentada en cuclillas partía leña delante de la chimenea, y le preguntó con un tono que quería ser indiferente:

—¿Has tenido hoy alguna noticia?

Lina enrojeció, y bajando los ojos:

—No, padre—dijo temblorosa.

La madre, que se había puesto a preparar la sopa, intervino:

—No será porque ella haya dejado de escribirle. Ya lleva enviadas seis cartas, y de ninguna ha tenido contestación.

Giovanni Ferri, que se paseaba por la cocina, encogióse de hombros, y dijo:

—Si no escribe, por algo será.

La joven se sobresaltó, e interrumpiendo su tarea, miró con inquietud a su progenitor.

—¿Piensas mal de él, padre?

—No quise decir eso... Pueden haberle trasladado a otro sitio.

—¿Y eso iba a impedirle escribir en tanto tiempo?

—¡Quién sabe!

El sonrosado tinte del rubor había desaparecido de las mejillas de Lina desde hacía un instante, para dar paso a una palidez mortal. Y sintiendo que las lágrimas pugnaban por saltar de sus ojos, cogió la leña que acababa de partir y la metió en la chimenea, dando la espalda a sus padres todo el tiempo que tardó en prenderle fuego.

No quería que éstos advirtiesen su dolor.

La madre, que ahora machacaba en el almirez el tocino, el perejil y el ajo, principales condi-

mentos de la sopa, interrumpió de nuevo su tarea para decir a su marido:

—Giovanni, tú deberías interesarte en averiguar el paradero de ese pobre muchacho.

El anciano, que parecía hallarse abstraído en tristes pensamientos, hizo un gesto brusco. Después, deteniéndose ante su mujer y rascándose el mentón, inquirió:

—¿Yo?... ¿Y qué puedo hacer yo?

—No sé—balbuceó confusa la pobre mujer, mientras Lina, todavía más confusa que su madre, se apartaba de la chimenea y cogiendo su labor se ponía a tejer en un rincón—. Debe haber tantas maneras... Los hombres siempre os dais maña para estas cosas.

—Eso debería hacerlo el señor Livio. A él le corresponde antes que a mí ¿Qué hace el señor Livio?

—No creas que el pobre se lo pasa muy bien. Está desesperado, y habla de ir en persona a reclamar al Estado Mayor.

—¡Tiempo perdido! No harían ningún caso de él.

—Lo sabemos, Giovanni; pero tal vez tú, por medio de influencias...

—¿Qué influencias?

—Algunos señores, cuando ocurrió aquello... ¡Pobre Girolamo! ¡Pobre Giuseppe!... Te ofrecieron, no recuerdo bien, muchas cosas... ¿Por qué no aprovechar?

Giovanni titubeaba. Volvió a rascarse el mentón.

Entonces Lina dijo tímidamente con su dulce voz:

—El señor Carlotti podría hacer algo.

—El señor Carlotti—murmuró Ferri mirando

con curiosidad a su hija—. Y después quedó pensativo.

—Yo creo también que el señor Carlotti podría sacarnos de dudas... Es persona de respeto, y él se nos ha ofrecido. ¿Lo recuerdas?—dijo Marcelina, cuyo fatalismo de un rato antes, cuando lloraba en brazos de su hija, difería ahora, calmada su desesperación, hacia un franco optimismo.

—Además, dicen que tiene muy buen corazón—añadió Lina, en cuyos bellos ojos parecía brillar la esperanza.

—Sea—dijo al cabo de un rato Giovanni Ferri—. Mañana iré a visitar al señor Carlotti... ¿Qué hora será la más conveniente?

—Por la mañana, desde las diez hasta la hora de almorzar.

—A las diez y media estaré allí.

Lina dirigió una mirada de gratitud a su padre y reanudó su labor. La madre, dejando a un lado el almirez, echó aceite en una sartén, colocó ésta en la lumbre, y cuando el aceite comenzó a humear, puso a freir en él unas rodajas de cebolla y un tomate cuidadosamente picado. Al agradable calorcillo de la lumbre se agregaron los olores apetitosos de aquella sopa campesina, nutritiva y sabrosa. Entonces, el gato, que dormía hecho una bola en un rincón, despertó, estiró su cuerpo elástico de negro pelaje y dió dos sendos bostezos. Después, cautelosamente, acercóse a la lumbre, sobre la cual hervía ya la sopa en un gran recipiente de cobre. Allí se echó sobre sus patas traseras y clavó sus ojos redondos y amarillentos en Marcelina, que preparaba la mesa, mientras Giovanni Ferri seguía paseándose, hondamente preocupado por la suerte de sus hijos, y Lina, con la cabeza doblada sobre

su labor, pensaba en el mozo tímido y bueno que desde hacía tiempo no contestaba a sus cartas; el noble mozo que una noche clara y perfumada del último Mayo le dijera adiós entre lágrimas y besos, junto al muro del huerto del señor Carlotti, minutos antes de partir para la guerra en el tren de las diez y cuarenta y cinco.

III

A la mañana siguiente, Giovanni Ferri se dirigió a casa del señor Carlotti. La temperatura era muy fría, a pesar de que el sol asomaba de cuando en cuando entre jirones de bruma. Los árboles, los tejados y los caminos estaban blancos de nieve. Pueblo y campiña parecían haber enmudecido de repente bajo aquella capa blanca y gélida que se extendía en todas direcciones hasta más allá de lo que abarcaba la vista, y a no ser por las ligeras nubecillas de humo que flotaban encima de algunas chimeneas del caserío, Giovanni hubiera podido creer que se encontraba en una comarca abandonada de la noche a la mañana por todos sus habitantes.

Pero el buen hombre no reparaba ni en aquel silencio, más profundo y más triste que el de los otros inviernos, ni en los árboles que se doblegaban bajo el peso de su blanca carga, ni en el camino de la estación ferroviaria, en cuya alfombra blanca y glacial sus pies se hundían hasta los tobillos. Le preocupaba la visita que iba a hacer al señor Carlotti, el hombre más rico del lugar, y daba vueltas y más vueltas en su magín a las palabras que Marcelina le había aconsejado que dirigiera al opulento vecino.

—A la verdad, que esto de pedir favores no es cosa que me hace gracia. Menos me agrada aún

tener que molestar a un hombre rico como el señor Carlotti. ¿Cuándo y de qué manera podría yo pagarle el favor que voy a suplicarle? Esto que yo voy a hacer incumbía al señor Livio, pero ese viejo gandul se obstina en no moverse de su molino...

Monologueando de esta suerte, Giovanni Ferri divisó el muro del huerto del señor Carlotti, y poco después, al volver una curva del camino por el cual marchaba, vió destacarse entre algunos castaños, la casa de un piso, con su tejado de pizarra y sus muros blancos.

Se sintió un poco cohibido ante aquella morada silenciosa y adusta, que siempre había mirado con respeto. La nieve ocultaba la hierba inglesa y los adornos del pequeño jardín que la rodeaba, y entre el ramaje de un eucaliptus esbelto oyó piar lastimosamente a un pajarillo aterido.

Experimentó nuestro campesino una sensación de alivio cuando vió que acudía a recibirle Dora, la doncella del rico vecino. Era del pueblo y tenía casi la misma edad que su Lina. Conocíala Giovanni desde que ella andaba entre pañales.

—¡Oh! ¿Usted por aquí?—exclamó la muchacha entre sorprendida y cariñosa, al llegar delante del campesino—. ¡Qué milagro! ¿Viene usted a ver a mi amo?

—Si tú crees que no molesto...

—En este momento están de visita el señor cura y el señor Tonelli; pero no importa... A usted le recibirá lo mismo.

—No quisiera que...

—No se preocupe, señor Giovanni. Entre usted, que aquí fuera hace frío... ¡Qué tiempo tan desagradable!

—Malo, malo, Dora...

—¿Y Lina?

—En casa se ha quedado la pobrecilla.

—Ya no se la ve por ninguna parte.

—Después de lo que nos ha pasado, Dora... No tiene uno humor de nada.

—Es verdad; hay que llenarse de paciencia, mi querido señor Giovanni. La guerra es así.

Y la muchacha, dejando al campesino en el vestíbulo, desapareció en el interior de la casa. Giovanni, que se había quitado la gorra antes de entrar, al quedar solo, se puso a mirar en torno suyo con cierta curiosidad. Le gustaban los cuadros que adornaban las paredes de aquel vestíbulo y que representaban escenas campestres. También llamaba su atención la percha de caoba, con su gran espejo biselado, de la que colgaban dos sombreros. Reconoció el del cura por su forma característica, y supuso que el otro debía ser el del señor Tonelli. Durante un rato estuvo preocupando a Giovanni la idea de si debía colgar también su gorra en aquella percha, como habían hecho el cura y el señor Tonelli con sus sombreros, mas parecióle después que aquello podía ser considerado por el dueño de casa como un exceso de confianza, ya que él, Giovanni Ferri, no era otra cosa que un pobre campesino que no debía aspirar a ponerse a la par de aquellos señores, y resolvió abstenerse.

Abandonando entonces esta preocupación, fijóse en la mesilla de patas talladas que ocupaba el centro del vestíbulo, y sobre la cual, de un hermoso jarrón chinesco, emergía un pino enano, y en las butacas de cuero colocadas junto a las paredes; todo parecía flamante, todo brillaba por exceso de cuidado. Y el campesino volvía a sentirse cohibido en presencia de aquel lujo que po-

nía de relieve ante el visitante la considerable fortuna del señor Carlotti.

Giovanni jamás había envidiado ni odiado a los ricos. Al contrario, le merecían toda clase de respeto, como si fuesen personas de naturaleza superior, y admiraba sobre todo a los hombres que, como el señor Carlotti, salidos de la miseria, lograban labrarse a fuerza de trabajo y de lucha una posición desahogada.

Treinta años ha recordaba haber conocido al señor Carlotti hecho un rapaz, culirroto y descalzo, hijo de un borracho que le daba más azotes que *polenta*. El entonces maestro de escuela de Castello, condolido de la situación de aquel niño, lo había tomado bajo su protección, y a cambio de algunos servicios que le prestaba, dábale de comer y le enseñaba un poco de letras y de números.

Por aquel tiempo, el borracho tuvo noticias de un hermano suyo que hacía algunos años había emigrado a la América del Sur, donde estaba haciendo fortuna. Deseoso de sacar partido de aquella buena situación en que el emigrado se encontraba, hizo escribir al rapaz una carta conmovedora. A los pocos meses llegó la respuesta. El buen hombre enviaba dinero para que su hermano y el niño fuesen a reunírsele en aquella tierra pródiga, en la que no hacía falta más que un poco de buena voluntad para enriquecerse. Pero el borracho, así que tuvo en sus manos aquel dinerillo, no quiso ni oír hablar de aquel viaje, y desapareció de Castello sin cuidarse de su hijo. Enterado de todo esto, el maestro se creyó en el deber de tomar cartas en el asunto, y comunicó al tío del rapaz lo que había ocurrido con el dinero. La respuesta del emigrado tampoco esta vez se hizo esperar. Deploraba

lo ocurrido y rogaba al maestro que se tomase la molestia de arreglar los papeles de su sobrino y de embarcarle en Génova. Volvía a remitir dinero para todos los gastos y manifestaba tener el propósito de tomar al rapaz bajo su protección.

Nueve semanas después, el muchacho se encontraba al otro lado del Océano, junto a aquel tío que no conocía, casado con una genovesa, que si bien le acogió al principio con cierto reparo, acabó por quererle entrañablemente, como una verdadera madre.

A partir de entonces, nadie en Castello volvió a tener noticias del hijo del tío Carlotti, el borracho. En cuanto a éste, algún tiempo después fué hallado muerto en un pajar de resultas de los excesos alcohólicos que se había proporcionado con el dinero enviado por su hermano. La tierra de la cual el vicio le había impedido separarse le acogió en su seno, y a los pocos días nadie volvió a acordarse de él ni del niño.

Veinticinco años más tarde, una riente mañana de Abril, un hombre joven todavía y muy bien vestido se apeaba en la estación de Castello de un vagón de primera clase, y después de mirar en torno suyo con cierta curiosidad no exenta de melancolía, tomaba a paso lento el camino del pueblo.

Una vez en éste, se detuvo ante el edificio que antaño ocupaba la escuela, y después de contemplarlo de arriba abajo, llamó a la puerta.

Salió a recibirle un hombre casi de su misma edad. Al preguntarle lo que deseaba, el forastero respondió en el dialecto de la comarca:

—Vengo de América y deseo abrazar al señor Enrique, que fué mi maestro.

—Tarde llega usted. Enrico Constantini hace

ya siete años que murió tuberculoso, y yo soy quien le reemplaza al frente de la escuela.

—¡Caramba!—exclamó contrariado el desconocido—. En ese caso, puedo decir que he hecho el viaje en balde.

—Es lástima, verdaderamente...—murmuró el actual maestro, examinando con extrañeza a aquel hombre que venía de tan remotas tierras con el único propósito, al parecer, que el de abrazar a su infortunado antecesor—. Si en algo pudiera servirle...

—¿Ha dejado familia el señor Enrico?

—No tenía a nadie en el mundo. Como padecía aquella maldita enfermedad, no quiso contraer matrimonio.

—¡Ah!... Entonces voy a pedir a usted que tenga la amabilidad de enseñarme el sitio donde ha sido enterrado mi padre.

—¿Su padre?—inquirió con asombro el sucesor de Enrico Constantini—. ¿Y quién era su padre, caballero?

—El tío Carlotti, un pobre borracho de este pueblo que hace cerca de veinticinco años fué hallado muerto en un pajar. ¿No ha oído usted hablar de él?

—Desconozco por completo esa historia; pero tal vez el señor cura o el señor alcalde puedan orientarnos.

—¿Sigue siendo el señor Picelli cura del pueblo?

—No; el señor Picelli murió unos años antes que Enrico Constantini.

—Y el alcalde, ¿es el señor Mario?

—También el señor Mario ha muerto.

—¡Cáspita! ¡Cómo ha cambiado esto! Lo único que se conserva igual es la escuela. ¿Me permite usted que la visite? ¿Existe aún aquel retrato

de Mazzini colgado encima de la mesa del maestro?...

En efecto: la escuela no había sufrido durante aquellos treinta años ninguna modificación más que la propia del tiempo. Todo estaba más viejo y más deteriorado. Los bancos manchados de tinta en que se sentaban los chicos, habían tenido que ser reforzados; las patas carcomidas del sillón del maestro estaban aseguradas por unos alambres; el reboque se caía de las paredes, llenas de manchas de humedad, en las que se había perdido todo rastro de pintura, y el cartón del retrato de Mazzini que adornaba el aula, al mismo tiempo que iba arrugándose bajo el cristal, adquiría una tonalidad amarillenta, que parecía entristecer la noble faz del gran humanista, padre de la moderna Italia.

Era la hora del almuerzo y hacía ya un rato que los niños se habían ido a comer a sus casas. La pobre escuela estaba en silencio, y sin el bullicio de los alumnos parecía aún más triste. Su miseria debía cohibir al maestro delante de aquel desconocido, que, por su indumentaria, daba la impresión de ser hombre de fortuna. Luego este último habló. Dijo que hacía algo más de un cuarto de siglo, se había sentado en uno de aquellos bancos atento a las lecciones de Enrico Constantini, quien además le daba de comer por caridad. Siempre había recordado con cariño al buen maestro y procurado seguir sus sanos consejos. Ultimamente había enfermado gravemente, y los médicos le manifestaron que si quería vivir largo tiempo debía abandonar inmediatamente sus negocios e irse a residir en un lugar de clima seco. Entonces pensó en Castello, el pueblo natal. ¿Por qué no trasladarse allí? Ningún lazo le retenía en la República Argentina.

Sus tíos hacía ya años que habían muerto, y él, absorbido por los negocios, no había pensado en casarse siquiera. Ahora iba para viejo, tenía cuarenta y dos años, había trabajado siempre como una bestia y ya era hora de retirarse a vivir en paz. La comarca que volvía a ver después de tanto tiempo, y en la que pensaba residir definitivamente, le acogía con una indiferencia desoladora. Muerto Enrico Constantini, muerto el cura Picelli y el alcalde señor Mario, él ya no conocía a nadie, no recordaba de nadie y era probable que tampoco hubiese en el pueblo quien se acordase de él. Luego la escuela, tan vieja, tan mísera, había acabado por entristecerle. No obstante, se quedaría en Castello si sus habitantes no lo tomaban a mal. Ya no era cuestión de volverse a la República Argentina, donde se había despedido para siempre de sus contadas amistades. Caso de que la vida en Castello le resultase aburrida, se distraería yendo a pasar algunas temporadas en Pavía o Milán.

Aquel mismo día, por intermedio del maestro, el señor Carlotti conoció al señor Caracciolo, alcalde de Castello; a Tonelli, secretario del Ayuntamiento, y a Luigi Solari, el cura. Todos aquellos señores le acogieron con exquisita deferencia y le hablaron de la comarca en términos entusiastas. Castello sería con el tiempo una gran población. Su emplazamiento no podía ser más excelente. Ultimamente el ferrocarril había venido a darle un gran impulso. Ya había campesinos que se enriquecían con el producto de la tierra. También la sericicultura, estudiada cada vez más a fondo, daba ópimos frutos. No se precisaban más que algunas personas de dinero y de buena voluntad para poner todo aquello a la orden del día. En este punto, el señor Carlotti

sonrió e hizo esta pequeña observación: "Yo dispongo de algún dinero, pero como no vengo con ánimo de trabajar, pienso hacer de él muy poco uso. En cambio, si ustedes me lo permiten, levantaré una buena casa, arreglaré algunas calles y, sobre todo, haré poner la escuela en buenas condiciones, adquiriendo nuevo bagaje para ella, pero nada de negocios; estoy harto de ellos...

El señor Caracciolo se mostró satisfecho; el maestro también lo estaba; pero el cura, que no veía que ninguno de aquellos beneficios alcanzase a su santo ministerio, dijo:

—Ya que se habla de emplear bien una determinada cantidad de dinero en mejoras de la población, no olvidéis, señores, que la casa de Dios también ha menester de lo suyo. La capillita de San Antonio reclama su retablo; en el altar mayor hace falta un Nazareno, la campana no tiene el tamaño que requiere una población de la importancia de Castello...

—También nos ocuparemos de la iglesia—contestó el señor Carlotti, para dejar satisfecho al venerable Luigi Solari.

Todas estas obras quedaron hechas en poco tiempo, y aún se efectuaron algunas otras de cuya perentoria necesidad el alcalde y el cura se encargaron de convencer al señor Carlotti. Y pasaron cinco años. Carlotti era el señor del pueblo. Los pobres le respetaban; el alcalde, el secretario del Ayuntamiento, el cura, el médico, el notario y el maestro vivían adulándole, se sentían ufanos de ser sus amigos. Declarada la guerra, Carlotti había puesto cinco mil liras a disposición del Municipio para que fuesen distribuídas entre las familias de los soldados del pueblo muertos en el campo de batalla. Cuando

esta trágica suerte cupo a Girolamo y a Giuseppe, ya no quedaba un céntimo de aquel fondo macabro. Giovanni Ferri no reclamó nada. No se acordaba siquiera de que había existido aquel dinero para socorrer a las familias de las víctimas; en cambio, mientras aguardaba en el vestíbulo de la casa del rico propietario, hacía memoria de la historia de la vida de éste, que había oído referir en repetidas ocasiones y que tantas veces había contado a sus hijos para que tomasen ejemplo.

Antes de que volviese Dora, el buen hombre advirtió que la nieve que llevaba adherida a sus botas se había derretido con el calor que hacía en el interior de aquella casa, dejando en la alfombra dos grandes manchas de humedad. Esto le sumió en no poca confusión. ¿Qué dirían de él las personas de aquella casa? ¿Cómo no se le había ocurrido limpiarse las botas antes de entrar? ¡Maldita torpeza! Se inclinó, y con la gorra que tenía en la mano frotó sus botas mojadas. Hecho esto, respiró tranquilo.

El señor Carlotti mandó que se hiciese pasar al campesino al amplio comedor de la casa, donde se encontraba con el señor Tonelli y el cura.

Luigi Solari, alto y seco, tenía sus manos huesudas y amarillentas cruzadas sobre su vientre exiguo. Ocupaba una mecedora a un lado de la chimenea de piedra gris en la que ardía un buen montón de leña de encina. Para hablar se erguía en su asiento, y al final de cada párrafo echaba su cuerpo hacia atrás, obligando al mueble, con aquel breve impulso, a que lo meciera un instante. Tonelli, sentado en otra mecedora en el extremo opuesto de la chimenea, sonreía siempre con marcada ironía, y de cuando en cuando lanzaba al buen cura miradas llenas de una so-

carronería de falsete. Luego, cuando le tocaba hablar, lo hacía pausadamente, sin cambiar de postura, evidenciando una calma absoluta que sacaba de sus casillas al servidor de Dios.

Hacía una media hora que aquella discusión se había iniciado, y la actitud que en ella observaba el señor Carlotti era francamente neutral. Ubicado en una butaca, frente a sus dos visitantes, y con las piernas estiradas hacia el fuego, escuchaba con interés los argumentos de uno y de otro, sin dar a entender cuál de ellos, a su juicio, llevaba la razón. Al rojo resplandor de las llamas, su calva lustrosa brillaba con anaranjados reflejos, y cuando movía la mano, del grueso brillante del anillo que llevaba en el dedo meñique huía un enjambre de chispas diminutas que, por su color violáceo, parecían escapadas de una hoguera formada con fuego de relámpagos. La vida apacible que llevaba en el silencioso valle natal, además de devolverle por completo la salud, parecía haberle rejuvenecido. Cinco años habían pasado desde su retorno a la comarca en busca de paz y descanso, y, a pesar de ese lustro, el rico propietario no estaba más viejo que el día que llamara a la puerta de la destartalada escuela del lugar preguntando por Enrico Constantini. Su cara se había redondeado, su mirada era viva y alegre, sin aquella turbia melancolía de solitario que añora; su nariz, un poco grande, que el invierno enrojecía siempre, era la nariz de un hombre bueno. Cuando reía, por efecto de la contracción de los músculos faciales, su corto bigotillo sin puntas, duro y punzante como hecho de alfileres, se clavaba en ella, y esto obligaba al buen señor a acariciar, después de cada carcajada, su atormentado órgano olfativo.

La entrada de Giovanni Ferri interrumpió la discusión en la que el cura y el secretario ponían en juego todas las facultades de su no bien ejercitada inteligencia. Saludó el campesino, y sonriendo bonachonamente, preparóse a comenzar como la buena Marcelina le había aconsejado; mas como pasara algún tiempo sin que pudiera dar con el principio del discurso que se traía preparado en la mollera, exclamó en alta voz, estrujando nerviosamente la gorra entre sus manos:

—¡Soy un bruto!

Tonelli sonrió mientras se echaba hacia atrás un mechón de sus largos cabellos grises. Conocía muy bien a los rústicos para no comprender la causa de la confusión de Giovanni Ferri.

—Habla sin miedo—dijo el señor Carlotti.

—¡Oh, mi querido señor! Lo que yo vengo a pedirle es cosa que mi mujer y yo teníamos bien estudiada, mas al entrar aquí me he azorado de tal modo, que ya no sé por dónde empezar... ¡Mísero de mí! ¿Dónde demonios me habré dejado la cabeza?

—¡Pero, hombre de Dios!—exclamó el cura, que se irritaba por cualquier cosa—. Empieza por donde quieras y en paz. No hace falta dar tantos rodeos para decir una cosa.

—Nadie puede quitarle la razón, padre; pero nosotros, los hombres del campo... En fin, el caso es que yo venía a pedirle un favor, señor Carlotti...

—Veamos de qué se trata, buen hombre—dijo amablemente el rico vecino.

—Lo justo hubiese sido—comenzó diciendo el anciano campesino con grande embarazo—no molestarle por semejante bagatela; pero las mujeres, que son el demonio, con perdón de ustedes, no me dejaron en paz hasta conseguir que diese

este paso. No sé si hago bien o mal, pero, en el fondo, la pobre chiquilla me inspira compasión. ¿Conocen ustedes a Lina? No hay que negar que es una buena muchacha... A últimos del año pasado se comprometió con un mozo de Mezzanino, un tal Pietro Cremaschi, que trabajaba en el molino del señor Livio. La chica estaba muy ilusionada; debían casarse este año, después de la vendimia, pero vino la guerra y se llevó a Pietro. Hasta hace mes y medio todas las semanas Lina tenía cartas de él, mas a partir de esa fecha no se ha vuelto a saber nada del muchacho. Mi hija le ha escrito seis cartas; todo inútil: el mozo no da señales de vida, y el señor Livio, el molinero, tampoco sabe de él más que nosotros. Lina padece y todos padecemos con ella, porque Pietro sabía hacerse querer y le considerábamos ya como persona de la familia. Pero, ¿qué digo? Les estoy entreteniendo con una historia que tal vez les hará reír.

El pobre anciano se interrumpió, rojo de confusión y de vergüenza. Había hablado dejándose llevar por la emoción, y sus ojos estaban húmedos.

—De ninguna manera, buen hombre—se apresuró a contestar el señor Carlotti—. Nos interesa todo lo que cuentas.

—Por otra parte—añadió Tonelli, que ya no tenía en los labios aquella sonrisa irónica—, nada se le puede negar a un hombre que ya lleva sacrificados dos hijos a la patria.

—Ese es asunto aparte—dijo con voz alterada Giovanni Ferri—. El favor que venía a pedirle, señor Carlotti, no es otra cosa que usted se tomara la molestia de averiguar por medio de sus relaciones o influencias el paradero de Pietro Cremaschi, o, mejor dicho: lo que ha sido de

ese pobre muchacho. Yo me barrunto que ha de pasarle algo muy gordo... ¿Puede usted hacerme ese bien, señor Carlotti?

—Entre todos procuraremos servirte con mucho gusto. Ahora que, para poder hacer averiguaciones, es preciso saber a qué cuerpo pertenece el muchacho y en qué sitio se encontraba destacado cuando dejó de escribirles.

—Eso me lo sé de memoria: octavo regimiento de Artillería montada, segunda compañía.

—Aguarda, aguarda — interrumpió el señor Tonelli—. Es preciso tomar nota con calma de todo eso...

Y disponiéndose a escribir en un librito de apuntes que había sacado de un bolsillo, el secretario del Ayuntamiento agregó:

—Comencemos de nuevo. Pietro Cremaschi, ¿es así? Octavo regimiento de Artillería montada. Continuemos...

* * *

Comprendiendo Lina que tenía el tiempo justo para ir a pie hasta Mezzanino y volver a Castello antes de que cerrara la noche, tomó el partido de ponerse en camino sin perder segundo. Lo que le refiriera su padre acerca de lo tratado con el señor Carlotti, el cura y Tonelli, había llevado una tierna esperanza a su corazón de mujer enamorada, y Lina, demasiado respetuosa y tímida para hablar de ello a sus padres, necesitaba hacer participar a alguien de la vaga alegría que quería infiltrarse ahora en su alma después de dos largos meses de torturas morales. ¿Y quién más indicado para recibir su confesión que el señor Livio, el dueño del molino, que tanto padecía con la ausencia de Pietro?

Echándose en los hombros una simple toquilla de lana para resguardarse del frío que mantenía la nieve endurecida en los árboles, los tejados y al borde de los caminos, Lina empezó a andar hacia el pueblo de su prometido.

No encontró a alma viviente en el trayecto. El cierzo helado que desgajaba las moreras y amorataba las carnes, ahuyentaba a los campesinos, que no se atrevían a moverse de junto a la lumbre o de *l'astala,* habitación construída encima del establo para recibir el calor de los animales albergados bajo su pavimento, y en la cual los labradores lombardos suelen reunirse para pasar entretenidos las largas veladas invernales. Cuando Lina divisó la aguda torrecilla de la iglesia de Mezzanino, destacándose en el espacio plomizo de la cruda tarde, por encima de los tejados blancos de nieve, el corazón le dió un brinco de alegría, y deseosa de llegar cuanto antes al molino, apresuró el paso.

Al encontrarse ante el vasto caserón del señor Livio, bajo el cual pasaba mugiendo sordamente el agua del canal que movía la chirriante y rudimentaria rueda hidráulica, Lina, sin saber por qué, se sintió repentinamente triste, y pensando en la causa que la había inducido a recorrer los cinco kilómetros que separaban un pueblo del otro, se dió cuenta que la noticia que venía a comunicar al dueño del molino carecía de todo interés, y que, en definitiva, no había ninguna razón para tranquilizarse acerca de la suerte de Pietro.

Pero, no obstante, ella quería ver al señor Livio, "necesitaba" hablar con él del novio ausente que no se apartaba un solo instante de su memoria. La puerta de la aceña estaba entornada. Lina escuchó, sin oír otros ruidos que el sordo

mugido del agua y el chirriar de la rueda hidráulica. Impaciente ya, llamó golpeando la puerta maciza con la palma de la mano. Una voz bronca, que reconoció al instante, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo—respondió Lina, empujando la puerta.

Y en la penumbra de la aceña, entre el polvillo irritante que se escapaba de la muela, la joven distinguió al señor Livio, con las ropas blancas de harina, sentado encima de unos sacos de trigo. Parecióle más viejo, más enjuto que nunca, y hasta un poco encorvado. Después de observarla un instante en silencio, sin ocultar su extrañeza, el molinero exclamó, acercándosele a cortos pasos:

—¡Ah!... ¿De modo que eres tú, muchacha? ¡Qué sorpresa! ¿Tienes alguna noticia que darme?

—Sí, algo tengo que decirle, señor Livio—murmuró Lina llena de turbación—. Pero usted, ¿no ha vuelto a saber nada?

El señor Livio tiró con desesperación de su blanco mostacho.

—¡Ni una palabra, Lina!... O no se acuerda ya de mí, o... no puede acordarse el infeliz.

—¡Pobre Pietro!—exclamó la joven con voz lacrimosa.

—¡Desgraciado!—comentó el molinero.

Y después de un silencio, aproximándose más a Lina, que había doblado la cabeza sobre el pecho, dijo:

—Habla, mujer. ¿Qué tienes que contarme?

Lina comenzó a hablar, pero su voz era tan débil, que el molinero no alcanzaba a oirla en medio del concierto diabólico que formaban los ruidos del agua y de la vieja maquinaria. Impa-

cientándose, hizo a la joven señas de que aguardara un instante, y paró la máquina. La aceña quedó de repente sumida en un silencio profundo, y cuando el oído se fué habituando a aquella brusca transición, Lina se dió cuenta que no habían cesado por completo todos los ruidos. El agua continuaba dando señales de su paso por debajo de la muela, pero el sordo mugido que la corriente producía al entrar y salir de las cubas, habíase trocado ahora en un blando, en un susurrante glu-glu.

—Sigue, muchacha. ¿Dices que tu padre ha ido a ver al señor Carlotti?...

—Así es, señor Livio. He sido yo quien ha pensado que el señor Carlotti, que es una persona de bien y que tiene tan buenas relaciones, podía enterarse fácilmente de la suerte de Pietro. ¿No le parece a usted que ha sido esa una gran idea?

El molinero se encogió de hombros con cierta brusquedad y tornó a tirar de una punta de su mostacho.

—Más valdría no enterarnos de nada, muchacha — gruñó después sombríamente —. Viviríamos así más tranquilos...

Una expresión de angustia se marcó en la carita de virgen de Lina al oír estas crudas palabras.

—Pero, ¿cree usted que le haya ocurrido algo serio?—preguntó con voz temblorosa.

—¿Se puede pensar otra cosa? Yo no quiero hacerme ilusiones, hija mía; no debo hacérmelas... Un silencio que dura cerca de dos meses es bien significativo.

—¡Eso sería espantoso!—exclamó la pobre joven sintiendo que toda su sangre se le aglomeraba en el corazón.

—Quieras que no, la guerra es así—continuó el molinero con una calma bajo la cual bullía

una ola de dolor—. Si los combatientes se tiraran a la cabeza barras de chocolate, yo te aconsejaría entonces que no dieras ninguna importancia al silencio de Pietro; mas, desgraciadamente, juegan demasiado en serio con la muerte... Eso lo comprendes tú mejor que yo, puesto que acabas de perder a tu Girolamo y a tu Giuseppe, esos dos buenos mozos que eran una bendición de Dios... Si a Pietro no le ha tocado la misma suerte, es porque la Providencia es grande.

Lina lloraba en silencio, con la cara cubierta por las manos, y de tanto en tanto daba un paso atrás, alejándose del señor Livio, como para no escuchar sus palabras, que caían como martillazos sobre su pobre corazón.

—Aquí, entre nosotros, Lina, sería una triste gracia que nos hubiesen matado a Pietro. Yo no he sido nunca un beato, pero desde que él se ha ido, rezo todas las noches pidiendo a la *Madonna* que me lo devuelva sano y salvo. Pietro me hace aquí más falta que el aire que respiro; desde que él falta, todo anda patas arriba, y yo procuro entrar lo menos posible en la aceña para no ponerme triste acordándome de cuando él estaba aquí, trabajando por cuatro y respetándome más que si fuese su padre. Perdóname, muchacha, si mis palabras te hacen llorar; necesito desahogarme con alguien de lo que llevo aquí dentro, y como sé que tú estás de mi parte, porque quieres a Pietro, te condeno a oír mis tonterías de viejo...

—¡Oh, él era muy bueno, señor Livio!—exclamó Lina entre sollozos.

—Eso no lo sabe nadie mejor que yo; pero calla, mujer; basta de lágrimas. Ya que la vida se ha puesto así, no hay más remedio que tomarla

como viene. ¡Es espantoso, Lina, pero los que nos quedamos sufrimos más que los que han partido a batir al enemigo! No sólo hemos de llorarles, sino que vivimos acosados y exprimidos por el Gobierno... ¡Las malditas requisas!... ¡Y pensar que lo que nos arrebatan ha de servir para que puedan seguir matando a nuestros hijos como moscas!... ¿Dejas de llorar? Hablemos de otra cosa si te parece. ¿De manera que ese señor Carlotti ha prometido averiguar la suerte de Pietro? ¡Ojalá acabe por darnos buenas noticias!

—Eso espero yo; no puedo creer que a Pietro le haya ocurrido una desgracia. Primero, mis hermanos; después, él... ¡Sería demasiada fatalidad para mí!

—¡La guerra, la guerra tiene la culpa de todo! Ella ha hecho de nuestra vida un suplicio continuo. Antes de esa calamidad todos éramos felices; vivíamos como Dios manda y nada nos faltaba, mientras que ahora... Pero, ¿qué haces, chiquilla? ¿Te marchas ya?

—El tiempo pasa rápidamente, señor Livio, y yo quiero estar de vuelta en Castello antes de que cierre la noche.

—No hagas caso, yo te acompañaré si tienes miedo de ir sola por el camino.

—No, no es por miedo por lo que lo digo. Me he marchado de casa sin decir una palabra a mis padres. Me daba vergüenza pedirles permiso. Además, si la gente supiese, creería que vengo a adularle... No faltan personas siempre dispuestas a pensar mal de todo el mundo.

Lina hablaba con precipitación, desordenadamente, desde la puerta de la aceña, y el molinero, enternecido por esas palabras y el acento conmovedor en que eran pronunciadas, murmuró:

—No puedes figurarte cuánto te agradezco que

hayas venido; eres la única que se acuerda de este pobre viejo... Pero no me escuches, no quiero entretenerte, Lina. Vete; sufriría si tus padres tuviesen que reprenderte por mi culpa...

—Adiós, señor Livio, y haga usted que le veamos por Castello de cuando en cuando. Yo vendré siempre que pueda o tenga algo de interés que comunicarle. Siga usted rezando por él, ¿eh?... ¡Oh! ¡Qué cabeza la mía! Me olvidaba de lo principal.

Estaba ya fuera de la aceña y a paso rápido se dirigía por el sendero hacia el camino que unía a Castello con Mezzanino, cuando dándose de pronto una palmada en la frente, se detuvo, y sacando un objeto de lana que llevaba oculto bajo la blusa, se acercó con él en la mano al señor Livio, que la miraba desde la puerta.

—¿Qué te ocurre, muchacha?

—Tome: me iba sin dejarle esto que he tejido para usted.

—Pero, ¿qué es?

—Una bufanda. Con estos fríos ha de venirle a usted muy bien... ¡Hasta la vista, señor Livio!

Temblando de emoción, el viejo cogió la bufanda, que aún conservaba la tibieza del cuerpo de Lina, y acercándosela a los ojos, como para verla mejor, exclamó, mientras dos lagrimones saltaban de entre sus blancas pestañas:

—*¡Cara la me fiola!* ¡Mi querida hija! ¡Eres tan buena como él! Que el Señor te bendiga.

Lina ya no podía oírle. Corría por el sendero encogida de frío, bajo el cierzo cortante que agitaba furiosamente sus ropas.

IV

Aquella mañana, la señora de Caracciolo estaba de un humor de mil demonios. Montando el impertinente sobre la pronunciada corva de su nariz picuda para mirar mejor a la señora de Tonelli, exclamó en el colmo de su irritación:

—¡Es una vergüenza, una verdadera vergüenza! No tengo noticias de que haya en el mundo gente más antipática que la de este pueblo... Tienen razón nuestros paisanos de los pueblos próximos cuando hablan mal de nosotros, y a mi entender, no nos menosprecian lo bastante. ¿Qué debería hacer yo en vista de lo que ha ocurrido anoche? ¿Quiere usted decírmelo, señora Tonelli?

La señora de Aldo Tonelli, una mujercita de unos treinta y tres años, de facciones bastante agraciadas, menuda de cuerpo y de piel trigueña, que ocupaba una silla frente a la mesa de escribir del señor alcalde, ante la cual se hallaba sentada la digna compañera de éste, encogióse levemente de hombros al oír las preguntas de la señora Caracciolo, y respondió con humildad:

—A la verdad, el asunto es complicado. Por mi parte, no sé qué aconsejarle.

La mujer del alcalde, alta, seca y severa como un magistrado de la Gran Bretaña, se irguió en

su asiento. Detrás de los cristales de sus impertinentes, la cólera brillaba en el fondo de sus ojos pardos.

—Complicado, ¿eh? ¡Escandaloso, diga usted más bien! Esa y no otra es la palabra. ¡Jamás hubiera yo podido esperar cosa igual de las mujeres de Castello! Ahora comprendo cuán peligroso es distinguir con nuestra amistad a cierta clase de gente. ¡Eso es lo que las señoras salimos ganando por no saber darnos el lugar que nos corresponde!

—He referido a Aldo lo sucedido anoche, y él lo atribuye a que la gente está ya cansándose de la larga duración de la guerra.

La alcaldesa tuvo un gesto de ira.

—¡Su marido de usted, señora Tonelli, no es otra cosa que un espíritu disolvente!—exclamó irritadísima—. No se incomode usted por mi franqueza, ya sabe que no soy amiga de ocultar la verdad. Aún no he visto una vez al señor Tonelli aprobar lo que hacen sus semejantes, ni siquiera la obra del señor Caracciolo, que, al fin y a la postre, es su principal.

La esposa del secretario del Ayuntamiento hizo una seña de aquiescencia con la cabeza, y murmuró lamentándose:

—¡Ay! Tiene usted razón, y no crea que dejo de sufrir lo mío por culpa de ese carácter de Aldo; pero no hay manera de hacerle pensar de otro modo por más que...

—¡Ah, si fuera mi marido!—interrumpió con un gesto amenazador la irascible señora de Caracciolo—. Nada de ternezas con los hombres, Emilia; cuanto más condescendiente se muestre una con ellos, más se irán de las riendas.

—Lo creo, lo creo; pero yo no puedo ser como usted. Y volviendo, señora de Caracciolo, a lo que

estábamos tratando, ¿qué me dice usted de las señoras que con nosotras formaban la comisión directiva?

—¡Alabado sea Dios!—gritó la alcaldesa lanzando rayos detrás de los cristales de sus impertinentes—. ¿A qué llama usted "señoras"? ¿A la "médica", a la "farmacéutica", a la "notaria" y a esa infeliz mujer del maestro, sin duda alguna?

—Son lo mejor del pueblo, lo más distinguido...

—Conformes; pero de señoras, lo que verdaderamente se entiende por señoras, no tienen ni pizca. Son unas mujerucas como todas las demás, aunque vayan un poco mejor vestidas. ¿Quién en Castello no ha conocido a Sabina, la mujer del médico, cargando hojas de morera para los gusanos de seda? Y la esposa del notario, ¿quién era? La hija de un pobre cocinero que ayudaba a su padre a pelar patatas. ¿Y la "farmacéutica"? ¡Pch! Vale más no hablar de ella. ¿Y la mujer del maestro? Una infeliz muerta de hambre, que no me explico cómo puede tenerse en pie con lo que gana su marido. Señoras, verdaderas señoras, no hay más que dos en todo Castello: usted, Emilia, y yo.

—¡Oh, mi querida señora Caracciolo!—exclamó la media naranja del secretario del Ayuntamiento, cuyas morenas mejillas se colorearon de satisfacción bajo el velo de misa que llevaba echado sobre el rostro—. Me honra usted demasiado...

—Digo la verdad, como siempre la he dicho, sin rodeos. Por otra parte, nuestro celo en el cumplimiento del deber, ¿no es el mejor testimonio en favor de nuestro origen distinguido?

—No puede caber duda.

—De hoy en adelante debemos cortar todo trato con esa gentuza, señora Tonelli. Por lo que a mí respecta, no quiero ya ni oír hablar de esas mujerucas, y adoptaré la determinación de no contestar siquiera a sus saludos.

Y la alcaldesa volvió a desatarse en invectivas contra todas las mujeres de Castello, a excepción de la discreta Emilia, que estaba presente.

La causa de semejante indignación era la siguiente:

Como ya se ha dicho en otro lugar, al estallar la guerra, la alcaldesa tuvo el patriótico y dignísimo gesto de convocar en su casa a todas las mujeres de Castello—gesto que después imitaron otras alcaldesas de los pueblos de los contornos—, y les propuso unirse para estudiar el modo de hacer el bien con los hombres de la localidad llamados a las armas. Días después, a propuesta de la señora del maestro, quedó formada la comisión directiva de aquella agrupación femenina. Como era natural, la señora de Caracciolo fué elegida presidenta, y para no interrumpir el orden de cosas establecido, nombraron secretaria a la señora de Aldo Tonelli. El resto de la comisión lo formaban las señoras del pueblo. Quisieron meter a Lina entre las vocales, pero la linda joven rehusó avergonzada, con lo cual, aunque no lo dijo, la presidenta respiró tranquila, y quizá le sucediera lo mismo a alguna de las otras distinguidas cónyuges de los prohombres de Castello. La primera medida tomada por la comisión fué la de recolectar dinero para agasajar a los que partían para el campo de batalla. Después se estableció la norma de trabajar para los hombres del pueblo que

combatían por la patria y remediar en lo que fuera posible la situación de los hijos de los más pobres, que quedaban poco menos que abandonados con la falta del jornal paterno. Para ello, la señora Caracciolo llevó su bondad hasta el extremo de habilitar para obrador una de las habitaciones de su casa. Se pusieron en ella algunas mesas, bastantes sillas de paja y cuatro máquinas de coser. Todas las que formaban parte de la agrupación, ricas y pobres, aldeanas y señoras, debían reunirse allí de seis a ocho de la tarde para trabajar por los soldados del pueblo y por los hijos de éstos. Durante los primeros meses, la cosa marchó a pedir de boca. Todas acudían a cumplir, a su hora, con la patriótica y humanitaria obligación que habían contraído. El obrador se llenaba de mujeres, en su mayoría jóvenes, que cosían o tejían en silencio, con el pensamiento puesto en los ausentes.

Gracias a esto, muchos rapaces, cuyos padres peleaban por la patria, se dieron el gusto de usar ropa nueva y hasta calcetines, que no se habían puesto nunca. Los combatientes recibían ropa interior, bufandas y otras prendas de abrigo que podían llevar bajo el uniforme y que les ayudaban a soportar bastante bien los rigores del invierno. Pero pasados los primeros meses, comenzaron a escasear los fondos para la compra de telas, lanas y demás cosillas que en el obrador hacían falta. Esto tuvo la culpa de que las buenas mujeres comenzaran a desanimarse, aunque muchas, deseosas de remediar aquella situación, no dejaron de contribuir en la medida de sus recursos. Otras, las que ya habían perdido al marido, al novio u otro ser querido, desertaron. La desgracia las hizo egoístas. Si el ser amado no podía ya usar la ropa salida de sus

manos y regada con sus lágrimas, ¿a qué continuar aquella tarea? Entretanto, las obligaciones de las aldeanas aumentaban. Debían reemplazar a los hombres en todas las faenas del campo. Trabajaban como bestias desde la aurora hasta muy entrada la noche, y esto les quitaba tiempo y voluntad de acudir al obrador de la alcaldesa. Muchas se llevaban la labor a sus casas y manifestaban que allí trabajarían siempre que dispusieran de un momento para ello.

La mayor parte de ellas acabaron por no volver a acordarse del compromiso contraído con los servidores de la patria. El trabajo duro y continuo que la situación del país les exigía las bestializaba. Por la noche, después de comer un trozo de *polenta* o un plato de sopa, caían rendidas en sus lechos, sin acordarse de los ausentes, de los muertos, ni siquiera de los seres que las rodeaban. Y así, poco a poco, al cabo de seis meses de guerra, el obrador acabó por quedarse vacío. Los hijos de los combatientes volvieron a ir con los traseros rotos y sin calcetines, y aquellos bravos soldados no recibieron ya el paquete de ropa que tanta emoción y tantos recuerdos les suscitaba al abrirlo.

Ante aquel estado de cosas, la alcaldesa creyó oportuno indignarse, y de acuerdo con la esposa de Aldo Tonelli, resolvió invitar a todas las que habían sido concurrentes del obrador y a la comisión directiva, a reunirse en dicho lugar a fin de tomar una determinación. Se echó un pregón fijando la hora en que las interesadas debían presentarse, y que era a las ocho de la noche. Momentos antes de dicha hora, la señora de Caracciolo, vestida de negro, severa

y majestuosa, con su infaltable impertinente colgado del cuello por una cinta del color del vestido, hizo su entrada en el obrador.

Imaginaba encontrarlo lleno de gente, y no vió allí más que a Emilia.

—¿No se ha presentado nadie todavía?—preguntó.

—Nadie—respondió la señora Tonelli—, y llevo aquí más de un cuarto de hora.

La alcaldesa ocupó una silla, y dijo con afectada calma:

—Esperemos; no ha dado aún la hora.

Fué una espera humillante, inútil. Dieron las ocho, luego la media, sin que se presentara nadie.

Pálida, demudada, la señora Caracciolo abandonó su asiento. Emilia la miraba sin atreverse a pronunciar palabra.

—Vámonos a dormir, señora Tonelli—dijo la alcaldesa con voz ronca—. Hay acciones tan despreciables que ni vale la pena comentarlas. Buenas noches.

Y salió del obrador ante la estupefacción de la secretaria, que no podía creer en lo que sucedía.

A la mañana siguiente, al volver de la misa de once, Emilia fué a ver a la señora Caracciolo. Y ya hemos visto con cuánta indignación se expresó esta última acerca de la conducta verdaderamente antisocial del bello sexo de Castello. Cuando aún no había agotado el repertorio de sus diatribas, entraron en la habitación, que era el despacho particular del alcalde, éste y Aldo Tonelli.

—¡Oh! ¿Estaba usted aquí, Emilia?—exclamó el señor Caracciolo saludando a la esposa de su segundo con una efusividad protectora—. Apos-

taría que están ustedes tratando de lo ocurrido anoche, que tan indignada trae a mi mujer.

—La cosa no es para menos, mi querido señor—contestó Emilia, después de cambiar una mirada con su marido—. Es preciso confesar que las mujeres de este pueblo ignoran por completo lo que es trato de gentes.

—Tiene usted razón, pero lo mejor es no dar ya importancia a ese suceso. ¿Qué saldrán ustedes ganando con calentarse la cabeza?

—Nada, verdaderamente, Gino—dijo la alcaldesa—; pero no olvides que sabré hacerles pagar con creces esta humillación.

Aldo Tonelli, que hasta entonces no había despegado los labios, manteniéndose respetuosamente detrás de su principal, se adelantó y dijo, esbozando una leve sonrisa:

—A mi entender, señora Caracciolo, usted debería indignarse solamente con las señoras. ¿Qué culpa tienen las pobres aldeanas?

—¡No perdonaré a nadie!—exclamó, colérica, la alcaldesa, lanzando sobre el secretario del Ayuntamiento una mirada fulminante—. Comprenda usted que lo que menos podían haber hecho las mujeres del pueblo era mostrarme su agradecimiento por haber tenido la paciencia de recibirlas en mi casa durante más de dos meses consecutivos, desviviéndome por ellas como una verdadera madre. Emilia, señor Tonelli, puede darle fe de mis palabras. ¿Por quién, sino por mí, han llevado calcetines y camisas los pilletes de Castello? ¿A quién hay que agradecerle que los soldados de este pueblo no estén ahora tiritando de frío en las montañas donde combaten? ¡Y mire usted cómo se portan las madres, las hermanas y las mujeres de esos soldados,

—Aldo, la señora Caracciolo tiene razón—murmuró humildemente Emilia.

—Sí, evidentemente, no le faltan a mi mujer motivos para estar indignada—agregó el alcalde, yendo a tomar asiento al lado de su cara mitad, que ni siquiera pareció reparar en ello.

—Yo también lo comprendo — dijo Tonelli, sin que se borrara de sus labios aquella sonrisita que le hacía antipático al cura y a la alcaldesa—; mas es preciso tener en cuenta que se trata de pobres mujeres del campo, sin noción de lo que significan las obligaciones sociales. Por otra parte, señora Caracciolo, usted sabe que ellas no dejan un solo momento de cumplir con los pesados deberes que la patria les impone. A mi entender, sirven mejor a la patria trabajando en los campos, con ese tesón de bestias de carga que las caracteriza, y gracias a lo cual arrancan a la tierra el alimento que nuestros soldados necesitan, que reuniéndose para tomar acuerdos que no podrán cumplir, en primer lugar, porque sus faenas no les dejarían el tiempo necesario para ello, y en segundo término, porque en estos tiempos de grandes privaciones, nadie tiene un céntimo para destinarlo a formar el fondo que la agrupación necesitaría para actuar con eficacia.

En este punto la señora Caracciolo hizo un movimiento brusco, como para interrumpir al secretario, a quien Emilia miraba de un modo suplicante; pero Aldo Tonelli continuó imperturbable:

—En cambio, lo que a mi entender no tiene perdón, es la conducta de las señoras de Castello. Esas sí que han podido acudir al obrador. Tenían el deber de hacerlo, ya que formaban parte de la comisión directiva, y que, además,

séame permitido decirlo con franqueza, no hacen en sus casas maldita cosa, siendo en las actuales circunstancias una carga muy seria para la sociedad. ¿Tengo o no razón, señora Caracciolo?

***

La alcaldesa se vió precisada a hacer un gesto de aprobación. Las últimas palabras del secretario detenían, o aplazaban, el estallido de la cólera de la buena señora, que tan inminente parecía, de lo cual se alegraron no sólo Emilia y Aldo, sino también el señor Caracciolo.

Y el último dijo en seguida, en tono de broma:

—No creas, Lucrecia, que el señor Tonelli defiende a nuestras aldeanas por el afán de llevarte la contraria; hoy tiene una razón poderosa para ello.

Y se echó a reír con tanta gana, que su cuerpo bajo y rechoncho parecía rebotar en la silla como una pelota de goma.

—¿Qué razón puede ser ésa?—inquirió con severidad la digna compañera del buen hombre, mirando sucesivamente a éste y a Tonelli por detrás de los cristales de sus impertinentes.

—Su marido le hablará de ello, señora Caracciolo.

—Hable usted, hable usted—se apresuró a decir el alcalde—. Usted es quien debe entendérselas con mi mujer... Yo no sé nada. Otra cosa sería si el señor Carlotti me hubiera solicitado directamente ese favor.

—Se ha librado usted de ello por no estar presente—respondió Aldo Tonelli, que había visto hacer una mueca de desagrado a la señora Caracciolo al oír al alcalde pronunciar el nombre

del rico vecino—. Pero ya que usted se empeña en ello, me entenderé con su esposa, quien espero se mostrará indulgente conmigo.

—¡Sepamos de una vez de qué se trata!—exclamó con impaciencia la alcaldesa.

—A ello voy, señora Caracciolo; hace un momento, encontrándonos el buen cura y yo en casa del señor Carlotti, presentóse allí el labrador Giovanni Ferri, el pobre hombre que hace poco tiempo tuvo la desgracia de perder en un mismo día a sus dos hijos mayores...

—Conozco perfectamente a Giovanni Ferri—interrumpió la alcaldesa—, y por cierto que su hija ha sido una de las primeras en desertar del obrador.

—Sería después de conocer la triste suerte corrida por sus dos hermanos—insinuó Aldo.

—No recuerdo ese detalle... Prosiga usted, señor Tonelli.

El secretario del Ayuntamiento, después de referir la causa que había inducido al campesino a visitar al señor Carlotti, relato que la mujer del alcalde escuchó con el ceño fruncido, continuó diciendo:

—El señor Carlotti prometió al buen hombre ocuparse inmediatamente del encargo que le hacía; pero lo gracioso de este caso es, como usted comprenderá, señora Caracciolo, que nuestro rico vecino no cuenta entre el escaso número de sus amistades con ninguna de esas personas influyentes que Giovanni Ferri se imagina. Al marcharse el campesino, el señor Carlotti no tuvo más remedio que pedirnos le ayudásemos a salir del compromiso que acababa de asumir. Como es natural, yo me presté gustoso a ello, y recordando que usted está en muy buenas relaciones con la duquesa de Castelnuovo, secreta-

ria de la Cruz Roja, pensé que nadie mejor que usted podía ayudarnos a complacer al infortunado campesino. Cuando hablé de esto al señor Carlotti, vió el cielo abierto y me rogó que, sin pérdida de tiempo, viniese a suplicar a usted su preciosa intervención. Bastará, a mi entender, con que usted escriba una carta a la duquesa de Castelnuovo interesándose por conocer el paradero de ese pobre mozo, y no dudo que la duquesa, tan fina, tan bondadosa, tan gentil, la complacerá inmediatamente...

Tonelli dejó de hablar, y en torno a sus últimas palabras se hizo un silencio solemne. La señora Caracciolo, rígida en su asiento, reflexionaba como un magistrado en el trance de dictar sentencia. Su marido y Emilia, mirábanla ansiosamente, como si fuesen ellos los culpables a quienes debía afectar la resolución que adoptase la severa alcaldesa. Y por fin, cuando aquel silencio comenzaba a hacerse insoportable, la terrible señora inquirió, entre indignada y sarcástica, adelantando un poco su busto escuálido y seco, como el de un esqueleto vestido de negro:

—¿Y creen ustedes razonable molestar la atención de tan grande dama con semejante bagatela?

—Señora—replicó Aldo, un poco picado por esta salida—: no hay que olvidar que se trata de complacer a un hombre que ha dado a la patria la vida de dos hijos y que tiene un tercero bajo las armas...

—Quien cumple con su obligación no tiene derecho a reclamar nada—dijo agriamente la señora Caracciolo.

—Giovanni Ferri no reclama recompensas; se ha limitado a pedir un favor al señor Carlotti, y como éste no puede prestárselo sin contar

con la ayuda de usted, me ha rogado, en presencia del señor cura, que interviniera. En fin, usted verá lo que hace, señora Caracciolo. Por mi parte, he cumplido con mi deber y me lavo las manos.

—Opino, Lucrecia—dijo tímidamente el alcalde—, que deberíamos complacer al señor Carlotti. No es a Giovanni Ferri a quien prestamos ese favor, sino a nuestro rico vecino.

—¡Sea!—exclamó la señora Caracciolo después de lanzar a su marido una mirada furibunda—. Nos someteremos una vez más a los deseos de esa gentuza, que ningún caso hace de nosotros y agradece a coces nuestras deferencias...

Y en tono de marcada ironía agregó:

—Pero es preciso quedar bien con el señor Carlotti, la más grande personalidad del pueblo. ¡Dios nos libre de llevar la contraria a ese buen señor!... Estad tranquilos: esta tarde escribiré a la duquesa de Castelnuovo. ¡Hasta la vista!

Se levantó impetuosamente de la silla y abandonó el despacho con una risa histérica en los labios. El señor Caracciolo se dió prisa en desaparecer tras ella como un servidor prudente que sabe que su obligación es la de mantenerse constantemente al lado de su amo, y en cuanto a Aldo y a Emilia, estupefactos por aquella escena, se miraron al quedar solos.

—¡Oh! ¡Tú tienes la culpa!—murmuró la mujercita con tono de reproche, dirigiéndose a su marido.

Tonelli estuvo a punto de lanzar una carcajada.

—No me fastidies, Emilia... ¡Habráse visto par de tontos!

—Deberías procurar no tener nunca nada que ver con ellos, Aldo. Ven, vámonos a casa.

Y Emilia, suplicante y cariñosa, se cogió del brazo de su esposo y lo llevó hacia la puerta.

Tonelli estaba perfectamente tranquilo.

***

Como se habrá comprendido, el señor Caracciolo sólo en apariencia era alcalde de Castello. Su mujer administraba, en realidad, el Municipio, y hasta solía extralimitarse en sus funciones haciendo sentir su autoridad sobre asuntos que no eran de su jurisdicción. El esposo, convencido de la superioridad de su media naranja, aceptaba con satisfacción su omnímodo imperio y se sometía resignadamente a la acritud de su carácter. Para él, hombre apacible y de menguados alcances, Lucrecia era una criatura nada vulgar, y le parecía muy natural que viviese continuamente irritada, dado el medio mísero donde tenía que desenvolverse aquel gran talento femenino. En el fondo, Caracciolo se sentía satisfecho de su suerte, y abandonaba con la conciencia tranquila las riendas de su cargo en manos de su compañera. De ese modo, si las cosas salían bien, él recibía las congratulaciones, y si ocurría lo contrario, trasladaba a Lucrecia los reproches que se le dirigían, y se quedaba tan ufano.

Exceptuando a Carlotti, Gino Caracciolo poseía la fortuna más cuantiosa de Castello. Su familia había sido siempre la más importante de la comarca por su posición económica. Desde hacía más de un siglo, los Caracciolo venían turnándose sin tregua al frente del Municipio. Generalmente designaban los padres para que les sucediesen en ese cargo a los hijos que revelaban menos aptitudes para brillar en otras

esferas. Gino hacía diez y seis años que había sucedido a un tío suyo. Tenía otros tres hermanos: uno de ellos era ingeniero y residía en Nápoles; los otros dos, abogados, tenían sus bufetes en Milán y Pavía, respectivamente.

Dos años antes de su nombramiento de alcalde, había contraído matrimonio con Lucrecia Bianchi, hija de un médico de Stradella, nieta de un conde arruinado y sobrina de un cardenal, a quien correspondía heredar el título nobiliario, al cual renunció en honor de su sacra investidura. Al desposarse con Gino Caracciolo, la señorita Bianchi frisaba en los treinta años, y no era ni más gruesa ni mejor parecida que en la actualidad, es decir, diez y ocho años después de su boda. Su dote fué muy escasa; mas, a pesar de todo, Caracciolo se dió por satisfecho. Le bastaba con que su mujer fuese nieta de un conde y sobrina de un cardenal cuyo apellido sonaba bastante en el Vaticano.

El matrimonio tuvo un hijo al año justo de haberse celebrado sus nupcias; un niño flaco y macilento, que vivió muy pocos meses, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para salvar aquella vida que al venir al mundo ya era presa indudable de la muerte. Después de este desgraciado ensayo materno, las entrañas de Lucrecia perdieron por completo sus ya escasas cualidades generadoras de hembra, y esto debió de contribuir a que su carácter se agriara extremadamente, menospreciando a consecuencia de ello a su marido sin ninguna clase de escrúpulos.

No tenía ilusiones, no podía tenerlas. Fisiológicamente era una mujer fracasada. El matrimonio no le reservaba ningún goce, ni siquiera la esperanza de oírse llamar madre algún día por la santa voz de un niño. Además, estaba con-

vencida de su fealdad; nada hacía para disimularla, y del porvenir, ¿qué podía esperar ella del porvenir, sepultada en aquel pueblo de escasísima importancia, entre gentes de una vulgaridad irritante? Procuraba consolarse recordando a cada momento su noble origen. No había conversación en la que ella tomase parte que no sacase a relucir al ilustre abuelo y al santo cardenal. En cambio, de su padre, médico obscuro que seguía viviendo en Stradella, dividiendo su tiempo entre el cuidado de sus enfermos y sus aficiones de avicultor, no hablaba nunca. Él tenía la culpa de que la noble sangre de los Bianchi se hubiese mezclado con sangre plebeya. Acusábale Lucrecia de haberse casado con una mujer vulgar, perteneciente a una familia de agricultores ricos, los cuales, exasperados aún de que su hija hubiese puesto los ojos en aquel hombre, la desheredaron y cortaron todo trato con ella. En concepto de la señora Caracciolo, lo que menos hubiera debido de hacer su padre en honor a sus gloriosos ascendientes, era dedicarse a la carrera de las armas, ganar unas cuantas batallas y reivindicar luego para él el título nobiliario de su progenitor en vez de vivir sepultado en aquella población obscura, recetando purgantes y sinapismos y entreteniéndose con las aves de su corral.

A causa de su carácter y de sus pretensiones, la señora del alcalde tenía en Castello muy pocas simpatías, por no decir ninguna. Las señoras de la localidad con las que se veía obligada a mantener trato, no perdían ocasión de hablar mal de ella y de compadecer a su marido, y en lo que atañe a las aldeanas, maliciosas hasta la exageración, se burlaban siempre que podían de su nariz ganchuda, sobre la cual cabalgaba

constantemente su impertinente de oro. Esto no impedía que luego, en su presencia, todos le diesen la razón, no solamente porque sabían que era ella el verdadero alcalde de Castello, sino también por respeto a la fortuna de Caracciolo, dueño de una tercera parte de las tierras del lugar.

Con la llegada a Castello del señor Carlotti, diez veces más rico que el alcalde, el amor propio de éste y el orgullo ingénito de su mujer sufrieron un rudo golpe. Pero muy pronto, Caracciolo, hombre de buen fondo, se dejó conquistar por la amabilidad del recién llegado, en quien no descubría ni la más remota intención de humillar a nadie con su riqueza, sino, muy al contrario, contribuir en lo posible al engrandecimiento del pueblo donde había nacido y en cuyo cementerio descansaban los huesos de sus padres.

Lucrecia, en cambio, no perdonó nunca al señor Carlotti la indiscreción de venirse a establecer en el pueblo, eclipsando de ese modo la supremacía secular de la fortuna de los Caracciolo. Por otra parte, aquel hombre enriquecido lejos de su patria, hijo de un borracho que había muerto de manera miserable, le resultaba sencillamente despreciable, y llegaba al extremo de poner en duda que hubiese ganado honradamente el dinero que poseía.

—Si todos fueseis personas de criterio—solía decir a su marido—, no haríais ningún caso de ese advenedizo y le obligaríais con vuestra indiferencia a marcharse de Castello.

Caracciolo pretendía defender a Carlotti:

—Es un hombre de bien; está haciendo mucho por Castello.

—¡Se precisa ser muy necios para no com-

prender que los rasgos de esplendidez de ese hombre no son otra cosa que pedantería!—replicaba la sobrina del cardenal montando en cólera—. Su único afán es figurar por encima de todos nosotros, humillarnos en lo posible.

El alcalde se encogía de hombros.

—Tal vez tengas razón—murmuraba—; pero yo no puedo echarle de Castello. Favorece al pueblo, y toda la gente está de su parte.

Este estado de cosas no impedía que el señor Caracciolo frecuentase la hermosa casa del señor Carlotti, y que, a su vez, el señor Carlotti visitase a menudo al señor Caracciolo. En todos los actos de importancia que en el pueblo se celebraban, el rico vecino era personalmente invitado por el alcalde a tomar parte. Caracciolo le tenía siempre a su lado, y la gente encontraba muy natural aquella buena armonía entre personas ricas.

En su trato con Carlotti, Lucrecia observaba una amabilidad digna y rígida, dándose tono de gran dama venida a menos. Si alguna señora de Castello estaba presente, entonces la alcaldesa extremaba su frialdad hasta el punto de mostrarse huraña y agresiva en sus frases y gestos. Mas Carlotti no parecía darse cuenta de ello; no faltó, sin embargo, quien en cierta ocasión le hiciese notar el menosprecio con que la señora de Caracciolo le trataba. Esto no hizo ninguna mella en el ánimo del rico vecino, y limitóse a responder, mientras sonreía de un modo bonachón:

—¡Pobres de nosotros si fuésemos a dar importancia a todas las tonterías de las mujeres!

El cura, sin estar del todo de parte de la esposa del alcalde, era otro de los que acogían con cierta reserva cuanto atañía a Carlotti. No podía

perdonarle que hubiese pensado antes en el arreglo de la escuela que en el de la iglesia. Además, veía en él a un hombre poco afecto a las prácticas religiosas, y muchas eran las veces que, entre sonrisitas amables, se veía precisado a reconvenirle por la poca frecuencia con que entraba en la casa de Dios.

—No haga usted caso de mí—respondía Carlotti—. Como todo solterón, soy muy perezoso; pero, como por otra parte, me cuido mucho de no ofender al Señor, creo estar perfectamente en paz con El.

Otra de las personas que tenían constantemente exasperada a Lucrecia era Tonelli. Hombre sin prejuicios, munido de cierta filosofía barata, el secretario del Ayuntamiento no podía tolerar mansamente la intromisión de la mujer de su principal en los asuntos públicos, y dentro de su esfera oponía una resistencia tenaz a la preponderancia de aquel cacique con faldas. Ella le odiaba tanto como compadecía a la humilde y discreta Emilia, que creía una víctima de su marido. El alcalde tampoco simpatizaba con aquel demonio de Tonelli, siempre dispuesto a juzgar las cosas de distinto modo que los demás mortales, a lo que él llamaba "ver con criterio propio".

Infinitas fueron las veces que Lucrecia insistió con energía cerca de su marido para que tomara la determinación de desembarazarse del secretario, haciendo que lo trasladaran a otro Municipio; pero Caracciolo no encontraba argumentos suficientemente sólidos para justificar la tal medida. Para ello era preciso formular una denuncia y elevarla a las autoridades competentes. ¿De qué acusar a Tonelli, que cumplía estrictamente con su deber? Además, tam-

poco había que olvidar que Aldo había sido nombrado en Castello por voluntad del diputado del distrito, de quien era amigo, y que el diputado tenía en Roma muy buenas relaciones. ¿Qué sucedería si el diputado tomaba en serio el asunto y denunciaba al alcalde en Motecitorio? La aventura era peligrosa por demás, y era mejor renunciar a ella. Lucrecia, no viendo el modo de llevar a cabo su propósito, tuvo un día la inspiración de recurrir a su tío, el cardenal, para que él interviniera poniendo las cosas en orden. Para ello le escribió una larga carta acusando a Tonelli de todas aquellas faltas y debilidades capaces de horrorizar a un prelado. Estaba segura que cuando el cardenal se enterase de todas aquellas monstruosidades pegaría un brinco e inmediatamente tomaría cartas en el asunto. La destitución del secretario sería fulminante. Pero pasado algún tiempo, las pérfidas esperanzas de la señora Caracciolo se vieron defraudadas por completo. No sólo Tonelli no fué distituído como esperaba, sino que el cardenal no se dignó siquiera acusar recibo a la carta de su sobrina.

No quedó al matrimonio Caracciolo otro remedio que aceptar las cosas conforme eran y esperar mejores tiempos. La irascible Lucrecia, siempre que podía, desahogaba su cólera contra Tonelli hablando mal de éste con quien se presentase, incluso con la misma Emilia, que acababa por contárselo todo a su marido, recomendándole al mismo tiempo prudencia. Pero Aldo se reía de la cólera de la alcaldesa con todas sus ganas, y siempre que su mujer iba a visitarla, a su regreso le preguntaba:

—¿Qué ha habido hoy: excomunión o anatema?

Emilia, que le amaba tanto como a sus dos hijos, Umberto y Sara, de doce y ocho años de edad, respectivamente, contestaba de un modo invariable con su tierna voz:

—No hagas caso de ella y déjala en paz. Tú no sabes cuánto me disgusta que las cosas marchen de este modo.

* * *

Sólo tres días después, Lucrecia se determinó a escribir a la duquesa de Castelnuovo. Durante ese tiempo, las relaciones del matrimonio no fueron nada amables. Caracciolo suplicaba a su cara mitad que escribiese aquella carta para complacer al señor Carlotti, y Lucrecia replicaba con insultos de todos los calibres. Pero, al fin, el buen criterio del marido se impuso, y previo un gran gesto de desprecio, la sobrina del cardenal acabó por coger la pluma. Escribió más de treinta renglones en adular a la egregia dama, y sólo cuatro o cinco para suplicarle se ocupase de averiguar el paradero de Pietro.

Leyendo aquella carta era difícil caer en la cuenta de que había sido escrita con el único propósito de interesarse por la suerte de aquel soldado. El móvil de la carta perdíase entre el enjambre de adjetivos que la señora Caracciolo prodigaba a la noble secretaria de la Cruz Roja. Diríase que Lucrecia deseaba que la duquesa pasase por alto el favor que tan veladamente le pedía, y para colmo, se olvidaba de citar la compañía a que Pietro pertenecía y el nombre del pueblo de donde era el buen mozo.

La señora Caracciolo no conocía personal-

mente a la Castelnuovo. Unicamente había visto al principio de la guerra su fotografía en algunos periódicos y revistas, y conservaba de aquellos retratos un recuerdo borroso. Su amistad con la gran dama, amistad que no se cansaba de pregonar en todo momento, no pasaba de ser, en realidad, una relación eventual entablada por correspondencia poco después de la intervención de Italia en la conflagración europea. Al constituirse en Castello aquella asociación de mujeres con el loable propósito de aliviar las necesidades de los combatientes del lugar y de las familias de éstos que lo necesitasen, la Caracciolo, como presidenta de la misma, envió su adhesión a la duquesa en atenta carta. Contestó la dama agradeciendo aquel rasgo patriótico en frases breves y conmovedoras.

De ser otra, la alcaldesa hubiese dejado que las cosas terminasen allí. Pero no; ella se creyó obligada a replicar a aquella carta, extendiéndose en toda suerte de elogios para la dama, en cuya obra y virtudes decía inspirarse. La dama, al poco tiempo, no tuvo más remedio que responder a aquel escrito de su lejana admiradora, que, en el fondo, debía halagar su amor propio de mujer, y así quedó entablada una relación epistolar que la señora Caracciolo no se andaba con rodeos para calificarla de amistad entrañable.

Dos semanas más tarde, Lucrecia recibía contestación de la duquesa. Esta, por fortuna, había sabido entresacar de la prosa hueca de su admiradora el verdadero móvil de la carta, y manifestaba haber tomado buena nota de ello, y que del bravo muchacho, por cuyo paradero se interesaba la señora Caracciolo, ya se es-

taban ocupando con todo el celo posible las personas a quienes el Gobierno había encomendado la misión de informar sobre los cambatientes desaparecidos. Tan pronto tuviese noticias concretas, las haría llegar a su conocimiento por el medio más rápido.

—¡Cuánta finura! ¡Qué amabilidad tan netamente aristocrática!—exclamó Lucrecia, conmovida después de la lectura de aquella carta—. Es un placer tratar con personas así, y no con estas mujeres de Castello, sin ninguna clase de educación.

Caracciolo, tan entusiasmado como su mujer, quiso ir en persona a enseñar a Carlotti la carta de la duquesa. Lucrecia no se opuso a ello; muy al contrario, le dió prisa. ¡Que supiesen de una vez qué calidad de relaciones eran las suyas! Y el alcalde, envuelto en su gabán negro con cuello de terciopelo, y tocado con un sombrero hongo, se puso en camino.

***

Era la tarde de uno de los primeros días de Enero de 1916. A pesar de que desde hacía más de una semana el sol brillaba de la mañana a la noche, se veían aún restos de nieve en tejados y cornisas y en las cumbres de los cercanos montes. Cuando el señor Caracciolo llegó ante la casa del rico vecino, el sol, que ya declinaba, tendía con sus últimos rayos, entre los balcones del piso alto, una franja de sonrosada luz.

—Dora, ¿está tu amo en casa?

—Sí, está, señor alcalde. Haga usted el favor de pasar.

Carlotti, sentado frente a la chimenea del co-

medor, en la que brillaban algunos tizones entre las cenizas, leía *Il Corriere,* el gran diario milanés, al que estaba suscrito. Al oír la voz y los pasos del alcalde, dejó apresuradamente el periódico a un lado, y poniéndose de pie, salió al encuentro de su visitante con la diestra extendida.

—¡Qué milagro, señor Caracciolo! Esta no es la hora que usted tiene costumbre de venir por aquí.

—Por traerle a usted una buena noticia he abandonado todos mis quehaceres.

—¡Oh, cuánto honor! Pero tome usted asiento. ¿Me hará usted el placer de aceptar una copita?... Dora, sirve dos copas de ese Marsala añejo y deja la botella encima de la mesa, por si queremos repetir.

Mientras Carlotti pronunciaba estas palabras en medio de una alegría casi infantil, Caracciolo tomó asiento cómodamente en la mecedora que acababa de designarle junto al fuego, y sacando con parsimoniosa gravedad la carta de la duquesa de Castelnuovo, inquirió:

—¿Adivina usted de qué se trata?

—¡Ya caigo! — exclamó Carlotti sentándose frente al alcalde, en la otra mecedora del comedor—. Ha recibido usted carta de esa condesa amiga de su mujer.

—¡Duquesa!—corrigió severamente el señor Caracciolo—. La duquesa de Castelnuovo.

—Bien; para el caso es lo mismo... ¿Y qué dice esa buena señora?

—Lea usted mismo.

Y Caracciolo, desplegando la carta con toda solemnidad, se la presentó a Carlotti.

Como estaba escrita a máquina, éste se enteró del contenido de la misma con suma faci-

lidad. Después, devolviendo la carta al alcalde, dijo:

—Está bien. Ahora es de desear que las indagaciones que esa señora ha ordenado se practiquen, se lleven a cabo con toda premura.

—Eso no debe ponerse en duda—contestó Caracciolo—. Lo principal era que la duquesa tomase interés en el asunto, lo que se ha conseguido gracias a la amistad que la une a mi esposa. Ahora, si a usted le parece conveniente, puede participar a Giovanni Ferri esta novedad, que creo ha de halagarle.

—De acuerdo, mi querido señor Caracciolo. ¿Quiere usted que mande a Dora en su busca?

—No estaría mal.

—Bien, pero antes echemos nosotros un trago a la salud de su esposa y de esa buena duquesa que se ha prestado a favorecer a nuestro campesino.

Cuando Dora llegó a casa de Giovanni Ferri, no encontró allí más que a Lina. La pobre muchacha estaba en la cocina lavando en la artesa la ropa de la semana. Al ver a la doncella del señor Carlotti, experimentó una emoción fortísima, sintió que las piernas se le doblaban, y secándose apresuradamente las manos en el delantal, preguntó con ahogada voz:

—¿Traes alguna mala noticia?

—No te asustes, tonta. Cuando el señor Carlotti me envía en busca de tu padre, quiere decir que todo marcha bien. Ya sabes que cuando hay desgracias, va él a consolar a la pobre gente.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Lina, toda temblorosa—. Es el caso que mi padre no está en Castello. Se ha ido esta tarde a Pavía a ver al tío Bruno, que está desesperado porque han heri-

do malamente al primo Carlino; seguramente no regresará hasta mañana.

—¿Qué hago entonces? ¿Dónde está tu madre?

—Ha ido al prado en busca de las vacas; pero no le digas nada a mi madre, Dora; ya sabes cómo está la pobre después de la desgracia que hemos tenido. Déjame ir a mí a ver a tu amo.

—No sé si eso le parecerá bien.

—Nada ha de decirte; no estando mi padre, yo soy aquí la más fuerte. Por otra parte, adivino que la noticia que el señor Carlotti tiene que comunicar a mi padre se refiere a Pietro, ¿sabes, Dora?... Vamos, pues. Ya era tiempo de que supiésemos de él,

Dora no tuvo más remedio que echar a andar detrás de Lina, que casi corría por una de las calles del pueblo, en dirección a la casa del señor Carlotti. No encontraron en el camino más que a algunos rapaces que volvían de la estación del ferrocarril de jugar entre el carbón y sobre los vagones de mercancías. Los viejos y las mujeres estaban aún en su trabajo, y cuando llegaron ante la morada de muros blancos del rico vecino, el sol no tendía ya su franja de sonrosada luz en los balcones del piso alto. La tarde entraba suavemente en la agonía del crepúsculo.

En medio del jardín, Lina se detuvo de pronto, como indecisa, mirándose de la cintura abajo.

—¡Jesús!—exclamó—. Me da vergüenza presentarme ante tu señor con esta facha. ¿Cómo no se me habrá ocurrido quitarme antes los zuecos y cambiarme el delantal, por lo menos?

—No tengas cuidado—le respondió la doncella—. El señor Carlotti no repara en esas minucias.

Pensando en Pietro, Lina armóse de valor, y siguió a Dora al interior de la casa. Las luces estaban aún sin encender, y al entrar en el comedor, el azoramiento de la joven disminuyó al considerar que en medio de aquella penumbra que esfumaba los objetos, el señor Carlotti y el señor alcalde no podrían distinguir el desaliño de sus ropas ni su delantal mojado por las salpicaduras del agua de la artesa.

. . . . . .

Al salir de aquella casa, Lina sintióse como transfigurada. En sus oídos sonaba aún la voz bondadosa del señor Carlotti, que ella escuchara temblando de rubor y de ansiedad:

—Alégrate, muchacha. Una gran dama, una duquesa nada menos, ha ordenado que se averigüe lo que ha sido de tu novio, y promete darnos noticias exactas para dentro de pocos días. Lo seguro es que Pietro no ha muerto; de haber ocurrido tal desgracia, el alcalde de Mezzanino no hubiese dejado de tener conocimiento de ella.

Algo había dicho el señor Caracciolo a continuación del señor Carlotti; mas Lina no alcanzó a oírle. Tampoco le hacía eso falta... ¿Acaso no tenía bastante con lo dicho por el señor Carlotti?...

Y caminaba, caminaba, a veces de prisa, otras veces muy despacio, y siempre sin ver adónde iba. Ya no se daba cuenta que llevaba puesto un delantal mojado y que iba calzada con gruesos zuecos... "Lo seguro es que Pietro no ha muerto; de haber ocurrido tal desgracia, el alcalde de Mezzanino no hubiese dejado de tener conocimiento de ella"... ¡Pietro vivía, vivía! La luz de la esperanza, escapándose de aquellas generosas palabras del señor Carlotti, rasgaba la

siniestra noche de su dolor e iba a tonificar su pobre alma temblorosa y falta de fe. La duda atroz que atormentara tanto tiempo su corazón, huía espantada, como un pajarraco nocturno, ante aquella claridad extraordinaria que la invadía. Lina podía esperar aún a su amado. Pronto o tarde, le vería llegar sano y bueno como siempre, con su sonrisa tímida y cariñosa a flor de labios, y ya no se separarían jamás... Prendida de su brazo entraría en la iglesia de Castello, toda iluminada, mientras la campana repicase dulcemente en el silencio del alba más bella del Universo... "¡Gracias, oh Señor Todopoderoso! ¡Gracias, Santísima Virgen María!"

Precisamente en aquel instante, un toque de campana la arrancó de sus pensamientos. Miró en torno un poco asustada; estaba en el centro de la plaza de Castello, frente a la iglesia de muros grises, cuya campana seguía desgranando en el silencio melancólico del crepúsculo los toques lentos, dolientes, del *Angelus*. Dos mujeres envueltas en mantos negros y tocadas con el velo de misa, atravesaban a paso rápido la plaza desnuda, camino de la iglesia. La joven reconoció en una de ellas a su madre, y un suspiro de ternura filial estremeció su pecho. La pobre vieja iba a orar por sus hijos muertos y a suplicar a Dios amparo para los que aún vivían. Entonces Lina, quitándose la toquilla que llevaba liada en torno a los hombros, se la puso en la cabeza a modo de velo y entró en el templo tras su madre. No tenía nada que pedir a Dios, pero sí darle gracias por aquella esperanza que había dejado llegar hasta su alma. La iglesia estaba a obscuras y las oraciones que las beatas susurraban, perdidas en la sombra, elevábanse en el silencio quedamente, misteriosa-

mente. Allá, en el altar mayor, había dos velas encendidas. Lina avanzó. Aquellas luces parpadeantes y amarillentas destacaban del retablo la imagen de la Virgen María, tan hermosa con su manto celeste, en el que estaban bordadas en oro las estrellas del cielo... Y nuestra joven cayó de rodillas, y juntando las manos enrojecidas de frío, empezó a murmurar: "Ave, María purísima...", mientras con los ojos entornados creía ver la carita aniñada de la imagen sonriendo plácidamente.

V

UNA tarde de Junio, poco después del almuerzo, el señor Livio, tras de haberlo pensado mucho, se decidió a tomar el camino de Castello. Llevaba puesto su traje negro de los días de fiesta, sus botas con elásticos, y en la diestra empuñaba el viejo bastón de madera de castaño que le acompañaba en todos sus paseos.

Antes de salir, Ernestina, la buena mujer que le servía desde que había enviudado, hacía más de un cuarto de siglo, quiso cepillarle la ropa, mas él se opuso con un gesto brusco. Aquello era perder el tiempo. Bastante polvo cogería antes de llegar a Castello. Por otra parte, él no iba a visitar a personas que se andaban con escrúpulos. Los Ferri eran gente de su clase, y hasta, si se quería, un poco más pobres. Hacía tiempo que no los veía, y últimamente había oído contar cosas acerca de Lina, a las que se resistía a dar crédito. Verdad que aquella guerra interminable estaba transformando por completo a los campesinos. A fuerza de sufrir, parecían haberse vuelto insensibles a toda clase de dolores, y las privaciones a que estaban condenados por culpa de las requisas los habían hecho egoístas, pícaros y hasta malvados. Pero aún quedaban personas buenas, ¡qué diablos!, y Lina debía ser una de ellas, a pesar de lo que contaban las malas lenguas.

Antes de salir de Mezzanino, acertó a pasar por la hostería, y entonces se le ocurrió entrar a echar un trago para templar el cuerpo. Al trasponer el umbral, oyó voces que no le eran desconocidas. El hostelero, en su puesto, detrás del mostrador, se quejaba amargamente de la miseria cada vez más aguda que reinaba en la comarca. Un hombrecillo flaco y encorvado, astrosamente vestido, le escuchaba de pie, oprimiendo fuertemente con una mano un vaso vacío. Era Zamboni, el garibaldino.

—¿Fiar?... Bien quisiera yo que volviesen los tiempos de antes de la guerra para poder hacerlo. Lo que es ahora, hay que cuidarse de ello como de la peste. Y esto aún no es nada. Si esta situación se prolonga un año más, como parece ocurrirá, acabaremos por comernos los unos a los otros. Después de todo, vosotros, los militares, tenéis la culpa.

Zamboni protestó indignado. El había sido uno de los que habían pedido la guerra; lo afirmaba con orgullo. Pero lo que él quería era una guerra de verdad. No comprendía aquel modo de combatir de los militares modernos, que se escondían bajo tierra como los topos y se estaban meses y meses disparándose a diario quintales de metralla sin osar enseñarse la punta de la nariz ni avanzar una pulgada de terreno. Daba asco ver combatir así. Con aquel sistema, la campaña no podía menos que eternizarse. ¡Ah! ¡Si él estuviese en el pellejo del Rey o del Ministro de la Guerra, qué pronto enseñaría a esos generalillos de Academia cómo se combatía antes del 70! Pero no le hacían caso; los jóvenes soldados que volvían del frente se reían ya de sus hazañas heroicas y miraban con desprecio las medallas que el mismo Garibaldi había colgado

en su pecho. Los desgraciados no comprendían que antaño se guerreaba como caballeros, mientras que ahora lo hacían como cobardes... ¡Si resucitase el gran caudillo de Caprera! ¡El que había desafiado a Austria al frente de un puñado de voluntarios mal armados y sin imponer al pueblo de Italia privaciones de ninguna especie!... Más valía haber perdido la piel en una de aquellas campañas gloriosas que vivir para presenciar tamañas vergüenzas.

Se interrumpió al ver entrar al molinero, a quien el dueño de la hostería saludaba afablemente. También saludó Zamboni, y saliendo a su encuentro, le dijo, poniéndole en el hombro su mano mugrienta y arrugada:

—Tú, que eres un hombre de criterio, no podrás menos que darme la razón. ¿Es verdad o no cuanto digo?

—¡Habría que colgarlos a todos!—exclamó el señor Livio malhumorado, sacudiéndose de encima la mano del garibaldino.

—¡Ah! Eres de los míos—dijo éste—. ¿Pagas un vaso?

—Bebe—gruñó el molinero.

—¡Bravo! Tú, hostelero, haz el favor de servirnos de prisa. El señor Livio es de los que están de mi parte, de los pocos hombres de bien que aún quedan en esta cochina comarca. Aquí puedes ver, tacaño del infierno, cómo las personas dignas no se niegan a agasajar al viejo guerrero. ¿Y qué tal, mi querido Livio? ¿Sigues sin tener noticias del muchacho?

—Bebe—volvió a gruñir el señor Livio—, y no hagas que me acuerde de él.

—¡Bien dicho!... Lo pasado, pasado, y en paz. Lo único que habría que lamentar es que lo hubiesen matado sin darle antes oportunidad de

ensartar a unos cuantos austriacos. ¡Pobre chico!... ¿Vas de viaje, mi querido contemporáneo? Como te veo con esa ropa nueva...

—Voy a Castello.

—¿A Castello? ¡Por Baco! También yo tengo que ir allí. Si quieres, haremos el viaje juntos. ¿Te parece bien, noble patriota? ¡Eh, hostelero! Ya debías haber comprendido que no somos beatos. Este vino que nos has servido está bautizado.

—¡Por vida de...! — exclamó el dueño de la hostería enrojeciendo de indignación—. No lo bebas, si tan seguro estás de que tiene agua. Me harás un favor con ello.

—Si no fuera por no hacer un desaire al señor Livio, que me ha invitado...—replicó el pícaro viejo, enviando al gaznate el vino del vaso, que antes había contemplado al trasluz.

El molinero, que ya se había bebido el suyo sin pronunciar palabra, echó unas monedas de cobre sobre el mostrador, y después de limpiarse el bigote con el revés de la mano, se encaminó muy despacio hacia la puerta de la calle, sobre la cual colgaba una sucia cortina de lienzo, que la brisa caldeada por el sol, que venía del campo, agitaba sin cesar.

—Buen viaje—le dijo el hostelero echando la calderilla al cajón.

—¡Cómo! ¿Te marchas ya?—exclamó el garibaldino pegando un brinco—. Aguarda, hombre, aguarda... ¿Qué demonio de prisa tienes? De aquí a la noche hay tiempo de ir y volver de Castello cinco veces lo menos.

El señor Livio ya estaba fuera del establecimiento; pero Zamboni, con una ligereza impropia de sus muchos años, le dió alcance bien pronto, y cogiéndole por un brazo, se puso a andar a su lado.

—Ese hostelero es un canalla—empezó a decir a gritos, aproximando cuanto podía su boca al oído del molinero—. Merecería que los hombres de buen fondo, como tú y servidor, no pusiéramos los pies en su inmunda tienda. Es desconfiado como un turco y más egoísta que un genovés. Pero los hombres de bien somos débiles, no tenemos en cuenta el mal que nos hacen, y cuando nos pica el gaznate, allí acudimos, aun a sabiendas de que nos meterán descaradamente las manos en el bolsillo.

Charlaba por cuatro, como era su costumbre, sin conseguir que el señor Livio, preocupado por la visita que iba a hacer y que había removido en su mente tantos recuerdos tristes, le contestase palabra. Ya habían dejado atrás el pueblo, y avanzaban por el camino polvoriento e inundado de sol, entre plantaciones de maíz y trigo cuyas enhiestas espigas maduraban rápidamente bajo el más hermoso cielo de Junio. La campiña aparecía verde en todo cuanto abarcaba la vista, pero de un verde de variadas tonalidades, salpicado aquí y allá por las rojas pintitas de las amapolas.

A la izquierda, a continuación de los plantíos de maíz y trigo, dominábase el verde plateado de los viñedos escalonados en las faldas de las colinas, y más arriba, contrastando con aquel matiz tierno, resaltaba el tono obscuro, violento, de las hojas de los castaños, nogales y manzanos, destacándose vibrante del fondo azul del espacio. A la derecha, el terreno se prolongaba en suave declive, alfombrado de cuadros de hierba encerrados entre hileras simétricas de moreras, y más lejos, la ancha corriente del Po aparecía relumbrante bajo los rayos del sol entre verdaderos bosques de árboles fru-

tales; puentes de madera y de hierro, que a distancia parecían frágiles como juguetes de niños, asomaban de trecho en trecho del abigarrado conjunto de aquella vegetación exuberante, facilitando el paso de una a otra orilla del caudaloso "fiume".

Pero nuestros dos viejos no miraban el paisaje ni parecían notar siquiera el intenso perfume de hierba y de frutos maduros que la tibia brisa esparcía por doquier. El molinero seguía andando absorbido en sus tristes recuerdos, y Zamboni, jadeante de tanto hablar mientras caminaba, no cesaba de pronunciarse contra el egoísmo de los hosteleros, que habían llegado al extremo de negarse a fiar un vaso de vino a todo un sobreviviente de las gloriosas legiones garibaldinas.

Poco a poco iban aproximándose a Castello. Antes de llegar pasaron delante de la casa de Tarrachini, el herrero. Al darse cuenta de ello, Zamboni quiso inducir al molinero a entrar, alegando que Tarrachini tenía escondido en el sótano un vino superior, y como a igual que todos los hombres de bien, admiraba a los bravos soldados de Garibaldi, no dejaría de sacar una botella; pero el señor Livio se opuso a ello con energía, manifestando tener prisa en llegar a Castello. Zamboni acabó por resignarse a pasar de largo ante la casa del herrero, pero comprometió al dueño del molino a detenerse un momento en la hostería de la plaza de Castello con objeto de humedecer la boca antes de ir a casa de los Ferri.

—Eso ya es otra cosa—limitóse a murmurar el señor Livio.

—Pues a propósito de los Ferri—dijo el garibaldino, que no podía tener la lengua quieta—,

¿a qué diablos vas a ver a esa gente, que no ha sabido guardar el respeto debido al bravo muchacho que debía casarse con Lina?

El molinero se volvió con presteza hacia su interlocutor, y mirándole de un modo terrible, pálido de cólera, inquirió:

—¿Qué sabes tú?

—¡Valiente pregunta!—replicó Zamboni con desenfado—. ¡Como si todo el mundo no tuviese ya por harto sabido que la hija de los Ferri va a casarse con el señor Carlotti, lo que no viene poco bien a los padres de la chica, que digamos!

—¿Dónde has oído tú contar semejante desatino, pedazo de animal? ¡Responde!

El molinero se había detenido, y apretando con las dos manos el puño del bastón que apoyaba en el suelo, seguía mirando a Zamboni con la terrible fijeza de antes. Su cara estaba lívida, y el mentón le temblaba ligeramente.

—¡Toma! La última vez que estuve en Castello oí comentar todo eso en la hostería. Los de aquí dan por cosa hecha ese casamiento, y si he de decirte la verdad, lo que hace la mocita al casarse con ese hombre, que puede ser su padre, por el mero hecho de que es rico, y olvidando así como así a Pietro, me parece una porquería... ¿Eres de mi opinión? En estos tiempos que corremos, el dinero todo lo puede. Mas ¿es que tú no sabías nada de este asunto?

—¡Si fuera verdad!—exclamó el señor Livio.

—¿Qué harías?—inquirió Zamboni, que le miraba con curiosidad.

El molinero no contestó, y echó a andar; pero a los pocos pasos se detuvo, y encogiéndose de hombros:

—Una porquería, una cochinada, lo que tú

quieras—dijo al garibaldino—; pero si el "otro" no da señales de vida en más de un año y medio, la chica tiene perfecto derecho a disponer de su persona. Es justo, es razonable, es...

Se le cortó la voz y no pudo continuar. Zamboni comprendió que estaba padeciendo, y como viera que la hostería no distaba mucho, murmuró, volviendo a cogerle del brazo:

—Apresurémonos, mi querido Livio. Un buen trago es el mejor remedio para digerir los desengaños.

Pero, para desesperación del garibaldino, el molinero volvió a detenerse, y lo hizo precisamente a diez pasos de la puerta de la hostería.

—¿Qué otra cosa has oído contar de ese casamiento?

—¡No es poco lo que de él hablan en este pueblo, a fe mía!—exclamó Zamboni mirando de soslayo el establecimiento, que le atraía como un imán—. Pero entremos aquí y te enteraré de todo con calma. No está bien tratar estas cosas en medio de la calle, expuestos a que todos nos oigan.

Livio, sin darse cuenta de ello, se dejó arrastrar al interior de la hostería por su pícaro acompañante. Estaba desierta. Cuando hubieron tomado asiento delante de una mesa, apareció la hostelera en la puerta de la trastienda. Zamboni la saludó con unas cuantas bromas, y a continuación pidió una botella. El silencio del local y la fresca penumbra en que estaba sumido hacíanlo propicio para toda clase de confidencias. Sólo de cuando en cuando turbaba aquella quietud profunda el zumbido de una mosca presa entre el postigo y el cristal de la ventana. Afuera, en la plaza llena de sol, el silencio era todavía más absoluto.

Zamboni, en realidad, no sabía gran cosa de aquel asunto que tanto intrigaba y hacía padecer al molinero; pero no se apuró por ello. Así que la botella pedida estuvo encima de la mesa, y una vez vaciado de un solo trago el primer vaso, volvióse hacia la hostelera, a quien conocía de antiguo, y con no poca malicia trató de mezclarla en la conversación.

La hostelera, que no era de las que se hacen rogar para explayarse sobre cuanto saben, y que sentía un verdadero placer en zambullirse en la vida del prójimo, pronto se quedó sola hablando. Puesta en jarras ante los dos viejos, empezó a soltar por la boca todo cuanto le había entrado por ojos y oídos, sin perjuicio de ir reforzando el tejido con puntos de su cosecha.

Livio escuchábala en silencio, sin gesticular, pero sin perder tampoco la menor palabra. En cambio, Zamboni, si bien apuntaba de cuando en cuando algún comentario para dar bríos a la narradora, estaba más en la botella de vino que en el discurso de la mujer.

Pues sí, señor. Era cosa hecha que los Ferri entregaban su hija al señor Carlotti por unos cuantos cochinos cuartos. La boda estaba ya fijada para la entrada del otoño. Hacía dos meses que el noviazgo se había formalizado, y a partir de entonces, Lina había dejado de dedicarse a los trabajos del campo. Tampoco sus padres trabajaban gran cosa. A ellos les tenían ahora sin cuidado las requisas; ya se preocupaba el señor Carlotti de que nada les faltase. La muchacha estaba desconocida de un tiempo a esta parte: con aquel cambio de vida había adelgazado algo, y ya no tenía en las mejillas aquellos hermosos colores de manzana madura. Iba vestida de seda de la mañana a la noche, y decían que se había

vuelto tan escrupulosa, que no se ponía ropa que no fuese traída de Pavía o de Milán. Después de casada aprendería el piano; el señor Carlotti ya había encargado el instrumento. He ahí cómo aquella mocosa, que no servía más que para juntar hierba en los prados y llevar el pienso a las bestias, iba a quedar convertida en una señora de la noche a la mañana. Toda la gente de Castello se hacía cruces, y en cuanto a ella, la hostelera, maldito si envidiaba su suerte. Estaba convencida de que lo que el diablo otorga con tanta facilidad, Dios lo quita con la misma facilidad. Que los Ferri, su hija y el señor Carlotti se las arreglasen como pudiesen... Después de todo, cada cual era dueño de su persona, y a ella que la dejasen tranquila, que no tenía costumbre de calentarse la cabeza con los asuntos de los vecinos.

—¡Muy bien!!—exclamó Zamboni aprobando lo que la hostelera decía, al mismo tiempo que apuraba el resto de la botella, que apenas alcanzó a cubrir el fondo del vaso—. Así deben ser las mujeres que se precian de honestas.

El molinero, anonadado por cuanto acababa de oír, osó aventurar esta pregunta:

—¿Cómo pudo Lina decir que sí a ese hombre?

—¡Bah!—exclamó la buena mujer—. ¿Se extraña usted de eso? *Siur* Carlotti es el hombre más rico de toda la comarca.

—Pero ella amaba a mi Pietro — balbuceó Livio.

—Lo sé, mas como ese mozo se ha dejado la piel en el frente...

—¡Nadie puede afirmarlo!—gritó el molinero con el último resto de energía que le quedaba—. A lo mejor, vuelve un día, y...

—No tendrá más remedio que aceptar la situación tal como la encuentre, buen hombre... Verdaderamente, hay mujeres que merecerían se les cortase el cuello.

—¡Mujeres! ¡Mujeres!—exclamó Zamboni con una risilla de consumado pícaro—. ¡Dios nos libre de ellas, Livio! Otra botellita, mi honesta Antonia.

El molinero, acodado en la mesa, con el mentón en el puño, cavilaba... El pobre viejo estaba en el momento más doloroso de su existencia. Reunidos todos los padecimientos por que había pasado en aquellos días, aquellas semanas, aquellos meses de angustiosa espera motivada por el trágico silencio de Pietro, no hubieran llegado ciertamente a superar a sus presentes torturas. Había ido habituándose gradualmente a la idea de no ver más al mozo; el vacío que la partida de éste había dejado en su existencia lo había llenado el mismo Pietro hecho ídolo por la santa devoción de Lina, a la cual él, Livio, unía la suya.

El dolor silencioso de la novia, que el molinero leía en la humedad de los ojos azules de la muchacha, llevó a su ánimo el convencimiento explícito de que el desaparecido era digno de aquella adoración tierna y profunda. Y así se fué formando el ídolo en substitución del hombre en el alma del viejo aldeano. Bien estaba que él no pudiese echar de menos a Pietro, a quien siempre, en su fuero interno, había querido como a un hijo; pero que Lina le amase y llorase por el mozo era algo que conmovía la ruda sensibilidad del anciano y le daba a entender que si eso hacía aquella chiquilla era porque Pietro era digno de tal cosa. Luego Pietro valía algo... No en vano corren por las mejillas las lágrimas de una

muchacha lombarda... Y el ídolo se acrecía en el alma del molinero, se imponía a su espíritu, llegaba a predominar en su vida sencilla y sobria, llenándola por completo. Aquella imagen estaría sujeta a su veneración hasta el día que Dios diese por llegada su hora, y Livio se iría de este mundo seguro de que dejaba a Pietro una fiel devota.

Mas he aquí que, cuando menos se lo esperaba, el ídolo, cual uno de esos muñecos grotescos y faltos de consistencia porque han sido construidos para una hora de risa, se derrumbaba. Lina misma era quien lo tiraba por tierra, volviendo friamente la espalda a sus pedazos. La devota renegaba de su religión, y Livio, como compañero de culto, sentíase traicionado por aquella volubilidad del corazón femenino. Y revolvíase de indignación y de dolor al ver tratar de aquel modo a su Pietro. "¡Se ha burlado de nosotros!", rugía en su interior, dirigiéndose al desaparecido. "Te hizo creer que te amaba, y a mí me dió a entender que viviría consagrada a tu recuerdo. Me uní a ella para adorar tu memoria. Sus lágrimas me parecían una música destinada a elevar hacia ti mi cariño envuelto en su melodía; pero esa música, desgraciado muchacho, ha resultado falsa; la tocaba el diablo. Ya ves cómo tu novia se deja comprar por ese hombre rico como si fuese un saco de harina, sin pensar que tú puedes volver algún día... Pero mejor será que no vuelvas, hijo mío... Bien estás donde estás, y allí recibirás pronto la visita de este viejo, el único que de veras te quiere. ¡Ah! Después de todo, la muerte es la mejor cochinada de la vida."

De pronto se puso de pie, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa. Zamboni, que ha-

bía acabado con la segunda botella, le miró enternecido entre las nubes de la borrachera.

—¿Qué te pasa?

—¡Las cosas no pueden quedar así!—exclamó Livio con voz sorda —. ¡Necesito cantar unas cuantas verdades a esa mocosa sin conciencia, y haga Dios que no me replique, porque entonces no respondo de mí!

—Es natural; las cosas no pueden quedar así, no deben quedar—balbuceó el garibaldino, cuya lengua se le trababa—. Toda la razón está de tu parte, querido Livio... Yo, en tu lugar...

El molinero no le escuchaba. Con paso resuelto se encaminaba a la puerta; pero la hostelera, que no se dormía sobre las pajas, hizo como que se alarmaba, y le gritó desde el mostrador:

—¡Eh! Pero, ¿dónde va usted, buen hombre?

—¡A decir a esos Ferri que son unos canallas!—replicó el molinero sin volverse, en el momento de trasponer la puerta.

—Tenga cuidado—advirtió la hostelera.

—Aquí te espero, amigo Livio—añadió el garibaldino—, con una botella preparada para festejar la lección que vas a dar a esa gente.

* * *

El señor Livio golpeó enérgicamente con el bastón la puerta de la casa de los Ferri. Su indignación no había disminuído lo más mínimo durante el corto trayecto que acababa de recorrer para llegar hasta allí desde la hostería. Estaba decidido a echar en cara a aquella gente el casamiento de la muchacha, que conceptuaba una acción villana. Nadie podía decir que Pietro no pertenecía ya a este mundo, a pesar de que todas las averiguaciones que se habían prac-

ticado para descubrir su paradero no habían dado resultado alguno. Su nombre estaba incluído en la lista de los desaparecidos; eso era todo. Podía haber caído prisionero, y en este último caso, concluída la guerra, regresaría a la comarca. Lina, como novia formal del muchacho, estaba en la obligación de esperarle hasta entonces. ¿Con qué derecho rompía aquellos lazos que la unían al mozo, lazos que la guerra había hecho sagrados?... ¿Cómo permitían los Ferri que su hija obrase de un modo tan contrario a las sencillas costumbres de la comarca? ¿Era que no les importaba un bledo la opinión de sus vecinos, y preferían cargar con su menosprecio a deponer su codicia?... Si tal cosa confesaban, Livio se dejaría llevar por la cólera y les llamaría todo lo que le viniese a la boca. El dinero había que ganarlo con el sudor de la frente, pero nunca entregando una hija a cambio de unos mezquinos cuartos. Que mirasen bien lo que hacían y que no olvidasen que Dios todo lo estudiaba y pesaba. Razón tenía la hostelera al decir que lo que el diablo entregaba con tanta facilidad, nuestro Señor podía quitarlo con la misma facilidad. Sea como fuese, él no se iría de aquella casa sin dejar deshecha aquella boda, que era una burla para la memoria de Pietro, o armaría un escándalo de padre y muy señor mío.

Marcelina, que trajinaba dentro de la casa, salió a recibir a nuestro hombre. Lo mismo que Livio, en aquellos dos años de guerra había envejecido diez; flaca y encorvada, parecía una sombra con aquellas vestiduras negras. Al ver al molinero, al que reconoció al instante, sonrió tristemente, mientras con una mano seca y amarillenta se subía el pañuelo de la cabeza, que casi le tapaba los ojos.

—¿Usted por aquí? Es raro... ¡Cuánto tiempo hacía ya que no nos veíamos!

—Medio año lo menos—murmuró el señor Livio, sintiendo, muy a pesar suyo, que su exaltación disminuía en presencia de aquel espectro de mujer.

—Medio año—repitió Marcelina con un suspiro—. Hubiera jurado que hacía mucho más... La vida es larga...

—Y mísera—agregó el molinero—. Nunca se llega al cabo de los desengaños.

La anciana le hizo entrar en la cocina, amplia y fresca en la penumbra. La puerta que daba al huerto estaba entornada, y una cortina azul cubría el hueco de la ventana. De cuando en cuando, la brisa agitaba aquel pedazo de tela, dando paso a un rayo de sol al levantar uno de sus extremos. Inmediatamente, en la pared, blanqueada hacía muy poco tiempo, se agitaba una mancha de luz, que desaparecía tan pronto la cortina volvía a su sitio, y otras veces era el metal reluciente de los peroles el que parecía convertirse en ascua cada vez que aquel rayo de sol furtivo pasaba sobre ellos como un lampo.

Livio encontraba transformada aquella cocina que había visto por última vez seis meses antes. En el número, calidad y colocación de los objetos se advertía la influencia del gusto burgués en las modalidades campesinas. Vió los vasares adornados con tapetitos de tela blanca, en los que las hábiles manos de Lina habían bordado pájaros y frutas. La mesa que ocupaba el centro de la cocina tenía también su tapete de lanilla con algunos dibujos en rojo sobre fondo verde, y un florero de cristal, del que emergían algunas rosas y margaritas. Luego, los peroles colgados de la pared, a la derecha de la chimenea, lo es-

taban por riguroso orden, según su tamaño, regla ésta que el señor Livio hubo de reconocer no entraba en las costumbres de las buenas gentes de la comarca. Las sillas de madera blanca y paja habían sido reemplazadas por otras bien barnizadas, con asiento de esterilla fina, y en los cuatro ángulos había otras tantas mesillas de tres patas, sosteniendo tiestos forrados de papel floreado, dentro de los cuales crecían unas raquíticas plantitas de invernáculo.

Ante aquel orden, aquella limpieza excesiva y aquellos adornos, que estaban más allá de las posibilidades económicas de los campesinos, el molinero sintió encogerse su corazón. Todo aquello confirmaba de un modo terminante cuanto había oído contar acerca de la boda de Lina con el señor Carlotti, pero no aumentaba su indignación, sino, muy al contrario, su sistema nervioso se deprimía, como ocurre casi siempre ante la revelación de una desgracia irremediable. No obstante, acordándose del motivo que le había hecho entrar en la casa de los Ferri, hizo un esfuerzo para reponerse y miró a Marcelina, que a su vez le observaba con aire reflexivo y melancólico. La anciana, encorvada, escuálida, mísera, le pareció tan extraña como lo era él mismo en aquel ambiente nuevo y confortable. Evidentemente, la pobre mujer, a quien los dos últimos años de guerra habían cargado de dolores, achaques y luto, era ajena por completo al asunto de la boda de su hija. Y Livio sentía aplacarse su cólera ante aquel rostro arrugado de madre que sufre y que sólo podía inspirarle compasión. Habíale ella rogado que se sentara, y quiso obsequiarle con un vaso de vino; pero el molinero se negó a una cosa y la otra, alegando que tenía prisa en marcharse.

—Paciencia—murmuró resignadamente la anciana—. Y el molino, ¿cómo marcha?

—Mal, como todas las cosas — gruñó el señor Livio.

—¡Dios mío! ¿Y cuándo cambiarán estos tiempos?... Me parece que ya no lo veremos nosotros.

—¡Bah! Después de todo, para lo que a mí me importa la vida...

—Si de ese modo hablan los que no tienen hijos, ¿qué deberíamos decir las pobres madres? Bien está que al mundo se venga a sufrir, mas a lo que no hay derecho es a que nos hagan pedazos nuestra carne. ¡Oh, mi Girolamo!... ¡Oh, mi Giuseppe!

—El mundo está desconocido, Marcelina. Vale más no pensar en lo que pasa.

Pero la desesperada madre siguió hablando de sus hijos, a quienes lloraba todos los días. Después, mientras Livio la escuchaba con la cabeza gacha, en un silencio sombrío, dió noticias de Vicente. Ya había tomado parte en algunas acciones de guerra, siempre con buena fortuna, y en cartas vibrantes de cariño filial y de patriotismo afirmaba haber vengado a sus dos hermanos. Pero esto sólo servía para hacer llorar más a su madre, que veía en las ansias de *vendetta* de Vicente a otras mujeres como ella derramando lágrimas por los frutos de sus entrañas muertos por las balas o los bayonetazos de su hijo, y hubiera querido escribir a éste: "Perdónales, Vicente, perdónales en nombre de esta pobre vieja que te adora. No hagas que por tu culpa tengan que gemir de dolor otras madres." Pero no sabía escribir, y tenía que contentarse con pedir a Dios que transmitiese al muchacho sus piadosos pensamientos.

El molinero la interrumpió de pronto con una pregunta que desde hacía rato pugnaba por escaparse de sus labios:

—¿Y Lina?

Le pareció que la anciana titubeaba, confusa como un culpable a quien inesperadamente interrogan acerca de su delito, que creía ignoraba todo el mundo.

—Está arriba, en su habitación—acabó por balbucear.

—¿Qué hace?

—Cosiendo su ropa.

—¡Ah!... ¿Ya no trabaja en el campo?

—No, desde Marzo.

—¿Por qué?

Mientras con sus preguntas breves, imperativas, el señor Livio se acrecía ante Marcelina, como un fiscal implacable, ésta estaba cada vez más dentro de su papel de culpable. Respondía inquieta, con la vista baja, sin atreverse a mirar al dueño del molino.

—Se había puesto demasiado débil para poder sobrellevar un trabajo tan rudo. El médico mandó que cuidase su salud descansando, y no hubo más remedio que...

—¿Es verdad que se casa?—interrumpió bruscamente el señor Livio.

—¡Oh!... ¿No lo sabía usted?

—No lo sabía.

—Pero algo debieron decirle a usted, ¿eh?

—Sí, mas yo no di crédito... No podía creer... ¿Me comprende usted, Marcelina?

Ahora era el molinero quien se confundía al hablar. Su voz temblaba, y la buena mujer balbuceó empequeñeciéndose a fuerza de encogerse:

—Cosas de la vida. El destino...

—Pero eso no es justo.

—Tal vez no lo sea, pero Dios dispone así las cosas...

—¡Lina amaba a Pietro!

—¡Pobre Pietro! ¡Pobrecillo!

—Ahora ya no le ama.

—¡Quién sabe!

—No, Marcelina; ya no le ama. ¡Ah! ¡Si él volviera!...

La anciana se estremeció, y mirando estupefacta al señor Livio:

—¿Volver? —balbuceó—. Eso no puede ser... Los que han partido ya no vuelven. Mire usted a mis hijos: tampoco Vicente volverá. ¿Por qué había de volver Pietro?

—Porque podría no haber muerto, y como ama a su novia, y como no olvida seguramente a este pobre viejo que le ha servido de padre, por eso, Marcelina, por eso podría volver. ¿Y qué sucedería entonces?

—¡Dios mío!—exclamó la anciana tapándose el rostro con sus manos descarnadas—. Pero él no volverá; no, no volverá, señor Livio... Yo lo sé...

El molinero se indignó contra el vehemente fatalismo de la mujer de Giovanni Ferri; mas antes de que tuviera tiempo de exteriorizar con palabras su indignación, sonaron unos pasos en la escalera, y al volverse vió a Lina que bajaba.

Se quedó inmóvil, como si aquella aparición de la joven le hubiese petrificado. Lina, un poco pálida, pero sonriente, siguió andando hacia él, que la miraba anonadado, como quien despierta de una terrible pesadilla y duda aún si lo que acaba de soñar es verdad o mentira. Ya no llevaba puestas sus ropas de luto. Un sencillo vestido azul de falda corta y plisada estilizaba con el buen gusto de su corte la línea demasiado cur-

va de su cuerpo de labradora. Además, había adelgazado y parecía más alta. Amortiguados los colores vivos y saludables de sus mejillas, su rubia belleza se espiritualizaba dándole un tipo nuevo, lleno de encanto. Su piel habíase hecho más blanca, más tersa, y donde más se podía apreciar esta diferencia era en sus manos, todavía regordetas, en cada una de las cuales lucía una sortija de bastante precio, regalo, sin duda alguna, del novio viejo y rico.

—¡Oh, señor Livio! ¿Estaba usted aquí? Ya era hora de que viniese a hacernos una visita.

El molinero no contestó. Seguía mirándola, y cuanto más la miraba, en vez de encontrar motivos para enfurecerse e increpar a Lina su conducta, más cohibido se sentía ante su aspecto de señorita. ¿Era realmente Lina aquella mujer? Recordó a la muchacha humilde y buena, que una cruda tarde de Diciembre había llegado hasta la aceña, encogida de frío, a hablarle de Pietro. ¡Cuánta diferencia entre aquella novia enamorada del mozo del molino y esta otra novia que debía casarse con el señor Carlotti!... ¡Cuán lejos estaba de Pietro la Lina de ahora, con su vestido de seda, su cadena de oro colgada de su nívea garganta, sus sortijas y sus zapatos de charol!... ¡Infeliz muchacho!... Si volviera a verla, él mismo renunciaría a casarse con aquella señorita, por considerarse indigno de ella. Evidentemente, Lina había hecho mal en enamorarse de aquel mozo rústico y fuerte; era bella, y para parecer una hija de señores no tenía más que vestirse bien; ahora Lina debía haber caído en la cuenta de su error, y probablemente se reía de Pietro y de él, de Livio.

Y mientras esto pensaba, nuestro hombre seguía parado frente a las dos mujeres, sin

conseguir indignarse. Su confusión aumentaba por momentos. ¿A qué demonios había ido él allí? A soltar unas cuantas frescas a los Ferri y a su hija... ¿Y qué derecho tenía él a mezclarse en los asuntos de aquella familia? ¿Pietro?... ¡Bah! ¿Podía obligar a la hermosa muchacha que siguiese amando a aquel pobre diablo, cuando el hombre más rico de la comarca le ofrecía su bolsa y su nombre? Le parecía una pretensión ridícula, absurda... Lo mejor era largarse de allí sin abrir demasiado el pico y dejar que las cosas siguiesen marchando a la buena de Dios y que cada uno hiciese de su persona el uso que tuviera por conveniente.

—Pero, ¿qué le pasa que no habla? ¿Sabe que aquí nos acordamos de usted muy a menudo?

El pobre hombre hizo un esfuerzo para responder, y sólo consiguió hallar la voz necesaria para un mal balbuceo:

—¿De veras?

—Puede creerlo. ¿Y Ernestina?... ¿Sigue tan fuerte como siempre la buena mujer? ¿La riñe usted mucho?

—Esa es mi costumbre, Lina; una costumbre muy fea, como tú sabes. Pero de hoy en adelante procuraré contenerme. A los viejos nos conviene hacernos querer, y yo no tengo más que a ella en el mundo.

Lina bajó la cabeza, recibiendo en medio del corazón el reproche desprendido de las amargas palabras del molinero.

—Pero Ernestina es buena—murmuró, no obstante, para no dejar decaer la conversación.

—Y yo también lo soy; y todos lo somos... hasta el momento en que nos conviene dejar de serlo... En fin, Lina, me voy.

—¡Tan pronto!—exclamó la muchacha, que

tampoco esta vez había pasado por alto el reproche—. ¿Y sin hacernos el honor de tomar alguna cosilla?

—Le he ofrecido antes un vaso de vino y lo ha rehusado—explicó Marcelina.

—Gracias. El cuerpo no me pide nada—manifestó el señor Livio con voz nada segura—. Además, tengo prisa. Un amigo ha quedado esperándome en la hostería y no quiero dar lugar a que se impaciente. ¿Sabes, Lina, que me voy tranquilo porque te veo bien? ¿Me permites aún que te hable de tú? Como hay lo que hay y estás hecha una señorita, tengo mis reparos. ¡Tú sí que no puedes quejarte de la guerra! Pero sigo tuteándote...

—¡Por Dios, señor Livio!

—Perdóname. Los viejos nunca tenemos la cabeza en nuestro sitio. Sé feliz, Lina. Vive con tranquilidad la vida que te espera, y no te acuerdes del pasado. No todo ha de ser miseria en este mundo. En cuanto a *aquello* que tú sabes, tranquilízate. No merece la pena de recordarlo. Ahora pienso como tu madre: no puede volver, no volverá. Pero si el muy gandul nos jugase una broma y el día menos pensado asomase por estos sitios, hazte cuenta que no ha pasado nada. Como no es terco, yo le haré comprender todas las razones... ¿Quedamos entendidos?... Adiós, Marcelina. Adiós, muchacha.

Salió. Su paso era inseguro como el de un ebrio y apoyaba con fuerza el bastón en el suelo para guardar el equilibrio. Lina y su madre le dejaron ir sin poder contestarle una palabra. Ambas tenían lágrimas en los ojos; mas esto no alcanzó a verlo el señor Livio. Al encontrarse en medio de la calle, se detuvo. Ebrio de pena, él también lloraba sin darse cuenta de ello,

y su llanto era el llanto de los hombres que devoran en silencio la derrota de todas sus ilusiones. Se alejaba de Lina humillado de la pequeñez de su ídolo, para caer en una soledad tanto más triste cuanto más cerca se sentía de la muerte.

De pronto sintió que le tocaban en el hombro. Volvióse sin sospechar quién pudiera ser, y se encontró frente a Zamboni, completamente borracho. Aquellos dos viejos, uno ebrio de vino y el otro ebrio de dolor, se miraron un instante sin atinar a decirse palabra y sin conseguir tenerse firmes sobre sus piernas. Una mujer que pasaba con un cántaro en la cabeza se paró a mirarlos desde cierta distancia. Por fin, el garibaldino, dando un tumbo que pareció despertar su lengua del sopor de la borrachera, puso fin a aquel silencio diciendo:

—Vengo en tu ayuda, mi querido amigo. No podía dejarte solo delante de esos fariseos; quiero arrojarles a la cara media docena de verdades de mi marca, y después, si preciso fuera, aderezaríamos las palabras con unos cuantos cachetes... ¿Qué me contestas?... ¿Cuál es la casa de esos bandidos?

—Calla, calla, mala lengua—murmuró Livio—. Ya les he dicho yo todo cuanto era preciso decirles.

—¡Ah!... Es que yo, buen patriota, tengo preparada una oración que vale por todas las que tú has podido rezarles. Vamos allá—insistió el borracho tirando de un brazo al molinero.

—No, vamos a la hostería—replicó éste—. Necesito beber. No sé qué diablos se me ha metido en la garganta, que no me deja respirar con libertad.

—Se explica; el cuerpo necesita que se le tem-

ple... Un par de botellas, mi querido Livio, y quedaremos como nuevos. Después hay que volver por aquí a ajustar las cuentas a esos canallas que venden sus hijas a los viejos ricos... ¡Qué asco de personas!... ¿Sabes que aquí, en Castello, no bautizan el vino?

VI

Un mes había transcurrido sin que la duquesa de Castelnuovo volviese a escribir acerca de Pietro, como había prometido en su carta dirigida a la señora de Caracciolo.

Lina se desesperaba, y en cuanto a sus padres, si bien le aconsejaban que tuviese paciencia, por su parte comenzaban a perder la confianza que en un principio habían depositado en la intervención de la ilustre dama. En diversas ocasiones la joven había pasado delante de la casa del señor Carlotti, con la esperanza de ver a alguien y poder preguntar si había novedades; pero aquel edificio silencioso y austero, en medio del jardín estropeado por la nieve y la escarcha, parecía complacerse con su dolor y sus inquietudes, reteniendo detrás de sus paredes pintadas de blanco a los seres que hubieran podido prodigarle algún consuelo o hacerle una promesa bondadosa.

Una tarde, después de pensarlo mucho, se decidió a presentarse en aquella casa sin enterar de ello a sus padres. Para hacer aquella visita se había puesto su mejor vestido de luto, y calzaba, en lugar de los zuecos, unos zapatitos nuevos. Dora la recibió cariñosamente, y después de escuchar las confusas explicaciones que Lina daba para justificar su atrevimiento, respondióle que, a su juicio, hacía muy bien, y que, a pesar de que el señor Carlotti no debía haber olvidado aquel

asunto, no estaba demás refrescarle un poco la memoria. Por consiguiente, podía entrar a verle; era buena hora, puesto que no tenía visitas.

El señor Carlotti se encontraba a la sazón en su despacho, escribiendo una larga carta a un amigo de la Argentina. Cuando Dora le anunció la visita de la hija de Giovanni Ferri, dejó la pluma y respondió, frotándose las manos:

—Puedes hacerla entrar, aun cuando no tengo ninguna noticia que darle.

Y cuando la novia de Pietro estuvo en su presencia, la recibió con una amabilidad afectuosa que mitigó el embarazo de la muchacha y le dió fuerzas para hablar.

—Hazme el favor de tomar asiento, Lina.

Ella se negó con un tímido balbuceo. No quería incomodarle. Había venido para hacerle una pregunta, y le rogaba perdonase su indiscreción. ¿Se sabía algo de Pietro Cremaschi? No; no debía aún haber novedades; pero como había pasado tanto tiempo desde que se recibiera aquella carta de la duquesa de Castelnuovo, ella, a la verdad, se desesperaba un poco.

—Pero haz el favor de sentarte, mujer—insistió el señor Carlotti—, y no tengas ninguna prisa en marcharte, que tu visita no me incomoda.

Lina acabó por complacerle y se sentó en el borde de una silla, las piernas juntas y las manos entrelazadas sobre la falda. Estaba un poco colorada, debido a aquella obsequiosidad con que el señor Carlotti la honraba, y que encontraba excesiva, dada su condición de muchacha de pueblo. Entonces el rico vecino, sin parecer reparar en la turbación de su visitante, empezó a explicarse. En efecto: la duquesa de Castelnuovo no había dado aún noticias de Pietro Cremaschi; pero él, que no olvidaba el rue-

go de Giovanni Ferri, había hablado ya varias veces del caso con el señor alcalde, cuya esposa, como era sabido, estaba en tan buenas relaciones con la noble dama, y últimamente había logrado hacer escribir una nueva carta a la señora Caracciolo suplicando a la secretaria de la Cruz Roja hiciese activar las averiguaciones que había ordenado se practicasen para descubrir el paradero del bravo soldado de Mezzanino. Como, a decir de la señora Caracciolo, la duquesa era una mujer atentísima, no tardaría en contestar a aquella carta, y tan pronto él, Carlotti, se enterase de lo que decía, iría a comunicárselo en persona.

—¡Oh! No es necesario que usted se moleste por nosotros hasta ese límite—exclamó Lina, que casi lloraba de gratitud—. Bastará con que usted me mande recado por Dora y yo vendré corriendo a enterarme de lo que hay de nuevo.

—Eso de ir a tu casa no es para mí ninguna molestia, hija mía. Al contrario, no teniendo otra cosa que hacer, puede servirme de distracción.

—Muchas gracias, *siur* Carlotti. Es usted un hombre muy bueno con los pobres...

Se levantó, dispuesta a marcharse. El dueño de la casa hizo lo mismo, y, sonriendo, dijo:

—Diríase que estás aquí como sobre espinas. ¿Qué prisa tienes?

—Nunca falta que hacer en casa... Hay que tenerlo todo preparado para cuando llegue el buen tiempo de trabajar la tierra.

Dió de nuevo las gracias, saludó y se fué ruborizada y agradecida. El señor Carlotti, después de seguirla con la mirada, volvió a tomar asiento ante su escritorio y cogió la pluma para reanudar la carta, mas antes de leer lo que ya tenía escrito, se quedó pensativo.

Lucrecia había prometido al señor Carlotti escribir a la duquesa aquella segunda carta relacionada con la desaparición de Pietro, mas, por el momento, no parecía tener el propósito de cumplir su promesa. El mismo día que se había hablado de aquello con el rico vecino, después de reflexionar sobre el caso, la señora Caracciolo dijo a su marido que de ninguna manera pensaba acceder a la exigencia de "aquel advenedizo". Hubiera sido dar una prueba de mala educación, de ignorancia de las más elementales prácticas sociales, insistiendo sobre un asunto que la misma duquesa había prometido solucionar, y aquella irreverencia bien podía molestar a la noble dama. El señor Caracciolo intentó convencer a su cara mitad de que, a pesar de todas las razones que ella aducía, debía escribir aquella carta; pero Lucrecia se indignó, replicando que ella era muy dueña de hacer lo que tenía por conveniente y que ni su esposo ni el señor Carlotti podían imponerle pisotear las costumbres de la buena sociedad, que ella siempre había observado escrupulosamente para honra del propio hogar conyugal.

Días más tarde, el señor Caracciolo se encontró con el señor Carlotti.

—¿Qué tal?—le preguntó este último, después de saludarle—. ¿Ha escrito su señora aquella carta?

—Sí, hombre, sí—contestó el alcalde—. Y es de esperar que la duquesa responda pronto, como es su costumbre.

Y se quedó muy satisfecho de salir del paso con aquella mentira.

Por aquel entonces, Carlotti recibió la visita de Lina. Dejó pasar una semana, y en vista de que el alcalde nada le comunicaba de aquel

asunto, resolvió ir a llamarle la atención. Caracciolo le recibió y cumplimentó con su amabilidad hipócrita de hombre sin carácter. "Créame usted que tanto mi mujer como yo estamos preocupados por este largo silencio de la duquesa. No comprendemos qué pueda sucederle, y aunque no esté bien insistir, lo haremos en honor de usted."

Y transcurrieron otros diez días.

Hacía ya cerca de veinte que Lina le había visitado, y Carlotti decíase que la pobre muchacha debía de haber vuelto a desesperarse, y con razón, cuando recibió otra visita de la joven.

—¡Oh, *siur* Carlotti! Siento en el alma tener que molestarle, pero la suerte de Pietro me inquieta, y no tengo paciencia para esperar tranquila... ¿Qué pensará usted de mí con todo esto?

—¿Qué he de pensar, Lina? Haces muy bien en interesarte por el destino de ese mozo, y, por mi parte, he de decirte que no dejo de hacer cuanto me es posible; pero hasta el día de hoy no hemos tenido la dicha de recibir noticias ni malas ni buenas.

—¡Dios mío!... ¿Y esa señora duquesa, *siur* Carlotti?

—No da señales de vida.

—¿Cree usted que aún cabe esperar?

—Las esperanzas no deben abandonarse nunca, muchacha. Continuaré insistiendo hasta saber algo, aún a riesgo de incomodar a las personas que se han ofrecido a ayudarme.

—¡Eso nunca, *siur* Carlotti! Ya ha hecho usted bastante; ahora deje que sea lo que Dios quiera...

—Comprendo tu situación, Lina. Sé que amas a ese muchacho, y que él te quería a ti del mismo modo y podía haberte hecho feliz... Me da

pena ver naufragar tus ilusiones y al mismo tiempo me desespero de no poder salvarlas de ese naufragio. Pero esperemos; todavía podemos esperar.

Turbada y dolorida, Lina había inclinado la cabeza. Carlotti, al mismo tiempo que hablaba, observábala con gran interés y parecía sorprenderse de ver reflejarse en aquella hermosa faz las diversas sensaciones que sus palabras suscitaban en la joven. Luego, cuando ella suspiró y vió agitarse levemente la mórbida redondez de su pecho de virgen, sintió correr por toda su piel, en ondas ascendentes, un extraño cosquilleo, que acabó por concentrarse todo en su garganta, produciéndole una emoción que podía considerarse como una mezcla de placer prohibido y de remordimiento.

Estaban parados en medio del vestíbulo y podía contemplarla a su gusto, sin perder detalle de toda su persona, gracias a la tibia luz del sol de las primeras horas de aquella serena tarde de Febrero. Lina seguía mirando el suelo, y el señor Carlotti encontrábala muy bella, con aquella belleza sana y fuerte sazonada por los aires de la comarca, como una fruta silvestre de sabor agridulce. Tenía los ojos entornados, y el dueño de la casa detuvo un momento su atención en sus largas pestañas de terciopelo, que proyectaban sobre la blancura rosada de sus mejillas una sombra muy tenue; las aletas de su nariz, pequeña y recta, permanecían inmóviles, como si en aquel momento se hubiesen interrumpido sus funciones respiratorias, y la misma inmovilidad podía observarse en su boca, húmeda y roja como el corazón de las sabrosas sandías del valle.

—Bueno; hasta otra vez, *siur* Carlotti..., y

perdóneme usted que le moleste con tanta frecuencia.

Se fué. Desde los cristales de la puerta que daba al jardín, inundado de sol, Carlotti la vió atravesar éste con paso rápido, como si huyera, hasta perderse con su vestido negro y su cabellera dorada, al otro lado del muro que limitaba su posesión. Entonces se apartó de allí y, preocupado, volvió al interior de la casa.

* * *

Por aquel entonces, el señor Livio iba a menudo a Castello a casa de los Ferri para ver a Lina y preguntarle si había noticias de Pietro. Giovanni y su mujer recibían con cariño al viejo molinero, y en cuanto a la novia del desaparecido, no hay ni que decirlo. Frecuentemente, el dueño del molino y la joven acababan por quedarse solos hablando de Pietro y procurando cada cual infundir en el otro buenas esperanzas. Livio solía mostrarse pesimista, pero en cuanto veía sufrir a Lina, su modo de opinar variaba inmediatamente y procuraba quitar toda importancia a aquel silencio demasiado prolongado del mozo. Lo mismo hacía ella cuando, dejándose llevar por la desesperación, advertía que el anciano dejaba a su vez que el dolor le invadiese el ánimo.

Si transcurrían más de cinco días sin que el señor Livio fuese por Castello, Lina iba a verle a la aceña. Aquellas entrevistas habían pasado a ser para ellos una necesidad casi imprescindible. Necesitaban verse frecuentemente para renovar sus esperanzas y prodigarse mutuo consuelo. La aparición de la joven arrancaba siem-

pre la misma pregunta al alma inquieta y dolorida de su viejo amigo:

—¿Hay algo de nuevo?

—No—respondía Lina tristemente.

Otras veces el señor Livio, impacientándose, agregaba:

—Pero, ¿qué hacen esos que han prometido ocuparse de Pietro? ¿Qué dice el señor Carlotti? ¿Es que aquella duquesa ha desaparecido como nuestro pobre muchacho?

La novia se encogía de hombros y murmuraba:

—Tengamos paciencia, señor Livio. Es tanta la confusión que reina en la zona de guerra, que se hace difícil averiguar las cosas con la premura que nosotros quisiéramos.

Y el invierno crudo y triste llegó a su fin, y vino la primavera a cubrir el valle de verdor y de flores, barriendo las brumas del cielo y derritiendo la nieve de las colinas. Todo era alegría en la Naturaleza: el Po bullía saltando bajo los puentes, como un colegial para quien han llegado las vacaciones; los brotes de las viñas reventaban bajo el sol; la brisa paseaba sobre los campos perfumes de acacias y de hierba húmeda; en los balcones de las casas los geranios y las clavellinas desplegaban sus corolas; las margaritas matizaban el verde esmeralda de los prados con oleadas de oro, y en torno al campanario de la iglesia las golondrinas revoloteaban incansablemente cortando el aire azul con su vuelo inquieto.

Iba a cumplirse el primer año de la declaración de guerra. ¡Cuántas lágrimas habían caído ya sobre aquella tierra fértil a la que no volverían a ver jamás muchos de los ausentes!

Las entrevistas del molinero y la joven acaba-

ron por hacerse menos frecuentes. Habían agotado todas sus esperanzas y no sabían ya a qué consuelos echar mano para seguir confiando en el regreso del mozo. Por otra parte, Lina ya no disponía de tanto tiempo libre como en el invierno. Como todas las mujeres de la comarca, debía trabajar en el campo de la mañana a la noche, y al final de la jornada se encontraba tan fatigada, que ni le quedaban fuerzas para rezar sus oraciones. Había ido a visitar aún tres o cuatro veces al señor Carlotti, y ya nada esperaba de su intervención. "La duquesa no contesta—decíale el rico vecino—. Eso significa que nada se ha podido averiguar aún acerca de Pietro Cremaschi." Y al año justo de la declaración de la guerra, la pobre muchacha sentía agonizar su última esperanza de volver a ver a su novio, a quien seguía amando como aquella clara noche de Mayo, cuando tembló en sus brazos al recibir en su cara llorosa, iluminada por la luna, su primer beso de amor. Al señor Livio le hacía muy bien ver llenarse de lágrimas los ojos de Lina cada vez que le hablaba de Pietro. Aquella fidelidad de la joven por su novio, halagaba su amor propio de padre, como él podía considerarse que lo era de Pietro. Los Ferri también daban por segura la muerte del mozo; pero como estaban siempre con el pensamiento puesto en Vicente, el único varón que les quedaba, no se detenían a pensar gran cosa en aquella desgracia, y si alguna vez lo hacían era porque veían sufrir a su hija.

Las familias de los combatientes, viviendo en una inquietud constante, habían llegado al extremo de cuidarse tan sólo de sus miembros, desinteresándose en absoluto de la suerte de los vecinos. El continuo sufrir es causa del desper-

tar de ese egoísmo dormido en el fondo de todos los individuos bajo la capa más o menos débil de valores morales, formada en el transcurso de tantos siglos de civilización, y que se transmite de una generación a otra sin perjuicio de aumentar o disminuir durante esas transmisiones. El instinto de conservación se impone a todos los otros sentimientos, y las personas, sacrificándose por los suyos, se hacen detestables al resto de sus semejantes. De ahí que cada familia había llegado al punto de mirar por sí misma, imponiéndose el menor número de sacrificios posibles en beneficio de la colectividad o de la patria. Así procuraban sustraer de las requisas toda la producción posible, valiéndose de mil mañas para ocultar lo mejor de sus cosechas. La constante vigilancia del Gobierno, aquella reglamentación estricta de los consumos, la miseria subsiguiente al estado de guerra, los volvía malos al mismo tiempo que agudizaba su astucia para burlar del mejor modo aquellas leyes excepcionales, creadas para el bien de todos.

Además, como aquel instinto egoísta que inspiraba sus manejos les llevaba a vivir fuera de la ley, desconfiaban entre sí temiendo siempre verse delatados por el vecino, lo que creaba un estado de anarquía en las relaciones entre familias que nunca habían tenido la más pequeña diferencia y que venían profesándose sincera amistad y hasta emparentándose desde hacía varias generaciones. Desde el punto de vista de su rústica mentalidad, creíanse las únicas víctimas de aquel estado de cosas. Por un lado, el Gobierno les llevaba a la guerra a sus hijos, a los maridos jóvenes y a los novios, y, por el otro, se apoderaba de sus cosechas, que eran el producto de su

trabajo denodado y continuo, y de sus animales, que en la gran mayoría de los casos representaban la única riqueza de las familias. Caracciolo, como alcalde, se las veía negras para hacer cumplir las disposiciones dictadas por el Gobierno, y hubo casos en que se vió precisado a solicitar la ayuda de los carabineros para meter en la cárcel a algún recalcitrante. Tonelli, en cambio, no se apuraba gran cosa. Considerando la situación a través de su filosofía, decíase que los campesinos no tenían culpa de haber llegado a aquel estado de retroceso moral. Si se les hubiese educado mejor, enseñando a cada cual sus deberes y el respeto debido a la colectividad, no se hubieran dado aquellos espectáculos tan poco edificantes, que, sin duda alguna, estarían repitiéndose en todas las campiñas de Italia.

Sin ser un mal patriota, hacía la vista gorda cuando se trataba de proceder contra algún reacio, y en los casos en que la acción era inevitable, procuraba aminorar el castigo del culpable, dándole al mismo tiempo algunos buenos consejos. Esta manera de obrar del secretario, que Caracciolo le reprochaba colérico y que sacaba de sus casillas a su digna esposa, le valía, en cambio, a Tonelli la simpatía de todo el vecindario. Era, en el fondo, una manera de hacer política municipal, y hasta un poco solapada, si se quiere, y contra la cual el alcalde no podía proceder por temor al diputado.

En estas pequeñas divergencias, que trascendían fácilmente a los habitantes de Castello, el cura estaba siempre de parte del alcalde, y hasta era posible que, en un conflicto, sin consecuencias para los que en él tomasen parte, a pesar de tener Caracciolo tan pocas simpatías, el

notario y el médico, amantes de las cosas establecidas, se pusieran abiertamente de parte de la primera autoridad municipal. Pero, por el momento, la lucha entre el secretario y el alcalde no estaba entablada de manera franca, y todos aquellos señores, de espíritu netamente conservador, creían prudente mantenerse neutrales.

La señora Caracciolo, siempre tan celosa de sus fueros, se encargaba de agravar las cosas, pretendiendo indisponer a todo el mundo con Tonelli y diciendo pestes de éste en cuantas ocasiones se le presentaban. "Es un revolucionario, un anarquista de esos que no titubean en clavar un puñal en el corazón del rey"—vociferaba—. "Figuraos que su propia mujer le detesta y me visita en secreto para decirme que está de mi parte." Esto era mentira, pero había gente que lo creía viendo a Emilia siempre tan sumisa, tan recatada, aire este que la hacía pareeer una víctima a los ojos de los ignorantes. En realidad, lo que hacía la señora Tonelli, que seguía visitando a la alcaldesa, era darle la razón cuando ésta increpaba la conducta de su marido, y se la daba, no porque estuviera convencida de que la tuviera, sino porque juzgaba que este era el mejor modo de quedar bien con todo el mundo y de ahorrarle a Aldo algunos insultos.

Caracciolo trataba de mezclar a Carlotti en la cuestión, comprendiendo que el apoyo del hombre más rico de la comarca podía ser un arma de gran importancia para esgrimir contra Tonelli; pera ello le visitó varias veces quejándose amargamente del secretario, y le invitó algunas noches a tomar café en su casa, donde Lucrecia se mostró con él francamente amable, deseosa de ganarlo para su causa; pero Carlotti

se mantuvo reservado y acabó por dar al alcalde y a su mujer la impresión de que estaba de parte de Tonelli. Luego éstos se enteraron que el secretario visitaba a menudo al rico vecino y que el maestro asistía, por lo común, a esas entrevistas. No faltó quien exagerara las cosas diciendo que en aquellas reuniones se trataba nada menos que de buscar el modo de obligar al señor Caracciolo a cesar en su mando de alcalde y a salir de Castello. Al buen hombre le entró pánico, é incitado por su mujer, que estaba fuera de sí, tomó el partido de encarar la situación con toda franqueza, y se fué a ver al señor Carlotti. Cuando estuvo en su presencia, después de recordarle que él siempre le había considerado y distinguido como a la mejor persona de Castello, y que le tenía por un caballero en toda la extensión de la palabra, le preguntó qué había de cierto de los rumores que corrían por el pueblo.

—Pero, ¿qué rumores son esos?—preguntó con extrañeza el rico vecino.

—¿Cómo? ¿Es que no sabe usted nada? Esa gentuza le presenta a usted como un conspirador sórdido en compañía de Aldo Tonelli y del maestro Bertini. Se dice que se reúnen ustedes aquí, en su casa, para ver la manera de quitarme el cargo y arrojarme fuera de este pueblo en el cual he nacido y al frente de cuyo Municipio los Caracciolo vienen figurando con honra desde hace más de un siglo.

Carlotti se echó a reír de muy buena gana.

—¡Por Dios, señor alcalde!—exclamó en medio de su hilaridad—. ¿Y ha sido usted capaz de tomar en serio semejantes embustes?

—No; no he podido darles crédito—confesó Caracciolo, un poco corrido—; pero, la verdad,

como tanto se insiste sobre ello y tanto se habla acerca de esas reuniones, he creído conveniente pedir a usted una explicación, sin tener la más remota intención de herir sus susceptibilidades, ¿me comprende usted, querido señor Carlotti? ¿Es usted mi amigo o no?

—¿Le he demostrado a usted otra cosa alguna vez, señor Caracciolo?

—No, no puedo quejarme.

—Pues entonces esa pregunta sobra.

—Conforme en ello; pero en vista de lo que se dice, desearía que usted me ayudase a dar un mentís a todos esos murmuradores... Le pido ese favor en nombre de la amistad que nos une.

—¿Y qué podríamos hacer?

—Deje usted de recibir en su casa a Tonelli y a Bertini.

Carlotti se puso serio.

—¡Eso es imposible, mi querido amigo!

—¡Ah!... Si usted se niega es que no es mi amigo.

—¡Por Dios, señor Caracciolo!... Justo es que se ponga usted en razón. Me honro con ser su amigo, pero al mismo tiempo lo soy también de Tonelli y de Bertini. Me gusta estar a bien con todo el mundo, y no tengo ningún motivo para hacer a esos señores semejante desaire. Además, tenga usted en cuenta que así como los recibo a ellos siempre que quieran visitarme, puedo recibirle a usted al mismo tiempo.

Caracciolo sudaba y se pasó un pañuelo por la frente. Después dijo con aspereza:

—Yo no volveré a pisar su casa mientras siga usted recibiendo en ella a esos individuos.

—¡Caramba! ¿Y a qué viene todo eso?

—¡Son unos bandidos!—profirió el alcalde sin poder contenerse ya.

—Me parece un poco duro ese calificativo, mi querido señor Caracciolo. Sé que entre usted y Tonelli existen algunas divergencias; pero le aseguro que ese señor se cuida aquí mucho de hablar en contra de usted, y lo que digo de Tonelli lo digo también del maestro. Para mí todos son mis amigos, y en particular usted.

—No veo en qué consiste esa "particularidad" con que usted pretende distinguirme de los demás—apuntó con amarga ironía el alcalde.

—Siempre me ha tenido usted a su disposición cuando ha querido—murmuró Carlotti—, y, a mi vez, cuando he deseado gastar una galantería con las personas más significadas del pueblo, a la cabeza de todos le he colocado siempre a usted.

—Eso era antes; ahora las cosas han cambiado, y ese Tonelli, con su hipocresía, se lleva la preferencia.

—Se engaña usted—protestó Carlotti—. De todos mis buenos amigos de Castello, usted es el primero. Lo que ocurre es que, de un tiempo a esta parte, noto que usted se retrae demasiado...

—¡Naturalmente! ¿Cómo quiere usted que entre en la casa donde son recibidos mis enemigos? No se me oculta que Tonelli y ese hambriento de Bertini andan buscando mi destitución y tratan de convencerle a usted para que les ayude; pero está de Dios que no han de salirse con la suya y que yo acabaré por hacerles meter en la cárcel cuando menos se lo piensen. No lo olvide usted.

—Hace usted mal, señor Caracciolo, en atribuirles tan malvadas intenciones. Le juro por mi honor que nunca han hablado en mi casa en contra de usted. Cuando esos señores vienen a verme, charlamos de la guerra, de política y de

todo lo que el caso nos ofrece. Me agrada la manera de razonar de uno y de otro, y confieso que en muchos puntos estoy con ellos, pero nada más. Yo quisiera verle asistir a usted a esas reuniones, y quien dice a usted, al señor cura, al doctor y a todos los demás amigos, y créame que siento en el alma verme privado de tan grata compañía por culpa de esas diferencias sin importancia que existen entre usted y el señor Tonelli.

Caracciolo acabó por manifestarse de acuerdo con estas razones y reconoció que, en realidad, era lamentable que por culpa del carácter intransigente de Tonelli tuviesen que darse en el pueblo aquellos espectáculos que servían para engendrar toda clase de murmuraciones; pero la cosa podía tener remedio. El estaba dispuesto a reanudar con su secretario las buenas relaciones que entre ellos existían antes de la guerra; pero Tonelli era quien primero debía solicitar la cesación de las hostilidades; ante todo, por ser él quien le había ofendido levantándose contra su autoridad de alcalde, y en segundo lugar, por tratarse de un subordinado. Carlotti ofreció entonces su mediación; aceptó Caracciolo y se fué pidiendo perdón por haberse expresado al principio con demasiada crudeza.

Todo parecía marchar por buen camino; Carlotti estaba seguro de conseguir que Tonelli y el alcalde hicieran las paces, mas he aquí que al enterarse Lucrecia de lo que se trataba, puso el grito en el cielo. De ninguna manera estaba ella dispuesta a tolerar aquel acuerdo. Su marido debía darse el lugar que le correspondía y rehusar todo trato con el secretario. A su juicio, la situación estaba bien definida: ¿era o no era Caracciolo alcalde de Castello? Sí; lo era. Por lo

tanto, Tonelli debía resignarse a aceptar su autoridad y a hacer todo lo que se le mandase; si se negaba a ello, se ponía fuera de sus obligaciones, y en ese caso, Caracciolo tenía plena libertad para denunciarle y pedir su destitución o su traslado.

Al marido no le parecieron del todo convenientes estos argumentos. Era un hombre de paz y le placía que las cosas marchasen dentro de la mejor armonía; pero no se atrevió a replicar a su mujer, y agachó la cabeza. Aquel día ocurrió que Emilia fué a visitar a Lucrecia, y ésta no gastó cumplidos para decirle lo que ocurría y significarle que, por su parte, estaba dispuesta a impedir por todos los medios que las relaciones amistosas entre Tonelli y su marido volviesen a reanudarse. Caracciolo debía darse el lugar que le correspondía y proceder con toda su autoridad. "No le vendrá mal esa lección al orgulloso de su marido", dijo a Emilia. Por su parte, ésta, cuando vió a Aldo, le contó, toda ofuscada, lo que Carlotti se traía entre manos y cuál era la conducta que Lucrecia pensaba observar frente a esa proyectada conciliación. El secretario sonrió con calma, y contestó, acariciando los negros cabellos de su mujercita:

—No te apures: seré yo quien acabará por dar una lección a esa gente.

Esa misma noche, el rico vecino en funciones de mediador, fué a visitar a Tonelli y le expuso su bien intencionado plan.

—El señor Caracciolo vería con agrado que cesara la hostilidad que existe entre ustedes, pero para ello sería preciso que usted, como subordinado, dé el primer paso. Tengo un proyecto: mañana les invitaré a ustedes a cenar, y antes de sentarnos a la mesa, en presencia de todos

los amigos, yo le cogeré a usted por un brazo y le llevaré delante del alcalde; usted no tendrá más que extenderle la mano y todo quedará solucionado.

Aldo se echó a reír estrepitosamente.

—Mi querido señor Carlotti: le agradezco a usted de todo corazón sus buenos oficios; pero en manera alguna estoy dispuesto a representar esa comedia.

—Por Dios, no sea usted terco. El señor Caracciolo desea sinceramente reanudar con usted las buenas amistades de antaño...

—Ese es también mi deseo, puede usted creerme; pero para que yo me decida a extender la mano al señor Caracciolo, será preciso que antes se separe de su mujer y la destituya del cargo de alcalde que le ha permitido usurpar.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¿De modo que rehusa usted?

—Sí, señor.

—Y al señor Caracciolo, que ya se había hecho algunas ilusiones, ¿qué le digo yo ahora?

—Puede usted repetirle mis palabras, si le parece...

—¿Está usted loco?... Su mujer se lo comería a usted.

—No tema; es vieja y tiene la dentadura ya demasiado floja.

No pudo convencerle Carlotti. A la mañana siguiente, apesadumbrado, se fué a ver al alcalde.

Caracciolo estaba de muy mal humor.

—¿Qué tal? ¿Ha desempeñado usted su papel? Me temo haberle hecho perder el tiempo.

—¿Por qué?

—Lo he pensado bien y estoy dispuesto a no transigir.

—Igual cosa le ocurre al señor Tonelli—respondió Carlotti.

Caracciolo pegó un brinco.

—¿Qué dice usted?

—El señor Tonelli me ha dicho lisa y llanamente que no está dispuesto a reanudar con usted las amistosas relaciones de antes de la guerra.

—¿Eso ha dicho ese bandido?

—Eso.

—¡Habráse visto desfachatado igual!—exclamó el alcalde completamente fuera de sí, descargando un puñetazo sobre su escritorio—. ¿Y ahora se ha convencido usted de que no es posible tratar con granujas de esa clase?

A partir de esto las cosas tomaron un giro más serio que nunca. Caracciolo llegó al extremo de negar hasta en la calle el saludo a Tonelli, y cediendo una vez más a la omnímoda voluntad de Lucrecia, tomó el partido de denunciar al secretario del Ayuntamiento, acusándole de desobedecer las órdenes que le daba. Tonelli no se enteró de esta denuncia hasta mucho tiempo después, y por cierto que le causó gran regocijo. Por su parte, el gobernador de la región, leído el escrito del alcalde, le hizo contestar que en breve iría a Castello un delegado con la misión de aclarar los hechos; pero, sea porque a su excelencia se le olvidara después disponer semejante cosa, o porque no concediera ninguna importancia a las quejas de Caracciolo, lo cierto fué que dicho delegado, para desesperación de la primera autoridad del pueblo y de su mujer, no llegó nunca a poner los pies en la hermosa comarca. Entretanto, como Tonelli y Bertini siguiesen frecuentando con la misma asiduidad la casa de Carlotti, el alcalde tomó

también entre ojos a este último y comenzó por tratarle lo menos posible y saludarle con manifiesta frialdad. Al principio se sorprendió de ello el rico vecino; pero cuando comprendió las causas, compadeció a Caracciolo y le correspondió del mismo modo.

Hasta entonces, por prudencia, Tonelli se había abstenido de hablar del alcalde en casa de Carlotti, mas cuando las relaciones alcanzaron aquel grado de tirantez, a unos y a otros les fué ya imposible callar.

—Yo jamás me he metido en nada—decía el rico vecino—; siempre he buscado que todos los habitantes del pueblo fuesen mis amigos; pero Caracciolo pretende que abandone mi neutralidad, y eso no es posible. Debo seguir recibiendo a ustedes como siempre les he recibido en mi casa; mi puerta está abierta para todos, pero a lo que no estoy dispuesto es a tomar partido en pro de uno u otro bando. Ustedes ven con buenos ojos mi manera de proceder, pero el alcalde la repudia y comienza a considerarme un enemigo. Peor para él; no cejaré.

—Caracciolo es un pobre hombre, que sería bueno si no estuviera al lado de su mujer—decía el secretario del Ayuntamiento—. Por mi parte, deploro lo ocurrido, y para evitarle a usted estos conflictos con la primera autoridad del pueblo, vería con agrado que usted me permitiese dejar de visitarle.

—Lo mismo digo — agregaba Bertini, el maestro.

Pero Carlotti protestaba de esto airadamente. Era injusto lo que el señor Caracciolo pretendía, y él, por su parte, no era hombre que acostumbraba a dejarse imponer los caprichos de nadie. Peor para el alcalde si se hacía su ene-

migo. El no tendría más remedio que pagarle con la misma moneda.

—Es que no sólo se ganará usted la enemistad del señor Caracciolo — insistía Tonelli—, sino también la del señor cura y algunos otros señores más que siempre le han mirado a usted con recelo por haber venido a hacerles sombra con su dinero.

—¡Qué importa! Lo justo es que yo asuma esa actitud, y la asumiré... Allá ellos.

—La señora de Caracciolo echa pestes de usted. Mi mujer estuvo a verla el otro día, pero ya no volverá a poner más los pies en su casa; no es que yo se lo prohiba, pero se ha cansado de oír a esa vieja cotorra hablar mal de mí y de todo el mundo. Luigi Solari se ha hecho ahora muy amigo de los Caracciolo, y debido a que, como cura, tiene cierta influencia moral, arrastrará al bando del alcalde a la mayoría de los señores de Castello. Tendremos una guerra sorda, y esto es deplorable...

En efecto, no pasó mucho tiempo sin que la guerra quedara declarada, aunque sin hostilidades por el momento. Los notables del pueblo quedaron divididos en dos bandos: caracciolistas y carlottistas. El primero era el más numeroso, puesto que de él formaban parte todos los señores de Castello, a excepción del farmacéutico, que desde tiempo atrás tenía resentimientos con el alcalde por una cuestión de riegos y aprovechó aquella coyuntura para manifestar su disgusto de manera más viva de la que había podido hacerlo hasta entonces.

Lo peor fué que el médico, gran amigo del farmacéutico, le reprochó su proceder, y ambos riñeron, creándose desde aquel momento una situación terrible para los enfermos de la pobla-

ción que necesitaban del auxilio de uno y otro profesional. El farmacéutico encontraba mal todas las recetas del doctor y aconsejaba a los pacientes que se hicieran ver por el médico de Mezzanino o de otro pueblo de los contornos, y por su parte, el galeno de Castello metía a sus enfermos el diablo en el cuerpo con decirles que se anduviesen con cuidado con lo que les vendieran en la botica, pues el dueño de la misma era muy bestia, y lo mismo le daba meter en la medicina un veneno que otro. La pobre gente se encomendaba a Dios, y si después del diagnóstico del médico y de la medicina del farmacéutico no sentían inmediata mejoría, considerábanse perdidos y llamaban inmediatamente a otro doctor y hacían preparar los remedios en la farmacia de otro pueblo.

Todas las noches, los miembros de aquellos dos bandos en abierta discordia reuníanse en casa de sus respectivos jefes, donde se comentaban, entre sorbo y sorbo de té o café, los acontecimientos del día, ridiculizando al adversario sin ninguna clase de consideración. La alcaldesa tenía prometida a sus contertulios la próxima destitución de Tonelli, y todos esperaban con ansiedad la llegada del delegado gubernativo, seguros de que esto significaría un rudo golpe para los carlottistas.

Siguiendo el ejemplo de la señora Caracciolo, las mujeres también se pusieron del lado de sus maridos, defendiendo su causa con más vehemencia que los mismos hombres. La esposa del farmacéutico y la maestra iban del brazo a todas partes, mirando con desprecio a las demás señoras, que a su vez las tenían por bien poca cosa, se reían de sus trapillos y sacaban a relucir muchas particularidades de su vida,

que, cuando eran amigas, habían encontrado como cosas muy naturales. Emilia, siempre tan discreta, era la única que lamentaba de corazón aquel estado de cosas, adoptando una actitud reservada y seria tanto con las amigas como con las adversarias. Cuidaba de sus dos hijos, que eran un prodigio de buena educación, iba con ellos a misa todos los domingos por la mañana y atendía escrupulosamente la casa trabajando más que la criada. Tonelli estaba satisfecho de ella, y Carlotti, a quien no le gustaban ni los marimachos ni las coquetas, la elogió más de una vez, diciendo al secretario que podía considerarse feliz con haber encontrado semejante compañera.

La Caracciolo, que siempre había utilizado la amistad que sostenía con Emilia para demostrar a todo el mundo lo malvado que era Tonelli cuando su misma esposa se ponía de parte de sus contrarios, no pudo perdonar a Emilia aquella deserción, y juró delante de varias señoras poner los puntos sobre las íes a aquella "mosquita muerta". Y, en efecto, un domingo, a la salida de misa, al encontrarse en la puerta de la iglesia frente a la señora Tonelli, que llevaba de la mano a sus dos hijos, la detuvo, y después de mirarla con desprecio a través de los cristales de su impertinente, le armó un escándalo mayúsculo. Emilia, llena de vergüenza, sin valor para replicar, rompió en sollozos, y abriéndose paso por entre el corro que rápidamente se había formado en aquel lugar, huyó hacia su casa, seguida de sus hijos. Pero la farmacéutica, que salía en ese momento de la casa de Dios y alcanzó a oír las voces de Lucrecia, se encaró con ella y la insultó sin miramientos de ninguna especie. La Caracciolo, que no era corta, re-

plicó con creces; amenazó la farmacéutica con darle de bofetones; se abalanzó sobre ella, como una fiera, la alcaldesa, armada de su sombrilla; hubo una de cachetes, de tirones de pelo y de arañazos que daba miedo. La farmacéutica, que era gorda, bufaba sin cejar en la lucha; rugía la alcaldesa, repartiendo nuevos golpes; ambas sangraban por las narices y tenían los vestidos de seda hechos jirones, y hubieran acabado de muy mala manera si, avisada la pareja de carabineros, no hubiera acudido a separarlas. Unas mujeres acompañaron hasta su casa a la farmacéutica, y otras hicieron lo mismo con la señora Caracciolo.

El farmacéutico, así que vió llegar a su mujer en aquel estado, enterado de lo que había ocurrido, quiso ir a matar al alcalde. Costó gran trabajo sujetarle y hacerle comprender que debía renunciar a aquel propósito homicida en bien de su esposa e hijos.

Castello, durante unos días, quedó alborotado con aquel suceso. La gente no hablaba de otra cosa, y las buenas aldeanas comentaban riendo los cachetes que la farmacéutica había propinado a la alcaldesa y los arañazos con que la señora Caracciolo había desfigurado la redonda faz de la boticaria.

El alcalde, a cuyos oídos habían llegado los propósitos criminales del farmacéutico, no se atrevía a salir a la calle si no era acompañado por alguien, y siempre que veía de lejos a alguna persona parecida al farmacéutico, le entraban unos sudores de muerte y apresuraba el paso.

Una semana después de este suceso, al ir una tarde Caracciolo a meterse en su despacho, recibió una sorpresa tan terrible, al ver allí a To-

nelli que le estaba esperando, que poco faltó para que le diera un síncope.

—He venido—dijo el secretario sombríamente—a entregarle la renuncia de mi cargo. Deseo estar libre, para que cuando vuelva a presentarse un caso como el de la otra mañana, en que su mujer de usted se permita insultar y provocar a la mía, pueda yo exigir a usted, como un particular cualquiera, las reparaciones debidas.

Caracciolo no salía de su terror ni de su asombro, y como en sueños, vió a Tonelli que arrojaba sobre su escritorio un pliego de papel en el que estaban escritas algunas líneas. Aldo continuó después de esperar en vano que el alcalde le replicara:

—Y no crea usted, señor Caracciolo, que todo terminará aquí. Muy pronto se encargarán de quitarle a usted la satisfacción que ahora le proporciona mi renuncia. Cuando tenga usted que morderse los puños, acuérdese que la culpa de todo ello la tiene su mujer.

Anonadado por aquellas palabras, el alcalde no salía de su cobarde silencio. Una palidez de muerte había substituído el rojo sanguíneo de su faz, un sudor helado le empapaba las sienes, y sus cortas piernas temblaban aceleradamente, agitando la bola de su abdomen. Después quiso hablar, disculparse, decir a Tonelli que tenía razón en culpar de todo a Lucrecia, y aún le hubiera pedido que retirara su renuncia; pero no pudo encontrar voz en su garganta, de la que sólo salía el bronco resuello de su respiración desordenada.

Entonces Aldo, comprendiendo que era imposible discutir con él, dirigióle una mirada de lástima y se marchó.

Con estos sucesos transcurrió el verano, y vino el otoño a tender en los caminos su alfombra de hojas amarillentas. Tonelli, después de presentar la renuncia, había escrito al diputado amigo, que a la sazón figuraba al frente de una de las comisiones de la Cámara, explicándole largamente los hechos que le habían determinado a adoptar aquella actitud y pidiéndole le diese un destino, pues de lo contrario se vería en la necesidad de enrolarse como soldado y dejar que el Estado se ocupase de su mujer y de sus dos hijos. Una semana después, el político le contestaba acompañando a su carta un nombramiento de inspector de subsistencias, cargo mejor remunerado que el de secretario de Ayuntamiento. Aldo se consideró el más feliz de los mortales y entró inmediatamente en funciones.

Entretanto, la casa del señor Carlotti seguía siendo el lugar de reunión obligado del farmacéutico, el maestro y el nuevo inspector de subsistencias. El rico vecino, que ya apenas si cambiaba con los otros señores del pueblo un saludo glacial, los recibía afectuosamente, y las horas que pasaba departiendo con ellos las consideraba las mejores del día. El era quien había inducido al secretario del Ayuntamiento a presentar su renuncia, diciéndole que si el diputado no se daba prisa en ayudarle, allí estaba él para responder por todo, y luego, cuando Tonelli habló de llevar a juicio a la señora Caracciolo por la provocación y los insultos dirigidos a su esposa, le disuadió de tomar tal medida, haciéndole comprender que un proceso no haría más que agrandar el escándalo y que al fin y a la postre todos saldrían perdiendo.

—¡Yo les aseguro—exclamó Tonelli en una

ocasión en que el boticario hablaba pestes de Caracciolo—que ese muñeco no se eternizará en el cargo que desempeña!

Todos le miraron sorprendidos.

—¿Qué sabe usted?—preguntó Bertini.

—Esta es cosa que yo trataré muy despacio con el señor Raimondi, el diputado.

Un destello de alegría maligna fulguró en los ojos achocolatados del farmacéutico.

—¿Cree usted que el señor Raimondi accederá a ello?—inquirió, mirando ansiosamente a Tonelli.

—A él le conviene—respondió este último—que el alcalde le sea adicto, y sabe que Caracciolo no lo es. Mientras yo ocupé el cargo de secretario, podía inclinar fácilmente la balanza del lado del señor Raimondi, con lo cual éste tenía aseguradas aquí todas las elecciones; pero ahora, con lo que ha pasado, la suerte puede serle adversa, y el diputado debe ponerle remedio.

—Entendido—dijo el farmacéutico—. El día que usted, amigo Tonelli, logre esa victoria, le consideraremos el hombre más grande de la comarca.

Carlotti intentó salir en defensa del señor Caracciolo. ¿A qué preocuparse de él, si no les molestaba? Hasta ahora, nadie hubiera podido reprochar al alcalde un solo abuso de autoridad. Pero el farmacéutico le hizo callar replicando:

—No abusa de su autoridad, porque sabe que hay un grupo opositor, que somos nosotros, que fiscaliza sus actos, y además no ignora que detrás de nuestro amigo Tonelli está el señor Raimondi; pero antes, cuando no había tal oposición, Caracciolo se conducía como un amo y se-

ñor, y si no, recuerde usted la porquería que me ha hecho con la cuestión de los riegos... ¡Ah! Si aquello hubiera ocurrido ahora, otro gallo cantaría.

—Pronto se indemnizará usted de ese perjuicio—apuntó el maestro.

—¡Ojalá!—suspiró el farmacéutico.

***

Hacía ya algunos meses que Lina no iba a casa de Carlotti. Había perdido ya toda esperanza, y sus padres le aconsejaron que se abstuviera de molestar al rico vecino, pues estaba visto que éste nada podía hacer, a pesar de su buena voluntad. También hacía tiempo que la joven no veía al señor Livio. Aquellos días breves y fríos del otoño impedíanle disponer del tiempo necesario para hacer una corta visita al molinero, y Lina sufría por ello, máxime desde que supo que el señor Livio había estado enfermo una larga temporada.

Un violado atardecer de Noviembre, que volvía del monte por el camino de la estación, llevando una brazada de leña, oyó que alguien que marchaba detrás de ella la llamaba por su nombre. Volvióse de prisa, y vió al señor Carlotti, que seguía el mismo camino, separado de ella por una distancia de unos veinte pasos.

La joven se detuvo a esperarle y le saludó respetuosa. El señor Carlotti le habló con familiaridad:

—¿Qué tal, Lina? ¿Cómo es eso que ya no se te ve tan a menudo como antes? ¿Y tus padres?

Lina dió cumplida respuesta a todas sus preguntas, mientras caminaba a su lado.

—Y de tu novio, ¿has logrado saber alguna cosa por otro conducto?

La muchacha bajó los ojos.

—Nada, nada, *siur* Carlotti.

—Ya es hora que te conformes con tu suerte, Lina. Eres joven, y cuando la guerra acabe, harás bien en casarte con un mozo honrado y formar un hogar. ¿No piensas en ello?

Habían llegado ante la verja de la posesión del rico vecino, y se detuvieron. Lina debía caminar aún un buen trecho para llegar a su casa. Hizo ademán como para despedirse; pero el señor Carlotti no la dejó ir, preguntándole:

—¿Por qué no me contestas?

—¡Oh, *siur* Carlotti!—exclamó la moza, llena de turbación—. Yo no sé qué decirle. Por ahora no tengo nada pensado.

Carlotti la miró como la había mirado en el vestíbulo inundado de sol aquella tarde de Febrero en que ante el leve estremecimiento de su seno virgen, provocado por un suspiro, se había sentido embargado por una emoción desconocida, y después le dijo de un modo insinuante:

—Pero a ti, ¿te disgustaría casarte?

—¡Jesús! ¿Cómo se le ocurre a usted preguntarme semejante cosa?

—Me agradaría saberlo, Lina—dijo Carlotti muy serio.

—Pues yo nada sé.

Y se alejó unos pasos, dispuesta a irse.

—Aguarda—dijo Carlotti—. ¿Sabes que eres hermosa?

—Gracias, aunque me consta que es burla—murmuró Lina enrojeciendo.

—No, no; no va en broma, muchacha. ¡Ah! Si yo tuviese unos años menos, no te dejaría escapar sin hacerte la corte. ¿Qué te parece?

—Adiós, *siur* Carlotti. Es usted un perfecto burlón.

Se fué a paso rápido, apretando contra un costado de su busto la brazada de leña que traía del monte. Carlotti no se movió de allí hasta verla desaparecer en la curva del camino, en la agonía de la última claridad diurna.

Dos días después, a la misma hora, Lina, que volvía de trabajar de las tierras del señor Lorenzo, uno de los labradores ricos de Castello, encontró a Carlotti, que parecía esperarla parado en medio del camino. La joven se inmutó un tanto, y entonces recordó las palabras que le había dirigido la última vez que se vieron, palabras a las cuales ella no había dado ninguna importancia. Ahora era cosa de preguntarse si en aquella ocasión el señor Carlotti había hablado en serio. Pero ella se resistía a creerlo. ¡Un hombre tan rico y de edad tan respetable! Vamos, vamos; se precisaba ser tonta para suponer que pudiera sentir algún interés por su persona.

—Buenas tardes, *siur* Carlotti. ¿Cómo se encuentra usted por aquí?

—Estaba esperándote, Lina.

La joven se detuvo anonadada por esta respuesta y cambió de color. En un segundo lo adivinó todo: ¡Carlotti estaba enamorado de ella! ¡Gran Dios!... ¿Se habría vuelto loco el buen hombre?

—Es raro—murmuró confusa.

—No te extrañe, Lina. Hace tiempo que debía habértelo dicho; pero no me atrevía... Además, estaba tan reciente aquello de tu novio... En fin, me ha llegado la hora de no poder ya callar. Te amo y quiero hacerte mi esposa. ¿Qué me dices de ello?

La muchacha dió unos pasos atrás, asustada, trémula.

—Pero, ¿habla usted formalmente, *siur* Carlotti?

—¡Y tan formalmente!

—¡Alabado sea Dios!... ¿Y sabe usted lo que se dice?

—¡Cómo que ya lo vengo pensando desde hace tiempo! Estoy dispuesto a casarme contigo, Lina. ¡Mañana mismo, si fuera posible!

—Pero eso no puede ser.

—¿Por qué, criatura?

—Soy una pobre muchacha de pueblo sin ninguna clase de fortuna, mientras que usted es rico. Además, me lleva usted más de veinte años.

—¡Chist! — interrumpió el señor Carlotti —. Yo no quiero hacer un matrimonio de conveniencia. Mejor para ti si soy rico. En cuanto a eso de la edad, ¡tantos matrimonios se ven por ahí en las mismas condiciones, y nadie puede decir que no sean felices!

Lina bajó los ojos.

—Es que...—balbuceó más confusa y avergonzada que nunca.

—¿Qué?—inquirió él, mirándola con ansiedad.

—*Siur* Carlotti, comprenda usted... comprenda que no puedo quererle...

—¡Ah!—exclamó el rico vecino, herido en el corazón por esa respuesta—. He ahí lo grave... Sin embargo, Lina...

Ella permaneció callada, sin levantar la vista del suelo. Sobre la campiña amarillenta, sumida en un silencio de cementerio, la noche iba dejando caer su llovizna de sombras, mientras Castello, con su masa de negras viviendas que allá abajo parecían cortar el camino, encendía sus trémulas luces. La voz de Carlotti volvió a

elevarse en medio de aquella solemne quietud, tímida, conmovida:

—Soy un hombre bueno, Lina, y contigo lo sería todavía más... Estoy seguro que acabarías por amarme con el tiempo. En ti está el hacerme feliz y serlo tú a la vez. Si quieres, te daré tiempo para que lo pienses y hablaré de ello a tus padres. Me someteré a todo con tal de que algún día seas mía. ¿Aceptas, hermosa niña? Contéstame.

Lina seguía escuchándole sin osar mirarle ni despegar los labios, y como animado por esta actitud de la joven, el señor Carlotti añadió con voz de acento cada vez más cálido:

—Además de hermosa eres buena, y por eso no he podido menos que quererte. Cuando acudías a mi casa en busca de noticias de aquel pobre muchacho, cohibida y llorosa, me hacías entrever toda la felicidad que puede dar el amor. Y a fuerza de pensar en ti y de admirarte, nació en mí este cariño que te profeso. Claro está que al principio me pareció una locura aspirar al amor de una mujer veinticinco años más joven que yo; pero al recordar todos los matrimonios desproporcionados en edad que yo he conocido en mi vida, algunos de ellos felices, me dije: "¿Y por qué ella y yo no podríamos ser uno de esos matrimonios?" Habla, criatura. ¿Quieres ser mi esposa?

Lina suspiró:

—¿Y Pietro?

Una sombra descendió sobre el rostro redondo de Carlotti, obscureciéndolo.

—¿Todavía le quieres?

Lina hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Pero tendrás que olvidarlo algún día. No se puede vivir supeditada a un muerto.

—¿Y si no hubiese muerto?

Esta otra pregunta aniquiló al enamorado solterón. Después de un silencio doloroso, respondió:

—Es igual. Me parece que ya lo has esperado bastante.

La noche había ya invadido por completo el valle, y de pronto un tren rápido, que no se detuvo en la estación de Castello, atravesó como un lampo la obscura hondonada para desaparecer en un túnel abierto en la entraña de una colina, dejando en el aire los ecos estridentes de su férrea trepidación.

Luego, antes que todos esos ecos se extinguieran, allá lejos, donde el camino se perdía con sus bruscos serpenteos, surgió el argentino tintineo de un cencerro, al que, según se acercaba y se oía con más claridad, mezclábase el chirrido quejumbroso de las ruedas de una carreta de bueyes. Pero ese chirrido irritante no solía durar mucho, y entonces, en la paz de la campiña, volvía a percibirse, cada vez más sonoro, más límpido, el argentino tintineo, que parecía acompañar el paso de una procesión de ángeles. De súbito, la voz de la mujer que guiaba la carreta cubrió ambos sonidos entonando un aria lombarda llena de dulce melancolía.

—¡Es Lucía!—exclamó Lina saliendo de su mutismo—. ¿Qué pensaría de mí si me viese en este sitio con usted?... Me voy, *siur* Carlotti.

—¡Oh!—exclamó el vecino solterón con emocionado acento—. ¿Y sin darme una esperanza? No seas cruel, niña mía.

La voz de la muchacha que guiaba la carreta seguía vibrando en la solemne quietud del valle, y por momentos se la oía más próxima, sin que por eso perdiese nada de su suave ar-

monía ni del encanto que la distancia presta a las canciones sentimentales. En los tonos bajos y en las pausas breves, el tintineo se dejaba oír tímidamente, como un solo de guitarra de cuerdas de cristal, para ser interrumpido casi en seguida por el chirrido brusco de las ruedas del pesado vehículo.

—No seas cruel—repitió el señor Carlotti—. Piensa que sin ti no podré ya vivir en paz... Piensa en lo mucho que te ofrezco y en lo poco que en cambio te exijo. Dime alguna cosa, Lina.

—Lo pensaré bien—respondió la joven echando a andar hacia Castello—. ¡Qué tarde es ya, Dios mío!

El hombre la siguió unos pasos, transfigurado de alegría por aquel "lo pensaré", que era para él toda una esperanza, y del alma le surgió este balbuceo:

—Gracias, niña mía... y créeme bueno.

El aria lombarda llegaba a su fin, y Carlotti oyó extinguirse sus últimas notas lánguidamente, al compás lento del cencerro y del chirrido quejumbroso de las ruedas de la carreta. Al volverse, vió surgir de una revuelta del camino un bulto inmenso como una montaña, que parecía seguir los pasos de la muchacha cantora. Era el vehículo con su carga de paja, que avanzaba dando tumbos y ocupando todo el ancho del camino. Lina había ya desaparecido entre la sombra de las primeras casas de Castello, y el enamorado solterón, juzgando prudente no ser visto por la moza de la carreta, se metió por un atajo...

VII

LINA pasó la noche revolviéndose en su cama, sin poder conciliar el sueño. Carlotti y Pietro iban y venían, saltaban y daban vueltas en su mente, atormentando su corazón y sus nervios. Pietro era siempre el primero en aparecer y el último en alejarse. Unas veces se mostraba vestido con su traje de fiesta, que se ponía para ir a verla todos los jueves y los domingos; otras, con su uniforme verdoso de soldado, como aquella inolvidable noche de Mayo en que se arrancó de su lado para partir en el tren de las diez y cuarenta y cinco. ¿Cuál de los dos? Y ella misma se daba la respuesta sin titubeos: Pietro, sólo Pietro...

Pero Pietro, ¿existía aún? Lina quedábase absorta ante el gran misterio. Luego pensaba: "Puede volver." ¿Y si no volvía?... ¿Y si Pietro hubiese caído para siempre, como tantos héroes obscuros de aquella gigantesca contienda? ¿Y si el adiós de aquella noche de Mayo hubiese pasado a ser su último adiós?

Tras estas interrogaciones, llenas de desesperación, Carlotti, como un muñeco de *guignol*, hacía su aparición, un poco bufa, en la mente de Lina, y ésta creía escuchar su voz conmovida y suplicante: "Piensa que sin ti no podré ya vivir en paz... Piensa en lo mucho que te ofrezco y en lo poco que en cambio te exijo..." El

alma de la joven se sublevaba, clamando: "¡No! ¡No!... ¡Pietro, Pietro por encima de todo!" Y entonces aquel muñeco de *guignol*, que era el rico vecino de Castello, se retiraba cohibido de la *escena* y Cremaschi aparecía en su lugar, joven, hermoso y bizarro, como un héroe de película cinematográfica que los espectadores esperan con impaciencia para verle salvar a la protagonista en trance de muerte, y cuya presencia es siempre acogida con una ovación estrepitosa por los ingenuos espectadores.

***

Lina se levantó cuando amanecía para ir a trabajar a las tierras del señor Lorenzo. La resolución que había tomado era irrevocable: diría que no a Carlotti. Ella se debía a Pietro. Pietro era su primer amor y sería el último. Y no quería pensar más en esto.

Hacía un frío intenso y el cielo aparecía cubierto de pardas nubes en toda la extensión del valle. Lina tiritaba mientras a paso rápido se dirigía hacia el prado del señor Lorenzo, y escondía bajo la toquilla sus manos ateridas, en las que se iniciaban los primeros sabañones. Sentíase triste, desilusionada, y hubiera deseado tener que caminar mucho, reconcentrada en sí misma, antes de llegar a las tierras de su amo, en las que aún le quedaba tarea para unos cuantos días. La tristeza de aquel amanecer sin sol, sin coro de gallos ni piar de pájaros, y con un crujir de hojas secas bajo la suela de madera de los zuecos, le oprimía el corazón, le llenaba el pecho de suspiros. ¡Qué dolorosa, qué monótona le parecía su vida, despojada de esperanzas!

¡Qué dura aquella existencia de trabajo y siempre trabajo!...

Pasaron a su lado algunas carretas tiradas por bueyes; las mujeres que cuidaban de ellas saludaron a Lina, y Lina contestó maquinalmente a aquellos saludos, sin detenerse.

Antes de una semana debía estar recogida toda la hierba segada que aún se encontraba desperdigada por los prados, y la campiña quedaría desierta y muda bajo las primeras nevadas de Diciembre. Encerrados en las cocinas o en las *estalas*, los aldeanos hablarían de los ausentes, que allá lejos, entre montañas adustas y gigantescas, que Lina imaginaba traspasando las nubes con sus picos nevados, jugaban todos los días con la muerte.

¡Oh, qué desesperadamente largo iba a ser para ella aquel invierno, sin noticias de Pietro, sin la esperanza de verle retornar algún día!

Elisa, una chica de su edad, fea, delgaducha, amarillenta, la alcanzó en el camino, poco antes de llegar al prado del señor Lorenzo, donde también trabajaba. Venía corriendo de Castello y respiraba agitadamente, ahogándose.

—¿No podrías caminar un poco más de prisa, Lina? ¿No sabes que ya es muy tarde?

Tosió durante un buen rato, retorciéndose toda; parecía que el pecho, liso y deprimido, fuera a desgarrársele a cada golpe de aquella tos seca y honda.

Lina la miró con compasión, y cuando iban a entrar en el prado, le dijo:

—¡Pobre Elisa! No deberías salir de casa hasta curarte del todo. Este frío no es nada conveniente para tu enfermedad.

Elisa se encogió de hombros y sonrió amargamente, enseñando tras sus labios descoloridos

unas encías sanguinolentas y unos dientes manchados de verde.

—¿Qué hacer, Lina? Bien quisiera yo estarme metidita en la cama; pero si esto hiciera, ¿quién llevaría a casa la *polenta* para mi madre, ahora que Alfredo está en Albania?... Si una fuese rica...

Callaron. En medio del prado amarillento, dos mujeres, armadas de largas horquillas, cargaban hierba en una carreta. Lina y Elisa apresuraron el paso para reunírseles cuanto antes, y así que estuvieron junto a ellas, empuñaron también las horquillas para hacer el mismo trabajo.

—¡Vaya unas horas de venir!—exclamó, sin cesar en su tarea, una de las otras dos—. No creáis que el amo ha puesto buena cara al ver que faltabais a vuestra obligación.

—Ya podéis ir inventando una excusa para cuando vuelva—agregó la otra.

—Por unos minutos...—murmuró Lina.

—Ya sabéis qué clase de hombre es *siur* Lorenzo.

—Yo me he dormido a la hora de levantarme —explicó Elisa—, después de pasar una noche de perros con mi tos.

—¡Buena estás si esperas que te compadezca! —exclamó Agustina, mujer de unos treinta años, cuyo marido había marchado a la guerra—. Inventa otra cosa.

Lina interrumpió su trabajo para decir con acento retador:

—Lo que es yo no pienso disculparme mucho ante ese bruto. ¡Si se pone pesado, lo mandaré al cuerno, y todo concluído!

—¡Hola!—exclamó la que no había hablado hasta entonces—. ¿Qué significan esos humos, mocita?... ¿Has heredado acaso?

—¡No me hace falta!—repuso la hija de los Ferri muy irritada.

—¡Buena viene ésta hoy!—apuntó Agustina—. Pero haz el favor de subir a la carreta para distribuir la hierba. Ahí arriba te ventilarás y se te quitará el mal humor.

Lina obedeció refunfuñando.

¡Qué asco de vida! El viento gélido que inflaba sus ropas y arrebataba la hierba de las horquillas de sus compañeras de trabajo estimulaba su malhumor, su descontento. La carreta se iba llenando de hierba, y a medida que aquella carga aumentaba, Lina se encontraba más alta, encima de aquel pedestal blando y crujiente que crecía bajo sus pies. Cuando movía la horquilla, distribuyendo la hierba que sus compañeras le arrojaban desde abajo, la falda, azotada por el viento, se alzaba indiscretamente, descubriendo el torneado macizo y bello de sus pantorrillas, ceñidas por las negras medias de algodón, atadas debajo de las rodillas, redondas y sonrosadas como sus carrillos.

Cargada del todo la carreta, y cuando se encontraba aún sobre la misma, llegó el señor Lorenzo, embutido en su gabán verdoso y raído, con el cuello de grasiento terciopelo subido hasta la barba y las manos metidas en los bolsillos. Tenía cerca de setenta años, pero se conservaba aún bastante fuerte, y ni sus cabellos ni su bigote habían blanqueado del todo. Siempre había sido un hombre bueno y considerado con sus jornaleros, pero la guerra había agriado extraordinariamente su carácter. Las requisas le ponían fuera de sí y pretendía resarcirse de lo que el Gobierno le quitaba ahorrando salarios a fuerza de imponer a cuatro el trabajo de ocho.

Por encontrarse en lo alto de la carreta, el se-

ñor Lorenzo se encaró primero con Elisa, que tenía más a mano, y empezó a reprocharle con palabras nada corteses su falta de puntualidad.

—Yo pago, y, por lo tanto, tengo derecho a exigir. ¡Buenos están los tiempos para hacer la vista gorda! El Gobierno me acorrala como a una fiera, y sería yo un idiota si me dejase estafar por mocosas como tú. Cuando no se puede cumplir con una obligación, se renuncia a ella, que es el único modo de quedar bien. ¿Me has comprendido?... ¡Si vuelve a ocurrir lo de esta mañana, nadie podrá impedirme que os despida a puntapiés! ¡Soy quien paga y estoy en mi derecho, qué diablos!

—¡Señor Lorenzo!—gritó Lina desde lo alto de la montaña de hierba.

El propietario del prado se volvió vivamente y miró hacia arriba.

—¡Ah! ¿Eres tú, buena pieza?... ¡Baja! También para ti habrá sermón.

—¿Sermones a mí?—replicó Lina, esbozando una sonrisa desdeñosa que dejó petrificadas a sus tres compañeras—. ¡Eso será si yo se lo aguanto!

—¡Maldición!... ¡Baja, he dicho!

—Bajaré cuando me dé la gana, y mientras tanto, quiero decir a usted que no es de personas de corazón reñir a la pobre Elisa porque se haya presentado hoy al trabajo cinco minutos más tarde. Si reparase usted que la tos la revienta cada vez que hace el menor esfuerzo, tendría lástima de ella, y en vez de reñirla, la enviaría a su casa a curarse sin quitarle el jornal.

Y saltando de su ventilado pedestal, Lina se plantó valientemente ante el señor Lorenzo.

—¡Mil bombas!—rugió éste—. ¿Es la hija de Ferri la que habla así a su amo?... ¿Es esa la educación que te han dado tus padres?... ¿Es

esto lo que te han enseñado en el colegio?... ¡Vete, desvergonzada!... ¡Quítate de mi vista, peste del demonio! Ya iré yo a contar a tus padres lo bien que sabes faltar al respeto a tus mayores, lengua de víbora!

—Puede usted ir cuando quiera—contestó Lina con voz ahogada—. Me tiene sin cuidado lo que pueda usted decirles.

—No contestes de ese modo a nuestro amo, Lina—intervino Agustina.

—Perdónela usted, *siur* Lorenzo—suplicó Elisa llorosa—. Esta muchacha no está hoy en su sano juicio; no sabe lo que se dice.

—¡Fuera!... ¡Vete!—bramó el viejo, señalando el camino a la moza.

—Que le vaya a usted bien—respondió Lina, esbozando una sonrisa burlona al propio tiempo que retrocedía unos pasos—. Hasta la vista, Elisa; adiós, amigas mías. No quiero que me defendáis; para eso me basto yo sola.

Y volviéndoles la espalda, sin color en el rostro, pero sonriente aún, se alejó a paso rápido.

Ninguna de las tres se atrevió a contestarle.

El señor Lorenzo la siguió unos cuantos metros, vomitando insultos entre ahogos de asma, apretados los puños y con los ojos casi en blanco. Era la primera vez en su vida que le ocurría una cosa igual. La primera vez en cincuenta años de patrón que una jornalera se atrevía a faltarle al respeto, a conducirse de aquella manera... ¡Las entrañas se le deshacían de rabia!

Lina caminó muy satisfecha de su conducta hasta llegar a la entrada de Castello; pero así que se vió en el pueblo y empezó a pensar en sus padres, en la sorpresa que experimentarían al verla regresar a casa a aquella hora, en las preguntas que le dirigirían y en los reproches

que vendrían después, se arrepintió de haber obrado como lo había hecho, y no sólo la abandonó su rabia contra el señor Lorenzo, sino también el convencimiento que tenía de haberse portado como era justo.

¿Por qué había pensado en el señor Carlotti cuando vió, desde lo alto de la montaña de hierba, que el señor Lorenzo increpaba colérico a la pobre Elisa? ¿Por qué arte del diablo sonaron en aquel momento en sus oídos aquellas palabras del rico vecino: "Habla, criatura. ¿Quieres ser mi esposa?" Estas palabras tenían la culpa de que ella considerase con desprecio al señor Lorenzo, en cuyas tierras venía trabajando desde los doce años con gran contento de sus padres, que respetaban al señor Lorenzo. ¡Virgen santa! ¡Ella, despedida por alargar la lengua!... ¡Qué tremendo golpe para sus viejos! ¡Qué vergüenza para toda la familia! Y lo peor era que el señor Lorenzo la había amenazado con ir a dar cuenta a su padre de lo sucedido. Seguramente iría; no había que dudarlo. No sabiendo cómo disculparse, y horrorizada por la idea de que el amo pudiese llegar a su casa encontrándose ella allí, resolvió no presentarse a sus padres hasta después que el señor Lorenzo hubiese hablado con ellos. Para pasar el tiempo se iría a dar una vuelta por el campo o marcharía a Mezzanino a visitar al señor Livio, a quien no veía desde hacía muchas semanas.

Esto último le pareció lo más conveniente, y girando sobre sus talones, se puso a andar hacia el pueblo del molinero.

Volvió a pasar frente al prado del señor Lorenzo. Ya no estaba allí la carreta con su carga de hierba; también el amo se había marchado, y como a una distancia de ciento cincuenta me-

tros del camino, vió a Agustina y a Elisa amontonando con las horquillas la hierba segada. Lina sintió que algunas lágrimas acudían a sus ojos al pensar que ya no podría volver a poner los pies en aquel prado ni a trabajar en compañía de Elisa y de Agustina. ¡Qué felices eran ellas, que podían volver a sus hogares con la frente alta! ¿Y si fuera en busca del señor Lorenzo y le pidiera perdón? En el fondo, no era un hombre malo, y por lo tanto, ella confiaba convencerle de su arrepentimiento. Esto le pareció el único medio de poner fin a su desesperada situación.

Pero cuando ya, maquinalmente, iba a volver sobre sus pasos para dirigirse a casa del propietario de aquellas tierras, ¿por qué volvió a pensar en el señor Carlotti? ¿Por qué exhaló aquel hondo suspiro y murmuró, encogiéndose de hombros: "Si yo quisiera..."?

Siguió andando hacia Mezzanino. Ya no pensaba en su amo, ni en su situación. Pietro y el señor Carlotti volvían a preocuparla. Y excitada por sus pensamientos, apresuraba el paso, sin darse cuenta de ello, con lo que se encontró frente a Mezzanino mucho antes de lo que hubiera podido calcular. Pareció sorprenderse un poco, y se detuvo indecisa. ¿Dónde iba? Al molino. ¿Y qué tenía que hacer ella en el molino? Visitar al señor Livio, hablar con él de Pietro, como siempre. ¿De Pietro? ¿Qué podía ya decir ella de Pietro? El infortunado muchacho había muerto; el molinero pretendería convencerla de lo contrario, pero sería inútil; ella ya no se hacía ilusiones ni podía tolerar que otros se las hicieran tampoco. Si al menos el molinero hubiese podido librarla de los disgustos que la esperaban cuando volviese a casa de sus padres... Pero no había que confiar en ello. El señor Li-

vio era un hombre hosco, cortado a la antigua, y seguramente le reprocharía su conducta. Volvió a mirar el pueblo con sus viejas casas de un solo piso, su plaza sin árboles y su iglesia de paredes sin revoque, que a no ser por el pequeño campanario se la hubiese podido confundir con una fábrica abandonada, y a la izquierda del caserío, siguiendo una senda serpenteante entre tierras de labranza, el molino del señor Livio, triste y solo en medio de la campiña desnuda. Lina dió media vuelta, y se volvió a Castello.

Pardas nubes seguían cubriendo el cielo y un viento glacial, que hacía tiritar a la joven, corría sobre la campiña amarillenta, agitando los árboles sin hojas y doblando los matorrales secos. Cuando ya llevaba recorrida la mitad del camino empezaron a caer de las nubes sobre la tierra endurecida unas gotas muy gruesas. Comprendiendo Lina que aquello era el preludio de un chaparrón, miró en torno, buscando un sitio donde guarecerse, y no viendo lugar a propósito, echó a correr. Minutos después, la lluvia se desencadenaba a torrentes sobre el valle, anegando las tierras bajas. Empapada, con las ropas pegadas a las carnes, la joven seguía corriendo entre dos arroyuelos espumantes que parecían perseguirla saltando a ambos lados del camino. Así pasó ante el prado del señor Lorenzo, sin volver la cabeza, sin tiempo de ver si estaban aún allí sus ex compañeras de trabajo, y fué a detenerse ante la casa del herrero, a poca distancia de Castello. Terrachini, que estaba sentado trás de una ventana, viendo cómo caía el agua, se levantó precipitadamente al descubrir a la hija de los Ferri, y la invitó a entrar.

—Ven aquí, cerca del fuego. ¿Cómo diablos

deja el señor Lorenzo que os pongáis hechas una sopa?

Lina le siguió sin replicar y se dejó caer en la silla que le ofrecía delante de la lumbre. Inmediatamente se vió rodeada por los seis hijos del herrero, el mayor de los cuales tendría escasamente doce años. Tarrachini, que ya llevaba cumplidos los cincuenta, y era un hombretón fornido y robusto como un roble de la montaña, se había casado tarde, pero no por eso, como él decía jocosamente, indicando a su prole, "se quedaba a la cola de los otros padres de familia".

—No es nada saludable dejar que se te seque en el cuerpo la ropa mojada—dijo el buen hombre—. Cuando se calme un poco este diluvio, enviaré a Francesco a tu casa para que pida a tus padres ropa seca. Entretanto, no te muevas del lado de la lumbre.

Francesco, que mientras miraba a Lina no cesaba de hurgarse la nariz, se ofreció a ir inmediatamente hasta la casa de los Ferri. Se hubiera considerado muy feliz con poder correr bajo la lluvia y volver chorreando agua como Lina, pero ésta se opuso a ello terminantemente, y en cuanto a Tarrachini, viendo que el pilluelo seguía insistiendo y que sus hermanos se disputaban entre sí el derecho de acompañarle, puso fin a aquel corro de vocecillas chillonas repartiendo unos cuantos pescozones.

—¿Y Antonieta?—dijo la joven, refiriéndose a la mujer del herrero—. ¿Dónde está, que no la veo?

—En cama, con un nuevo barbián al lado—contestó Tarrachini, riendo alegremente.

—¿Otro más?—exclamó Lina—. ¿Y cuándo ha nacido?

—Anoche.

—Quisiera verlo. ¿Puedo pasar?

—No te conviene moverte de junto al fuego. Yo iré en su busca—dijo Tarrachini.

Y se metió en la alcoba donde estaba su mujer. Al minuto, Lina le vió entrar de nuevo en la cocina con un bulto blanco en los brazos.

—Aquí le tienes. No se puede negar que es todo un Tarrachini.

La joven cogió al pequeño con las debidas precauciones, y después de contemplarlo y lanzar unas cuantas exclamaciones, lo besó con verdadera fruición. El reciénnacido, molesto por aquellas caricias demasiado vehementes, rompió a llorar con todas sus ganas, retorciéndose entre la faja que le ceñía desde los hombros hasta el extremo de los pies. Los hijos mayores del herrero encontraban graciosa aquella ira del hermanito; pero los más pequeños empezaron a dirigir a Lina miradas de hostilidad.

—Es un sinvergüencilla que no para de buscar la teta desde que ha nacido—dijo Tarrachini—, y su madre, a pesar de la prohibición de la comadrona, tuvo ya que prendérselo al pecho tres o cuatro veces.

—Es robusto como toda la familia. Tómelo usted, y sea enhorabuena; puesto que este tragón no quiere nada conmigo, llévelo al lado de su madre.

El pequeñín, que tenía los carrillos colorados como las guindas, había dejado de chillar y movía impacientemente la cabeza de un lado a otro, buscando, sin abrir los ojillos, el pezón materno. Tarrachini dió una vuelta con él en los brazos por la cocina, seguido de toda su prole, que pedía con insistencia ver al nuevo miembro de la familia, y sin hacer caso de aquellas pe-

ticiones, acabó por entrar de nuevo en la alcoba, para dejarlo junto a la recién parida.

—Ya puedes tomar ejemplo de nosotros para cuando te cases—dijo Tarrachini al comparecer otra vez frente a Lina—. Es preciso contrarrestar los efectos de la guerra, trayendo al mundo el mayor número posible de rapaces en reemplazo de nuestros pobres soldados que dejan su pellejo entre aquellas montañas.

Lina se ruborizó, y después dijo:

—Para que venga luego otra guerra y tengamos que sufrir viendo cómo nos los matan. Eso es terrible para las madres.

La lluvia se había calmado considerablemente, aunque el aspecto del cielo seguía siendo amenazador. En vez de hilos de agua, eran gotas las que ahora resbalaban por el vidrio de la ventana, y desde el interior de la herrería podía oirse el rumor de los arroyuelos formados a los lados del cercano camino. Lina se levantó, dispuesta a marcharse.

—¿Qué haces?—exclamó Tarrachini.

—Me voy ahora que ya no llueve tanto.

—Pero si aún tienes las ropas empapadas.

—¡Qué importa! De aquí a casa no hay un minuto de camino. Me conviene aprovechar esta tregua antes de que caiga otro chaparrón. Adiós, y enhorabuena por el nuevo Tarrachini.

Salió y echó a correr de nuevo, saltando por encima de los charcos, que eran grandes y numerosos. Al encontrarse de repente ante la puerta de su casa, el corazón le dió un vuelco dentro del pecho. Desde el desencadenamiento de la lluvia, no había vuelto a pensar en su situación. Todo lo había olvidado, como si el chaparrón hubiese arrastrado sus recuerdos y sus pensamientos, dejándole la memoria completamente

limpia; pero ahora volvía a hallarse ante el terrible conflicto y completamente desarmada de razón y de excusas. ¿Habría ya estado allí el señor Lorenzo? ¿Cómo la recibirían sus padres? ¿Cómo justificar su conducta?

Empezó a caer un nuevo chaparrón, y Lina, encomendándose a Dios y a la Virgen María, penetró en su casa. Al empujar la puerta, se quedó como petrificada. Un hombre estaba en la cocina en compañía de los Ferri, y ese hombre era... ¡el señor Carlotti!

Al oír que se abría la puerta, todos habían levantado la cabeza, y Marcelina dijo, al propio tiempo que recibía a su hija con una dulce sonrisa de madre:

—Hela aquí.

Carlotti se puso de pie, respetuoso.

—¡Hola, Lina! ¿Te has mojado?

—Ya lo ve usted, *siur* Carlotti. Me sorprendió el chaparrón en pleno campo, y gracias que pude refugiarme unos momentos en casa de Tarrachini.

—Viendo que el tiempo amenazaba lluvia—dijo Giovanni Ferri—, ya podía el señor Lorenzo hacer que os metierais bajo techado.

Lina, confusa, bajó la cabeza, adivinando por estas palabras de su padre que nada sabían aún en su casa de lo ocurrido en el prado, y cuando se disponía a balbucir una excusa, el señor Carlotti dijo, volviendo a tomar asiento:

—Múdate de ropa y luego ven a reunirte con nosotros. Estábamos hablando de ti.

La muchacha tuvo un nuevo sobresalto, y dirigió a todos una mirada que era una interrogación muda. Después, segura ya de lo que se trataba, enrojeció y se dirigió de prisa hacia la escalera para subir a su habitación.

—Contra lo que usted opina, amigo Ferri—dijo el señor Carlotti, acodándose en la mesa frente al padre de Lina—, no creo que mi dinero sea un obstáculo tan serio como usted supone para la celebración de esa boda. Lo principal es que Lina y ustedes quieran.

Giovanni le interrumpió con un gesto bastante brusco:

—Bien, pero, ¿qué dirá la gente? O le tomarán a usted por loco de remate, o creerán que le hemos engañado miserablemente, vendiéndole nuestra hija...

—¡Por Dios, Ferri! ¡Si es todo lo contrario! Lina no me quiere, y yo me obstino en que sea mi mujer, seguro de que he de hacerla feliz. ¿Quién osará pensar otra cosa? Por otra parte, usted tiene fama de hombre honrado y yo la tengo de persona de bien. La cosa está clara.

Marcelina intervino, tímida y amable:

—¿Ha hablado usted ya con Lina?

—Sí, anoche.

—¿Y qué le ha respondido ella?

—Que lo pensaría.

—¡Pobre hija mía!—exclamó Marcelina—. Estoy convencida de que ama aún a Pietro Cremaschi.

—Así es—manifestó Carlotti con cierto dejo de amargura—; pero yo le hice los cargos necesarios. Tal como están las cosas hoy, todo el mundo debe mirar por su conveniencia. Es casi seguro que Pietro Cremaschi ha muerto. ¿Y es justo que Lina viva dedicada a un muerto, siendo tan joven, tan sana y tan bonita? No, ella debe pensar en su porvenir. Si no se casara, ¿qué sería de la pobre chica el día que faltaran ustedes? Una mujer sola en el mundo corre muchos peligros...

—Tiene usted razón, *siur* Carlotti—dijo Marcelina.

—Mi pensamiento era — manifestó Giovanni Ferri—aconsejarle que se casara una vez concluída la guerra y normalizadas las cosas; pero ciertamente no podía pensar en usted ni en ningún señor. Bodas tan disparatadas no pueden conducir a nada bueno.

—¿Lo dice usted por la diferencia de edad?—preguntó el rico vecino.

—No; por la diferencia de fortuna.

—Ya les he dicho que no me guía ninguna idea perversa...

—Lo sé; pero usted es una persona de mundo, señor Carlotti, mientras que Lina—preciso es ser ciego para dejar de verlo—, no es más que una pobre muchacha criada según nuestras costumbres, rústica y buena. Cuando la trate usted un poquito, la encontrará tonta y se arrepentirá de haber tenido el capricho de casarse con ella.

—Yo también soy un rústico—declaró Carlotti—; un rústico que se ha refinado a medias, como puede refinarse ella andando el tiempo. Mi padre, "el tío Carlotti", como le llamaban por aquí, era un borracho que no me daba más que palos, y a no ser por Enrico Constantini, aquel buen maestro, que en paz descanse, me hubiera muerto de hambre o me hubieran devorado los piojos. La única diferencia que existe en lo tocante a posición es que yo tengo un poco de dinero, dinero que he ganado a fuerza de trabajos y fatigas y que quiero lo disfrute algún hijo antes de que se lo lleve el diablo.

—Con tantas señoritas ansiosas de casarse como hay en Castello y en los pueblos de los contornos, se le ocurre a usted pensar en nuestra hija... El caso no puede ser más disparatado.

—Es que yo—declaró Carlotti muy serio— estoy enamorado de Lina y no me interesan un comino las demás mujeres.

Giovanni y su mujer se miraron, y luego, guardando silencio, reflexionaron. En verdad que les había cogido de sorpresa aquella manifestación del rico vecino. Cuando él empezó a explicarles el motivo de su visita, los dos viejos tomaron a broma sus palabras. ¿*Siur* Carlotti, el hombre más rico de la comarca, dispuesto a casarse con Lina?... ¡Y a sus años, nada menos!... Mas al convencerse Ferri de que hablaba en serio, lejos de halagarle el deseo del solterón, le molestó al punto de ofenderle. ¿Qué diablos pretendía?... ¿Deslumbrarles con su dinero para que le entregasen a Lina? ¡Ah! Estaba en casa de gentes honradas, y no por ser pobres se dejarían avasallar. Pero Carlotti supo hacerles comprender bien pronto que no abrigaba ningún propósito mezquino, ninguna idea malsana. No era un sátiro, sino un hombre de bien que se había enamorado de una muchacha pobre y quería hacerla su esposa. Además, entendía cumplir con un deber de vecino y de persona honesta enterando a los padres de la mujer que amaba de cuáles eran sus propósitos; en ellos estaba dar su consentimiento o no. Los Ferri se convencieron al fin que Carlotti no trataba de burlarse de ellos ni de Lina, y ya puestos en el terreno de "estudiar" el asunto, pretendieron escudarse tras el inevitable "qué dirán", que tanta importancia tiene para la gente de los pueblos. Pero Carlotti, por lo que hemos visto, arremetió también contra ese obstáculo, dejando al fin a los dos viejos indecisos y pensativos.

—Bueno—dijo tras un largo silencio el rico vecino—. ¿Qué piensan ustedes?

—Por mí...—murmuró Ferri—. Aunque, a decir verdad, la cosa no me hace mucha gracia, por las críticas que puede reportarnos, no puedo ponerle trabas. Ahora falta que ella quiera.

La redonda faz de Carlotti resplandeció de felicidad.

—¡Oh!... Yo lograré convencerla, y tengan ustedes por entendido que sabré hacerla feliz.

—¿Qué hace esa muchacha que no baja?—se preguntó entonces Marcelina, mirando hacia la escalera.

—Quisiera que estuviese presente—dijo Carlotti—. Estos asuntos deben tratarse con toda franqueza y en presencia de la parte interesada.

—Tiene usted razón. Ella es la que debe decidir. Ve a buscarla, mujer.

Marcelina, obediente al mandato de su marido, se levantó y subió a la habitación de su hija. Llamó suavemente, golpeando la puerta con la punta de los dedos; pero como no recibiese respuesta, abrió y entró. Lina, sentada en una silla y con la cabeza entre las manos, lloraba copiosamente.

—¡Por la Virgen! ¿Qué tienes?—exclamó la madre, acercándosele y poniéndole una mano en el hombro—. ¿Qué te sucede para llorar de ese modo?

Lina se abrazó a la anciana y siguió llorando. El fuerte ruido de la lluvia en el tejado no permitía oír sus sollozos, que eran muy profundos, ni sus suspiros, que imprimían a sus duros senos de virgen un vivo temblor. Marcelina se sentó en sus rodillas, y después de besarla en los cabellos todavía húmedos, volvió a hablarle con su dulzura de madre.

—Di, querida hija mía. ¿Cuál es la causa de tu llanto? ¿Tienes disgustos?

—¡Oh, madre, madre mía!

—Pero, ¿qué te pasa, criatura? Explícate de una vez. No me hagas sufrir.

—¡Si supieses, madre...! ¡Si supieses...!

—¿Qué? ¿Qué te ocurre, Lina?

—El señor Carlotti...

—¿Qué hay con el señor Carlotti?

—¿Qué ha venido a hacer ese hombre a nuestra casa?

—A decirnos que desea tomarte por esposa.

—¿Eso ha dicho?

—Eso.

—¡Ah! ¿Y vosotros?... ¿Y padre?... ¿Qué le ha contestado padre?

Lina había levantado la cabeza y miraba fijamente a su madre, enseñando su hermoso rostro empapado por el llanto.

—Pues, ¿qué podía decirle el padre, Lina?... Trató de disuadirle, de hacerle comprender que una persona de su clase no debe casarse con una pobre muchacha como tú; pero todo fué inútil. *Siur* Carlotti está enamorado de ti e insiste en que, si tú no te opones...

—¡Oh, madre! Y a vosotros, ¿qué os parece lo que quiere el señor Carlotti?

—¿Qué ha de parecernos? Somos tus padres, te amamos y no queremos más que tu felicidad.

—¿Y creéis que ese hombre puede hacerme feliz?—inquirió Lina con voz que después de serenarse volvía a hacerse débil por momentos.

—Tiene muy buen corazón, y además es rico.

—¿Te gustaría que me casara con él? Dilo, madre.

—¡Hija de mi alma, yo sólo quiero tu bien!

Lina inclinó la cabeza y escondió otra vez su cara entre sus manos.

—Pues entonces, madre, le diré que sí...

Sollozaba de nuevo, y Marcelina volvió a besarle los cabellos.

—¿Bajas, o quieres que se lo diga yo misma?

—Tú, madre, tú... Me da vergüenza presentarme ante él.

—Pero no llores, tontina. Lo que debes hacer es alegrarte.

—No puedo. Siento algo que me oprime el corazón y me llena de pena. Baja, madre, baja. No vayan a impacientarse padre y ese señor.

... ...

Cuando aquella lluvia torrencial se hubo calmado por segunda vez, el señor Carlotti abandonó la casita de los Ferri. Jamás se había sentido tan contento, tan satisfecho de vivir. Miradas y sonrisas de felicidad animaban su faz saludable y bonachona. ¡Lina consentía en ser su mujer! El no esperaba que se decidiese tan pronto. Dentro de seis o siete meses estaría casado con aquella linda muchacha, y su casa, tan grande y monótona, se transformaría en un alegre nido de amor. ¡Qué cambio tan agradable el de su existencia!... Tendría hijos, cinco, seis, todos los que vinieran. A él no le estorbarían. Había pan para todos. Y en la gran casa, hasta ahora silenciosa, donde Carlotti arrastraba su vida de solterón sin ilusiones, sin objeto, vibrarían las voces, los gritos de los chiquillos corriendo de aquí para allá, contentos como los pájaros. Y el buen hombre, unas veces se frotaba las manos de satisfacción, otras se acariciaba la nariz atormentada siempre que reía por su bigotillo duro y punzante, como hecho de alfileres. Tan absorbido iba en sus dichosos pensamientos, que no reparaba dónde metía los pies, lo cual fué causa de que repetidas veces se encontrase en medio de algún charco con el

agua hasta los tobillos o en un lodazal. Hacia el Norte, las nubes se habían roto por diversos sitios, y a través de aquellos desgarrones se veía el azul del cielo y llegaba hasta la tierra mojada algún débil rayo de sol. Arboles y tejados chorreaban agua todavía y por el centro de las calles se deslizaban rápidos y espumantes unos arroyuelos de color rojizo. Al olor acre de tierra húmeda que flotaba en el ambiente, cargado de electricidad, se agregaban las emanaciones nada gratas de establos y estercoleros removidos y tufillos de fritangas pueblerinas.

Algunos pilletes, con los pantalones subidos hasta los muslos, chapoteaban en los charcos, viendo de paso cómo los patos escapados de los corrales, esponjando y sacudiendo sus plumas, se afanaban en poner en práctica sus facultades de natación. Pero Carlotti seguía andando sin reparar en nada. Lina y siempre Lina en su pensamiento y en su corazón.

¡Qué gran idea había tenido aquella mañana de ir a casa de los Ferri a exponerles lisa y llanamente sus pretensiones! La visita había influído para que Lina se decidiera sin demoras y el noviazgo quedase concertado lisa y llanamente. ¿Que era una muchacha pobre? ¡Tanto mejor! ¿Qué necesidad tenía él de más dinero? Lina al menos podría agradecerle el haberla elevado de posición, mientras que una rica hubise recibido con perfecta indiferencia aquel cambio de vida. Además, como él no era malo, ayudaría a los Ferri, que todo se lo merecían, dada su honradez.

***

—¡Ea, *siur* Carlotti! ¿En qué va usted pensando para no ver a los amigos?

El rico vecino levantó la cabeza al oír estas palabras, y entonces se dió cuenta de que estaba en medio del camino de la estación, y a un palmo de la nariz del señor Lorenzo.

—Disculpe—murmuró—; pero, efectivamente, no le había visto.

—¿Dónde demonios se ha metido usted, que trae salpicaduras de barro hasta en la solapa de la chaqueta?

—Vengo de casa de los Ferri.

—¿De casa de los Ferri?... ¡Toma! Yo voy allí, precisamente.

Carlotti demostró el mayor interés al oír estas palabras, y preguntó a su vez:

—¿Y qué va usted a hacer a la hora de la *polenta* a casa de los Ferri?

—A darles una carga por la conducta de su hija. De un tiempo a esta parte, esa mocosa se ha vuelto insoportable, y esta mañana me vi obligado a despedirla. Quiero que sus padres sepan los motivos que me han movido a tomar esa medida un poco fuerte.

—Hará usted el viaje en balde—le replicó Carlotti.

El señor Lorenzo le miró con asombro.

—¿Y eso...?

—A los Ferri ya no les interesa que su hija trabaje.

—¡Cáspita! ¿Les ha llovido del cielo alguna fortuna?

—No tanto, pero como la muchacha va a casarse pronto y con un hombre rico...

—¿Qué me dice usted? ¿Qué hombre hay en esta comarca rico y con humor de casarse con esa...?

—Yo—repuso Carlotti, sonriendo bonachonamente.

El ex amo de Lina le miró con las cejas fruncidas, incrédulo.

—Bromitas, ¿eh? Vamos, señor Carlotti: le creo a usted demasiado listo para cometer semejante locura.

—¿Locura? — replicó el vecino, sin dejar de sonreír—. Lina es hermosa como los ángeles y su familia honrada a carta cabal. Le hablo a usted en serio, señor Lorenzo, y le estaré agradecido si en vez de ir a calentarles la cabeza con sus quejas da usted media vuelta y me acompaña a mi casa, donde voy a tener el gusto de beber una copa en su compañía.

—Pero, ¿qué es lo que oigo, por Cristo?

—Nada de aspavientos; tengo un Marsala que templa que es una bendición. Está visto, mi querido amigo, que las locuras que no se cometen en la juventud, el diablo nos las reserva para la vejez.

VIII

CUÁNTAS lágrimas tuvo que derramar Lina por aquel *sí* trémulo que, apenas salido de sus labios, Marcelina se había apresurado a trasladar al señor Carlotti! Si el señor Carlotti tuvo la culpa de que ella largase la lengua ante el señor Lorenzo, el señor Lorenzo la tuvo de que ella aceptase las proposiciones de Carlotti.

En cuanto a las amenazas del señor Lorenzo, sorprendióle a la joven que el tiempo transcurriese sin que su ex amo se presentara a sus padres para hacerlas efectivas.

Después de marcharse Carlotti, Lina pasó el resto del día muy nerviosa y en un constante sobresalto. Llegada la noche, como no pudiera seguir ocultando lo que consideraba una falta más que reprobable, su conciencia honrada, obrando sobre su rústica timidez, la obligó a dar cuenta del secreto a su madre en una amarga explosión de llanto.

—Bien; déjale que venga cuando quiera—dijo Marcelina después de escucharla cariñosa y conmovida—. Padre no hará ningún caso de él.

Lina se sorprendió de esta complacencia materna. Le daban la razón sin tenerla; luego, me-

ditando más despacio sobre ello, cayó en la cuenta de que el motivo de aquella benevolencia de su madre no era otro que su noviazgo con el señor Carlotti. Su situación había cambiado por completo desde hacía pocas horas. Era la novia de un hombre inmensamente rico, y la propia Marcelina le dió a entender que por respeto a la posición social de su futuro esposo, dejaría desde aquel momento de dedicarse a las rústicas faenas del campo.

—¡Pero mi jornal es necesario en la casa!—protestó Lina.

—Nos arreglaremos sin él — contestó la madre—. Gastaremos nuestras pequeñas economías, y una vez que te cases, todo se arreglará.

En estas palabras creyó descubrir la joven las miras un tanto egoístas de sus progenitores respecto a aquel matrimonio, que era puramente de conveniencia, y entonces sintió aumentar su desencanto y le pareció más doloroso su sacrificio.

Durante unos cuantos días tuvo la duda de si los Ferri pensarían aprovecharse del dinero del señor Carlotti, mas acabó por desechar este pensamiento, convencida al cabo de que lo que sus padres perseguían era únicamente su felicidad.

***

La noticia de aquel noviazgo se extendió por el pueblo con más rapidez de la que era de desear. El primero en saberlo, como ya hemos visto, fué el señor Lorenzo por boca del mismo Carlotti. Ese mismo día se enteraron de la nueva, Dora, la doncella del rico vecino y la señora Paulina, su ama de llaves. Pareció que la casa iba a caérseles encima por el modo de hacerse

cruces, y acabaron afirmando que su señor había perdido el juicio. Días después, el ex amo de Lina encontró a Giovanni Ferri en la plaza de Castello, y dirigiéndose a él, le dijo, al propio tiempo que encendía su pipa de yeso:

—Mi enhorabuena. Tu hija no podía tener mejor fortuna.

—Pero, ¿sabe usted algo?—preguntó, extrañado, el padre de Lina.

—Todo lo que se puede saber, y repito mi enhorabuena.

Su gesto era hostil, y Ferri, más que sentirse satisfecho por aquellas palabras, se avergonzó, como si sintiera deslizarse entre ellas la acusación de un delito. Luego, en la hostería, notó que todos le acogían muy fríamente, y los viejos que solían jugar con él alguna partida de naipes hicieron como que no le veían para no invitarle. Con harto dolor comprendió nuestro hombre que todo el pueblo desaprobaba aquella boda de su hija y hacían recaer sobre él todas las culpas. Esta conducta de sus vecinos, después de cohibirle, le indignó. ¿Es que él había dejado de proceder un solo momento como una persona honrada? ¿Qué delito había en que su hija se casase con un hombre rico y más viejo que ella?... Por otra parte, ¿podrían acusarle de haber él buscado aquella boda? No, puesto que ni por las mientes le había pasado nunca la sospecha de que el señor Carlotti pudiese hacer a Lina el honor de enamorarse de ella. A este respecto, su conciencia estaba perfectamente tranquila, y cualquier otro hombre de bien en su lugar no hubiera hecho más que proceder como él había procedido.

Hechas estas reflexiones, se encogió de hombros y salió de la hostería sin saludar a nadie.

Era tarde de domingo y se advertía cierta animación en la plaza y sus alrededores, contrastando con el silencio de los demás días. Al pasar delante de la alcaldía, Giovanni Ferri se tropezó con Luigi Solari, que salía del caserón por el ancho portal pintado de verde. Saludó respetuosamente al cura y continuó su camino, pero el representante del Señor le llamó:

—Escucha, hombre, ¿es verdad lo que se cuenta por ahí?

El anciano campesino sintió sobre sí los ojos saltones y penetrantes del cura, surcados de vetitas sanguinolentas, que parecían querer perforarle el cerebro para descubrir sus más recónditos pensamientos, y todo confuso ante aquella mirada, balbuceó:

—No sé qué es lo que puedan decir las gentes, padre.

—Te acusan—dijo Luigi Solari con una gravedad terrible—de entregar tu hija a ese hombre rico que tiene edad para poder ser su abuelo.

Ferri palideció de indignación, y replicó fuera de sí:

—¡Los que tal cosa dicen mienten como unos canallas! Yo no entrego mi hija a nadie llevado por un cochino interés, ni pienso aprovecharme de la situación. Y sepa usted, padre, que bastante me ha molestado y dado que pensar que el señor Carlotti se haya enamorado de mi hija Lina y empeñado en casarse con ella! Pero si él lo quiere así y si a mi hija no le parece mal, ¿qué puedo hacer yo en conciencia? ¿Quiere usted decírmelo?

—¡Ah! ¿Luego tú no niegas que tu hija va a casarse con ese hombre?—exclamó Solari, esbozando una sonrisa sarcástica.

—No, señor; no lo niego. Las cosas se harán

como Dios manda. ¿Hay algo de malo en todo esto?

La faz del cura recobró su gravedad característica.

—Sí, lo hay, Giovanni Ferri.

—¿Dónde está el mal, padre?—inquirio, turbándose, el campesino.

—Tu hija estaba comprometida con un mozo de Mezzanino, un tal Pietro Cremaschi, si no recuerdo mal.

El anciano palideció y sus piernas temblaron, mientras los ojillos de Luigi Solari no dejaban de atormentarle, mirándole con una fijeza verdaderamente infernal. Después trató de justificarse:

—Sí, lo estaba, señor cura..., pero... pero Pietro Cremaschi ha muerto...

—¿Muerto?... ¿Quién ha tenido noticia de su muerte?

—¡Por Dios!—exclamó el pobre viejo, revolviéndose de desesperación como si estuviera entre espinas—. No es preciso aguardar a que nos pasen el boletín de defunción para creer a Cremaschi en el otro mundo. Bastante lo hemos sentido nosotros, porque, a decir verdad, Pietro era un buen muchacho y hubiera hecho con Lina mejor pareja que el señor Carlotti. Pero, ¿qué se puede pensar después de año y medio que no se sabe de él?

Suspiró satisfecho, creyendo haberse librado del aprieto en que le había metido el magro y bilioso sacerdote; pero éste, sin darse punto de reposo, volvió a arremeter contra él:

—Esa es una opinión tuya, que Dios puede destruir en un momento dado. Pietro Cremaschi puede haber caído prisionero; ésa y no otra sería la causa de su silencio.

—Sé de prisioneros que han escrito a sus familias desde los campos de concentración. El hijo de los Bruschi, por ejemplo...

—Pero no todos se encuentran confinados en lugares desde donde les es factible escribir—replicó Luigi Solari—. Lo menos que podíais haber hecho era aguardar hasta el final de la guerra, esperar la repatriación de los prisioneros; entonces, si Pietro no parecía, tu hija quedaba en libertad de acción. Un soldado de Italia tiene derecho a que su novia le sea fiel hasta el final de la campaña, por lo menos.

Ferri se quedó sin habla ante esta argumentación, y el cura, que parecía gozarse en el abatimiento del pobre hombre, agregó para rematarlo:

—¿Quieres decirme qué sucedería si terminada la guerra, el día menos pensado, Pietro Cremaschi regresase a la comarca y se enterase de que su novia le había desdeñado para casarse con un hombre rico?

—¡Oh!—balbuceó Giovanni Ferri con tono de quien suplica un poco de conmiseración—. Lina no se casa con el señor Carlotti por su dinero.

—Y entonces, ¿por qué lo hace, si el señor Carlotti es un cuarto de siglo más viejo que ella?—inquirió el terrible sacerdote, cada una de cuyas frases era una puñalada que recibía el campesino en mitad del corazón.

—Cosas qué dispone Dios, padre.

—¿Y por qué no el diablo?... Esa boda parece más bien dispuesta por Satanás que por Nuestro Señor, Giovanni Ferri.

El padre de Lina dió un paso atrás, derrotado en todos los puntos. Avergonzado de su conducta, no le quedaba más remedio que recurrir a una retirada.

—Que ellos se arreglen, padre. Yo no me he metido en nada, y me lavo las manos. Otorgué mi consentimiento porque no podía hacer otra cosa; pero Carlotti, que no es un niño, sabe a lo que se expone. Buenas tardes, señor cura.

Más que alejarse, pareció huir del lado de Luigi Solari, que le siguió un momento con mirada sardónica, y después, encogiéndose de hombros, reanudó su camino hacia la iglesia.

***

Y por la noche, el compromiso de Carlotti con la hija de Giovanni Ferri fué el único tema de conversación de los concurrentes a las veladas de los Caracciolo. La indignación contra el rico vecino era unánime. Lucrecia no se cansaba de poner de manifiesto el gusto ordinario hasta la repugnancia de aquel hombre, que iba a contraer matrimonio con una muchacha que toda su vida había trabajado en el campo. Aquella labradora, que por obra y gracia de un viejo chiflado iba a ser elevada a la categoría de señora, ocupando la mejor casa de la población y gastando probablemente las *toilettes* más costosas, sería el escarnio de la buena sociedad de Castello. Mas Lina, después de todo, no tenía la culpa. Encontraba la manera de aprovecharse de la situación y lo hacía; pero que el señor Carlotti descendiese hasta ese límite, eso era lo ridículo, lo vergonzoso, lo que no podía perdonarse. El notario, con su voz campanuda, calificó de inmoral aquel matrimonio, apoyándose en la diferencia de edad de los novios; el médico dijo que él no se extrañaba de la conducta de Carlotti. ¿Qué otra cosa podía esperarse de aquel cerdo, enriquecido

Dios sabía cómo? El siempre le había tenido por un perfecto animal, incapaz de ver más allá de sus narices; Caracciolo hizo suyas las palabras del médico, y Luigi Solari, echándose hacia atrás en su asiento y cruzando sus manos sobre su vientre exiguo, como era su costumbre siempre que tenía que decir algo de importancia, manifestó:

—Yo sí que he tenido hoy la satisfacción de dar una buena carga a Giovanni Ferri, a quien encontré esta tarde al salir de la alcaldía Si ese desgraciado tiene conciencia, sus buenos puntazos estará sufriendo.

—Pero, ¿se atrevió usted a hablarle de ese asunto escandaloso?—inquirió la señora Caracciolo con enorme interés, montando el impertinente sobre la curva de su nariz ganchuda para mirar mejor al sacerdote.

—Sí, señora. ¿Es que opina usted que debía callar? Mi deber es reprochar a los hombres todo aquello que Dios puede ver con malos ojos.

—Ha obrado usted razonablemente—dijo Lucrecia—. Pero refiéranos su conversación con ese rústico.

—Sí, sí, cuente usted—dijeron las señoras del notario y del médico, presentes en la reunión.

Todos los ojos se clavaron en el cura, quien, muy ufano por despertar tanto interés, se puso a dar cuenta de la conversación que había sostenido con Giovanni Ferri.

—¡No podía haber estado usted más oportuno al recordarle aquel compromiso de Lina con el mozo de Mezzanino!—exclamó la esposa del médico.

Caracciolo y su mujer se miraron, después de lo cual, dijo esta última:

—Me da rabia pensar que haya llegado yo al

extremo de escribir a la duquesa de Castelnuovo interesándome por la suerte de ese Pietro Cremaschi, todo porque el señor Carlotti se lo había rogado a Gino. Afortunadamente, parece ser que la duquesa no ha dado mucha importancia a ese ruego que yo le transmitía, con los reparos del caso, puesto que no ha vuelto a escribirme, de lo cual me felicito.

—Hablando de esto mismo, en cierta ocasión me dijo usted que el señor Carlotti le había rogado repetidas veces que insistiera cerca de la duquesa con nuevas cartas—apuntó la señora del notario—, y usted no hizo ningún caso.

—Es verdad; por salir del compromiso, hice que Gino contestase a ese cerdo que escribiría a la egregia dama conforme a su deseo; mas me cuidé muy bien de volver a molestar su atención por un motivo tan baladí.

—Más hubiera valido que hubiese usted escrito, mi querida señora Caracciolo—declaró el cura—. Sabiendo dónde se encuentra Pietro Cremaschi, se hubiese evitado a Castello la vergüenza de esa boda.

—Tiene usted razón—dijo tímidamente el alcalde—; pero Lucrecia no podía entonces pensar que nuestro vecino acabaría por comprometerse con la muchacha por cuyo novio él mismo se había interesado.

—Ironías de la vida—murmuró el notario, sonriendo con suficiencia.

—¡Cuánto nos divertiría a todos que ese Pietro Cremaschi apareciese algún día por Castello!—exclamó la mujer del médico, regocijándose como si ya fuese una realidad el regreso del mozo del molino.

—Tengo una gran idea—manifestó la señora Caracciolo, cuyo rostro parecía iluminado por el

pensamiento que acababa de ocurrírsele—. ¿Por qué no hacer ahora lo que Carlotti nos había suplicado tiempo atrás?

—¡Oh, magnífico!—exclamó el médico.

—Sí, sí; la idea no puede ser mejor—manifestaron las del bello sexo, que habían comprendido al punto la intención de la mujer del alcalde.

—Pero—objetó Caracciolo con su humildad de marido manso y respetuoso—, ¿y si, como tú temías entonces, esa petición fuese mal recibida por la duquesa de Castelnuovo?

—¡No seas tonto!—exclamó Lucrecia—. Hay muchas maneras de pedir las cosas. Mañana mismo escribiré a la ilustre dama.

—Si pudiéramos echar a ese Pietro Cremaschi encima de los Ferri y de Carlotti, ¡adiós el grupo que encabeza este último!—dijo el notario.

—Sería un golpe sensacional—agregó el médico, que anularía para siempre a nuestros contrarios. ¡Entonces sí que yo me reiría del boticario!

—De todos modos—dijo Luigi Solari—, esa boda en perspectiva debe hacer muy poca gracia a los amigos del señor Carlotti, sobre todo a ese Aldo Tonelli, que, como todos sabemos, es el hombre más ogrulloso y soberbio que pisa la tierra.

—¡Oh, ese villano!—exclamó la señora Caracciolo, arañando el mantel que cubría la mesa—. ¡Quisiera verle en el infierno! El solo destila más veneno que cincuenta serpientes juntas.

—No te sulfures, mujer. Ya le llegará su hora como a todos los que obran de mala manera. ¿Verdad, padre?

Luigi Solari asintió con un movimiento de cabeza lleno de eclesiástica gravedad.

Por fortuna para los Ferri, la idea de Lucrecia, de la que tanto provecho esperaban sacar sus amistades, no dió, al ser llevada a la práctica, el resultado que todos esperaban. La duquesa de Castelnuovo, al contestar un par de semanas después a aquella carta, manifestaba que ya con anterioridad le había sido dirigido el mismo ruego, del que entonces se había ocupado con gran complacencia sin poder aclarar el misterio que rodeaba a la desaparición de aquel soldado de Mezzanino. Manifestaron algunos de los superiores del mozo, interrogados en aquel entonces, que por la fecha que Pietro Cremaschi había dejado de escribir a los suyos, el regimiento a que pertenecía había tomado parte en una reñida operación, en la que tuvo más de un cincuenta por ciento de bajas. Había quien pretendía haber visto caer a Pietro con la cabeza bañada en sangre durante uno de los asaltos a la bayoneta, y quien recordaba haberle recogido vivo aún de entre un montón de cadáveres para trasladarle al puesto de socorro; pero estos informes, según opinión de la duquesa, debían acogerse con grandes reservas, puesto que de las averiguaciones practicadas en los hospitales de sangre adonde debió de ser conducido el herido, nada se había logrado poner en claro, siendo lo más probable que el infortunado joven fuese uno de los tantos héroes cuyos cadáveres quedaban sin identificar en el fondo de las trincheras o de los barrancos. Tampoco debía abrigarse la esperanza de que hubiese caído prisionero, puesto que los supervivientes del regimiento afirmaban que el enemigo no había tenido lugar de apoderarse de ninguno de sus compañeros. La señora Caracciolo escribió a la ilustre dama agradeciéndole estos datos y pi-

diéndole perdón por haberla molestado nuevamente, y abandonó todo propósito de vengarse de Carlotti y de sus amigos, confiando en la aparición del primer novio de Lina.

Contra lo que suponían los caracciolistas, los carlottistas no se escandalizaron ni vieron con repugnancia la determinación adoptada por su jefe de casarse con aquella muchacha de pueblo, linda y honrada. El único que frunció un poco el ceño fué el farmacéutico; pero se cuidó muy bien de exteriorizar su disgusto más allá de la puerta de su alcoba conyugal. Tanto Aldo Tonelli como Bertini, acogieron con júbilo el acto de Carlotti, cuando éste, un poco turbado, lo puso en su conocimiento, y manifestaron con toda franqueza que admiraban su rasgo, que era una prueba más del noble desinterés con que siempre obraba. Luego Tonelli preguntó si los Ferri habían ya dado su consentimiento. Carlotti contestó afirmativamente, y como notara que el ex secretario del Ayuntamiento se sorprendía, le preguntó:

—¿Le extraña a usted que esas buenas gentes hayan accedido a mi deseo?

—Un poco, lo confieso... Es gente honrada, que no gusta salirse de su esfera y que por nada del mundo consentiría en verse señalada por sus convecinos.

—Pues no vaya usted a creer que han dejado de ponerme inconvenientes; pero yo supe convencerles de todo a las mil maravillas, venciendo la repugnancia que parecía inspirarles mi dinero. Claro está que esto no quita que el pueblo juzgue la cosa con arreglo a su capricho, y, sobre todo, que nuestros contrarios borden alrededor del asunto comentarios nada agradables; pero, al fin y a la postre, las buenas intencio-

nes de los Ferri y las mías saldrán limpias de todas esas habladurías.

Aldo no insistió, pero allá en su fuero interno no dejaba de sorprenderse de que los padres de Lina se hubieran dejado convencer tan fácilmente por el señor Carlotti, máxime cuando se sabía que la joven estaba comprometida con aquel soldado de Mezzanino llamado Pietro Cremaschi, de quien no se habían vuelto a tener noticias.

"Es un fenómeno de estos tiempos de relajación de todos los valores morales—pensó Tonelli con amargura—. Antes de la guerra, los Ferri, como otra familia cualquiera de nuestra comarca, se hubiesen dejado cortar la cabeza antes que olvidar un compromiso de esa naturaleza. Aunque Carlotti no se dé cuenta de ello, esa gente ya no es la misma..."

Un par de semanas más tarde, al ir Aldo a visitar al rico vecino, encontró a éste presa de un terrible malhumor. Como era la primera vez que lo hallaba en aquel estado de ánimo, se sorprendió mucho, y le preguntó lo que le sucedía.

—¡Estoy furioso!—exclamó Carlotti con acento colérico—. Está bien que se hable de mi proyectada boda y que cada cual tome la cosa como le parezca; pero lo que no puedo consentir es que el cura se permita zaherirme desde el púlpito, como lo ha hecho esta mañana. Yo soy un hombre de buen fondo y respeto a todo el mundo; pero le juro a usted que si vuelve a repetirse en la iglesia lo ocurrido esta mañana, la emprenderé a puñetazos con Solari y con toda esa pandilla de comadres que se reúnen en casa de Caracciolo.

—¡Cáspita! ...Y yo que no me he enterado de nada... Después de la riña de la Caracciolo con

la esposa de nuestro amigo Valenti, he prohibido a mi mujer que volviese a poner los pies en la iglesia, por creer que esa casa de Dios se ha transformado en cualquier cosa...

—Pues a mí me lo ha referido todo Paulina, que asistió a la misa de diez y al sermón. Ese sermón no fué otra cosa que un ataque a mi persona y a la familia de mi novia, hecho con toda procacidad y descaro. Y lo peor del caso es que las mujerucas del pueblo aprobaron los ataques que me dirigía Solari y salieron murmurando contra mi dinero y poniendo en duda que lo hubiese ganado honradamente...

—¡Hombre! Eso se pasa de grave, y a usted le sobran razones para indignarse. Es preciso dar un escarmiento, y desearía que usted no se opusiese ya a la realización de mis proyectos, como ha venido haciéndolo hasta ahora...

—No, no. Ya no le detendré a usted... ¡De hoy en adelante se me importará un comino todo el mundo, y sólo miraré por mis intereses y los de las personas que me aprecian de verdad. Haga usted lo que quiera.

—¡Ah!—exclamó Tonelli, cuyo rostro resplandeció de júbilo—. ¡Al fin vamos a poder hacer uso de nuestra fuerza!... Mañana salgo para Roma.

***

El malintencionado sermón de Luigi Solari había regocijado en extremo a los caracciolistas, que lo comentaron en su reunión de aquel domingo, y felicitaron efusivamente al buen sacerdote, "que con tanta valentía sabía pregonar las verdades"; pero así que se enteraron del precipitado viaje del inspector de subsistencias

a la capital del reino, a todos dejó de irles ancha la camisa.

—Temo—dijo el alcalde a Lucrecia—que ese canalla vaya a jugarnos una mala partida.

Ella se encogió despectivamente de hombros, y contestó que Tonelli no la preocupaba lo más mínimo en lo tocante al daño que podía hacerles.

—Si él cuenta con el apoyo de ese diputadillo del distrito, nosotros tenemos de nuestra parte a mi pariente, el cardenal—manifestó con énfasis—. Habrá que ver quién puede más.

Pero esta confianza en el prelado no la compartía Caracciolo ni ninguno de sus amigos, y hasta era posible que allá, en el fondo, tampoco Lucrecia. Tenía ésta motivos para desconfiar de su pariente, pero le interesaba guardar dignamente las apariencias aun en los momentos más difíciles.

Pasaron días... La ausencia de Tonelli se prolongaba, y la inquietud que a resultas de este viaje habían manifestado los caracciolistas, lejos de disminuir, iba en aumento en la misma proporción que sus contrarios demostraban sentirse cada vez más animados y satisfechos. Una tarde corrió por el pueblo un rumor que puso los pelos de punta a Caracciolo. Este rumor tenía su origen en la oficina de Telégrafos, donde acababa de recibirse un despacho impuesto en Roma y dirigido al señor Carlotti, que decía: "Llego mañana medio día, acompañado señor Raimondi. Tenga dispuesto alojamiento y comida.—*Tonelli.*"

Los caracciolistas se consideraron perdidos, y en cuanto a Luigi Solari, tan pronto aquel rumor llegó a sus oídos, le entró tal pánico, que se fué a ver inmediatamente al alcalde. Encontró

al pobre hombre en el comedor de su casa, desplomado en una butaca, pálido y desencajado el semblante, húmeda de sudor la frente, a pesar del frío que hacía. Lucrecia, parada frente a él, ceñuda y rígida como un fiscal, le increpaba rudamente su cobardía.

—¡Ese renegado de Tonelli va a perdernos! —exclamó el sacerdote—. ¿Queréis aconsejarme qué hemos de hacer para salvarnos?

—¿Qué teme usted?—le preguntó la señora Caracciolo, dejando caer sobre el párroco una mirada despectiva.

—No sé—balbuceó confuso el cura—. El señor Raimondi puede mucho.

—Hay quien puede más que el señor Raimondi—contestó con sequedad la mujer del alcalde.

Solari comprendió, pero formuló esta interrogación:

—¿Vuestro pariente, acaso?

—Sí, el cardenal—afirmó orgullosamente la Caracciolo.

Entonces el alcalde lanzó un suspiro entrecortado, y con acento quejumbroso:

—¡Ay, Lucrecia!—se lamentó—. Me parece que te fías demasiado de su eminencia... ¿Y si hiciera de nosotros el caso de la otra vez, cuando le escribiste pidiéndole que buscara el modo de destituir a Tonelli?

La Caracciolo se puso hecha una furia. Hubiera querido fulminar a su marido y al cura, que ante la proximidad del peligro no podía menos de compartir las dudas y temores del alcalde.

—¡Oh, mi querida señora!—acabó por decir—. No hay quien me quite de la cabeza que el viaje de Aldo Tonelli a Roma ha sido provocado por las palabras que se me escaparon en el sermón de hace dos domingos... Indudablemente,

solté demasiado la lengua en aquella ocasión; pero la culpa la tenéis vosotros, que a fuerza de hablarme pestes del señor Carlotti habéis acabado por hacerme formar de él un concepto repudiable... Indudablemente yo he pecado, inducido por vosotros; lo reconozco y lo reconoceré delante del señor Raimondi, si preciso fuese...

—¿Y hasta ese punto se humillará usted, todo un ministro de Dios?—preguntó a gritos Lucrecia.

—No es humillarse, mi querida señora... Es reconocer una culpa y arrepentirse de ella.

—Lo que quiere decir que nos abandona usted. ¿No es eso?

—¡Señora Caracciolo!... Yo no digo tanto...

—¡Calle, calle usted!... Lo he comprendido todo—siguió la mujer del alcalde con un sarcasmo incisivo—. Todos sois iguales, todos, todos... Cuando se trata de dar la cara, de afrontar una situación difícil, no hay hombres ni hay sacerdotes, ni hay mujeres capaces de sostener la batalla... ¡Hato de cobardes!...

El cura se encabritó como un caballo azuzado:

—¡Jesús!... ¿Qué estáis diciendo ahí?... ¿Habéis perdido el juicio? Haced callar a vuestra mujer, señor Caracciolo... Hacedla callar, si sois un marido como Dios manda...

* * *

Carlotti, acompañado de Bertini y del señor Valenti, el farmacéutico, salió a esperar en la estación de Castello el tren de las doce y cuarto, en el que debían llegar Tonelli y el señor Raimondi.

En el semblante del maestro y en el del boticario se reflejaba la satisfacción con que aguardaban al diputado del distrito, portador, sin duda, de alguna resolución importantísima.

El rico vecino, que se paseaba entre ellos por el andén, conservaba, en cambio, aquel aire preocupado que no le abandonaba desde el día que Luigi Solari había pronunciado aquel malhadado sermón.

El sol daba de lleno en el andén, haciendo soportable aquella espera al aire libre. Desde la puerta de su oficina, el jefe de la estación seguía con la mirada los pasos de aquellos señores, y cerca de los retretes, el mozo de servicio, de pie junto a una carretilla cargada de bultos, esperaba el momento de meter en el furgón aquella carga, para irse a comer la *polenta* en compañía de su mujer y sus hijos.

El silencio en aquel lugar y a aquella hora tenía algo de solemne. Ante los muros rojos de la estación, extendíase el panorama del valle, desolado y triste por el invierno, con restos de una reciente nevada en las alturas de los montes y colinas. Los rieles, fulgentes bajo el sol como dos arroyuelos de plata líquida, después de describir una amplia curva en el suelo, sucio de carbón, se perdían a lo lejos, en la negra boca del túnel, que traspasaba las entrañas de toda una hilera de colinas revestidas con el sayal amarillento de la hierba seca. De pronto, en el camino de Castello, que bajaba serpenteando hasta la vía, se destacó la silueta negra y alta del cura, que avanzaba hacia la estación, tocado con su sombrero de flecos y llevando en la diestra su grueso bastón de puño labrado.

—¡Por Baco!—exclamó el farmacéutico, que fué el primero en distinguirle—. También nues-

tro buen pastor de almas viene a esperar el tren de las doce y cuarto...

—Estoy seguro que cuando nos vea aquí pegará media vuelta y se alejará como alma que lleva el diablo—dijo el maestro.

Carlotti no hizo ningún comentario. Miró sombríamente a Luigi Solari, que seguía aproximándose a la estación, encogióse de hombros y continuó paseándose entre el maestro y el boticario.

Transcurrieron algunos minutos y el cura, que ya debía haber visto a nuestros tres personajes, no parecía tener intención de volverse atrás intimidado por su presencia, como había opinado Bertini. Siguiendo imperturbablemente su camino, le vieron atravesar la vía, ganar el andén por la parte de los retretes y taparse la nariz al pasar frente a los mismos. Carlotti, Bertini y Valenti, que se encontraban en aquel momento en el otro extremo, se detuvieron como acechándole, seguros de que Luigi Solari no se atrevería a pasar de allí; pero se engañaron de medio a medio. El sacerdote, despues de contestar al saludo del mozo de la estación, se acercó al jefe, que continuaba en la puerta de su oficina, y, deteniéndose, comenzó a charlar con él, mientras atisbaba con sus ojillos grises y con una sonrisita de pillete arrepentido en los labios a Carlotti y a sus dos amigos.

—¡Por vida de...!—exclamó Bertini—. Apostaría que el señor cura trae esta mañana buenas intenciones hacia nosotros.

—Es raro—murmuró Valenti—. ¿Habrá olfateado lo que les espera a los caracciolistas?

Carlotti volvió la cabeza al sentir que los ojillos de Solari se clavaban en él, enviándole la sonrisita del que quiere hacer las paces. El no hubiera podido perdonarle tan fácilmente. La

ofensa que le había dirigido desde el púlpito unos días atrás le escocía aún en carne viva.

En aquel momento, un silbido estridente y una fuerte trepidación anunciaron la proximidad del convoy de las doce y cuarto, que, como siempre, traía algún retraso, y segundos más tarde apareció la locomotora con su penacho de humo en la boca del túnel, recorrió majestuosamente la curva que la vía trazaba en las inmediaciones de la estación, con su séquito de vagones barnizados de verde, y por fin el tren se detuvo delante del andén inundado de sol, borrando la triste perspectiva del valle de la vista de los que allí esperaban.

El jefe de la estación, apartándose del cura, se encaminó hacia la máquina, que resoplaba arrojando chorros de vapor, y fuera de la cual el maquinista y el fogonero asomaban sus rostros enmascarados de negro; el mozo tuvo que empujar su carretilla hasta el furgón, que había quedado unos cuantos metros más allá del andén, y Carlotti y sus dos amigos, poseídos de cierta emoción, se acercaron a los vagones de viajeros, mirando con ansiedad a través de los cristales de las ventanillas. Luigi Solari, de espaldas a la oficina del jefe, les seguía con los ojos, sin cesar de sonreir.

De pronto abrióse la portezuela de un vagón, y un hombre saltó al andén. Otro asomó, dispuesto a saltar a su vez.

—¡Helos allí!—exclamó el señor Valenti.

Los tres corrieron hacia los viajeros. El primero en apearse había sido Tonelli, y en aquel momento daba su mano al señor Raimondi para ayudarle a hacer lo mismo. Luigi Solari se adelantó unos pasos, mientras todos aquellos señores cambiaban efusivos saludos. Carlotti, el

farmacéutico y el maestro conocían al diputado personalmente. Grueso y de estatura mediana, con su traje negro de corte antiguo, su camisa almidonada de cuello volcado y su bigote gris, huérfano de cosméticos, Raimondi parecía más bien un tendero aburguesado que el político temido y a la vez admirado en Montecitorio, de oratoria enciclopédica y candente. Costaba trabajo creer que aquel hombre, que sonreía modestamente, hasta con cierta timidez, mientras estrechaba la mano flaca del maestro de escuela de Castello, era el mismo que en la Cámara de Diputados se erguía desafiante y altanero ante los bancos del Gobierno, transfigurado por el torrente impetuoso de sus discursos, que hacían temblar a los ministros.

Después de los saludos, cogió familiarmente del brazo a Carlotti y abrió la marcha en dirección al pueblo.

El tren había ya arrancado y su férrea trepidación se apagaba en la parte opuesta del valle, donde se había hecho invisible entre las primeras estribaciones.

Tonelli, henchido de satisfacción, echó a andar detrás de Carlotti y de Raimondi, entre Valenti y el maestro, que le asediaban a preguntas. Pero de pronto todos callaron y se detuvieron, petrificados de asombro. Acababan de ver a Luigi Solari adelantarse al encuentro de Raimondi y de Carlotti y tender su mano al primero de éstos, mientras balbucía algunas palabras de bienvenida. El diputado se la estrechó fríamente, mirando de soslayo al rico vecino, que se había apartado unos pasos.

—¡Qué sorpresa, señor Raimondi!—exclamaba el cura—. Hacía ya mucho tiempo que no le veíamos en Castello, donde usted cuenta con tantas

simpatías... Sin duda ahora permanecerá aquí una buena temporada.

—Tres o cuatro días... Ya veremos.

—Bien, hombre, bien. Siempre tan fuerte, ¿eh? Para usted no parecen pasar los años... Hay que felicitarle por muchas cosas de las que nos hemos enterado por la prensa; pero ya tendremos oportunidad de echar un parrafillo mano a mano, ¿no es verdad?... No quiero entretenerle ahora, que va usted con estos señores... Espero verle en la iglesia cualquier día de estos; no lo olvide usted.

—De acuerdo—dijo el diputado con cierta impaciencia—. Hasta otro momento, padre.

—Hasta cuando usted quiera, señor Raimondi, y repito mi enhorabuena... Adiós, señores...

Se descubrió, haciéndose a un lado para dar paso al diputado y sus acompañantes, que pasaron ante él sin mirarle, a pesar de lo cual Luigi Solari continuó sonriendo hasta que atravesaron la vía para tomar el camino de Castello. Después de esto se acercó de nuevo al jefe de la estación, que había vuelto a situarse en la puerta de su oficina.

Entretanto, por el camino, Tonelli decía al señor Raimondi:

—¿Se ha fijado usted en el proceder de Luigi Solari? Ha olfateado el peligro y procura ponerse a cubierto de las consecuencias.

—Su proceder—dijo el diputado sentenciosamente—es la táctica tradicional de la Iglesia, que en todas las perturbaciones históricas ha procurado siempre ponerse del lado de los más fuertes.

—¡Hermosa frase!—exclamó Bertini, admirado—. ¡Lástima que el mundo no sepa arrancarse de los ojos la venda de la religión!

—Eso ya es otra cosa—respondió Raimondi—. Yo soy un cristiano viejo, y siempre he entendido que los hombres han menester del freno de la religión para contener sus instintos ancestrales; pero, en cambio, considero innecesarios y hasta perjudiciales a esos ministros de la religión que viven para mixtificarla. Una religión sin sacerdotes, el hombre yendo directamente hacia Dios, sin necesidad de intermediarios y sin más guías que su conciencia purificada en las fuentes del Evangelio, ¿no llegaría más puro al límite de su existencia?

Todos aprobaron estas palabras, incluso el mismo Bertini, que a este respecto no parecía compartir las ideas del diputado, y en esto llegaron ante la verja de la casa del señor Carlotti. Allí se detuvieron, y Bertini y el farmacéutico hicieron ademán de despedirse del señor Raimondi; pero el rico vecino exclamó:

—¡Nada de despedidas, señores! Hoy almorzaremos todos juntos. ¡Hay que cumplimentar como es debido a nuestro ilustre diputado!

***

Caracciolo no salió de su casa en todo aquel día, esperando lleno de miedo los acontecimientos derivados de la llegada a Castello del señor Raimondi. Ninguno de sus amigos le visitó. Comenzando por el cura, todos juzgaban prudente mantenerse a la expectativa, hasta ver el giro que tomaba la situación.

Lucrecia, por medio de ese rápido servicio de espionaje que sólo las mujeres saben organizar sin que uno pueda explicarse cómo se las arreglan para ello, estaba al tanto de todos los pasos

que desde su llegada había dado el señor Raimondi. Así supo que desde la estación, donde le saludó el cura, había almorzado en casa del señor Carlotti con Tonelli, Valenti y Bertini; después de la comida salieron para dirigirse a casa del farmacéutico, y desde allí se trasladaron todos a las tierras de éste, vecinas al cementerio, donde Valenti les estuvo explicando "sobre el terreno" aquella cuestión de riegos que había motivado su enemistad con el alcalde. Después de la cena volvieron a reunirse en casa del señor Carlotti, de donde no salieron hasta el filo de la media noche.

A la mañana siguiente, hacia las diez, cuando el sol templaba el ambiente de las callejas de Castello, Raimondi salió solo de la casa del señor Carlotti, donde se hospedaba, y después de entrar en el pueblo y atravesar la plaza, fué a llamar a la puerta de la alcaldía.

Un grupo de viejos aldeanos, que fumaban sus pipas al sol, sentados delante de la hostería, se pusieron a cuchichear entre sí al ver al diputado, de cuya presencia en Castello ya debían estar enterados, dado lo mucho que en todas partes de hablaba.

Serafín, el empleado sexagenario de la alcaldía, que lo mismo abría una zanja en la calle, llevaba un recado o echaba un pregón, salió a recibir al señor Raimondi.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el viejo al reconocerle—. ¿Usted por aquí, señor diputado?... ¡Tiempo era ya que se acordase de nosotros!

Fingía ignorar que estaba en el pueblo desde el día antes y exageraba su amabilidad con miras a la propina que Raimondi no dejaba nunca de darle las contadas veces que ponía los pies en aquella casona.

—Vengo a hablar con el señor alcalde. ¿Está ahora en su despacho?

—Acaba de llegar, señor diputado. Tenga usted la bondad de entrar.

Y el vejete seco y encorvado echó a andar delante del político hasta la puerta del despacho del alcalde, que se abría sobre el corredor del vetusto edificio.

Caracciolo, que esperaba de un momento a otro, poseído de verdadero terror, aquella visita, al encontrarse delante de Raimondi apenas si atinó a balbucir algunas palabras de cortesía y a indicarle un asiento.

El diputado, que no había perdido nada de su serenidad, dijo:

—Señor alcalde: lamento sinceramente que su falta de tino en la administración del municipio y su debilidad de carácter, que le pone a merced de cualquier voluntad aviesa, hayan determinado al Gobierno a adoptar contra usted una medida harto severa...

Caracciolo, hundido en la butaca que ocupaba frente a su escritorio, intentó interrumpirle, pero Raimondi prosiguió, sin darle tiempo:

—No vengo en disposición de discutir con usted esta medida, sino a hacerla cumplir estrictamente. El ministro del Interior me ha nombrado interventor del municipio de Castello, y traigo el decreto de su destitución...

Un gemido se escapó de la garganta de Caracciolo, sus labios se movieron sin que saliera de ellos el menor sonido, y al mismo tiempo pudo ver el diputado que su cuerpo, falto por completo de fuerzas, resbalaba en el asiento de la butaca, buscando el suelo.

—Por respeto a usted, y por evitar el escándalo, he pensado reservar la promulgación de ese

decreto e invitarle a que presente su renuncia, con lo cual quedará a salvo su prestigio... ¿Comprende usted mi idea? Entre los dos males, no debe usted titubear un momento en elegir el último, que es el que menos le perjudica. Resuelva.

Otro gemido. El cuerpo voluminoso de Caracciolo seguía escapándose de la butaca y su rostro tenía la palidez lívida de la muerte. Sentado frente a él, Raimondi aguardaba su respuesta tranquilo, indiferente a la emoción del desgraciado alcalde. Transcurrió así un largo minuto. De pronto, Caracciolo se llevó una mano a la garganta para aflojarse el cuello de la camisa; se ahogaba... Raimondi empezó a alarmarse.

—¿Qué tiene usted?... ¿Se pone malo?

El alcalde hizo un gesto como para tranquilizarle, y pudo balbucir con gran dificultad:

—¿Es justo eso que ustedes quieren hacer conmigo?... ¿Es justo?...

Miraba al diputado con la desesperación conmovedora con que un condenado a muerte contempla a los que han de llevarle al patíbulo. Raimondi se encogió de hombros.

—Usted tiene la culpa, señor Caracciolo... ¿Por qué no ha sabido usted hacer prevalecer su autoridad con arreglo a las leyes?... ¿Por qué se ha dejado usted llevar por influencias extrañas?... ¿Por qué ha permitido usted que desde el púlpito se difamara a ese honorable vecino que es el señor Carlotti, que tanto bien ha hecho por este pueblo?

—¿Qué podía hacer yo?... Yo soy un hombre honorable... ¿Podía yo estar en todo?... ¿Es justo lo que se quiere hacer conmigo?—seguía balbuciendo el infeliz con estrangulada voz.

Raimondi se levantó.

—¿Cuándo presentará usted su renuncia?

—¿Mi renuncia?... ¡Qué infamia!

—¿Prefiere usted la destitución?

—¡Qué infamia!... ¡Qué canallada!

—Piénselo usted bien, señor Caracciolo. Mañana, a esta hora, enviaré en busca de su renuncia. Si no la tiene usted lista, declararé oficialmente intervenido el municipio y promulgaré su destitución. Buenos días.

Salió. Caracciolo, que ya tenía los riñones en el borde de la butaca, vió cerrarse la puerta del despacho tras el diputado como el reo que ve resbalar la cuchilla que ha de segar su existencia. Entonces experimentó una especie de vahido, parecióle que todo giraba en torno suyo: el armario, la mesa, los cuadros, las cortinas, tan pronto en una dirección como en otra. Luego tuvo la sensación de que se hundía en un abismo negro, la luz se alejaba vertiginosamente de sus pupilas a medida que caía, y llegó a distinguir solamente un puntito luminoso, del tamaño de la cabeza de un alfiler, reluciendo allá arriba, entre cortinas de tinieblas. Luego aquel puntito luminoso se eclipsó en las sombras, y Caracciolo no vió ni sintió más...

Al entrar Serafín un rato después, le encontró caído entre las patas del escritorio, respirando dificultosamente con un fuerte ruido de fuelle...

IX

CARLOTTI tuvo el buen acierto de disponer que su boda se llevase a cabo sin ostentaciones de ninguna especie, que hubieran chocado como una burla en aquellos tiempos de miserias y de muertes. Preparada su casa con arreglo a sus gustos, listo el ajuar de Lina, sólo faltaba entrar una mañana en la iglesia acompañado de su futura esposa, de los padres de ésta y algunos amigos íntimos. Luigi Solari, reconciliado con él, les impartiría la bendición nupcial delante del altar mayor, donde sonreía la Virgen María, y en seguida, marido y mujer y su comitiva se trasladarían a casa de los Ferri, beberían allí unas copas de buen vino añejo, se comerían algunas pastas y todo habría concluído. En el tren de la tarde, la nueva pareja partiría para Milán, donde pasaría los primeros días de su luna de miel.

Estaba muy avanzado Septiembre; pero el riente esplendor de la campiña no había comenzado a palidecer aún. Jamás había sido mejor aprovechada aquella tierra. Las hortalizas crecían entre los viñedos; el maíz (segunda cosecha del año) cercaba los bosques de árboles frutales y escalaba las colinas en filas abigarradas, dejando ondular al viento sus largas hojas verdes. No se veía por ninguna parte un metro cuadrado de terreno sin cultivar. El valle entero era

un mar de verdura de diferentes gradaciones y matices. Los maizales afectaban mares de olas de esmeraldas con su blando balanceo; los prados, dulces remansos; los campos de hortalizas, las ondas alargadas de la bajamar, y el follaje profuso de las copas de los árboles que poblaban las alturas de los montes, el oleaje violento de los días de tormenta. Mujeres, ancianos y niños, inclinados continuamente sobre el suelo proficuo, luchaban en engendrar en él la pitanza de los héroes que a unos cuantos centenares de kilómetros de la comarca miraban todos los días la muerte cara a cara. Y a pesar de la fecundidad de la tierra, nunca había sido más espantosa la miseria en aquella región, nunca se habían visto los campesinos sometidos a mayores privaciones. El labrador no era ya el dueño de sus hortalizas ni de sus granos; el serrano no podía disponer de sus frutas ni de sus ganados: todo, todo se lo llevaba el Gobierno para distribuirlo después parcamente entre los habitantes de la nación. Sólo los ricos podían alimentarse con alguna abundancia, a escondidas. Circulaba la especie que el Rey comía el pan negro de los mendigos y que ciudadanos y campesinos, millonarios y menesterosos eran iguales en lo tocante al reparto de subsistencias. Pero las buenas gentes de los pueblos no creían en la estricta aplicación de esa medida, viendo que las personas pudientes seguían tan gordas como al principio de la guerra, y colegían que, mientras existiese el dinero, la igualdad de todos ante la ley no pasaría de ser un mito. En general, todos estaban cansados de la guerra y anhelaban su conclusión, sin importarles un comino las reivindicaciones por las cuales Italia había empuñado las armas. Las esperanzas en

victorias portentosas y fáciles, con que habían soñado al principio, se habían desvanecido. Cada pulgada de terreno conquistada costaba muchas vidas, muchas lágrimas. Podía decirse que el luto había llovido ya sobre todos los hogares; pocas eran las personas que no tenían que llorar a algún miembro de su familia. La situación, lejos de resolverse felizmente, se había agravado desde que los alemanes habían tomado a su cargo las operaciones en el frente italiano. Parte de éste se había desmoronado bajo el empuje y la pericia de las tropas prusianas, y lo que aún se mantenía en pie crujía amenazando ruina. Todos los hombres hasta la edad de cuarenta años habían sido llamados bajo armas, y era de temer que las cosas no parasen allí y que el Gobierno se viese precisado a incorporar a las reservas hasta a los de cincuenta. Había noticias de sublevaciones populares, no confirmadas oficialmente, en Milán y en Turín. La última contraofensiva de los peninsulares había atiborrado los hospitales de cuerpos mutilados. Ya no había lugar donde meter a tantos heridos, donde alojar a tanta carne desgarrada que cruzaba en trenes y en largas comitivas de camiones por los campos y ciudades, dando un mentís desgarrador al optimismo del Gobierno y de los generales del Estado Mayor. Italia entera, estremecida de horror, encogida de angustia, lloraba en silencio la siniestra hecatombe de sus hijos que con el denodado valor de la raza matizaban con infinitos episodios heroicos las sangrientas jornadas de lucha en aquel terreno abrupto, erizado de dificultades y peligros superiores a toda humana capacidad. Así habían escrito recientemente con su noble sangre las páginas gloriosas de Monte Santo y San Gabriel,

apoderándose a fuerza de bravura de aquellos peñascales inaccesibles e inexpugnables desde cuyas fortificaciones el enemigo los barría con su metralla. Aquellos días de Septiembre eran de calma. La terrible batalla del Isonzo había concluído, y el ejército esforzado, hechura de mártires y de héroes, curaba sus heridas y reponía sus fuerzas, preparándose para un nuevo empuje, el decisivo tal vez. Un mismo anhelo se manifestaba en todas partes: en las ciudades y en las aldeas, en los campamentos y en las fábricas: "Acabar de una vez, costase lo que costase", romper la barrera de rocas, de hierro y fuego que el enemigo oponía, arrollarlo todo y llevar la muerte a su corazón. Basta ya de incertidumbres, basta de días, de semanas, de meses de mortal angustia, de lágrimas, de terrores. El esfuerzo supremo, y una vez concluído todo, cada soldado a su casa, cada hijo en los brazos de su madre, cada marido para su mujer y para su prole, y paz y olvido, olvido, sí, de aquellas jornadas siniestras; olvido a los horrores pasados, a la muerte, a las heridas, al hambre, a la sed, a las enfermedades, a las balas, al odio, al fango, a la procacidad, al salvajismo... Olvidar, olvidar, comenzar una nueva vida sobre los escombros, las cenizas humeantes, los cadáveres y las miserias del pasado... Olvidar, olvidar con la frente serena levantada hacia el porvenir.

La conciencia de los Ferri se había tranquilizado en lo tocante al matrimonio de Lina. Desde la última visita del señor Livio, en Junio, ningún otro aguijón había penetrado en su amor propio, si bien era verdad que aquella visita había quitado algunos días de sueño a Giovanni Ferri, y en cuanto a Lina, esos días llegaron a sumar semanas de vergüenza y remordimientos.

De trapos adentro, Ferri se decía: "Le sobra razón al señor Livio. Yo, en su lugar, tampoco hubiera callado; pero la Providencia ha dispuesto las cosas como lo están, y ¿qué puede hacer uno?... Además, y esto sí que yo se lo haría comprender a ese viejo, la vida es dura; Lina, esperando a Pietro o casada con él, hubiera sido siempre una pobre bestia de carga, mientras que desde que habla con Carlotti se ha transformado por completo y da gozo verla. Ya es una señora hecha y derecha. Entiende de todo lo que atañe a las personas ricas, y su felicidad será nuestra felicidad, su abundancia nuestra abundancia, y moriremos tranquilos sabiendo que no ha de faltarle el pan nuestro de cada día por mucho que gaste... ¿Y no es misión de los padres asegurar el porvenir de sus hijos? ¿Por qué tiene que ser la vida para ellos y para nosotros siempre miseria y amargura?"

Dos años antes, o quizás menos, Giovanni no se hubiera atrevido a pensar así ni a proceder tampoco como procedía, aceptando buenamente favores y regalos de su futuro yerno, ni dejar a cargo de éste la tarea de convertir a Lina en una señorita antes de contraer matrimonio, renunciando a los trabajos del campo y poniéndose ropas que Carlotti encargaba a Pavía y a Milán. En suma: el rico vecino había pasado a ser para ellos la Providencia vestida de oro, y le dejaban hacer, satisfechos de darse buena vida.

Las gentes del pueblo ya no miraban con hostilidad a aquella familia ni le hacían el vacío. Habían acabado por aceptar las cosas como eran y, convencidas de que el mundo se salía cada vez más de quicio, todo les parecía muy natural. "¿Que los Ferri se aprovechan del señor Carlot-

ti?... ¡Dichosos ellos!... ¡Quién pudiera estar en su lugar para cabalgar también sobre aquel caballo blanco!... ¿Que Lina iba a casarse con el señor Carlotti, veinticinco años más viejo que ella?... ¡Tanto mejor!... Eso demostraba que no era una boba y que sabía lo que se hacía. Dormir en una cama de dos colchones es más agradable que sobre un jergón, aunque el hombre que se tenga al lado le lleve a una un cuarto de siglo de ventaja." Tonelli, que muchas veces se detenía a pensar sobre este estado de conciencia colectiva, le llamaba "fenómeno de guerra, depreciación de valores morales motivada por la dilatación del sufrimiento", etc., etc., y en voz alta solía exclamar: "¡Ah! ¡Ya no son los mismos nuestros campesinos!... Ha de cesar la guerra y han de transcurrir muchos años, para que la conciencia de estos rústicos torne a su cauce normal, y hasta es de temer que no vuelvan a ser jamás todo lo buenos y probos que han sido."

En lo tocante a conflictos municipales y a las diferencias entre los principales señores del pueblo, las cosas también habían variado mucho. Carlotti había reemplazado a Caracciolo al frente de la alcaldía; Aldo Tonelli volvió a ocupar su puesto de secretario del Ayuntamiento sin renunciar al bien remunerado de inspector de subsistencias; el señor Valenti se salió al fin con la suya en aquella cuestión de riegos, y Bertini también sacó su tajada con su nuevo destino de administrador de Consumos, magnífico agregado a su mísera paga de maestro.

Los carlottistas habían triunfado en toda la línea, gracias al apoyo decidido del señor Raimondi, y poco a poco, comenzando por Luigi Solari, qué fué el primero, los caracciolistas, ex-

cepto su jefe, fueron buscando el modo de hacer las paces con los vencedores, dueños absolutos de la situación. Como éstos eran gente de buen fondo, se avinieron con gusto a aquella reanudación de relaciones, dejando a un lado enconos y rencores.

Tonelli, que había sido el principal promotor de aquella lucha, se bañaba en agua de rosas. El había sugerido al diputado la idea de nombrar a Carlotti alcalde de Castello en substitución de Caracciolo, idea que el señor Raimondi encontró excelente y puso en seguida en práctica, a pesar de las protestas del rico vecino, que se escudaba en su modestia para no desempeñar aquel cargo, y también fué Tonelli quien se encargó de consolidar la situación del señor Carlotti en la alcaldía, convenciendo a todos los vecinos de las buenas prendas morales de aquel hombre que había hecho más por el pueblo en siete años que los Caracciolo en varias generaciones.

El primer rasgo del rico vecino al asumir aquel destino fué desembolsar diez mil liras para enviar socorros a los soldados heridos de Castello, alojados en diversos hospitales de la Península. A Vicente, el hijo menor de los Ferri, llegaron a alcanzar los beneficios de aquel loable acto de desprendimiento de la primera autoridad del pueblo. El muchacho, que había sido herido, según noticias que sus padres tenían, en una de las últimas operaciones del Isonzo, se encontraba en un hospital de Venecia, desde donde hacía escribir a menudo a sus alarmados progenitores. En una de sus últimas cartas decía: "No os inquietéis; me encuentro perfectamente en este hospital, y mis heridas del brazo derecho marchan a pedir de boca, a tal punto,

que dentro de un par de semanas podré valerme de mi mano para escribiros. Tengo unas ganas locas de veros y de abrazaros, y procuraré conseguir unos días de permiso para asistir a la boda de Lina. Besadla por mí y presentad mis respetos al señor Carlotti."

Los Ferri, que cuando, tras un largo silencio de Vicente, llegaron a enterarse del percance sufrido por éste, habían pasado por momentos de verdadera agonía, tranquilizábanse ahora con las cartas, cada vez más optimistas, del joven, y casi se alegraban de que aquellas heridas de "poca importancia" hubieran determinado el alejamiento de su hijo de los sitios de peligro, donde lo más corriente era que le cupiese la suerte de sus desgraciados hermanos. En aquel hospital no había nada que temer, y mientras estuviese en cura y pasase su convalecencia, bien podía concluir la guerra.

Caracciolo, después de su ruidosa derrota, había abandonado Castello, acompañado de su mujer, para ir a poner casa en Stradella. Lucrecia fué quien le impuso este ostracismo. Y el buen hombre, que después de aquella dramática visita del diputado había estado a un paso de la sepultura, convaleciente aún, una mañana de nieve del mes de Enero había dicho adiós a la casa de sus antepasados donde siempre había vivido, y apoyado en el brazo de su cara mitad, que miraba a todas partes con el orgullo agresivo y desdeñoso de una reina destronada, subió al coche que debía conducirles al pueblo de los Bianchi. Serafín ayudó al auriga a instalar las maletas en el vehículo. Veía partir con verdadera tristeza al hombre que había sido su amo durante tantos años, y le apenaba el aspecto dolorido del pobre Caracciolo. Cuando el coche iba

a arrancar, el buen viejo se había acercado a la portezuela, gorra en mano, para despedirse del ex alcalde y de su mujer, diciendo:

—*Addio, "siur" Carlotti. Addio, signora.*

—*Addio* — contestó secamente Lucrecia, sin dignarse mirarle.

Caracciolo no dijo siquiera eso. Limitóse a hacer a Serafín una vaga señal de despedida con la mano, y el carruaje se puso en movimiento.

El viejo hubiera jurado que en aquel instante el ex alcalde de Castello lloraba.

Los habitantes de las casas de la plaza frotaron los empañados cristales de las ventanas para atisbar la escena.

Atravesó el coche la plaza desierta, abriendo sus ruedas en la nieve dos profundos surcos, y se perdió en el camino todo blanco, pasando delante de la posesión del señor Carlotti.

Serafín era el único que sentía ver alejarse a aquellos vencidos, agobiados por la indiferencia de sus semejantes. Y allí permaneció el pobre sexagenario, meditabundo, en medio de la acera de la alcaldía, como un comparsa a quien acaban de cambiar su papel y no sabe cómo desempeñar el nuevo; náufrago achacoso del zozobrado navío, dispuesto a formar parte de la tripulación de otro buque, más nuevo, más fuerte y cómodo que el desaparecido para siempre entre la borrasca de las estúpidas pasiones humanas.

En esto llegó Tonelli, que desde el interior de la hostería se había dado el gusto de ver partir a sus derrotados enemigos, y le puso una mano en el hombro.

—¿En qué piensas?—le preguntó—. ¿Te duele que se vayan?

Serafín se volvió hacia el vencedor, esforzóse por sonreir y mintió:

—No; se lo tenían bien merecido...

Y sin darse cuenta de ello, sus ojos, escondidos tras sus espesas pestañas blancas, tendieron la mirada hacia el camino, en cuyas revueltas acababa de perderse el coche que conducía a Caracciolo y a su mujer, dejando en la nieve las huellas profundas de sus ruedas. Aquel rastro, era para el viejo la estela fugaz que dejaba tras sí un estado de cosas que creía inmutable. Otra época pujante, arrolladora, venía detrás, y lo que Serafín no sabía era si seguiría el mismo derrotero de la anterior o si abriría otros derroteros, dejando en ellos algo más perdurable que aquellos tristes surcos en la nieve.

Entonces, apartando la vista del camino, la fijó en Tonelli, que sonreía. "¡Cáspita—exclamó para sus adentros—. ¡Este ha sabido vencer, y cuando se vence es porque se posee alguna virtud!... Veremos qué hace esta gente nueva..."

***

Al quedar fijado el día de la boda, los Ferri escribieron a Vicente para darle la noticia y preguntarle si había ya obtenido el permiso para trasladarse a Castello. El joven contestó con un lacónico: "Procuraré estar a vuestro lado ese día", que hizo concebir a la familia muy buenas esperanzas. Para aquellos padres, el regreso del hijo herido iba a ser un acontecimiento de tanta importancia como las nupcias de Lina. Y llegó el día señalado sin que se tuvieran otras noticias de Vicente. A despecho de este silencio, los viejos le esperaban... "Tal vez venga en este

tren... Tal vez en el otro...", y así desde la mañana hasta que anocheció, en que Marcelina dijo, mirando al cielo turbio:

—Sólo falta un tren, el de las diez y cuarenta y cinco... Si llega en él, ya no podrá abrazar a Lina hasta que regrese de Milán, dentro de un par de semanas...

En efecto: Lina había partido con su marido en dirección a Milán en el tren de la tarde. Ferri y algunos amigos que habían asistido a la ceremonia y al pequeño convite, acompañaron hasta la estación a los recién casados.

La señora de Carlotti, que se había despedido llorando de su madre, iba del brazo de su esposo, pálida de emoción, secándose de cuando en cuando las lágrimas que fluían sin cesar de sus ojos, azules como el más hermoso cielo de Lombardía.

Al pasar la comitiva por el pueblo, viejos, mujeres y niños se asomaron a las puertas y ventanas para contemplar a aquella hija del campo, convertida en la señora más rica de la comarca, y todos se quedaban estupefactos de verla tan linda, tan majestuosa con aquellas ropas, que por la desenvoltura con que las llevaba parecía haberlas gastado toda su vida.

—¡Es toda una señorita!—exclamaban las mujeres!

—¡En Milán la tomarán por una condesa! —agregaban los viejos.

Y las mozas murmuraban sin envidia:

—¡Lástima que él sea tan viejo! Lina a su lado parece su hija...

Y ella, breve, regordeta, inquieta, con algo de pajarillo en el andar, seguía su camino, al lado de su marido, veinticinco años más viejo, envuelta en un abrigo, adornado con pieles costo-

sas, estrechando en sus manitas enguantadas el diminuto pañuelo bordado, con el que de cuando en cuando se enjugaba sus bellos ojos, de un azul rutilante cuando las lágrimas los empañaban, fijos siempre en el suelo por el rubor.

Aquel noviazgo, aquella boda, aquel viaje de recién casada que iba a emprender con su esposo, todo, todo debía parecerle un sueño; un sueño largo, infinito; dichoso... cuando no pensaba en Pietro; triste, cuando el mozo de Mezzanino pasaba por la pantalla de su imaginación.

Llegaron a la estación; el tren estaba ya allí, y los que partían tuvieron apenas tiempo de despedirse de los amigos y de Ferri, el viejo Ferri, que al ir a decir adiós a su hija le tembló la voz como si tiritase de frío... Y silbó la locomotora; el tren comenzó a moverse. Lina y Carlotti, asomados a la ventanilla de su compartimento de primera clase, cambiaban los últimos saludos con las personas que estaban en el andén.

Tonelli y el señor Valenti sonreían maliciosos.

—¡Buen viaje! ¡Adiós, adiós!...

El tren corría, la estación de Castello, iluminada por los últimos rayos del sol, quedó atrás. Al rato, Lina y su marido dejaron de ver a los que habían ido a despedirles. Se apartaron de la ventanilla. El convoy entraba en el túnel y quedaron envueltos en la más completa obscuridad. Pasados algunos segundos, la luz fué surgiendo de nuevo en torno a ellos; por todas partes, el verdor de la campiña. Lina, que no había salido nunca de la comarca, veía brotar en el horizonte perspectivas nuevas... ¡Virgen Santa!... ¿Adónde iba?... Se estremeció y miró inquieta a Carlotti... ¿Iba a despertar ahora de su sueño?...

El marido, dulcemente, delicadamente, la pasó un brazo por el talle, la atrajo hacia él.

—Nadie nos ve...—murmuró.

Y la besó en la boca... El alma de Lina tembló como si acabase de llegar hasta ella una ráfaga gélida; pensó en sus padres, en su casita, de la que el tren la alejaba vertiginosamente; tuvo miedo de aquella vida nueva que comenzaba para ella, y, desolada, rompió a llorar como nunca había llorado hasta entonces...

***

La noche era fresca y clara. Fuera, en el huerto, los grillos despedían al verano con monótonas serenatas, y dentro, en la casa de los Ferri, reinaba el silencio... La lámpara estaba encendida sobre la mesa de la amplia cocina; en la chimenea brillaban aún algunos rescoldos, y Marcelina y Giovanni, sentados en el rincón más obscuro, cabizbajos y tristes, pasaban, lamentándose interiormente, el largo rosario de sus recuerdos.

Hacía más de media hora que no cambiaban palabra. La partida de Lina les había dejado anonadados. No imaginaron nunca que su soledad sería tan dolorosa. Llegada la hora de la cena, Giovanni se había negado con un gesto brusco a sentarse a la mesa. Marcelina no insistió. Ella tampoco tenía apetito; sólo deseaba llorar... ¡Ah! ¡Si al menos hubiese venido Vicente!...

De repente los dos viejos se miraron, adivinando su pensamiento. ¡Vicente! Aún podía llegar el hijo amado... El último tren, el de las

diez y cuarenta y cinco, no había pasado todavía...

—¡Qué despacio transcurre el tiempo esta noche!—exclamó Marcelina—. ¿Quieres que vayamos a la estación a esperarle?

—Es inútil—contestó Giovanni—. No vendrá.

—¡Oh!... ¿Y si viniera?

—El sabe el camino; pero no lo esperes; es inútil...

Otro silencio. Los dos ancianos vuelven a inclinar la cabeza sobre el pecho y siguen pasando las cuentas negras del rosario de sus recuerdos. Todas dicen lo mismo: ¡Trabajo, trabajo! ¡Vida ingrata!... El espinazo siempre doblado sobre la tierra y el estómago a media ración... No habían conocido otra cosa desde que tenían memoria, y últimamente, cuando veían en torno suyo a sus hijos hechos unos mozos, compensación de todos los anhelos y sacrificios, esperanza risueña de su vejez, la guerra maldita, salvaje, se los llevaba... Girolamo y Giuseppe, muertos; Vicente, herido y no a salvo todavía... ¡Y Lina que les había abandonado aquella tarde! ¿Feliz?... Marcelina y Giovanni no estaban seguros de que su hija lo fuera.

¡Desventurado tronco viejo, solo y desnudo, sin ramas, sin hojas, sin nidos, sin trinos!... Tronco abandonado, caduco, carcomido, que ya no podría retoñar jamás, eso eran aquellos ancianos. Esqueleto sombrío del árbol ayer lozano y hermoso de la familia, que tendía sus ramas en todas direcciones, bebiendo con sus hojas la luz del firmamento... ¿Quién se detendría ahora a mirar su espantable figura, ahora que no podía ofrecer a nadie el abrigo de su follaje contra el ardor del sol y la furia de los aguaceros? Todo el mundo pasaría de largo ante

aquel fantasma seco, que se caía en pedazos. ¡Bendita el hacha del leñador que viniera a derribarlo! ¡No servía para nada!

—Giovanni, ¿sabes que es cosa triste ser viejos?—lamentóse la madre de Lina.

Ferri miró a su mujer, que había levantado la cabeza, pronunciando estas palabras con los ojos fijos en los últimos rescoldos de la chimenea, y respondió con una amarga sonrisa:

—¿Sólo ahora caes en la cuenta de ello?

Marcelina se levantó y llevó su silla cerca de la de su marido.

Giovanni le salió al encuentro con la suya.

—Es el caso que ahora podríamos vivir sin trabajar, pero el pan de nuestros muchachos nos hubiera sabido mejor que el que nos ofrece el marido de nuestra hija...

—El pan de nuestros muchachos era nuestro pan, Marcelina...

—Cierto, cierto, Giovanni; era nuestro pan...

Y simultáneamente los dos viejos se aproximaron más con sus sillas. Se tocaban casi.

—¡Si viniera nuestro Vicente!... ¡Estamos tan solos!...

—¡Pobre mujer!... Nosotros no podemos esperar nunca cosas buenas.

—¡Oh, Giovanni!... ¿Por qué habremos sido tan desgraciados?

Marcelina pronunció estas palabras con voz estrangulada, con voz que era un lamento de su alma herida; Ferri se conmovió al oírla, e instintivamente extendió sus toscas manos hacia las rugosas de la anciana. Ella, al sentir aquella caricia, que su marido no le prodigaba desde la última vez que había sido madre, sonrió agradecida, mirándole a través de unas lágrimas densas y gruesas.

—¿Quieres a tu vieja, Giovanni?... ¿Verdad que la quieres?

—Siempre te he querido, Marcelina... ¿Podía hacer otra cosa con la madre de mis hijos, con la compañera de mi vida?

—¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno!

Y la anciana parecía transfigurada de felicidad.

—Hemos cumplido siempre con nuestro deber, como Dios manda. Juntos hemos trabajado, juntos hemos criado a nuestros hijos, cuidando de nuestro pedazo de tierra y de nuestras bestias; nada podemos echarnos en cara ahora que todo ha concluído...

—Es verdad, es verdad, Giovanni—asintió Marcelina.

Y en un transporte de ternura llevó a sus labios una de las manos del compañero de su vida.

—¿Qué haces?—exclamó él, retirándola con presteza.

Y la pobre mujer respondió, bajando los ojos:

—Ahora que estamos solos debemos querernos mucho, querernos como nunca nos hemos querido hasta hoy... ¿Comprendes?

Giovanni, más conmovido que nunca, asintió con un movimiento de cabeza, y Marcelina, llevada por su ternura, iba a decir algo más, cuando de pronto exclamó:

—¡Calla!... ¡Me parece que ya viene!

—¿Quién?—inquirió Ferri poniendo atención.

—El tren... ¿No oyes?

—Sí, sí; es el tren...

—El de las diez y cuarenta y cinco... Escucha: se ha detenido en la estación... ¿Traerá a nuestro hijo?

—¡Tonterías!...

—Sin embargo, yo no sé por qué, me parece

que nuestro hijo viene, Giovanni... Hemos hecho mal en no ir a esperarle a la estación... Tú, que tienes buena vista, asómate al camino... Si le ves venir, llámame, y juntos iremos a su encuentro.

—Saldré por darte gusto—dijo Ferri, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta—; pero puedes estar segura de que Vicente no viene a estas horas...

Salió. La anciana santiguóse y comenzó a rezar en voz baja... Pasaron unos diez minutos, y por fin regresó Giovanni. Ella interrumpió su oración.

—¿No viene?

—No.

—¿No se ve a nadie en el camino?

—Sólo un desgraciado que sin duda ha bebido por demás y se dirige hacia el pueblo dando traspiés y cogiéndose a todos los árboles que encuentra a su paso.

Marcelina inclinó la cabeza.

—Será preciso escribir mañana a Vicente —dijo—. Hay que saber lo que ocurre.

—Escribiré—murmuró Ferri sentándose al lado de su mujer—. Tengamos paciencia.

Otro silencio. La llama de la lámpara parpadea. Ha entrado por la puerta entornada del huerto una ráfaga de aire frío... Marcelina se estremece; ya no suena en la profunda paz nocturna la monótona serenata de los grillos.

—Cierra, Giovanni. El aire va a apagar la lámpara.

Ferri se levanta.

—Lo mejor que podemos hacer es irnos a dormir... Es tarde ya...

—Tienes razón; pero me domina la costumbre de cuando Lina estaba aquí: ella cosía o borda-

ba hasta media noche, y yo le hacía compañía... ¡Pobrecilla!... No podré acostarme antes de la hora que ella lo hacía.

—Manías...—gruñe Giovanni, cerrando la puerta del huerto.

—¡Por la Virgen!—exclama al mismo tiempo Marcelina—. Escucha... ¿Qué pasos son esos que se oyen fuera?

—Deben ser del borracho...

—Parece que se acerca a nuestra casa. ¡Tengo miedo, Giovanni!

—¿Miedo?... No seas tonta, mujer.

Pero al momento los dos viejos se estremecen. Han llamado a la puerta. En el silencio de la cocina, aquellos golpes han retumbado como las primeras paletadas de tierra encima de un ataúd.

—¿Abrimos? — indaga Marcelina, mirando asustada a su marido.

—¡Claro que debemos abrir!

—Pregunta antes quién es.

—¡Padres, padres míos!—clama fuera una voz—. Abrid, abrid... ¿Es que estáis acostados?

—¡Ave María!... ¡Vicente!

—¡Nuestro hijo!

¡El hijo amado está allí!... Toda la dicha del universo brilla en la mirada de los dos viejos, que se precipitan hacia la puerta, disputándose la primacía de abrazar a Vicente... La puerta gira violentamente, como si aquellas manos toscas fueran a arrancarla en su precipitación por abrir...

—¡Padres míos!...

Pero, ¿es Vicente aquel soldado? Los brazos que se tendían para abrazarle caen... Giovanni y Marcelina dudan... Aquellos anteojos negros desfiguran la fisonomía del recién llegado.

—¡Madre, padre!... ¿No estáis aquí?

Es su voz, la voz bendita del hijo... Sin embargo, el padre y la madre retroceden estupefactos, triturado el corazón por algo que no se explican.

Vicente avanza tambaleándose; entra en la cocina, extiende los brazos...

—¡Madre!... ¡Padre!... ¿Dónde estáis?

—¡Desgraciado!—profiere Giovanni Ferri—. ¡Desgraciado!... ¿Estás borracho? No puedes tenerte en pie.

Vicente parece comprenderlo todo... Avanza otros dos pasos vacilando, y arrancándose las gafas, mueve la cabeza, levantando desmesuradamente sus párpados para enseñar sus ojos vacíos, rodeados de un círculo de carne inflamada.

—¿Borracho?... Sí, padre; lo estoy, pero no de vino... ¡Vengo borracho; borracho de desesperación porque me han quitado la luz, porque mi vida es ahora una eterna noche y ya no podré veros jamás!... ¡Me han sacado los ojos!... ¿No lo veis, padres?

Rompe en sollozos. Las gafas han caído de su mano y sus cristales negros se han roto al chocar contra los ladrillos del suelo. Un grito tremendo se escapa del pecho de la madre, mientras el padre, tambaleándose como si también hubiera perdido la vista, se abalanza hacia el cuello del desgraciado, rugiendo como una bestia herida:

—¡Maldición!... ¡Maldición!... ¡Mi Vicente!... ¡Qué han hecho de ti esos bárbaros!... ¡Perros! ¡Maldición!... ¡Maldición!... ¡Hijo mío!...

La madre, vencida, ha caído de rodillas y se abraza gimiendo a las piernas del soldado ciego... Vicente balbucea, buscando con sus manos

temblorosas el semblante de su padre, la cabeza blanca de su madre:

—Os engañaba en mis cartas porque me faltaba valor para deciros la verdad... Pero no lloréis, padres míos... Otros pobrecillos hay que están peor que yo... La guerra es espantosa, padres, y los que la han querido merecían que... les arrancasen los ojos como me los ha arrancado a mí la maldita granada que estalló a mis pies... Madre, padre... Yo quería abrazar a Lina, pero he pensado que no debía presentarme en la fiesta... ¿No os parece que hubiera sido amargarle la boda a mi pobre hermana?... Por eso he venido en el último tren, seguro de que en casa sólo os hallaríais vosotros, mis viejos queridos... Levántate, madre: aún no te he besado... ¿Dónde está tu cara?... No veo, madre, no veo... ¡Es horrible!

X

Al abrir Pietro los ojos, de no haber estado su pobre cabeza tan vacía de pensamientos, hubiera podido creer que nacía por segunda vez, o que su sér, tras un período de estancamiento de todas sus facultades físicas y morales, se desdoblaba en otro sér completamente distinto del primitivo. Experimentaba sensaciones extrañas que no había sentido nunca, desagradables algunas de ellas y otras de calificación difícil, puesto que se manifestaban de modo muy vago y como a través de un estado general de embriaguez o embotamiento.

Lo primero que había visto al pasear la mirada en torno suyo, fué una hilera de camas que se perdía en una especie de nebulosa. Luego, a medida que pasaba el tiempo, las proporciones de aquella hilera infinita fueron reduciéndose hasta el punto de que ya hubiera podido contarlas sin gran esfuerzo. Unas paredes blancas fueron surgiendo de aquella espesa nube de vapores en que la hilera de lechos parecía flotar, y sobre aquellas paredes fué formándose una lámina plana y sólida: el techo de una sala de hospital.

Todo aquello era para él completamente nuevo, como cosa que se ve por vez primera en la vida y en la cual no se ha pensado nunca ni tenido de ella la menor noticia. Y cuando su vista se fué habituando a aquella blancura ma-

reante que le rodeaba por todas partes, le sorprendió con descubrimientos imprevistos. Varias veces vió pasar delante de la cama en que se hallaba tendido unas formas humanas de contornos encantadores, inmaculadas, como todo cuanto hasta allí había visto. La sensación que le producían al aparecer y desaparecer delante de él, fugaces como meteoros, era de las más agradables. Pietro hubiera querido detenerlas para examinarlas a su gusto, y abría cuanto podía los ojos, como si quisiera absorber aquellas hermosas imágenes fugitivas; pero este esfuerzo le era perjudicial: una nube densa, impalpable, se extendía en seguida ante su mirada, borrándolo todo, y le parecía que su cuerpo caía en un vacío sin fin. Pasado el mareo, volvía a mirar con una curiosidad tenaz y descubría siempre nuevos detalles, que daban más carácter a cuanto veía, que acusaban cosas y objetos con líneas definitivas.

De repente, sus ojos se encontraron con otros ojos que le miraban tan profundamente, que Pietro sintió correr por su cuerpo una especie de cosquilleo eléctrico. Tuvo un sobresalto, y abriendo los suyos cuanto pudo, descubrió un hermoso rostro demacrado que le sonreía con una confianza un tanto burlona de antiguo camarada. Aquella sonrisa animó bastante a Pietro, quien siguió mirándole, hasta descubrir que aquel rostro amable estaba muy cerca de él, que era el de su vecino del lecho de la derecha.

Después de esto, Pietro volvió a experimentar la escalofriante sensación del vacío negro en que le parecía se hundía su cuerpo... Cuando esto pasó, oyó que le hablaban:

—¿Otro sueñecillo, compañero?... ¡Vive Dios que no has traído aquí poca modorra!

Pietro miró en dirección de donde venía aquella voz y volvió a distinguir el rostro, hermoso y demacrado de doncella, de su vecino de la derecha.

—¿Dormir yo?... Pero, ¿es que he dormido?

—¡Toma!... Lo menos ocho días de un solo tirón... Es todo un *record*.

Pietro se quedó estupefacto. En vano buscó en su mente vacía la explicación de aquel largo sueño que el vecino de rostro afeminado le atribuía. No sabía nada, no recordaba absolutamente nada... Su vida parecía arrancar de aquel mismo instante.

—Pero, ¿dónde estamos?—inquirió.

—¡Ya salió la preguntita de todos!—exclamó el vecino del lecho de su derecha—. ¿Eres un niño para no darte cuenta del sitio donde te encuentras?

—Pues no acierto—declaró Pietro, confuso.

—Abre bien esos ojos y lo comprenderás, ¡qué diablos!

—Ya veo, ya veo...—murmuró Pietro después de hacer lo que el del rostro de doncellita le mandaba.

Y agregó, como si hablara consigo mismo:

—Un hospital... ¿Cómo diantre habré yo venido a parar aquí?

—¿Dónde te hirieron?—preguntó el vecino, que miraba a nuestro soldado con un interés lleno de conmiseración.

—¿Que dónde me hirieron?... ¿Estoy herido yo acaso?

—¡Vaya con el gandul este!... ¿Para qué crees tú que en tiempos de guerra se viene a parar a un hospital?... ¡Qué mal va esa memoria, amigo mío!

—Tan mal, que no comprendo nada, ni re-

cuerdo lo que *era* yo antes de ahora... De manera que estoy herido, ¿eh?

—Y de más consideración que yo, desgraciadamente... Hace ocho días, cuando yo abrí los ojos y te vi tendido en esa cama, me dije: "He ahí un truhán que se va al otro mundo sin darme siquiera los buenos días."

—¡Caramba!—exclamó Pietro—. ¿Tan grave he estado?

—No hubiera dado media lira por tu vida; pero, por lo visto, camarada, eres un árbol que sabe resistir la poda o la Providencia te mira con muy buenos ojos... ¡Tanto mejor, porque pareces un buen muchacho!

Pietro quedó absorto. Trató de recordar, pero esto debía ser demasiado esfuerzo para él en aquellas circunstancias, puesto que su vista volvió a nublarse y sintió nuevamente la sensación terrorífica de la caída en el abismo. Cuando tornó a la realidad, el vecino le estaba hablando:

—Hay que tener valor para soportarlo todo, camarada. Ahora es cuando comienza para nosotros la verdadera lucha... Lo pasado ha sido juego de niños, una borrachera de coraje y de entusiasmo de la que hemos salido tan mal parados, que nosotros ya no somos *nosotros*...

—Sigo sin comprender nada—dijo el mozo de Mezzanino—. ¿Qué quieres decir con eso de que nosotros ya no somos nosotros?

El vecino se echó a reír; era la suya una risa trágica que metía miedo a Pietro.

—Acabas de despertar y por eso no me entiendes... Sin embargo, tú debes *sentir*, porque yo también lo he sentido cuando como tú desperté a esta nueva vida... Ya no eres el mismo, y eso lo *sientes*...

—¡Es gracioso lo que dices!—exclamó nuestro

mozo—. Yo soy un tal Pietro Cremaschi, si la memoria no me engaña, y, según tú, ya no *soy* ese tal Pietro Cremaschi...

—Te llamas Pietro Cremaschi, pero, en efecto, *ya no eres* Pietro Cremaschi.

—¡Vive Dios!... ¿En qué mundo estamos?

—En el mismo.

—¿Por qué, entonces, no he de ser yo Pietro Cremaschi?

—Porque ya no te pareces a Pietro Cremaschi, como yo tampoco me parezco a Alfredo Cánepa... Cuando te mires en un espejo, lo comprenderás.

—¿Es que me han cambiado el cuerpo?

—Algo peor que eso: te han echado a perder el que tenías.

—¡Cáspita!... Yo no me doy cuenta de nada.

—¿Sabes tú lo que ocurre cuando una bomba cae encima de una casa?

—La echa abajo.

—Pero en algunos casos deja algo en pie de la vivienda. Aquí, un trozo de pared con una ventana; más allá, la puerta del corral; un poco más lejos, el aljibe... Pues bien: esos restos ya no son una casa, sino los restos de una casa, y su dueño dirá: "Aquí estaba mi casa" o "Esto ha sido mi casa", y nunca "Esto es mi casa", pues en realidad ya no lo es... Lo mismo nos ocurre a nosotros, Pietro Cremaschi... Ya no somos lo que hemos sido.

—Según voy comprendido—dijo el soldado de Mezzanino, después de permanecer absorto otro largo rato—, lo que te hace hablar de ese modo son nuestras heridas, que no creo tengan la importancia que tú les atribuyes.

Una sonrisa triste apareció en los labios lívidos del vecino de Pietro.

—¡Pobrecillo!—exclamó después con acento de compasión—. Te está ocurriendo lo mismo que a mí al principio de abrir los ojos... No sientes nada... Te crees *entero*... Sin embargo, ya no somos más que la mitad, o tres cuartas partes, alargando mucho...

Pietro sintió que se le oprimía dolorosamente el corazón.

—Yo no veo que a ti te falte nada—murmuró.

—¡Ah! ¡Si no fuera por las ropas de la cama! —exclamó lúgubremente el joven del rostro afeminado.

—¡Qué!... ¿Has perdido alguna pierna?

—¡Las dos!

—¡Desgraciado!—musitó Cremaschi.

Y súbitamente asaltado por una sospecha trágica, agregó, abriendo los ojos de un modo desmesurado:

—Oye, y a mí, ¿qué me falta a mí?

Y Pietro esperó la respuesta con todo su sistema nervioso en tensión. El otro tardó en contestar y le miraba profundamente, con esa atención escrutadora del médico que quiere convencerse de la fortaleza moral del paciente antes de revelarle la gravedad del mal que padece. Por último dijo:

—Lo que a mí... y algo más.

Pietro se estremeció sobre el lecho, y de repente, en distintas partes de su cuerpo, sintióse atacado por agudos dolores. Tan pronto parecíale que le retorcían los dedos del pie izquierdo como que le daban golpes en el tobillo del derecho. Luego creyó sentir un extraño cosquilleo en la mano izquierda y un escozor en la mejilla del mismo lado. Esos dolores, esas sensaciones le llenaron de alegría, y exclamó, mirando radiante a su vecino:

—¡Te has equivocado!... Yo *tengo* mis piernas... *Siento* que me duelen...

—¡Pobre muchacho!—replicó con lástima el joven—. Yo también he sentido eso que tú sientes, y, sin embargo, cuando pude levantar la sábana y miré...

No terminó la frase. Una especie de sollozo había estrangulado su voz y los ojos se le empañaron. Pietro volvió a estremecerse y quiso mover el brazo izquierdo para levantar las ropas que le cubrían, pero el brazo no obedeció a su deseo... Entonces empezó a temer que su vecino tuviese razón.

* * *

Poco a poco, Pietro Cremaschi tuvo que convencerse de la espantosa realidad... Lo primero que comprobó fué la amputación de su brazo izquierdo. Creyó enloquecer de dolor, pero cuando ese dolor tomó visos de verdadera agonía fué al descubrir que también le faltaban las dos piernas. La izquierda le había sido cortada a la altura de la rodilla, y la derecha cerca de la cadera. Imaginó el aspecto de su cuerpo, mutilado bárbaramente, y lloró como un niño, maldiciendo de su suerte y pidiendo a voces que lo mataran.

Casi todos los heridos de la sala se incorporaron en sus lechos, impresionados por aquel llanto de tremenda desesperación, y los que estaban más cerca dirigieron al pobre mozo palabras de consuelo. Pietro no les escuchaba, no hacía el menor caso, y seguía gimiendo como si estuviesen haciéndole pedazos, nombrando a su madre, al señor Livio, a Dios y a la Virgen.

Varias enfermeras acudieron a su lado, y como tampoco pudieran calmarle, vino un médico, el cual, temiendo que aquella excitación pudiera serle fatal, le aplicó en la espalda una inyección de morfina que a los pocos instantes le dejó sumido en un profundo sopor.

Pasados los efectos del alcaloide, Pietro volvió a escuchar la voz de su vecino:

—¡Animo, camarada!... Triste es tu suerte; pero la mía no lo es menos, y desgraciados como nosotros los hay a millares... Es una verdadera lástima que no se nos haya convertido en papilla; pero la Providencia ha dispuesto así las cosas, y no hay más remedio que resignarse. Por mi parte, te digo que lo estoy... Lo pasado, pasado, y a vivir como se pueda.

—¿Vivir?... ¿Puede llamarse vivir a esto?... ¿De qué serviremos ya nosotros con el cuerpo podado como una viña?

—De nada, ciertamente...

—¡Pues que me maten, y lo agradeceré!—exclamó Pietro, tornando a desesperarse.

—Eso ya no es posible—dijo el joven vecino.

Una enfermera que cruzaba la sala se acercó a nuestro mozo.

—¿Cómo se encuentra usted?

Pietro levantó los ojos, sorprendido al oír aquella voz femenina tan dulce y tan amable, y vió de pie, frente a su cama, a una joven vestida de blanco, con una cruz roja en una manga, que le miraba, sonriendo bondadosamente. Era rubia y tenía los ojos azules, como Lina, su novia adorada, cuya imagen se destacaba ahora de las negruras de su mente.

—Así, así...—murmuró emocionado—. Gracias...

El vecino dijo:

—Ya se va resignando, como todos, y acabará por conformarse con su suerte.

La enfermera se volvió hacia el que hablaba.

—Procure animarlo, Alfredo. Parece muy buen chico y me da pena verle tan abatido.

—Hago lo que puedo, Sabina; pero desde ahora, por el mero hecho de que me lo ha pedido usted, hermosa criatura, seré para él más tierno que una madre.

—Dios se lo premiará a usted—dijo la joven, sonriendo de un modo encantador.

—¿Y usted?—preguntó el herido, incorporándose un poco.

—¡Ah, pillo!—exclamó ella, volviéndose.

Y se alejó, llevando en los labios su sonrisa, radiante como un sol de Mayo.

—Parece muy buena esta enfermera — dijo Pietro—. Nos hace muy bien oír a los que se conduelen de nuestra desgracia.

—Todas las que atienden esta sala son buenas muchachas; pero Sabina sobresale de las demás. Y no creas tú que se trata de alguna fregona. Su padre es un industrial de Turín con más millones que los años que tú y yo llevamos vividos.

—Ya me parecía a mí que tenía acento turinés. No cabe duda que es un buen partido, ¿eh?

—¡Quién piensa ahora en eso! Nosotros ya no podemos aspirar a nada.

A pesar de que Alfredo habló con el acento de falsete que le era peculiar, sus palabras sonaron amargamente en los oídos de Pietro Cremaschi.

—¿Por qué?—inquirió, con el pensamiento puesto en Lina—. ¿Es que ya no somos dignos de que las mujeres nos quieran?

Miró a su vecino con profunda curiosidad, y

vió que su rostro delicado se ensombrecía. Después, pasándose una mano por la frente, Alfredo contestó secamente, anonadando a Pietro:

—No.

* * *

Los primeros meses fueron para el mutilado una oscilación constante entre la vida y la muerte, una agonía espantosa de ayes y lamentos desgarradores. Tantas y tan horribles eran sus heridas, que daba que hacer a los médicos más que veinte de sus compañeros de sufrimientos juntos. Sus curas constituían verdaderas disecciones, y eran tan dolorosas, que muy pocas veces el desgraciado pudo resistirlas sin perder el conocimiento. Su gravedad llegó a ser tan desesperada, que hubo días que los médicos, al apartarse de su lecho, se dijeron, después de consultarse con la mirada: "No pasa de hoy". Volvían al día siguiente, y le encontraban respirando aún, amoratado el rostro, lleno de horribles cicatrices, única parte de su cuerpo que había curado del todo. Su vida luchaba denodadamente con la muerte y siempre encontraba el medio de eludir el zarpazo definitivo.

Alfredo Cánepa, el compañero del lecho de la derecha, procuraba animarle en aquella lucha terrible, incitándole a resistir con palabras afectuosas de verdadero hermano. Le conmovía aquel muchachote campesino, robusto y simple, que se agitaba en la cama acosado continuamente por dolores más fuertes que toda humana resistencia y que le arrancaban del pecho rugidos salvajes. El también padecía; pero su tormento era menos atroz, afortunadamente. Sus muño-

nes cicatrizaban bien, y dentro de poco tiempo estaría en condiciones de abandonar el lecho y pasearse por el jardín del hospital, apoyado en dos muletas.

Pasados aquellos primeros meses, Alfredo Cánepa fué notando que Pietro se quejaba con menos frecuencia y que los médicos que le atendían ponían después de las curas un semblante menos pesimista.

"Vamos, esto marcha bien—se dijo—. Ya es hora de que este desgraciado muchacho deje de padecer."

En efecto: Pietro había triunfado de la muerte, y su mejoría seguía cauces lentos, pero seguros. Sus espantosas heridas iban cerrándose y dejando de destilar pus, y poco a poco las intervenciones quirúrgicas quedaron reducidas a simples curas sin ninguna clase de dolor. La fiebre, que ponía fuego en sus ojos y en sus horribles mejillas, había desaparecido, y ya podía comer alimentos sólidos y charlar con su vecino de lecho, el joven de rostro de doncella que tanto le había animado en sus desesperantes horas de martirio.

Pero para su desgracia, esa disminución de los sufrimientos corporales contribuía a dejar su alma a disposición de las dentelladas del dolor moral. Pietro se dió a pensar en su espantosa suerte y a pasar revista a todos sus recuerdos. El pasado, mantenido lejos de su mente por las torturas de su carne martirizada, desfilaba ahora libremente por su imaginación, llenándole de tristeza.

Pietro dudaba muchas veces de haber sido lo que suponía. Aquel pasado, su vida siempre igual de muchacho solo, trabajador y honrado, le parecía un sueño. Su amo, el señor Livio, y

Lina, la dulce Lina, ¿habían existido realmente? ¿Los había conocido él?... Entonces, con una ternura de lágrimas evocaba aquella noche de Mayo que su amada, llorosa, le había despedido junto al muro del huerto del señor Carlotti, en el camino de la estación ferroviaria de Castello.

¡Cuántas veces había recordado aquella noche memorable durante los días trágicos que siguieron a su partida del apacible valle natal!... Mientras corría por el camino para alcanzar el tren de las diez y cuarenta y cinco, el último tren que pasaba por Castello, había tenido que enjugarse los ojos, velados por una humedad de llanto. Su llegada a Pavía, a la madrugada. Las calles hervían de gente ebria de patriotismo, que no cesaba de vitorear a Italia. Aquel entusiasmo exaltó a Pietro, que se había dado prisa en presentarse en el cuartel.

A la mañana siguiente, su regimiento, entre vítores y aclamaciones delirantes, partía para la frontera. Ninguno de sus compañeros de armas iba triste; nadie pensaba en el pasado, y todos estaban ansiosos de batirse. Pietro tampoco podía volver atrás el pensamiento. El también quería verse cuanto antes en el campo de batalla, delante del enemigo maldito que subyugaba a sus hermanos de Trento y Trieste.

.. ..

bles, voces de mando, relinchos de caballos, ruidos de armas, silbidos de trenes que llegan continuamente, volcando oleadas de soldados; jinetes que vuelan de un lado a otro; automóviles que van y vienen... Delirio...

El regimiento desfila ante el cuartel general. Cadorna, con sus bigotes blancos y sus ojos de abuelo cariñoso, despide a los héroes que van a esculpir bajo su mando el segundo bloque del monumento a la unidad italiana. Al pasar delante del general, Pietro siente temblar su corazón; tiene conciencia de que vive el momento más grande de la historia de la humanidad y anhela demostrar todo lo que vale, todo lo que él puede hacer por la patria que ve personificada en aquel anciano de bigotes blancos como la nieve y de miradas cariñosas de abuelo bueno.

En las vertientes de los montes Lessini, el regimiento de artillería rompe el fuego con sus cañones sobre las primeras concentraciones enemigas. Se produce un duelo terrible de metralla. Los artilleros italianos vibran de coraje y replican sin darse punto de reposo, cuidando de que no se pierda bala. Caen los primeros bravos. La sangre de los redentores del Trentino y Trieste ha comenzado a regar la tierra y las piedras de las primeras estribaciones alpinas. No importa: "¡Adelante! ¡Siempre adelante!"... Los artilleros empujan sus cañones bajo el incesante fuego del enemigo. Los obuses llueven en torno a los que avanzan. La tierra y el cielo parecen temblar al estruendo espantoso de aquellas explosiones continuas... Y se avanza siempre, despreciando la muerte, con la sonrisa en los labios, hasta que el adversario comienza a replegarse...

Las jornadas siguientes son más arduas y más

sangrientas. El monte Baldo y el llano Lavazone sirven de escenario a combates reñidos, a espantosos duelos de artillería. El Baldo es tomado, y se prosigue el avance; pero en el llano de Lavazone, el valor denodado de los peninsulares se ve por primera vez contenido por la posición austriaca que defiende con denuedo el camino de Trento. El octavo regimiento de artillería montada, que sigue en la vanguardia del ejército de operaciones, hace lo indecible por abrir paso a la Infantería; pero todos sus esfuerzos se estrellan contra la admirable defensa del reducto enemigo, que con su metralla abre en las filas italianas grandes claros.

Pietro sigue indemne, aunque un poco contristado por haber visto caer hechos pedazos a muchos de sus camaradas. Empieza a ver la guerra por su parte trágica.

. . . . . .

Después de una breve temporada de descanso, el regimiento volvió a la vanguardia, interviniendo en las operaciones para apoderarse de las alturas próximas a Montecroce y de los desfiladeros de Wolaya y Valentina, que fueron seguidas de la toma de la población de Tolmino. Tras otra pequeña pausa, prosiguió la ofensiva en el Trentino.

Pietro estaba ya acostumbrado a la música horrísona de los cañones y soportaba resignado las penurias de la campaña. Las noches que le tocaba guardia, para vencer al sueño, se ponía a pensar en su novia y en el señor Livio. Suspiraba por su valle natal, tan verde y hermoso en aquel tiempo, salpicado aquí y allá de pueblecillos blancos, que vistos a distancia semejaban rebaños de ovejas en reposo. ¿Cuándo sal-

dría de esas montañas siniestras donde la muerte rondaba continuamente, para tornar a aquel rincón de paz en que la novia estaría aguardándole con los brazos abiertos y la promesa de mil felicidades en la mirada de sus ojos azules como el firmamento?

Su entusiasmo bélico se habia apagado por completo, y únicamente le sostenía en aquella lucha titánica el convencimiento de que sus sacrificios eran hechos en favor de una causa justa.

El resto del mes de Julio lo pasó Pietro en una posición vecina a Tolmino, defendida por una brigada de cien hombres con tres cañones y ocho ametralladoras. A una distancia de trescientos cincuenta metros, en una altura cercana, el enemigo tenía otra posición. Italianos y austriacos limitábanse a cambiar todos los días algunos tiros para demostrarse mutuamente que vivían alerta, y el resto de la jornada transcurría sin otros incidentes dignos de mención.

Llegó el mes de Agosto. Aquel sector seguía en relativo silencio y el trueno de los cañones se oía muy lejos. Las dos posiciones enemigas iban perdiendo la costumbre de tirotearse diariamente. Los soldados se asomaban confiadamente fuera del parapeto, respetándose la vida unos a otros.

Pietro se aburría; aquella inercia agarrotaba sus músculos, acostumbrados a la actividad continua, y le obligaba a recordar más que nunca el valle risueño de sus amores. Escribía a Lina largas cartas con protestas de amor cada vez más vehementes, y de cuando en cuando recibía otras de su novia, llenas de frases cariñosas, y después de leerlas varias veces, las guardaba sobre el corazón, como reliquias sagradas. Tam-

bién el señor Livio le escribía a menudo, diciéndole que le echaba muy de menos, que desde que él se había marchado todo marchaba patas arriba en el molino, que la vida se ponía cara, y le tenía al corriente de cuanto ocurría en Mezzanino. Pietro replicaba rogándole que no se afligiera por él y dándole cuenta de su situación, que por el momento no podía ser más excelente.

Y, en efecto, así era: los ocupantes de una y otra posición parecían olvidar que estaban en guerra, y se miraban como vecinos enojados que desean reconciliarse, poniendo especial cuidado en evitar todo género de nuevas diferencias o dificultades.

Un día falleció uno de los austriacos. Sus compañeros salieron de la posición para dar sepultura al cadáver, sin que los italianos, que los tenían a merced de sus tiros, dispararan una bala; antes al contrario: asomados fuera del parapeto, se descubrieron respetuosamente en el momento que el cuerpo del adversario recibía sepultura.

En otra ocasión, cuatro compañeros de Pietro salieron al obscurecer del reducto para ir a coger frutas a un bosquecillo cercano. Estando entregados a esa tarea, oyeron unos pasos que se aproximaban, y desde las copas de los árboles vieron a un grupo de soldados de la posición enemiga que se aproximaban al bosquecillo con el mismo propósito que los había guiado a ellos. Emboscados entre el follaje, hubieran podido disparar cómodamente sobre ellos hasta no dejar uno vivo; pero este proceder les pareció tan repugnante como un crimen. Salieron del bosquecillo cargados con la fruta que ya habían cogido, y al divisarlos los austriacos, hincaron una

rodilla en tierra, prepararon las armas de fuego y les gritaron:

—¡Alto! ¿Quién va?

—Vuestros vecinos, que acaban de aprovisionarse — contestó un cabo italiano—. Ahora os toca a vosotros.

Y siguieron su camino.

Los austriacos se metieron a su vez en el bosquecillo, satisfechos de la caballeresca conducta del adversario.

Otra noche el encuentro se repitió cerca de un manantial al que los dos grupos se habían acercado en busca de agua fresca. Los italianos aguardaron a que los austriacos hicieran su provisión, y después se adelantaron ellos.

—Buenas noches—dijeron los enemigos al alejarse.

—Buen provecho — contestaron humorísticamente los peninsulares.

A fines de Agosto cambió el buen tiempo. Cayeron unas lluvias torrenciales y empezó a refrescar. Por la noche hacía frío y era preciso abrigarse. Los centinelas no se recataban de fumar paseando junto al parapeto. Los italianos veían el fuego del cigarro de los austriacos, y viceversa, sin que a unos ni a otros se les ocurriera echar mano al fusil y apuntar. Los de una posición conocían los nombres de los jefes de la otra. Los italianos se burlaban del capitán austriaco, que era cojo, y éstos se reían de un sargento italiano de nariz desproporcionada, que salía de la trinchera para hacer gimnasia en una barra que tenían a la vista y a tiro. La idea de que podía llegar un día en que se vieran obligados a arrojarse unos contra otros para matarse despiadadamente debía parecerles una monstruosidad a aquellos hombres, y los italianos

pensaban: "Haga Dios que no tengamos que ser nosotros los primeros en romper el fuego." Y en efecto: no fueron ellos los primeros.

Una madrugada de mediados de Septiembre, en que las nubes estaban muy bajas y envolvían los montes en sus densos vapores, impidiendo a los centinelas ver a tres pasos de distancia, un grito de agonía desgarró el silencio en que la posición italiana estaba sumida. Los austriacos estaban junto al parapeto y acababan de atravesar de un bayonetazo al centinela, que los había visto y acababa de dar la voz de alarma. Los otros nueve soldados que montaban la guardia se precipitaron a sus puestos. Vieron al enemigo que se disponía a entrar en la posición, y mientras gritaban para despertar a sus compañeros, se batieron como tigres a tiros y a cuchilladas para impedirle realizar su propósito. En un abrir y cerrar de ojos, cuando de los nueve soldados no quedaban más que tres en pie y mal heridos, toda la guarnición reaccionó y se precipitó contra los atacantes. La rabia de haber sido sorprendidos traidoramente hacía temibles a los peninsulares, que, a pesar de verse rodeados por todas partes, con más de la mitad de los enemigos dentro del reducto, consiguieron rechazarlos, infligiéndoles numerosas bajas. Huyeron los austriacos al amparo de la obscuridad y de las brumas, y poco después, cuando la aurora desplegó sus alas de rosada luz sobre los picachos lejanos, abrieron contra el puesto italiano un terrible fuego de artillería, que en pocos momentos desmanteló por completo el reducto. Sólo un cañón y dos ametralladoras quedaron útiles en medio de los escombros, y en torno a estos elementos se agrupaba un puñado de bravos, dispuestos a derramar hasta la última gota de

sangre antes que abandonar aquellas ruinas. Pietro, con las manos negras de pólvora, estaba entre ellos.

¡Jornada espantosa aquella! El número de enemigos aumentaba por momentos y por momentos también era más nutrido su tiroteo. En medio de aquella horrible tempestad de estampidos, el cañón italiano, disparando sin cesar, apenas si se oía. El teléfono había anunciado el envío de refuerzos desde las posiciones próximas; pero esos refuerzos tardaban en llegar.

"No importa—decían aquellos héroes—; resistamos hasta que tengamos fuerzas para ello."

De repente un herido, que se incorpora sobre un montón de escombros, señala entre los últimos jirones de brumas una columna que avanza a marcha forzada. ¡Ya vienen los hermanos! El cañón retumba; las ametralladoras están rojas de tanto vomitar balas.

Pietro, borracho de coraje, grita, arrojando al aire su sombrero: "¡Viva Italia!" "¡Viva; viva!", le responden cien voces, doscientas, mil, de los compatriotas que llegan... Y en aquel momento una explosión espantosa hace temblar la tierra y se prolonga a través del espacio, hacia lo infinito... El pobre mozo pierde la noción de la realidad y se siente levantar del suelo con una violencia superior a todas las fuerzas conocidas e imaginadas, y ya no siente, ni ve, ni oye nada.

Aquí terminaban todos los recuerdos de su actuación como guerrero. Más tarde, durante los días de su larga convalecencia, supo que aquella granada, que había estallado encima precisamente del cañón cerca del cual se encontraba con los pocos compañeros sobrevivientes de la guarnición del reducto, había acabado con la

vida de todos éstos; él era el único que se había salvado, dejando entre los escombros y entre los cuerpos destrozados de sus hermanos pedazos de sus piernas y de su brazo izquierdo. No quería saber más.

* * *

A los tres meses de haber Pietro abierto los ojos en el hospital de sangre, Cánepa comenzó a abandonar el lecho y a dar algunos paseos por el jardín, apoyándose en dos muletas. Los primeros días, Sabina, la hermosa enfermera hija del industrial de Turín, se prestó generosamente a servirle de apoyo durante aquellas cortas caminatas, de las que el joven mutilado regresaba rendido. Entonces, antes de volver a meterse en la cama, se dejaba caer en una silla junto al lecho de Pietro y solía charlar con el molinero, dirigiendo de cuando en cuando una triste mirada a sus muñones, cubiertos por las piernas de su pantalón de soldado.

Una extraña corriente de simpatía unía a aquellos dos desgraciados de ideas, de educación y de caracteres tan opuestos. Alfredo, que tenía a la sazón veintisiete años, hijo de unos ricos burgueses de Cremona, encontrábase en Turín al estallar la guerra, próximo a licenciarse en la carrera de Leyes. Simpatizaba con Giolitti y encontraba absurdo que Italia se lanzase a la guerra cuando políticamente, por medio de una enérgica presión diplomática, hubiera podido conseguir sin derramamientos de sangre los territorios que reivindicaba. Pero, a pesar de sus opiniones, ante todo era un buen italiano, y tan pronto la ruptura de las hostilidades con

el Imperio autrohúngaro fué un hecho, comprendió que la era de las discusiones políticas había terminado y que el deber de todo hijo de Italia era coger las armas y batirse por la patria. Incorporado a uno de los primeros regimientos de Infantería que pasaron la frontera, aquel muchacho culto y delicado como una doncella peleó como un héroe, suscitando la admiración de todos sus compañeros.

A mediados de Agosto, durante un temerario contraataque, al ir a penetrar en una trinchera enemiga, una bomba de mano que estalló a sus pies le produjo tan graves heridas en las piernas, que se hizo preciso amputárselas. Esto era todo lo que Pietro sabía de él al cabo de aquellos tres meses de vecindad, y Cánepa, por su parte, tampoco sabía más del pobre mozo. El estado de salud de éste impedía las conversaciones largas, y uno y otro hasta entonces parecían poner empeño en no evocar los pasados horrores.

Estaba muy avanzado Diciembre, cuando Pietro, ayudado por Cánepa y la linda Sabina, pudo cambiar la postura que hasta entonces había conservado en la cama y sentarse en ella, apoyándose en algunas almohadas. Entonces, a través de los cristales de la ventana que tenía enfrente, se ofreció a su mirada un espectáculo maravilloso, un cuadro de ensueño que luego recordó haber visto reproducido en alguna estampa: era el trozo clásico por excelencia de Venecia, la silente: el gran canal, con sus aguas quietas y verdosas bajo la tímida luz del sol de invierno, sirviendo de espejo a las soberbias mansiones de los Giustiniani, los Foscari y los Balbi, y teniendo por fondo la *piazza* y basílica de San Marcos y el palacio de los Dux. Pietro se

frotó los ojos, dudando que fuese realidad lo que veía. Después miró a Alfredo y a la enfermera, que se sonreían dulcemente, y preguntó:

—¿En qué lugar estamos?

Cánepa, advirtiendo la sorpresa de su desventurado compañero, lo comprendió todo.

—¡Toma! En Venecia. ¿No lo sabías?

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Y cómo he podido venir a parar tan lejos? Ahora me explico por qué no recibía aquí cartas de mi gente.

Sabina se marchó, estrechando furtivamente la mano del pálido Alfredo, y éste, después de seguirla con una triste mirada, se volvió a su amigo:

—Venecia no está tan lejos de la zona de operaciones como crees—dijo—. Hoy por hoy, es la ciudad que el Ejército tiene más a mano para evacuar a sus heridos. Este hospital era antes de la guerra un hotel lujoso, donde se alojaban los turistas millonarios; tiene galerías magníficas, desde las cuales se domina lo más hermoso de esta ciudad, que probablemente no conoces. Esta sala donde nos encontramos era el comedor. Tapices, espejos, alfombras y molduras han sido quitados y puestos bajo llave a espera de mejores tiempos...

Pietro le escuchaba boquiabierto y pensativo.

—De manera—dijo de pronto—que estamos aquí olvidados de todos.

—¿Olvidados?... No te comprendo.

—Me refiero a nuestras gentes. ¿Saben algo? ¿Se les ha comunicado nuestra desgracia?

El rostro gentil de Alfredo se ensombreció.

—Yo no he querido que le comunicaran nada a mi familia. Tú puedes hacer lo que te plazca.

—¿Y por qué no quieres que los tuyos sepan...?—inquirió Pietro con gran interés.

—¡Maldita la gracia que eso les haría!—exclamó Cánepa, encogiéndose de hombros —. Lo ideal sería que lo ignorasen siempre.

Pietro se quedó más a obscuras que nunca respecto a las intenciones de su compañero de dolor. Luego, después de volver a pensar un rato, dijo:

—El caso es que yo no tengo familia...

—¡Feliz de ti!—declaró Alfredo.

—Aguarda, hombre. Pero está el señor Livio, que ha sido para mí como un segundo padre y que no ha dejado de escribirme desde que salí de Mezzanino. Quisiera decirle dónde me encuentro y lo que me ha sucedido.

—¿Quién te impide hacerlo?

—Es que...

Y Pietro se interrumpió, mirando a Cánepa de un modo desesperado, suplicante.

—¿Qué ibas a decir?

—Tengo novia, ¿comprendes?—murmuró el pobre mozo con timidez.

—¡Ah!

Sin poderlo remediar, Cánepa se echó a reír y su risa hirió a Pietro, que inquirió, mortificado:

—¿Te burlas?

—No, camarada, no. Se me ha ocurrido simplemente una idea: ¿tendrías valor de volver al lado de tu novia?

—¿Por qué no? — preguntó Pietro, mirando desconcertado a su compañero.

—¡Pero, hombre! ¿Y esa facha?

Cremaschi se estremeció. Su alma había recibido una tremenda puñalada.

No siguieron aquella conversación; pero algunos días después, al hallarse Alfredo junto a su amigo, de vuelta de su acostumbrado paseo por

el jardín, Pietro le preguntó cuando se sentaba, apoyando contra la pared sus dos muletas:

—¿Has querido alguna vez a una mujer?

Alfredo tembló. Luego, probando sonreír:

—¡Vaya una música! — exclamó con turbada voz—. He amado, y sigo amando para mi desgracia.

—¿Era tu novia esa mujer?

—Y lo es aún. No creo que me haya olvidado tan pronto.

—¿Y no piensas volver a su lado?

—¡Nunca!

—¿Por qué?

Ahora fué Pietro quien tembló al dirigir a su amigo esta pregunta.

—Es fácil comprenderlo: ya no soy el mismo. Mi novia amaba a un hombre "entero"; yo no soy ahora más que la mitad. ¿Entiendes?

—Sí; vengo pensando en esto desde hace tiempo. Según tú, ya no somos dignos del amor de nuestras amadas, porque nuestro cuerpo no es el que ellas "han conocido". Pero, ¿es que no tendrán en cuenta nuestro sacrificio?

—Eso es cosa aparte, camarada. Hemos dejado de ser lo que éramos, y es lo bastante para no poder ya aspirar al amor que antes nos profesaban. Tu novia se había enamorado de un Pietro "entero" y no de una parte de ese Pietro. Lo mismo le ocurre a la mía: amaba a un Alfredo hecho y derecho, no a un "medio Alfredo", un desgraciado que para andar debe sostenerse en estos dos palos entre los cuales su cuerpo mutilado se balancea como una piltrafa ridícula.

"Comprende que nuestra personalidad ha cambiado por completo, y que el amor, sentimiento tan hondo, se forja y se conserva a tra-

vés de impresiones puramente visuales derivadas del raciocinio de la especie. Vemos pasar a nuestro lado mil mujeres sin que nos interesen, y de repente detenemos la mirada en una de ellas y exclamamos: "¡Me gusta esta mujer!", y es que, en realidad, sus características físicas responden a un ideal dormido en nosotros, subconsciente, y que ha despertado a la vista de esa criatura, y nos enamoramos de ella por sus condiciones externas, sin detenernos a pensar de primer intento si es mala o es buena, honesta o depravada...

"¿Vas compenetrándote de mis razones? Es cuestión de que aguces un poco el ingenio. Si por cualquier circunstancia te separas de la mujer que amas, y un buen día, cuando vuelves a encontrarte ante ella, ves que le faltan las dos piernas y un brazo, que una profunda cicatriz hace irreconocible su cara y que por estas desgracias que amargan su existencia su mirada ya no brilla de alegría, ni en sus labios florecen esas sonrisas que eran las flores encantadas de su gracia, tu decepción será tremenda, y para tus adentros no podrás menos que decirte: "Esta no es la mujer que yo he amado; no tiene de aquella hermosa criatura más que un lejano parecido." Y si no te alejas de ella, si le abres tus brazos, será por compasión, por humanidad, pero por amor nunca.

"Todo esto te hará pensar que el amor es un sentimiento asaz egoísta que repara en el aspecto físico y se le importa un comino de lo moral; pero para mí, a pesar de ser como es, no pierde nada de su idealidad recóndita que le hace digno de las alabanzas de los poetas. Ese instinto de selección corporal que lo inspira, quizás vituperable para ti, es el agente—llamé-

moslo así—"moral" por excelencia del amor, puesto que tiende a buscar una sucesión perfecta que es la causa única y verdadera por la cual el amor existe.

—Pero recordando lo que antes "hemos sido"...—intentó interrumpir Pietro, que sólo a medias entendía el discurso de su compañero.

—Sí, no cabe duda que ellas lo recordarán—prosiguió Alfredo Cánepa, cogiendo al vuelo la idea del molinero y esbozando una despectiva sonrisa —; pero eso sólo les servirá para hacerles apreciar mejor la tremenda diferencia que existe entre lo que hemos sido y lo que ahora somos, con lo cual aumentará su desencanto. Nada, desengáñate, amigo: el pasado no puede repetirse ni nos conviene que se repita. Si hemos sido felices, resignémonos a ser ahora desgraciados. Me duele decirte estas cosas, porque veo que te hacen sufrir; pero también te hacían sufrir los cirujanos que te curaban, y en medio de tus dolores, los insultabas a gritos, sin comprender, desgraciado, que te estaban salvando la vida.

Pietro dejó caer sobre la almohada su horrible cabeza, que con aquella barba de más de tres meses tenía una semejanza notoria con la del Nazareno crucificado. El discurso de su amigo, lleno de verdades, aunque un tanto desbarrado, aniquiló por completo sus más caras esperanzas, y en aquel momento, desilusionado, agotado moralmente, reconociéndose incapaz de opóner una razón, un argumento a la amarga filosofía de Alfredo, hubiera querido morir. Pasó la noche sin poder pegar un ojo, pensando en aquellas frases de Cánepa y sorprendiéndose de la agudeza de algunas de ellas, agudeza que no había advertido en el primer momento.

A veces sentíase inclinado a darle la razón.

"Este muchacho no es un bestia como yo—decíase—. Ha estudiado; tiene talento, y por lo tanto, debe saber lo que se dice. Indudablemente piensa con cordura al decir que el pasado no puede repetirse y que no nos conviene tampoco que se repita. ¿Qué otra cosa más que lástima puedo inspirar yo, que he sido podado como una viña?... Ni para ganarme el sustento siquiera sirvo ya, y tendré que resignarme a vivir de la subvención del Gobierno, que, según dicen, es muy escasa. ¡Buenas las pasaría la mujer que tuviese que casarse conmigo!"

Aquí surgía Lina, y el alma de Pietro temblaba ante la imagen luminosa de aquella mujercita pequeña, linda y regordeta que había llorado en sus brazos una estrellada noche de Mayo. ¿Podría ella dejar de amarle al verle regresar en aquel estado?... Los brazos amantes que le habían estrechado al partir, ¿podrían dejar de abrirse ahora para recibir su cuerpo mutilado? ¿Qué cosa era el amor, si no sabía oponer más que desdén a la desgracia?... No, Lina seguiría amándole. Ella le quería por bueno, y probablemente nunca había reparado en su aspecto físico. Pero en este punto la filosofía pesimista de Cánepa volvía a imponerse en la mente del desgraciado mozo de Mezzanino. ¿Por bueno, nada más que por bueno, le quería Lina? ¡Vamos, hombre! Y él, ¿por qué amaba a Lina? ¿Porque era buena, o porque era... Lina?... ¡Cáspita! La bondad de su novia, los sentimientos de su novia, las ideas de su novia metidos en el cuerpo de otra, ¿amaría a esa mujer como a Lina? No, ciertamente. ¡Ah! Luego ese tunante de Alfredo tenía razón: se ama lo que se ve, y el alma no es otra cosa que un complemento

muy relativo del aspecto físico. Pero no debería ser así, seguía pensando Pietro desesperadamente. "Yo, destrozado, aniquilado, lleno de lacras, debería seguir siendo para Lina su Pietro de antes, el Pietro de siempre, puesto que mi amor no ha variado y ella es siempre el centro de mis pensamientos, la razón de mi vida."

Otro día que Cánepa se había conmovido de verle tan pesaroso, le dijo:

—Tú piensas que yo soy como los médicos, que rajan con serenidad nuestra carne porque a ellos no les duele. Te engañas, camarada: te dije no ha mucho que amaba, y es verdad.

Y a continuación le refirió una historia de amor apasionada, conmovedora. Tina Motti, la estudiante de pintura de diecisiete primaveras, rubia y blanca como una princesita de Sajonia y sentimental como una página musical de Puccini, era su primer amor, el gran amor de su vida, la predestinada a ser la compañera de su existencia. Sus citas en los rincones umbríos del Valentino, a las que ella acudía con su caja de pinturas y su rollo de bocetos bajo el brazo, tenían el encanto tierno y apasionado de ciertos capítulos de Hugo, el patriarca romántico...

Confidencias y juramentos de amor hechos con los labios juntos y las manos enlazadas, mientras encima de sus cabezas vibraba la desafinada orquesta del mundo alado; besos rápidos entre un suspirar quedo; leves rumores de pisadas en la arena de los cercanos y escondidos senderos; perfumes de nardos, rosas y magnolias en el ambiente, y lejos, donde no se veía, la música cristalina de la fuente, más sonora a medida que el crepúsculo tendía sobre las frondas sus velos grisáceos e impalpables. ¡Cuánto se amaban!...

Cuando la campana de San Felipe Neri invi-

taba a las almas al reposo, salían del Valentino por senderos solitarios, cogidos de la mano o del brazo, y por la orilla del Po se reintegraban al tumulto de la ciudad. En el puente de Humberto I se despedían hasta el día siguiente con un largo apretón de manos y una mirada cargada de tiernas promesas. Y Alfredo se estabe allí, siguiéndola con la vista hasta que la veía perderse entre las sombras de la noche.

Después, con el pensamiento puesto en ella, se dirigía a su *albergo*, donde estaba seguro de encontrar, esperándole, una media docena de sus compañeros de estudios, siempre dispuestos a desdeñar a Cicerón o a Rousseau por cualquier griseta de la *piazza* de San Carlos.

Luego, en los días de fiebre precursores de la ruptura de hostilidades, él se había puesto al lado de Giolitti, comprendiendo que la guerra, además de exponerle a todas las calamidades inherentes a ella, iba a separarle de Tina, que era como condenarle al máximo tormento.

Pero fracasó Giolitti. El populacho, enardecido, que exaltaba a Salandra y a D'Annunzio, vituperó al noble y quizás equivocado caudillo piamontés y a sus partidarios.

Alfredo Cánepa quedaba desprestigiado a los ojos de sus compañeros de estudio hasta que, llegada la hora negra, deponiendo sus convicciones en favor del sagrado interés de la patria, fué uno de los primeros en ofrecerse para partir hacia la frontera.

¡Cuánto lloraba Tina aquellos días!... La pobre chiquilla acudió a la última cita pálida, trémula y con los ojos enrojecidos... ¡Despedida desgarradora!... Abrazada a su cuello, le besaba desesperadamente, suplicándole que se quedara.

—¡Oh, Dios mío!—sollozaba—. ¿Qué sería de

mí si no volvieras nunca más? Déjame, al menos, ir contigo, Alfredo. Si tú caes, yo caeré a tu lado, y todo habrá concluído para nosotros, sin tener que aguardar que me maten poco a poco las dudas y las zozobras...

¡Pobre Tina!... ¡Pobre niña, rubia y blanca como una princesita de Sajonia!... El no había muerto, pero era igual; no volvería a verla jamás... Y Pietro, impresionado por esta historia, recordando a Lina y sintiendo que toda su alma se sublevaba de dolor, exclamó, como había exclamado otra vez, cuando Alfredo proclamaba con voz amarga la muerte de todo el pasado:

—¿Es justo esto?

—Sí; lo es, Pietro; lo es—replicó Cánepa con voz casi sollozante—. Yo no tengo derecho a encadenar la juventud de Tina a la ruina de mi cuerpo, a la amargura de toda mi existencia.

Y Cremaschi, ruina más sombría que Alfredo, sin sus piernas, sin su brazo izquierdo, y con el rostro barbudo surcado por una enorme cicatriz, lanzó un suspiro e inclinó la cabeza con un gesto de hombre vencido...

* * *

Cerca de un año estuvo Pietro postrado en el lecho del improvisado hospital veneciano, respirando aquel ambiente saturado de olores de ácido fénico, yodo y cloroformo, escuchando ayes y lamentos, y viendo a diario agonizar a algún desgraciado entre espantosas convulsiones y estertores. Sus muñones no acababan nunca de cicatrizar del todo, y de tanto en tanto, se abría alguna sutura, destilando un poco de sangre y pus.

Alfredo, completamente curado, hacía ya tiempo que había sido dado de alta; pero, ya fuese por simpatía a Pietro o por miedo a enfrentarse con su pasado, se negó a abandonar aquella casa de dolor, y gracias a la influencia de Sabina, obtuvo que le permitieran permanecer allí, desempeñando menesteres compatibles con su condición de mutilado, y le encargaron del registro de defunciones. El cargo era bastante macabro, pero él a todo se avenía con tal de no salir de allí. Permaneciendo en aquel sitio estaba a cubierto de dejarse arrastrar por la tentación del pasado. Cuando estuviera seguro de sus fuerzas morales, cuando Tina dejase de ser para él la amada que llora y espera para convertirse en un recuerdo vago, cuando sus padres le hubiesen dado por muerto, entonces abandonaría el hospital y comenzaría una nueva existencia, muy amarga, eso sí, pero con la conciencia tranquila por el convencimiento de que no era una carga para nadie...

Expuso a Pietro estos proyectos, y el mozo de Mezzanino los encontró razonables y prometió imitarle.

Los ratos que tenía libres Cánepa, que eran muchos, los pasaba al lado de Cremaschi. Cuando este último pudo abandonar el lecho, gracias a una pierna de palo que le fué colocada en el lado izquierdo, pues la falta del brazo del mismo lado le impedía hacer uso de la correspondiente muleta, daban los dos mutilados una vuelta por el jardín y después tomaban asiento en un banco, y mientras veían pasar a otros desgraciados como ellos, tenían sus coloquios.

Durante los primeros días de haber abandonado el lecho, Cremaschi dió muestras de una curiosidad infantil. Quería penetrar en el senti-

do u objeto de todo lo que veía. Se aproximaba a las ventanas y miraba al interior de las salas. Paseando por la galería, desde la cual los turistas millonarios se deleitaban antes de la guerra contemplando el magnífico panorama de la ciudad "surgida del seno de las aguas" y llena ahora de visiones dolorosas: heridos que desfilaban tendidos en camillas empujadas por los ayudantes de los médicos y dejando en el suelo regueros de sangre; muertos que eran conducidos desde las salas de operaciones a los depósitos fúnebres; enfermeras que iban y venían llevando hilas, algodones y frascos... Pietro, substrayéndose a estos horrores, solía detenerse a admirar el cuadro de aquella ciudad encantada que se ofrecía a su vista en la diáfana luz de su cielo incomparable.

Cánepa aseguraba que la belleza de Venecia había menguado con las obras de protección de monumentos hechas para ponerla a cubierto de los bombardeos aéreos. San Marcos estaba desfigurada sin los magníficos caballos de bronce de su frente y con aquella máscara blindada de su cúpula contra los proyectiles de los aviones enemigos. Asimismo, las góndolas habían casi desaparecido, y rápidas gasolineras las substituían, profanando con el zumbido de sus motores el silencio que en el ambiente habían dejado las pausadas barcarolas. Pero Pietro la encontraba hermosa y digna de admiración, a pesar de su aspecto de ciudad militarizada, que no conseguía borrar del todo su encanto secular. Y cambiaba de sitio en la galería para abarcar con su mirada de campesino curioso el fantástico cuadro en toda su amplitud.

Una que otra góndola solía mostrar su elegante perfil bajo el atrevido arco del Rialto; el vie-

jo gondolero, inmóvil en la popa, como una figura decorativa, miraba a la parte anchurosa del canal como dolido de no poder hundir el remo con la desenvoltura de otrora en las esmeraldas derretidas de aquella laguna, en la que se miraban diez siglos de arte.

Pietro no sabía distinguir qué palacio era el más hermoso, qué estilo el más puro; la grandeza de San Marcos le subyugaba, y los demás monumentos conmovían por igual su rústica sensibilidad. Aquella portentosa perspectiva de arte luchaba ventajosamente con la de la Naturaleza que Pietro tenía en la mente y en el alma, y dentro de la cual se desarrollaban todos sus recuerdos y se movían figuras queridas. Sí; Venecia, con sus esplendores, a fuerza de deslumbrarle un día y otro, conseguía hacerle olvidar la apacible comarca donde su existencia había transcurrido igual y monótona hasta culminar en la página dulce y tierna de sus amores.

Pero tan pronto se apartaba de la galería y la visión fantástica de la ciudad de las ciento cincuenta vías acuáticas se borraba de su vista, Pietro sentíase dominar nuevamente por el pasado y se complacía evocándolo como un medio de distraer el ánimo de los espectáculos trágicos del hospital de sangre.

Llevado por su curiosidad, había presenciado escenas espeluznantes dentro de aquel edificio, donde habitaba hacía más de un año. Las salas, los pasillos y los patios estaban atestados de heridos, de moribundos, y no paraban de llegar otros desde distintos puntos del frente. Los había oriundos de todas las regiones de Italia y se expresaban en dialectos endiablados que no podían entender los médicos ni las enfermeras; así es que muchos de aquellos desgraciados ago-

nizaban dirigiendo súplicas desesperadas que nadie podía atender. Los cirujanos, por más que se multiplicaban, no daban nunca abasto a cortar tantos miembros, a sondar tantas heridas, a coser tanta carne desgarrada.

Había una sala de operaciones con diez camillas continuamente ocupadas por otros tantos desgraciados que necesitaban de la intervención del bisturí o la sierra. Las amputaciones de miembros habían pasado a ser la cosa más corriente y ordinaria de todas las intervenciones quirúrgicas. Los médicos y practicantes, con los brazos desnudos hasta los codos y las blusas ensangrentadas, tenían un aspecto odioso de verdugos, a pesar de ser todos ellos unos mártires de su profesión, cuyos sacrificios no han sido aún muy bien comprendidos y menos apreciados. Las cajas con serrín puestas en los rincones de las salas para recoger los miembros amputados se llenaban rápidamente de brazos, de piernas, de manos, de dedos, rojos, retorcidos, partidos en varias partes, montón informe de carne quemada por la metralla, que exhalaba olores repugnantes.

Y los médicos, inclinados sobre aquellos cuerpos palpitantes tendidos en las camillas, metían los dedos en las heridas sangrantes buscando los proyectiles, rajaban, raspaban, cosían, ligaban venas y arterias, todo con una celeridad pasmosa. Y cuando la operación había concluído, los ayudantes levantaban al desgraciado inmovilizado por el cloroformo, y metiéndolo en una camilla rodante, se lo llevaban en busca de un lecho donde tenderlo.

"¡Otro!", gritaban los cirujanos, lavándose de prisa. E inmediatamente un nuevo herido ocupaba la camilla vacía. Los practicantes arranca-

ban las vendas de la primera cura y dejaban al descubierto los agujeros negros de las balas, las tremendas desgarraduras producidas por las explosiones. Sangre negra, de olor fétido, engrosaba la roja laguna del piso, entre la cual chapoteaban los médicos con los pies metidos en gruesos zuecos, aplastando pedacitos de carne humana. Los olores intensos de los desinfectantes y los anestésicos no conseguían cubrir el vaho de carnicería que se esparcía desde las camillas y las cajas con serrín llenas de miembros amputados.

La vez que Pietro se asomó a aquel antro, donde la ciencia y la muerte luchaban desesperadamente en medio de tantos despojos humanos, tuvo que apartarse de allí más que de prisa, y si Cánepa no hubiese estado a su lado para sostenerle, habría caído al suelo víctima de un vahido.

—También nosotros hemos debido pasar por esta tablajería—le dijo después—, y nuestros miembros cortados han debido ir a parar a esas cajas con serrín.

Cremaschi se pasó una mano por los ojos, como si quisiera borrar aquella visión horrorosa que seguía atormentándole.

—Menos mal que no nos hemos dado cuenta de nada—murmuró.

El depósito fúnebre era una gran sala rectangular, separada del resto del edificio por un patio sombrío, y a la cual se llegaba descendiendo por una pequeña rampa de piedra. Antes de la guerra servía de dormitorio a la servidumbre masculina del hotel. Tenía seis ventanas que se abrían sobre el patio, y en las paredes, blanqueadas con cal, quedaban aún algunas estampas obscenas de colores chillones que los criados del

palace se habían entretenido en pegar cerca de sus lechos en horas de insomnio o de alegría.

En las mesas de pino, alineadas a lo largo de las paredes, descansaban unas horas los que ya habían emprendido el viaje eterno, antes de ser metidos en los toscos ataúdes y llevados al cementerio.

Un hombrecillo pelirrojo, de ojos grises, cubierto siempre por un amplio blusón negro, era el encargado de aquella antesala de la tumba y quien suministraba a Cánepa los datos complementarios para su registro de defunciones. Se paseaba con toda tranquilidad entre aquella doble fila de cadáveres desnudos, tendidos en las mesas de pino, masticando tabaco o comiendo cualquier golosina substraída de la despensa. Sus huéspedes, que sólo paraban unas horas en sus dominios, le tenían sin cuidado. Reñía con los enterradores que le estorbaban el paso con los ataúdes y con los ayudantes y enfermeros cuando, estando completo el lugar, se empeñaban en meter allí más cadáveres. A regañadientes acababa por hacerles sitio, colocando un cuerpo encima del otro. Los movía como si se tratara de reses, sin ninguna clase de consideración ni respeto, tirando a éste de las piernas, a aquel otro de los hombros, y al de más allá por el cuello. Cuando quedaba libre una mesa y era preciso limpiarla, raspaba con las uñas la sangre seca y luego soplaba, haciendo caer al suelo aquel polvillo negruzco.

Siempre que Pietro, al ir en busca de Alfredo, se tropezaba con aquel truhán, apartábase de él con asco; le odiaba cual si fuese un demonio, y él, que había pedido la muerte a gritos, se horrorizaba pensando que, de haberle complacido la Providencia, hubiera ido a parar a los dominios de

aquel discípulo de Caronte, que lo hubiera agarrado con sus manos ganchudas, bajo cuyas negras uñas se mezclaba la sangre seca de cientos de cadáveres...

* * *

En Enero de 1917 Pietro fué dado de alta y recibió orden de marchar a una colonia de reeducación de inválidos, recientemente inaugurada en Nápoles.

Aunque no se lo decía a Cánepa, él hubiera deseado poder volver a su valle natal, hacerse abrazar por su antiguo amo el señor Livio, que ya le tendría por muerto, y enterarse de si Lina le había olvidado ya o seguía amándole y esperándole, a despecho de su largo silencio. Este era su ardiente obsesión, obsesión que se esforzaba en ocultar a su compañero. Y la perspectiva de aquel viaje a Nápoles sin pasar por Mezzanino ni por Castello y sin saber cuándo podría volver a los queridos lugares, le contrarió en grado sumo. Se había familiarizado ya con el ambiente trágico del hospital de sangre y comprendía que le sería doloroso encontrarse en sistios desconocidos sin la compañía de su buen amigo Alfredo. Expuso a éste su pesar, y Cánepa le dijo:

—No te apures. Si quieres permanecer aquí hasta que termine la guerra, yo puedo complacerte.

—Lo prefiero—declaró Cremaschi.

—Vamos en busca de la señorita Sabina.

Hacía tiempo que ya no se alojaban en la sala donde Sabina prestaba sus humanitarios servicios. Pietro solía encontrarse con ella en los corredores o en el jardín, donde bajaba a tomar el

sol. La joven le saludaba cariñosamente y se detenía a preguntarle por su salud. El respondía que no había novedades, y una vez más le agradecía todo el bien que de ella había recibido.

Un día, al entrar en la pequeña habitación donde Cánepa llevaba su registro, la encontró allí, conversando con el mutilado. Pietro quiso retroceder; le había parecido que las manos de Sabina estaban en las de su amigo; pero ambos, advertida su presencia, le invitaron a entrar.

Al alejarse Sabina, Pietro dijo a Cánepa:

—No me lo niegues: tú tienes amores con esa linda muchacha.

Alfredo sonrió.

—¿Amores?... Tú también podrías tenerlos con ella, si quisieras...

Una sombra pasó por el rostro desfigurado del mozo de Mezzanino, y en el fondo de sus ojos claros fulguró un reproche.

—La ofendes—dijo—. Esa mujer es una santa; lo está demostrando todos los días.

—Y sigue siéndolo—replicó Cánepa—. Su bondad la lleva al extremo de prodigarse a todos los que tenemos el atrevimiento de desearla tentados por su belleza. Nos da su amor compadecida de nuestra desgracia, sabiendo que ya ninguna mujer será capaz de proporcionarnos voluntariamente una hora de deleite. "¡Pobrecillos míos!—nos dice—. ¿Qué mujer mirará por vosotros cuando os alejéis de mí?"

Pietro se quedó absorto, y de pronto, mirando profundamente a su amigo:

—¿Y tú has llegado al extremo de abusar de su bondad?—inquirió.

—No—contestó Cánepa con toda seriedad—. No he querido aceptar su sacrificio, y ella, que es buena como el pan de Dios, me lo agradece

mostrándose más tierna conmigo, más solícita...

—Has obrado como un caballero—dijo Cremaschi, suspirando como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Y luego agregó—: Yo sería partidario de romper las narices a los canallas que abusan de la condescendencia de esa criatura.

. . . . . .

Sabina logró, sin grandes esfuerzos, que Pietro no fuese enviado a Nápoles.

Para justificar la permanencia del mutilado en el hospital se le encargó del cuidado de una de las puertas que daban al jardín. La tarea del mozo se limitaba a impedir la entrada en el benéfico establecimiento a todas las personas ajenas al mismo, a menos que tuvieran una autorización especial.

Entraba en funciones a las ocho de la mañana, y a las dos de la tarde era reemplazado por otro compañero de desgracia. El resto de la tarde lo pasaba en compañía de Cánepa, en el jardín si el tiempo era bueno, o en la galería si, por lo contrario, llovía o hacía frío, fumando los pitillos que regalaban las almas piadosas que visitaban aquel lugar de dolor, y charlando de la guerra u otros temas que les ofrecía el mundillo donde su existencia se desenvolvía.

Familiarizado cada vez más con aquella nueva vida, Pietro veía alejarse de él la visión melancólica del pasado, y no sentía ya aquella necesidad aguda, imperiosa de volver a su comarca...

Transcurrió el año 1917 sin que el fin de la guerra pareciera vislumbrarse por parte de ninguno de los dos bandos en lucha. La vida de Pietro

Cremaschi y de su amigo Cánepa era siempre la misma en el hospital, y la amistad que cultivaban se hacía cada vez más viva, más fraternal, como si buscasen en aquel afecto la fuerza moral necesaria para sobrellevar su suerte dolorosa.

Llegó 1918, y la victoria seguía siendo un enigma para todos; vibraron en la angustia de las jornadas espantosas de Caporetto, en que toda la región véneta quedó convertida en un inmenso hospital. Durante varios días, la sombra de las alas del águila imperial se proyectó en la esmeraldina superficie de las aguas de la ciudad encantada, y los dos mutilados temieron que el siniestro pajarraco hincase sus garras y su corvo pico en aquellas maravillas, y lloraron de rabia por verse impotentes de empuñar el fusil.

Luego vino el desquite: la contraofensiva de Julio, que culminó con la tremenda batalla del Piave. Aquella victoria fulminante de las armas italianas los llenó de orgullo y de entusiasmo. El horizonte se aclaró para todos. Austria-Hungría se desmoronaba, y sus ejércitos, quebrantados por tantas penurias, cedían a cada empuje de los peninsulares, sin oponer ya aquella resistencia tenaz que hacía invulnerables sus obras de defensa. Jornada tras jornada, los hijos de Italia añadían un nuevo lauro a la corona gloriosa que ceñía las sienes de la patria. Las ciudades, sumergidas en su dolor, levantaban la cabeza para sonreir a los artífices de una patria nueva, grande, rica y fuerte... Y bajo las patas de la loba romana, el águila de los Habsburgos se debatió con las últimas convulsiones de la agonía.

Y se concertó el armisticio; callaron las armas mortíferas. Paz para los millares de héroes muertos entre las piedras y la nieve de las montañas

adustas; paz para los que regaron con su sangre generosa los barrancos, las llanuras y los valles; paz para los nautas bizarros de los mares y del aire, arquetipos del valor y del martirio... Que sus almas auspicien el engrandecimiento de la patria; que su fervor, perdurable más allá de las frías regiones de la muerte, encienda la antorcha de luz eterna en el camino del porvenir de Italia y de la humanidad...

Curaron los últimos heridos, recibieron sepultura los últimos cadáveres, y en Diciembre el hospital quedó casi vacío, en disposición de volver a ser lo que antes era: el hotel alegre y lujoso desde el cual los turistas millonarios podían asomarse cómodamente al panorama incomparable de la ciudad de los Dux.

Una tarde, Sabina, en atavío de *signorina* millonaria, se despidió conmovida de nuestros dos mutilados para ir a reintegrarse al hogar paterno, en la tumultuosa Turín.

Cánepa besó las blancas manos de la joven, de quien tanto bien había recibido, y al marcharse, Pietro, que sólo había podido balbucir unas cuantas palabras de despedida, se sintió lleno de abatimiento, con la impresión de que en su existencia acababa de abrirse un enorme vacío...

—Puedes ir preparándote—dijo después Alfredo a Cremaschi—. Mañana nos tocará a nosotros ponernos en camino.

Pietro no pensó nunca que podía llegar el momento de abandonar para siempre el hospital, cuyo ambiente, impregnado de emanaciones de ácido fénico y cloroformo, respiraba desde hacía cerca de tres años. Las palabras de su amigo le dejaron anonadado, y cuando logró serenarse un poco, preguntó:

—¿Y qué haremos fuera de aquí?

Cánepa se encogió de hombros.

—No lo he pensado—respondió sombríamente.

Al día siguiente llegó la orden temida de abandonar el hospital, donde sus servicios ya no eran necesarios.

Al obscurecer salieron del edificio silencioso, en cuyo interior ya no sonaba la música siniestra de los gemidos de los moribundos. El hombrecillo pelirrojo, guardián del depósito fúnebre, fué el único que despidió a los dos desgraciados en el patio sombrío.

—Dentro de poco partiré yo también—les dijo, mirándoles con sus ojillos descoloridos, en los que brillaba una alegría infernal—. No me queda más que un huésped, que se lo llevarán mañana.

Les tendió su mano pequeña y ganchuda, con las uñas ennegrecidas por la sangre seca de los difuntos, pero Alfredo y Pietro fingieron no verla y se alejaron del horrible personaje, murmurando un saludo.

Meditabundos, sin cambiar una palabra, cruzaron el puente del Rialto y fueron a resguardarse del frío en una sórdida taberna de los suburbios. Pidieron unas botellas de un vino espeso y áspero y bebieron hasta sentir que se les inflamaban las mejillas. Entonces Pietro preguntó:

—¿Irás a esa colonia de reeducación para la cual nos han dado pasaporte?

—No—contestó Cánepa—. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Entonces...?

—Yo no sé qué hacer, camarada...

—Estábamos bien en ese hospital—dijo Cánepa—. La desgracia de otros nos ayudaba a soportar la nuestra; pero eso se ha acabado y quieren que nos reintegremos al mundo...

—Lo peor es que ya no servimos para maldita la cosa...

Cánepa volvió a sumirse en un silencio sombrío. Pietro dejó de mirarle para quedarse pensativo también.

—Lo mejor—dijo, pasado un buen rato—será que volvamos en busca de los seres que nos han amado... Su compasión nos será más provechosa que la indiferencia del mundo... ¿No piensas tú lo mismo?

Cánepa hubo de hacer un esfuerzo para responder:

—No.

Y volvió la cabeza para ocultar la desesperación que en su rostro se reflejaba.

Se levantaron, y colgándose de sus muletas, salieron de la taberna.

El viento ululaba fuera, y la luz del farol rojo colgado encima de la puerta parpadeaba, amenazando apagarse de un momento a otro.

Una góndola pasó junto a ellos, y su tripulante, al hundir el largo remo en el agua negra del canal, salpicó sus rostros. Cánepa lanzó un juramento, y Pietro miró al cielo, por el que se deslizaban unas nubes de formas extrañas.

Libre de su voluntario encierro, sentíase presa de una congoja asfixiante.

—¿Dónde ir?—inquirió con voz que temblaba.

—Separémonos—dijo Alfredo.

Pietro sintió que un sollozo le subía del corazón a la garganta, pero no tuvo el valor de responder lo que hubiera halagado a su camarada: "No; eso nunca. Sigamos juntos nuestra ruta dolorosa, volviendo siempre la espalda al pasado." El pasado le llamaba ahora con más insistencia que nunca. Su alma estremecida, como un pájaro espantado por los horrores de la tormenta,

tendía ciega el vuelo hacia el valle apacible donde imaginaba estarían esperándole con los brazos abiertos. El debía volver allí; debía llamar a la puerta del molino donde el señor Livio, viejo y solo, estaría matándose a fuerza de trabajar. Luego, acompañado por él, iría a Castello, vería a Lina...

El señor Livio... Lina... El molino con su muela chirriante... ¡Volver, volver!... ¡Hacia Mezzanino! ¡Hacia Castello!

No servía para nada, no tenía la pretensión de hacer a Lina su esposa; pero viéndola cerca de él se sentiría feliz, y su existencia transcurriría tranquilamente junto a aquellas personas queridas...

—¿Vuelves a Cremona a ver a tus padres?—preguntó el infortunado a Cánepa.

Alfredo no quiso contestar a la pregunta; no quiso amargar más aquellos momentos postreros, y dijo:

—Que seas feliz, Pietro... Que el corazón de los seres que te han amado se conmueva al verte.

—Pero, ¿es que no hemos de volver a vernos nunca más?... ¿Es que todo ha terminado entre nosotros, Alfredo?

—Seguimos caminos distintos—contestó Cánepa—. El mío es más triste, pero estoy seguro de que en él no me esperan desengaños. Adiós.

Le tendió su mano.

—Espera...—murmuró Pietro—. Nos queremos. Es preciso que no todo acabe entre nosotros... ¡Escríbeme, qué caramba!

—Sea—dijo Cánepa, esbozando una sonrisa dolorosa.

—Adiós, amigo mío, hermano mío... Ojalá cambies pronto de idea y vayas en busca de los tuyos, que todavía estarán llorándote... Te debo

muchos favores, y puedes creer que los llevo todos anotados en la memoria con no sé cuánto agradecimiento en el corazón...

Se abrazaron, y Pietro besó las pálidas mejillas de su amigo. Ambos hacían esfuerzos por contener los sollozos que apagaban su voz y por tragarse las lágrimas que les quemaban las pupilas.

El viento gélido les había despejado la cabeza y se daban perfecta cuenta de la realidad desgarradora.

—Adiós, Alfredo.

—Adiós.

Se separaron bruscamente, y volviéndose la espalda, echaron a andar sin saber ninguno de los dos dónde podían llegar por aquellas rutas contrarias. La pierna de palo de Pietro y su muleta resonaban con un ruido seco en las piedras de la calleja tenebrosa, y su cuerpo deforme, mutilado, colgado de aquellos pedazos de madera, se agitaba al andar como una bandera trágica, como un símbolo negro de miserias y ruinas...

XI

El señor Livio supo por Zamboni el día que Lina había de contraer enlace con el nuevo alcalde de Castello. El viejo garibaldino había tomado a su cargo la tarea de informar al molinero de todo cuanto de nuevo se hablaba respecto a aquella boda, y para ello iba muy a menudo a Castello, deteniéndose en la hostería de la plaza, donde Antonia no se hacía rogar para ponerle al corriente de todas cuantas habladurías y chismes traían y llevaban las gentes del pueblo. Zamboni, que desde que las personas principales se habían hartado de su gloriosa figura renegaba del dinero en tales términos que hacía temer una abierta derivación de su ideología hacia el comunismo, se las componía de mil maneras para explotar la indignación del señor Livio contra Carlotti, sacándole algunas liras para pagar sus abundantes libaciones. El molinero caía ingenuamente en cuantos lazos le tendía aquel viejo zorro, que hablaba de cortar la cabeza a los ricos que se dedicaban a corromper a las muchachas honradas por medio de su dinero.

—Mi querido amigo, el mundo está desconocido por completo. ¿Dónde están los caballeros de nuestros tiempos? ¿Dónde los héroes que sacrificaban generosamente su vida por una causa justa?... Esta es la época de los truhanes que

se dedican a comerse lo que nosotros hemos sembrado. El cochino dinero da derecho a todo, hasta a apoderarse de las novias de los buenos muchachos que están dando honra a la patria en el Carso y en el Trentino. Da asco vivir tiempos como éstos. Ya no quiero ser italiano, y si por mí fuera, pondría pronto las cosas en su sitio cortando el cuello a todos los ricos, haciendo volver a sus hogares a esos pobres muchachos que esos generalillos de pacotilla están haciendo matar como moscas, y repartiendo la propiedad en partes iguales. ¿Por qué el rico ha de poderlo todo y el pobre ha de contentarse con ser explotado miserablemente? ¿Me comprendes, querido Livio? Ni ricos ni pobres; todos los hombres iguales... Eso es lo justo. ¿Quieres prestarme cinco liras, que te devolveré sin falta mañana mismo? No te quemes la sangre pensando en ese señor Carlotti; ya nos llegará el tiempo en que a los pobres les será permitido hablar alto, y entonces quedarán ajustadas nuestras cuentas con esos bribones. Las cinco liras que te pido me hacen falta para comprar una medicina a la pobre Enriqueta. Esa infeliz, que debería estar paseándose en coche si las cosas fueran como es de justicia, va a morirse como una bestia... ¡Pícaro mundo!

Era verdad lo de la enfermedad de Enriqueta. La infeliz mujer padecía una tisis aguda; pero, a pesar de su estado, seguía trabajando aún para alimentar a su heroico padre, convertido en apóstol de ideas de justicia y equidad. Había días en que la desgraciada no podía moverse del mísero jergón que le servía de lecho, Zamboni, si tenía en el bolsillo una lira para emborracharse, se condolía del estado de su pobre hija y encontraba muy bien que se estuvie-

se quietecita en casa, que no se dejase explotar por las gentes de dinero; pero si la lira faltaba, el bribón se ponía hecho un ogro, la acusaba de holgazana, de mala hija, de hacerle pasar hambre, y si la pobre osaba replicar, aquella viviente reliquia de Los Mil de Marsala subrayaba despiadadamente su discurso con unos cuantos azotes.

Las vecinas, que todo lo escuchaban y que odiaban a aquel tirano, tan pronto le veían marcharse acudían al lado de su pobre víctima y la socorrían y consolaban.

Murió en la entrada del otoño, cuando caían las primeras hojas, y Zamboni la lloró a lágrima viva, conmoviendo con su dolor a todo el pueblo, muchos de cuyos habitantes una vez más tuvieron la debilidad de acceder a sus hábiles peticiones de dinero.

Pero no avancemos demasiado. Decíamos que el señor Livio supo por Zamboni el día que Lina debía casarse con el señor Carlotti, y al saberlo exclamó, tirando de su bigote, cada vez más blanco y más caído:

—¡Yo presentía que esa infamia tendría que consumarse sin remedio!

—Si tú quieres—propuso el garibaldino—, ese día nos vamos a Castello y armamos allí un escándalo de padre y señor mío. No tengas ningún miedo; estoy seguro de que todo el pueblo se pondrá de nuestra parte.

El molinero rechazó la oferta. El era un hombre de bien y no quería líos. Luego guardó un silencio impenetrable hasta llegar el día trascendental en que la novia de su Pietro iría a convertirse en la señora de Nicolás Carlotti. Esa mañana, el molinero abandonó la cama más temprano que de costumbre, y vestido con su tra-

je negro de los días de fiesta, bajó a la cocina donde Ernestina acababa de encender la lumbre.

—¿Dónde va usted a estas horas?—le preguntó sorprendida la buena mujer.

—A la boda—contestó el señor Livio con una alegría extraña en él.

—Pero, ¿cómo es eso?—exclamó Ernestina—. ¿Le han invitado los Ferri a la ceremonia?

—No, pero es igual. No creo que al verme se atrevan a echarme a la calle.

Y cogiendo su bastón de madera de castaño, se marchó.

—¿Y va usted a Castello sin desayunar antes?—preguntó la mujer, siguiéndole un trecho.

—Allá me darán de comer. No te preocupes.

Ernestina se quedó haciendo cruces y preguntándose si el señor Livio no habría perdido el juicio. Pasó aquel día intranquilísima, esperando verle regresar de un momento a otro; pero cerró la noche sin que el molinero pareciese. Aumentaron las inquietudes de la buena mujer. Se acostó vestida, sin cenar, dejando encendida la lámpara, y juntando las manos, oró pidiendo a Dios que mirase por su pobre amo. Al filo de la media noche, cuando estaba por quedarse dormida, se levantó sobresaltada. Le había parecido oír un crujido extraño en la puerta de la casa. Prestó atención, y el ruido se repitió. Era como si estuvieran arañando la madera.

—¡Virgen de mi alma! ¿Será él? ¿Por qué no llama como Dios manda, o es que se ha propuesto matarme de un susto?

Temblando, cogió la lámpara y bajó a la cocina. Allí oyó con más claridad el ruido de aquella mano que arañaba la puerta.

—¿Quién está ahí?—preguntó antes de dejar la lámpara sobre la mesa.

El señor Livio respondió con una especie de gruñido:

—Soy yo. Abre, si quieres abrir.

—Ahora me lo explico todo—se dijo Ernestina—. Viene borracho como el día que fué a reñir a los Ferri. Ese bribón de Zamboni acabará por perder a mi pobre amo.

El señor Livio entró en la cocina dando traspiés. Traía el rostro encendido como una brasa, los ojos desmesuradamente abiertos, extraviados y enrojecidos y su traje negro de los días de fiesta cubierto de polvo y salpicado de fango. Se quedó mirando a Ernestina con una sonrisa estúpida a flor de labios.

—¡Ave María Purísima!... ¡Buena la ha hecho usted esta noche!... ¿No le da vergüenza volver en ese estado a su casa? Parece que ha estado revolcándose con los cerdos. ¡Por buen camino le lleva ese canalla de Zamboni, que si sólo por mí fuese, no volvería a poner los pies en esta casa!

—Calla, mujer, calla—balbuceó el señor Livio con voz gangosa, bamboleándose de tal forma, que parecía iba a dar con su cuerpo en tierra—. Hoy estamos de parabienes. ¿No sabes la gran noticia? ¡Pietro vuelve!

—¿Está usted loco? ¡Vaya a meterse en la cama, que es lo que ahora le hace falta!

—No seas terca, mujer—insistió el desgraciado, apoyándose contra la pared—. Te digo que Pietro vuelve. Mañana estará aquí nuestro querido muchacho.

—¿Quién le ha metido a usted ese disparate en la cabeza?

—¿Disparate?... ¡Je, je, je! Yo me entiendo.

Y se dirigió hacia la escalera para subir a su alcoba.

—Acuéstese—le dijo Ernestina, una vez que hubieron llegado arriba, dando luz a la vela de la palmatoria puesta encima de la mesilla de noche.

El molinero se dejó caer vestido en la cama.

—¿Quiere que le ayude a desnudarse? Usted no podrá.

—Déjame en paz, Ernestina. Tú crees que estoy borracho, y te equivocas. Simplemente te digo que Pietro vendrá... ¿Te ríes? Eres una tonta... Mañana, si llega antes de que yo despierte, sacúdeme para que me levante. Estamos de parabienes... Yo me entiendo...

Un hilo de baba se desprendió de su boca y cayó encima de la almohada. Creyéndolo dormido, Ernestina le quitó las botas, abrió la ventana para que el aire fresco de la noche le refrescase la cabeza y salió de allí para ir a meterse en su habitación.

Como había perdido varias horas de sueño, a la mañana siguiente se despertó cuando el día había clareado ya. Bajó de prisa a la cocina, decidida a preparar al señor Livio una infusión de hierbas que estimaba eficaz contra los efectos del vino. Hecha la infusión, se dirigió a la alcoba del molinero para hacérsela tomar, y lo encontró tendido en el suelo, a los pies del lecho.

—¡Dios mío, sí que la ha pillado fuerte!—pensó.

Y dejando la taza encima de una silla, se inclinó sobre el señor Livio para despertarle y hacer que se metiese en la cama; pero al tocarlo, lo notó rígido y frío como una piedra. Miró su cara, de un color morado, y se estremeció. El desgraciado tenía la boca entreabierta, llena de una espuma rojiza que le manchaba el bigote. Comprendiendo que estaba muerto, Ernestina se

apartó de él y salió despavorida de la alcoba, dando gritos de horror.

A la mañana siguiente, el cuerpo mortal del señor Livio recibió sepultura en el pequeño cementerio de Mezzanino, en el que no faltaban la hiedra ni los cipreses.

Unos parientes lejanos que tenía en un pueblo próximo, y cuatro o cinco vecinos, entre los cuales se encontraba Zamboni, acompañaron el cadáver hasta su última morada. Ese mismo día supo Ernestina que el desgraciado no había estado en Castello ni había bebido un solo vaso de vino. Unas mujeres que trabajaban en el campo le habían visto vagar por las colinas, hablando en alta voz y gesticulando como un demente. Su muerte se debió, según certificación facultativa, a un derrame cerebral.

* * *

Y el tiempo siguió pasando... Y llegó Octubre con sus días grises y fríos.

Lina parecía muy conforme con su suerte y su marido muy feliz. En su hermosa casa, situada en el camino de la estación ferroviaria, el matrimonio llevaba una vida apacible de buenos burgueses. Ella, que no podía permanecer ociosa un solo momento, trajinaba a la par de las criadas, que muchas veces tenían que quitarle las cosas de las manos. Carlotti atendía los asuntos del Municipio, que le servían de distracción, charlaba con todos los señores del lugar, leía los periódicos, dedicando a su mujer los ratos de las comidas y unos minutos por la noche, cuando se retiraba a descansar.

Los jueves y los domingos por la noche, el

matrimonio recibía a sus amistades. Tonelli y su mujer (que se había hecho gran amiga de Lina) eran asiduos concurrentes a aquellas veladas de los Carlotti. Tampoco solían faltar el médico, el maestro, el farmacéutico, el notario y el cura. A excepción de este último, todos acudían acompañados de sus dignas compañeras, dispuestas a adular a Lina tan pronto ponían allí los pies y a quitarle el pellejo con el mayor desenfado cuando le volvían la espalda. Los únicos que la admiraban sinceramente eran Tonelli y Emilia. Les gustaba Lina por lo hacendosa, por lo sencilla y sobre todo por la naturalidad con que había sabido adaptarse a su nueva condición de señora rica, como si toda su existencia hubiese estado en aquella esfera, conduciéndose con toda discreción, cariñosa con los pobres, amable con las personas de su clase.

Aquellas veladas en el comedor de la casa, y otras veces en el salón, solían prolongarse hasta altas horas de la noche. Los hombres formaban un grupo, y las señoras otro. Los primeros solían hablar de política, de la guerra, comentando cada uno según su criterio las noticias de los periódicos, mientras las mujeres jugaban a los naipes o charlaban de vestidos u otros temas frívolos.

Tonelli y el cura hacían lo posible por reservar sus opiniones, a fin de evitar disputas que hubieran puesto de relieve su antiguo encono. Cuando Aldo sacaba a relucir sus ideas extremadamente liberales, Luigi Solari se apartaba discretamente del grupo para acercarse a las damas. Del mismo modo procedía el otro cuando era el sacerdote quien en cualquier conversación trataba de hacer prevalecer su rígido criterio conservador.

Carlotti no se las daba de hombre de ideas; pero en todas las discusiones sabía colocarse en un discreto término medio, y esto le permitía expresarse con cordura y hacía que sus opiniones fuesen aceptadas por todos como las más acertadas. Tonelli admiraba su sentido de lógica y la sinceridad con que exponía sus pensamientos. Cuando un tema no estaba a su alcance, confesaba sin ambages su ignorancia, y muchas veces, después de oír expresarse a sus contertulios, daba él su parecer con más propiedad que los que pretendían estar profundamente compenetrados del tema.

El médico y el notario solían discutir de literatura, arte en el que, según Tonelli, ninguno de los dos entendía una jota. El notario era un entusiasta de la literatura romántica, y el médico mostrábase un partidario acérrimo de la escuela naturalista. Para él toda la gloria de la literatura se encarnaba en dos personas: Flaubert y Zola. Todas las otras escuelas eran de una vaciedad despreciable. El notario echaba mano de Víctor Hugo para combatir a Zola y de d'Annunzio para desprestigiar al autor de *Madame Bovary*. Y así se estaban horas y horas diciéndose disparates, sin conseguir convencerse ni convencer a los demás.

Tonelli solía terciar en la polémica esgrimiendo todo el pesimismo barato de Schopenhauer, de quien era asiduo lector, y entonces Luigi Solari tosía, y apartándose del grupo, se acercaba a las señoras, mezclándose en su conversación.

En cierta ocasión, el señor Carlotti interrumpió la discusión del notario y el médico diciendo:

—He leído algunas de las novelas de esos autores que siempre ponéis sobre el tapete, y, si

he de seros franco, entre la prosa rumbosa de Víctor Hugo y la cruda de Emilio Zola, prefiero la del autor de *I promessi sposi,* limpia, clara, naturalísima. ¿A qué escuela literaria de esas que habláis pertenecía nuestro Manzoni? Yo creo que a ninguna. Como todos los artistas verdaderamente geniales, no le ha preocupado el color de la etiqueta que debía llevar su libro; la cuestión era hacer un gran libro, y lo ha logrado...

—Estoy con usted—dijo Tonelli—. Me encanta el estilo de Manzoni porque carece de efectismos; todo en él es natural, espontáneo, fresco como el agua cristalina de nuestros manantiales.

Cuando todos se marchaban y las criadas cerraban la puerta y las ventanas, Lina solía entretenerse en poner en orden las sillas antes de acostarse. Carlotti, cada vez más enamorado de ella, aguardaba que concluyese esta tarea arrellanado en una de las mecedoras del comedor. Algunas veces solía enfadarse contra aquella costumbre de su mujer.

—No veo por qué razón has de ponerte tú a ordenar el comedor a estas horas, teniendo a las muchachas que pueden hacerlo.

—Ellas no le pondrían mano hasta mañana —respondía Lina—, y yo no puedo irme a acostar tranquila sabiendo que quedan las cosas fuera de su sitio.

Carlotti se resignaba, encantado en el fondo de los escrúpulos de su cara mitad.

—¿Has terminado ya?

Lina hacía un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Nos vamos a la cama?

Entraban en la alcoba. El lecho de roble, amplio, soberbio, con las sábanas bordadas por Li-

na, les ofrecía la blandura de sus dos colchones. Carlotti, volviendo la espalda a su mujer, empezaba a desnudarse entre bostezo y bostezo. Ella esperaba este momento para soltarse de prisa las ropas y meterse en la cama, acurrucándose calladita en uno de sus extremos.

Cuando el marido, tras de haberse puesto la larga camisa de dormir y el gorro puntiagudo, que le daba un aspecto ridículo de personaje de opereta, se volvía hacia la cama para acostarse también, preguntaba invariablemente:

—¿Tienes sueño?

—Sí—respondía Lina, aunque no fuese verdad.

Carlotti, antes de meterse entre las sábanas, se rascaba un momento sus piernas velludas, y después formulaba la última pregunta de la velada:

—¿Apago la luz?

—Apaga.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y a los cinco minutos roncaba ya como un bendito. Lina, en cambio, encogidita en su sitio, tapada hasta la barbilla, procurando no moverse para no tocar a su marido, se estaba horas y horas con los ojos abiertos, dando rienda suelta a todos sus pensamientos.

Por fortuna, la vehemencia amorosa del señor Carlotti había sido de escasa duración. Al volver del viaje de recién casados, de todo aquel fuego que tanto la había atormentado no quedaba más que un cariño reposado, una ternura casi paternal... Ella se le había entregado sin resistencia, le había dejado hacer como una esclava mansa y consciente de su impotencia, sin que las furias del macho despertaran en su carne el

menor goce. En aquellos días, el matrimonio se le reveló como un bestial ayuntamiento de cuerpos. ¿Dónde estaban las dulzuras del amor?... Cuando Carlotti, satisfecho su apetito carnal, se apartaba de ella para entregarse tranquilamente en brazos de Morfeo, Lina lloraba estremecida de asco, y pensando en su novio, desaparecido en el báratro de la guerra, la conciencia le remordía como si acabase de cometer un pecado imperdonable al entregarse mansamente a la lujuria de aquel hombre, que roncaba a su lado con la despreocupación de un buey.

Ya en Castello, la vida le pareció menos desesperante; su marido, reintegrado a la existencia ordinaria del pueblo, perdió a sus ojos aquel carácter de macho prepotente para transformarse en un protector sencillo y bondadoso. Esto aligeró la conciencia de Lina, y Pietro volvió a ocupar su corazón y su pensamiento como antes de su matrimonio.

Por su parte, Carlotti, forzando la naturaleza, procuraba salir del paso del mejor modo posible como marido. Cuando al despertar se encontraba al lado de aquella mujercita, joven y fresca como las rosas de Mayo, el buen hombre se lamentaba interiormente de que su edad no le permitiese aspirar aquella flor tanto como merecía, sin comprender que su abstinencia forzosa hacía un gran bien a su bella compañera.

Una noche se lo confesó ingenuamente.

—¡Oh, por Dios!—exclamó Lina, poniéndose encarnada—. Yo te juro que ni siquiera pienso en eso... Me basta sólo con que me quieras un poco.

Y temblaba cada vez que Carlotti se volvía hacia ella en el lecho, pretendiendo cumplir con sus deberes de esposo.

—Déjame, Nicolás—suplicaba, sintiendo crispársele el corazón.

Carlotti desistía casi siempre con facilidad, y en esos casos, ella tenía para él una mirada de gratitud. Pero había veces en que el marido se encontraba en su punto, y entonces no atendía ruegos. Lina, cerrando los ojos y apretando los dientes, se entregaba, impasible como una muerta, a sus caricias y a sus estrujones. Carlotti llegaba jadeante al final de la carrera, le daba un beso en la frente, y volviéndole la espalda, se dormía ufano de su obra.

En lo demás, era un esposo modelo. No sabía qué hacerse con su mujer, y todo le parecía poco para obsequiarla y distraerla. Asimismo atendía a las necesidades de los Ferri, que veían entristecida su vejez con la presencia de su hijo ciego. Sus rentas daban para todo, y a pesar de la carestía, aún se podía ahorrar bastante.

Lina, que siempre había tenido algo de coqueta, sabía lucir muy bien sus numerosos vestidos, sin la afectación de las advenedizas y sí con un donaire encantador.

Carlotti, al concluir la guerra, había adquirido un cabriolé y una jaca magnífica. Cuando hacía buen tiempo, Lina mandaba enganchar el cochecillo, y acompañada de Dora, se iba de paseo por alguno de los numerosos caminos que afluían a la comarca. Saludaba con familiaridad a los campesinos que habían sido sus iguales y se interesaba por las faenas del campo, por el estado de las cosechas, como en los tiempos en que había trabajado a las órdenes del señor Lorenzo, ganando un mísero jornal. Su dulce carácter conquistó pronto a sus antiguas compañeras de penurias, que habían mirado con envidia su ventajoso matrimonio, criticándola cuanto

pudieron. Ahora, viéndola tan buena, tan sencilla en medio de su opulencia, le perdonaban su riqueza y se consideraban orgullosas de poder contar con la amistad de la señora Carlotti.

Al regresar de su viaje nupcial, había llegado a sus oídos la noticia de la muerte del señor Livio. Lina lloró en secreto al anciano que hasta el último momento la había exhortado a confiar en el regreso de Pietro, y durante varios días le preocupó el deseo de ir a depositar un ramo de flores sobre su tumba. Desistió de ello por temor a las habladurías, y dió al señor Livio un lugar preferente entre sus recuerdos.

Concluída la guerra, poco a poco fueron reintegrándose a sus hogares los que habían tenido la fortuna de escapar con vida de la gigantesca hecatombe. Se vió regresar a muchos a quienes se había llorado por muertos, y otros a quienes se creyó sanos aparecieron mutilados o en un calamitoso estado físico, víctimas de enfermedades mortales contraídas a consecuencia de las privaciones de la prolongada campaña.

Relatos terribles corrían de boca en boca, obligando a maldecir la espantosa lucha en que Italia se había empeñado, y después del entusiasmo provocado por la victoria en todas las esferas sociales, el horizonte de la patria volvía a nublarse; nuevas corrientes de ideas agitaban a las muchedumbres. El pueblo estoico que había sabido vencer al enemigo secular hacía examen de conciencia, se estudiaba a sí mismo. La voz de protesta del socialismo avanzado encontraba ecos en todos los sectores del país. Las más viejas instituciones políticas se tambaleaban. Hombres nuevos surgían del seno de la agitada masa anónima, y a fuerza de audacia escalaban en poco

tiempo las más altas cumbres de la popularidad. Giolitti, el despreciado, volvió a empuñar las riendas del Poder, haciendo frente con gran serenidad a la tempestad interna y a las graves dificultades del exterior, emanadas de la actuación débil e imprudente de sus antecesores, y en medio de aquel ambiente electrizado de ansias de renovación, y en medio de aquel tumulto, Mussolini aprontaba a sus primeros *camisas negras*, oteando la tormenta con su penetrante mirada de cóndor.

* * *

Pietro llegó a Castello una cruda mañana del mismo mes de Diciembre. La comarca, cubierta de nieve, que volvía a ver después de más de tres años de ausencia, le pareció más desnuda, más triste que otros inviernos. Al apearse del tren, el mutilado miró en torno suyo como desconcertado. Conocía muy bien el camino que llevaba al pueblo, pero titubeaba entre ir primero a casa de los Ferri o a Mezzanino, a ver al señor Livio. En esto partió el convoy, y Pietro se dió cuenta de que varias personas que se encontraban en el andén le miraban con profunda curiosidad y compasión. Debían ser gentes de Castello, pero Pietro no las conocía; no recordaba haber visto nunca aquellas caras...

De pronto pareció decidirse, y descendiendo a la vía, echó a andar para coger un atajo por el cual llegaría en pocos minutos al camino de Mezzanino.

Andaba nuestro mutilado con bastante dificultad a causa de la nieve, que por ser poca aún hacía resbaladizo el camino, adelantando primero la muleta que reemplazaba a su pierna dere-

cha y afirmando después en el suelo el palo que completaba su pierna izquierda.

Un frío intenso que le hacía tiritar caía del espacio y brotaba de la tierra a un mismo tiempo, pero Pietro no parecía inquietarse por ello ni por los cinco kilómetros que tenía por delante para llegar a Mezzanino. Movía todo lo de prisa que podía su muleta y su pierna de palo, pensando, mientras el corazón le latía precipitadamente y una emoción de alegría y de llanto le oprimía la garganta, en el recibimiento que su buen amo le haría al verle aparecer en la aceña. Y entretanto, sus ojos no paraban de fijarse a un lado y a otro del camino, acariciando con la mirada aquellos árboles, aquellos prados, aquellas colinas que tan bien conocía y que tantos recuerdos gratos despertaban en su mente.

Aquí, a la derecha, estaban las tierras del señor Lorenzo en las que trabajaba Lina... ¿Habría ella cortado la hierba del prado, como lo hacía todos los años al principio del otoño?... ¿Habría, como siempre, tomado parte en la vendimia?... Más allá estaba la morera a cuya sombra Lina se había sentado la tarde en que él la vió por vez primera.

Se enterneció recordando el diálogo que sostuvieron mientras caminaban detrás del carro tirado por "Muslón"... ¡Ah!... ¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces! Sólo la campiña se conservaba igual, indiferente a las pasiones y locuras de los hombres...

Y el pobre mutilado seguía adelante, dejando en el camino nevado las huellas redondas de su muleta y de su pierna de palo... Cuando la torrecilla de la iglesia de Mezzanino apareció a su vista, gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos, perdiéndose entre los pelos de su hirsuta

barba rubia, que disimulaba las cicatrices de su rostro. ¡Allí estaba el rincón amado que temió no volver a ver nunca!... Un poco más adelante vería el molino del señor Livio...

Poco antes de la entrada del pueblo torció a la izquierda para coger la senda que llevaba al molino. Un hombre que guiaba una caballería se cruzó con él, y después de mirarle con gran atención, le dió los buenos días. Pietro se sobresaltó e hizo ademán de detenerse. Aquel hombre era Pablo Morelli, un labrador cuyas tierras lindaban con las del señor Livio; pero como viera que éste seguía su camino sin haberle reconocido, a su vez continuó andando, preguntándose amargamente si a su amo le ocurriría lo que a Pablo Morelli.

* * *

Encontró el molino cerrado y sumido en un silencio profundo de lugar deshabitado. El corazón se le oprimió y llamó a la puerta de la aceña con temor, como si tuviese conciencia de estar cometiendo una falta grave. No le respondieron. Esto se le antojó a Pietro mala señal, y dió vuelta al edificio. Al pasar por el puentecillo del canal, vió que el agua estaba muy baja y que la rueda hidráulica sobresalía casi por entero de la superficie, cubierta de herrumbre y de fango.

Esto le hizo comprender que hacía mucho tiempo que no se trabajaba allí. ¿Estaría enfermo el señor Livio o serían sus muchos años los que le habían obligado a dejar aquel trabajo, al que venía consagrando todas sus fuerzas desde su juventud?... No tardaría en saberlo.

El corral estaba abierto. ¿Estaría allí "Mus-

lón"?... ¿Le reconocería aún el viejo mulo?... Pietro se asomó y no vió ni al animal ni al carro. Esto aumentó sus inquietudes. ¡Cáspita!... ¿Qué habría pasado para que todo estuviese tan distinto de como lo había dejado?... Y llegó ante la puerta de la cocina. La encontró cerrada, como la de la aceña; pero allí debía haber alguien. De la chimenea, que sobresalía por encima del tejado, brotaba humo. ¿Estaría la buena Ernestina preparando la *polenta?*... ¡Buena sorpresa se iban a llevar cuando le viesen!

Y sin detenerse a llamar—su emoción era tanta que ya no sabía lo que se hacía—, empujó la puerta, diciendo:

—Salud y buenos días. ¿Dónde está esta gente, que no sale a recibir a los que llegan?...

La puerta cedió, y Pietro se encontró en la cocina que tan familiar le era, con sus vigas ennegrecidas, su chimenea en el fondo, sus vasares, donde Ernestina tenía siempre tan bien ordenados los cacharros; su mesa, con el tapete de hule, y los embutidos colgados del techo...

Un hombre que estaba sentado cerca del fuego, dando la espalda a la puerta, se volvió bruscamente, y al ver a aquel desgraciado que entraba, se quedó atónito.

—¿Dónde diablos va usted?—preguntó luego, levantándose y yendo hacia el intruso.

Pietro retrocedió. No conocía a aquel hombre.

—Perdone... ¿No está aquí el señor Livio?—balbuceó después de un instante de atolondramiento.

El otro le miró de arriba abajo; después movió la cabeza y dijo:

—Tarde viene usted a preguntar por él.

—¿Por qué?... ¿Qué ha pasado?—preguntó

Pietro, sintiendo que toda la sangre de su cuerpo se le agolpaba en el corazón.

—Hace más de un año que mi primo ha muerto... ¿Le interesa a usted algo?

—¡Por Dios vivo!—gritó el mutilado, vacilando sobre sus extremidades de madera—. ¿Es posible lo que oigo?... ¡Muerto el señor Livio!... ¡Muerto mi amo!... ¿Cómo ha podido la Providencia llevarse a ese hombre, que era un santo en la tierra?

Al oír estas palabras, y al notar la impresión vivísima que la noticia de la muerte del molinero había producido en aquel desgraciado, el individuo volvió a mirarle con más curiosidad que antes.

—Aguarda—murmuró de pronto, rascándose la cabeza—. Ahora caigo en quién es usted... Pero, ¿no había usted muerto, como creía aquí la gente?... Supongo que no habrá regresado a Mezzanino con intención de reclamar la herencia de mi primo. Livio se ha ido al otro mundo sin testar, y, por consiguiente, a mí me ha correspondido todo lo que ha dejado, por ser yo su pariente más cercano.

Aturdido por la tremenda noticia, Pietro tardó un rato en contestar a las palabras del primo de su infortunado amo, y cuando lo hizo, empleó estas palabras:

—No. Puede usted estar tranquilo. No tengo la menor idea de reclamar nada, y además, estoy convencido de que nada me corresponde... El señor Livio se portó conmigo como un padre, y eso es lo que debo agradecerle y lo que me induce a lamentar como nadie su muerte...

De modo confuso recordó el mutilado haber oído hablar en varias ocasiones al molinero de aquel primo Ambrosio, un pillastre que había

contraído matrimonio en Génova con una muchacha de servir, a la que había abandonado cuando tenía tres hijos para irse a Francia. De allí había regresado a los pocos años, estableciéndose con un pequeño negocio de vinos en un pueblo distante tres leguas de Mezzanino. Vivía entrampado con todo el mundo, era de carácter violento y pendenciero, motivo por el cual el señor Livio nunca había querido tener el menor trato con él.

—Siendo así, todo va bien—dijo el truhán—. Si quiere, puede usted sentarse y beberemos un vaso en buena armonía... ¿Sabe usted que todos los que le han conocido le creen en el otro mundo?... A la verdad que para volver en ese estado más le hubiera convenido a usted encontrarse donde se le creía...

Pietro no pareció oír estas palabras. Apoyado de espaldas a la pared, gacha la cabeza, lloraba en silencio. De pronto preguntó con voz temblorosa, mirando al primo del señor Livio a través de las lágrimas que empañaban sus ojos:

—¿Y Ernestina?

—¡Valiente pieza!—exclamó Ambrosio—. ¡Esa sí que quiso disputarme la herencia, y lo peor del caso fué que las cochinas gentes de este pueblo le daban la razón!... Pero a la larga la justicia ha prevalecido, y esa mujer se ha marchado a Pavía con dos palmos de narices... Creo que está sirviendo allí en casa de unos señores que antes de enriquecerse habían vivido en Mezzanino.

Pietro se sentía ahogar en el ambiente de aquella cocina, en la que comprendía no tenía ya derecho a permanecer. Afirmándose en su muleta, silenciosamente se dirigió hacia la puerta.

—¡Está bueno!—exclamó Ambrosio—. ¿Dónde

va usted?... ¿No quiere aceptar el vaso de vino que le he ofrecido?

—Otra vez será...—murmuró el mutilado—. Quede usted con Dios...

Y salió.

Andaba como si hubiese bebido media cuba, tambaleándose, resbalando sobre la nieve y hablando en alta voz. La fatalidad no sólo le había arrebatado al señor Livio, sino que le privaba también del rincón donde tenía el propósito de refugiarse y soñar con Lina. Ahora no le quedaba más que una esperanza: que los Ferri le acogiesen con cariño, que su novia no le desdeñase... Muerto su amo, ausente Ernestina, Mezzanino había perdido para él todo interés... "¡Ya puedo decir que he caído con suerte en mi pueblo natal!"—barbotaba.

—¡Héroe!

Pietro se volvió al escuchar esta exclamación. Sentado en un banco, cerca de la puerta de la hostería, distinguió a un viejo encorvado y andrajoso, indiferente al frío, que le miraba con sus ojillos brillantes entre la maraña de su barba y de sus cabellos.

Tardó en reconocerle: era Zamboni.

—¡Héroe!—repitió el garibaldino, abandonando su asiento al ver que el mutilado se había detenido—. ¡Qué hacen los bribones de este pueblo que no se asoman para aplaudirte!... ¿Eres de Mezzanino?

—¿No me conoce usted?—inquirió Pietro con amargura.

El viejo le miró con profunda atención.

—No—confesó—; pero es igual. Eres un héroe, y, además, un hermano de infortunio. Yo hice la patria y tú la has salvado sacrificando tus piernas y tu brazo... ¿Qué honores te ha rendido el

Gobierno?... ¿Qué premios te han sido otorgados?

—Ni honores ni premios...—murmuró Pietro, sin comprender dónde quería ir a parar Zamboni.

—¡Ah, canallas!... Se portan contigo del mismo modo que lo han hecho conmigo; tendrás que morirte de hambre si no quieres resignarte a pedir limosna ahora que no puedes trabajar... El comunismo, amigo, el comunismo es lo único que puede poner las cosas en su sitio, dando a cada cual lo que le corresponde... Antes que pelear contra las austriacos, hubiera sido más justo cortar el cuello a todos los burgueses que han estado engordando mientras vosotros os dejabais hacer añicos por las granadas... ¡Tú tienes más derecho que nadie a reclamar lo tuyo!... ¡Desgraciado!... Apostaría que no tienes siquiera diez liras en el bolsillo.

—Tengo más, pero eso no es nada.

Los ojos de Zamboni fulguraron de alegría.

—¡Justo! De todas maneras, entremos en la hostería. Mientras nos echamos un vaso al gaznate, yo te pondré al corriente de lo que se prepara en Italia... Desaparecidos los ricos, nuestra nación quedará convertida en un paraíso. Los desgraciados engordaremos como capones... Entremos, mi bravo, entremos...

Pietro, cayendo en la cuenta de que lo que el garibaldino quería era beber a su costa, lo abandonó sin cuidarse de sus protestas y tomó el camino de Castello. Ahora andaba sin prisa, sumergido en su dolor.

Cuando divisó el pueblo se sentía exhausto, y sus muñones le dolían como si estuvieran golpeándoselos con un martillo.

Como era la hora de almorzar, decidió entrar

en la hostería de la plaza a descansar un poco y a comer un bocado antes de presentarse en casa de los Ferri. Gustavo, el marido de Antonia, había regresado sano y salvo de la guerra y atendía a los parroquianos en compañía de su mujer. Había sentados en torno a algunas mesas varios carreteros cuyos vehículos estaban parados en medio de la plaza, y mientras engullían la sopa y la *polenta*, acompañada de algunas sardinas saladas, charlaban de política, echando pestes del Gobierno y maldiciendo la guerra, en la cual todos ellos habían tomado parte como soldados.

Al entrar Pietro, todos cerraron el pico para contemplarle con curiosidad y lástima. Como aún llevaba puesto su uniforme de soldado, coligieron que acababa de llegar al pueblo, y en voz baja preguntaron a los hosteleros si sabían quién era aquel desgraciado.

—No le conocemos—respondieron Gustavo y Antonia—. A lo mejor es un forastero que se ha detenido aquí para tomar un bocado.

Los carreteros reanudaron su charla, dirigiendo de cuando en cuando miradas de conmiseración y simpatía al infeliz mutilado a quien Antonia acababa de servir un pedazo de queso, un pan y una botella de vino. Pietro, indiferente a cuanto se decía y se hacía a su alrededor, comía con lentitud, sin voluntad, manejando torpemente su única mano y sin levantar la vista de la mesa. Varias veces la hostelera, intrigada por su actitud, pasó delante de él, deseosa de entablar conversación; pero el pobre mozo no pareció notarlo siquiera. Pensando en la muerte del señor Livio, la garganta y el estómago se le cerraban, rechazando todo alimento. El seguía, no obstante, comiendo, por imposición de la cos-

tumbre, dando muchas vueltas en la boca al pan y al queso antes de tragarlo.

¡Buena la había hecho volviendo a aquellos lugares!... Muerto el señor Livio, que debía ser su punto de apoyo, ¿qué podía esperar allí? Los Ferri eran buenas gentes, no cabía duda; pero, después de todo, ¿qué podían hacer por él, si ya no había de casarse con Lina? Contaría con su compasión como contaba con la compasión de cuantos le veían, y nada más.

En este punto de sus pensamientos, el corazón le dió un vuelco, y se interrogó desesperadamente: "¿Y Lina? ¿Me abandonará Lina?"

Pietro pasaba revista a los recuerdos de sus ingenuos amores, a las cartas llenas de ternura que ella le había dirigido en los primeros tiempos de la guerra, que se sabía de memoria a fuerza de leerlas tantas veces, y llegaba a adquirir el convencimiento de que aquella santa criatura lo sacrificaría todo por ser su mujer.

"Pero, ¿no habíamos quedado—se dijo de trapos adentro—en que yo no debo consentir ese sacrificio?... Aquí cabe preguntarse si será realmente para Lina un sacrificio casarse conmigo en el estado en que vuelvo. Aquel Alfredo Cánepa tenía la costumbre de ver las cosas un poco más negras de lo que son. En fin: yo no soy un bobo, para no darme cuenta si Lina se casa por amor o por piedad, y antes de que la cosa se consume, siempre tendré tiempo de obrar como un hombre. Por de pronto, vayamos en su busca; sólo ella puede curarme esta pena que amenaza con rajarme el corazón."

Se sirvió un vaso de vino, y después de beberlo, renunció a seguir comiendo.

En este punto oyóse fuera el ruido estrepitoso de un vehículo que parecía rodar arrastrado

por una caballería desbocada. Los carreteros se pusieron de pie a tiempo de ver cruzar la plaza a un flamante cabriolé tirado por una jaca de negro y lustroso pelaje que parecía resistirse a obedecer a las riendas manejadas por la hermosísima mujer instalada en el vehículo.

—¡Ella tenía que ser!—exclamó Antonia, que había corrido hacia la puerta—. Estoy viendo que el día menos pensado se rompe la cabeza y hace añicos el carruaje.

—¿Quién es esa mujer?—preguntaron los carreteros.

—¿No la conocéis?... La señora Carlotti.

—¡Diantre!—exclamó uno de aquellos hombres—. Ya no parece la misma. ¡Cómo ha cambiado esa muchacha!

—Hay que desengañarse — dijo Antonia un poco corrida—. Con dinero todas las mujeres somos guapas.

—Es que Lina—respondió el que acababa de hablar—siempre ha tenido una gracia especial para vestirse y adornarse.

Pietro levantó bruscamente la cabeza y fijó la vista en aquel grupo de hombres al que se había agregado la hostelera.

—¿Habláis de la hija de los Ferri, buena gente?—preguntó, sin poder contener la lengua.

—De la misma—contestó Antonia, contenta de que el mutilado saliese por fin de su mutismo y preparándose a escrutar en su vida como un médico en el cuerpo humano con ayuda de los rayos X—. ¿La conocéis acaso?

—He oído hablar de ella. ¿Y qué se dice de Lina y de los Ferri por aquí?

—Ya se ha dicho todo lo que era menester. Ahora, por fortuna, nadie se ocupa ya de ellos, porque quien más o quien menos, bastantes do-

lores de cabeza tiene con sus cosas para pensar en las ajenas.

Pero Pietro volvió a la carga:

—Por lo visto, esa familia ha tenido desgracia: dos hijos de Ferri han encontrado la muerte en los primeros tiempos de la guerra.

—Cierto, pero el casamiento de Lina ha consolado pronto a sus padres de aquella desgracia.

—¿El casamiento de...?—exclamó Pietro dando un bote en su asiento—. ¿Qué es lo que decís, buena mujer?

—Los que os han hablado de los Ferri, ¿no os han dicho que Lina es hoy toda una señora, la más rica de Castello y de todos los pueblos que hay en diez leguas a la redonda?... La gente llama a eso tener suerte; pero, a mi entender, es más bien obra de poca vergüenza. Cuando peor estaban aquí las cosas, ella se dió maña para atrapar a ese inocentón del señor Carlotti, y no le soltó hasta hacerle pasar por la iglesia. Pero, ¿qué os sucede, desventurado?... ¡Por Dios y la Virgen María! ¡Ayudadme a coger a este pobre hombre que se muere!

Pietro, lívido, triturado el corazón por cuanto acababa de oír, vaciló en su asiento. Iba a desplomarse; pero al darse cuenta de lo que iba a ocurrirle, se cogió a la mesa con su única mano cuando ya la hostelera y los carreteros acudían hacia él, y consiguió restablecer el equilibrio, aunque sin poder enderezarse, como aplastado por aquel golpe tremendo con el que la fatalidad asesinaba alevosamente sus últimas esperanzas.

—No os apuréis por mí. No tenía yo el cuerpo en mi punto, y lo que acabo de comer me ha hecho daño.

—¡Buen susto me habéis dado!... ¡Y cuando

hablábamos de la señora Carlotti precisamente!—exclamó la hostelera con toda intención.

—No me interesa esa mujer más de lo que puede interesarme la sotana del cura de este pueblo, podéis creerme. Si me he metido a hablar de ella, es porque en el frente he conocido a sus hermanos antes de que la muerte se los llevara a los dos. Ellos me habían hablado de su familia, y especialmente de Lina. Eso es todo.

—¡Ah!—exclamó Antonia—. Y decidme: ¿no os han hablado también de un novio que Lina tenía, un mozo de Mezzanino, fuerte, hermoso y honrado a carta cabal?

—Algo me dijeron de él...—murmuró Pietro.

—Dejadle en paz con vuestra charla—dijo uno de los carreteros—. Lo que ese hombre necesita es una copa de aguardiente para arreglar su cuerpo.

—No, no; mejor me sentará tomar el aire—replicó Pietro—. Decidme, hostelera, cuánto os debo, y quedad todos con Dios.

Se alejó apresuradamente, y ebrio de dolor, buscó el campo, la soledad absoluta, de la que venía huyendo desde hacía más de tres años... Lejos del pueblo y del camino, en medio de un prado cubierto de nieve, teniendo delante la barrera de colinas, se dejó caer al suelo y lloró como el día terrible en que había comprobado la falta de sus dos piernas y de su brazo, maldiciendo el mundo en que se encontraba, lleno de falacias y de desengaños.

El había vivido hasta entonces con los ojos vendados por su bondad, atribuyendo a sus semejantes sus propios sentimientos. ¡Qué necio había sido!... ¡Cómo se habían reído de él!... ¿Qué podía esperarse de una humanidad que

provocaba catástrofes como aquella en la que él se había visto lanzado, perdiendo la mitad de su carne y de su sangre, y que luego aniquilaba a los maltrechos sobrevivientes con desengaños atroces?

"¡Mísero de mí!—gemía—. Me han engañado como a un niño. ¿Qué hago yo ahora? ¿Dónde arrastrar este pedazo de mi cuerpo más martirizado que el de Nuestro Señor?"

Y lloraba y se revolvía sobre la nieve, extendiendo los brazos como si quisiera abrazar aquel suelo frío y duro como el mármol de una tumba y hacer llegar su dolor hasta el corazón de la tierra.

El cielo seguía encapotado; pero hacia el final de la tarde se movió un airecillo gélido que revolvió las nubes por la parte del poniente y permitió bajar a la tierra unos rojos rayos de sol. Pietro se colgó de su muleta, y paseando su mirada torva sobre la campiña silenciosa y desnuda, echó a andar de nuevo hacia Castello.

Quería ver a la señora Carlotti.

Estaba rabioso. Le echaría en cara su conducta, le diría todo lo malo que de ella pensaba. Le amargaría su ventura, surgiendo ante ella como el espectro terrible del pasado. Tanto le habían atormentado, que quería atormentar a su vez...

Y gesticulando, repitiendo en alta voz todas las injurias que pensaba lanzar contra Lina, llegó ante la verja de la posesión del señor Carlotti y tiró con violencia del cordón de la campanilla.

Salió Dora, un poco contrariada por aquel modo de llamar.

—¿Qué desea usted?

—Necesito hablar con la señora Carlotti—res-

pondió el mutilado con una serenidad y una firmeza extrañas en aquellas circunstancias.

Dora le dijo que aguardase un momento, y sin abrirle la puerta, entró a avisar a su ama.

—Señora, ahí fuera hay un mutilado de la guerra que quiere hablar con usted. Como trae una facha que no me gusta, no he abierto.

Lina, que hacía puntilla sentada cerca de una ventana, aprovechando la postrera claridad de la tarde, miró a Dora un poco inquieta. Después preguntó:

—¿No te ha dicho qué quiere de mí?

—No.

La señora Carlotti permaneció un momento pensativa. Luego sacudió la cabeza como para rechazar una sospecha que acababa de asaltarle y se puso de pie, diciendo:

—Dame mi capa. Iré a ver qué quiere ese mutilado.

Dora le trajo una capa azul de las que habían estado muy de moda el año último, y envolviéndose en ella, Lina salió de la casa, atravesó el jardín y abrió la puerta delante de la cual esperaba Pietro.

Tenía los ojos puestos en él desde que había salido de la casa; aquel rostro cubierto por la hirsuta barba le resultaba completamente desconocido.

Pietro, impasible sobre sus extremidades de madera, la miraba también, y poco a poco la emoción se iba reflejando en su faz enmarañada, traicionando, a la vista de aquella mujercita hermosa y bien vestida, sus superficiales rencores de hombre bueno. Y de pronto, los ojos de Lina, que hasta entonces no le habían mirado más que de un modo general, se detuvieron en los del mutilado. ¿Qué vió en ellos? ¿Qué le reveló o

qué le hizo presentir aquella rápida mirada? Dió un paso atrás, toda trémula, y una exclamación ahogada brotó de su pecho:

—¡Pietro!

El sonido de la voz amada que pronunciaba su nombre llegó como una caricia al alma del infeliz mutilado. Y en un segundo, Lina se transformó a sus ojos. Dejó de ser la amada infiel, para revelársele con su expresión dolorosa de mujer vencida, en la nóvia ideal del amor primero, la novia que nunca olvida, la del cariño perenne. Comprendió que seguía siendo suya a través del "otro", como lo había sido aquella clara noche de Mayo que lloró en sus brazos momentos antes de partir en el tren de las diez y cuarenta y cinco. Se arrepintió de su impúlso vengativo, se sintió pequeño ante aquella mujercita que con la sola pronunciación de su nombre le abría su alma, saturada toda del amor del pasado, que seguía ardiendo dentro de ella como el fuego eterno de los braseros de bronce de ciertos templos del Asia, y comprendiendo que era mucho más hermoso mantener incólume en el alma de Lina ese fuego sagrado que reemplazarlo con un sentimiento de conmiseración o de piedad, cayó en la cuenta de que a su amigo Cánepa le sobraba razón para aconsejarle volver la espalda al ayer.

Lina le amaba aún y seguiría amándole por encima de su marido con toda la devoción, con toda la pureza del amor primero. Aquella mujer estaba, como él, sujeta al pasado. Vivía para recordar el pasado; y comprendió con cuánta facilidad el Pietro de ahora podía matar en el alma de Lina al Pietro de ayer... Y razonando así, desordenadamente, compenetrándose de aquel problema más por intuición que por racio

cinio, tras un silencio breve y trágico, pronunció con voz ronca su sublime mentira:

—Pietro habéis dicho, señora? Os engañáis; yo no soy Pietro Cremaschi, y nunca imaginé que pudiera parecerme a él. Aquel bravo fué mi compañero de infortunio y murió cerca de mi cuando los austriacos sorprendieron nuestra posición desde la cual tantas veces os había escrito. Antes de morir me rogó que, si algún día pasaba por Castello, os buscase para deciros de su parte que había muerto amándoos más de lo que siempre había podido daros a entender...

—¡Desgraciado!—sollozó Lina, juntando sus manos.

Y seguía mirando a aquel hombre desfigurado que tenía delante con la ansiedad conmovedora de quien trata de desentrañar un secreto de vida o muerte.

Pietro sintió que su serenidad amenazaba fallarle por segunda vez. Entonces, con un esfuerzo sobrehumano, le volvió la espalda y balbuceó, mientras se alejaba:

—He cumplido... Adiós, señora...

Lina se quedó como petrificada en medio del jardín, sin conseguir precisar un pensamiento, una idea. Sentía vértigos.

En el cielo, las nubes, inflamadas por los últimos resplandores del poniente, se ennegrecían. La neblina sutil del crepúsculo invadía la nevada comarca, esfumando las colinas y los montes lejanos.

De pronto, inconscientemente, avanzó hacia la verja.

—¡Es él!... ¡Es él!—murmuró.

Y ya en la puerta, tendió su mirada a lo largo del camino, buscando al mutilado. Pero aquella viviente ruina humana había desaparecido,

y como vestigio de su paso por aquel lugar sólo quedaban en la nieve del suelo las huellas profundas de sus extremidades de palo.

No se le vió más en la comarca. Murió dos días después arrollado por un tren cuando caminaba por la vía férrea en dirección a Pavía.

F I N